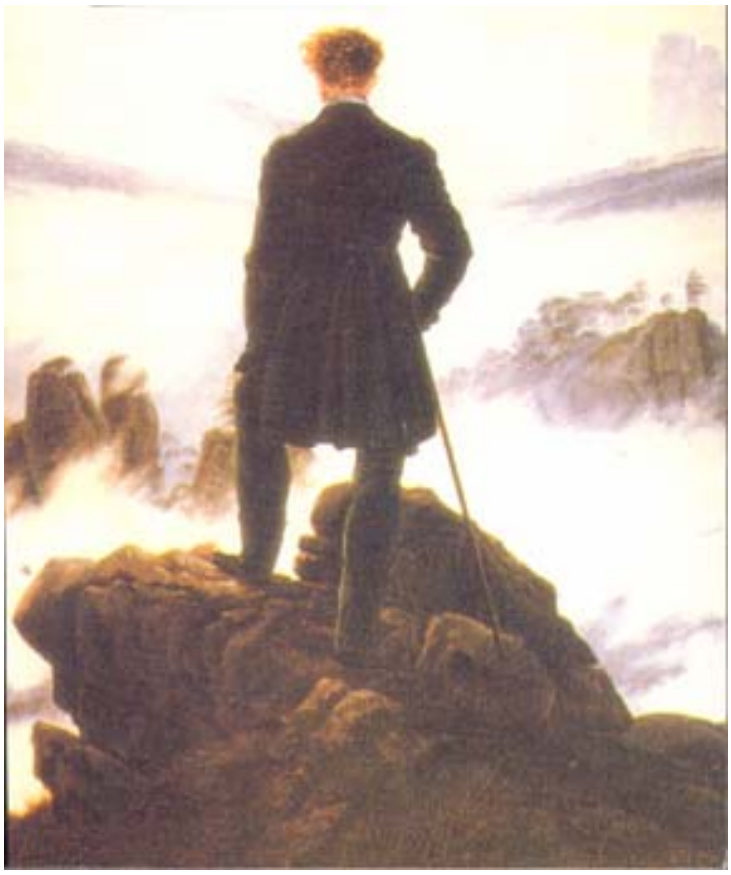
LIBROdot.com

H.G. Wells

Una Utopía moderna



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

ÍNDICE

Nota al lector
Una Utopía moderna
El Poseedor de la Voz
1°. Consideraciones topográficas
2°. Acerca de las libertades
3°. Aspectos económicos de Utopía
4°. La voz de la Naturaleza
5°. Fallos de una Utopía moderna
6°. Las mujeres en una Utopía moderna
7°. Algunas impresiones de Utopía
8°. Mi doble utópico
9°. Los samurais
10°. Las razas en Utopía
11°. Estalla la burbuja

Apéndices
El Escepticismo del Instrumento
Introducción a *Utopía,* de Tomás Moro

NOTA AL LECTOR

Con el presente volumen termina probablemente la serie de escritos, aparte de ciertos ensayos sueltos, de los que mis *Anticipaciones* fueron el principio. Era mi primera intención la de que las *Anticipaciones* fuesen la única excursión que quería permitirme por campos extraños a mi arte y oficio habituales; juzgadme, pues, como queráis. Yo redacté aquellas disertaciones con el objeto de arrojar, para mi propio uso, alguna claridad sobre innumerables cuestiones políticas y sociales, asuntos que había de abordar necesariamente en el curso de mis trabajos y que me afligía mucho desflorar por incidencia, de una manera estúpidamente fortuita, tanto más cuanto que nadie, a mi entender, las había tratado en forma que satisficiese mis exigencias. Sin embargo, mis *Anticipaciones* no llenaron exactamente el fin que me propusiera y no agotaron, ni mucho menos, el tema. Mis dificultades cerebrales son vacilantes y tardías, de modo que, al dar por terminada mi empresa, me percaté entonces de que me quedaban por exponer y resolver la mayor parte de los problemas. Por eso ensayé en *Mankind in the Making* el pasar revista a la organización social, pero considerándola esta vez como un proceso educador y no como una cosa que encerrase en sí un porvenir histórico. Si, desde el punto de vista literario, es esta obra menos satisfactoria que la primera (así lo pienso), creo, en cambio, que mi inhabilidad resulta más instructiva, por lo menos en cuanto a lo que a mí me concierne. Me arriesgo a tratar diferentes temas con más franqueza que en las *Anticipaciones,* y si, como consecuencia de este segundo esfuerzo, he perpetrado buen número de páginas bastante mal pergeñadas, en compensación se han desarrollado considerablemente

mis opiniones y se han fijado, hasta el punto de haber adquirido yo cierta evidencia o convicción personal sobre la que me apoyaré de hoy en adelante. En la presente obra pretendo solucionar diversos problemas olvidados o nada más que enunciados en los volúmenes precedentes, corregir algunas imperfecciones de detalle y trazar el cuadro general de una Utopía que, durante tales especulaciones, se ha dibujado en mi espíritu como un orden de cosas posible y preferible desde luego a este mundo en que vivo. Pero este libro me ha hecho recaer en el estilo imaginativo. En los dos precedentes fue tratada la organización social de un modo puramente objetivo; en éste mis ambiciones son más vastas y profundas, por cuanto he ensayado pintar no un simple ideal, sino un ideal reaccionando sobre dos personalidades. Además, como esta obra será seguramente la última de este género que publicaré, la he informado, como he podido, de ese escepticismo metafísico y herético sobre el cual descansa todo mi pensamiento, y he añadido algunos comentarios críticos acerca de los métodos habituales de la ciencia económica y sociológica...

Sé que estas últimas palabras no atraerán al lector ligero e inconstante. Me he esforzado en dar a este libro, en su conjunto, toda la claridad y todo el atractivo que la materia de que trata consiente. Deseo que guste al mayor número de lectores, pero sólo puedo prometer disgusto y despecho a quien se proponga ojear aquí y allá las páginas, para asegurarse previamente de si estamos de acuerdo, a quien empiece a leer por la mitad del libro y a quien no dedique a la lectura de éste una atención viva y continuada. Si no experimentáis ya alguna curiosidad ilustrada hacia las cuestiones sociales y políticas, si no estáis acostumbrados ya a pesar y a examinar vuestras ideas y vuestras opiniones, no hallaréis en este libro ni interés, ni placer. Si poseéis sobre tales problemas «convicciones formadas», perderéis el tiempo leyendo estos capítulos. Es más, aún estando preparados y bien dispuestos, habréis de acoger con paciencia el método particular que he adoptado esta vez.

Este método presenta un aspecto raro, pero no es tan caprichoso como lo parece. Aun ahora que el libro está concluido, considero ese método como el medio mejor de alcanzar una especie de vaga lucidez, objetivo que he perseguido siempre. He trazado diferentes bocetos de una obra utópica antes de escoger el presente. En un principio rechacé la forma de ensayo argumental, que tanto seduce al llamado lector serio y que, por regla general, es un parásito intolerablemente solemne de todas las grandes cuestiones. Este lector quiere que todo se destaque en líneas espesas y duras, negro sobre blanco, que todo sea resuelto por un sí o por un no, porque es incapaz de imaginar la cantidad de cosas imposibles de explicar de esa manera. Por esto no malgasta su atención, dedicándola a aquello que signifique la menor irregularidad, a aquello que revele lo ilimitado, a aquello que haga sospechar la traza de la ironía o de la malicia, a aquello que se expone con alguna complejidad. Semejante individuo parece cimentado intelectualmente sobre la inquebrantable seguridad de que el Espíritu Creador no sabe contar más allá de dos, y, así, procede sólo por alternativas. Ni por un instante he soñado en gustar a este género de lectores, pues incluso si yo les ofreciese mis cristales, triclínicos, para los sistemas de cubos... ¡No, en verdad, saldría yo perdiendo! Habiendo, pues, renunciado a la forma de ensayo del género serio, empleé muchos meses en buscar a tientas el plan de mi libro. Probé el conocido método de apreciar las cuestiones desde dos puntos de vista divergentes, sistema que me atrajo siempre, pero del que nunca logré servirme, sistema cuyo producto es la novela de controversia con su vieja forma de diálogo, desarrollada a la manera de Peacock (y también de Mallock). Para adoptar esta norma había de atestar el libro de personajes superfluos y complicar inútilmente la intriga. Luego pensé en aplicar una

fórmula que recordase la doble personalidad del Johnson de Boswell, algo así como un monólogo con su comentario. Esta fórmula abarca parte de lo que deseaba yo, pero tampoco respondía concretamente a mi intención. El lector experimentado comprobará que, de haberse omitido ciertos elementos metafísicos y especulativos y desarrollado los incidentes, este libro habría quedado reducido evidentemente a las dimensiones de una simple narración. Pero yo carecía de humor para efectuar selección semejante. Por otra parte, no veo por qué razón haya de preocuparme por alimentar complaciente el apetito vulgar hacia las historias más o menos fantásticas y novelescas. En resumen, acabé por producir este libro tal y como es. Y doy estas explicaciones para hacer comprender claramente al lector que, por caprichosa que parezca mi obra en el primer examen de ella, es, sin embargo, el resultado de un esfuerzo laborioso y reflexivo, y que la concebí para que fuera como es. Del principio al fin he tejido una especie de abigarrada tela, de cambiantes reflejos, mezclando la discusión filosófica con la narración imaginativa.

H. G. WELLS

UNA UTOPÍA MODERNA

I

EL POSEEDOR DE LA VOZ

Hay cierto género de obras, y ésta se cuenta entre ellas, en las que es mejor empezar por el retrato del autor, único modo de evitar toda equivocación que, de otra suerte, parecería muy natural. De un extremo a otro de estas páginas se destaca, distinta y personal, una nota que, a veces tiende a la estridencia, y esa nota que no aparece en cursiva, como este preámbulo, la profiere una Voz. Luego esta Voz, y en ello radica lo singular del caso, no debe ser considerada como la voz del autor de este libro. Desechad, pues, toda preocupación respecto al asunto y representaos al Poseedor de la Voz como un individuo rechoncho y palurdo, de estatura y edad inferiores a la mediana, con esos ojos azules que tienen muchos irlandeses, ágil en los movimientos y dotado de una pequeña calvicie o tonsura que podría cubrirse con una moneda de un penique. Su frente es convexa. Como la mayor parte de nosotros se encorva y dobla el espinazo, pero, por lo demás, se porta tan valientemente como un verdadero gorrión. A veces su mano se entreabre con gesto vacilante para subrayar una frase. Su Voz, que será de ahora en adelante nuestro guía, tiene un molesto timbre de tenor y, en ciertos momentos, es tan desagradable como agresiva. De acuerdo ya en esto, imaginaos al individuo sentado junto a un pequeño escritorio y leyendo el manuscrito de una disertación sobre las utopías, manuscrito que sostiene entre sus manos, hinchadas hacia las muñecas. En esta actitud se le encuentra al levantarse el telón; y si los anticuados procedimientos de este género literario acaban por prevalecer, haréis con el citado sujeto curiosas e interesantes experiencias. De vez en cuando le veréis alzarse y volver luego junto a la mesita, siempre con su manuscrito en la mano, y reanudar concienzudamente la escritura de sus razonamientos sobre la Utopía. La recreación que se os ofrece aquí no es, pues, el drama

sabiamente urdido de la obra imaginativa que estáis acostumbrados a leer, ni el sentencioso resumen de la conferencia que tenéis la costumbre de evitar, es un compuesto híbrido de ambas formas. Si os imagináis al Poseedor de la Voz sentado en un estrado, con aspecto un tanto nervioso y modesto, ante una mesa sobre la que se destacan el vaso de agua con azucarillos y otros accesorios, y consentís en ver a mí sólo al presidente que insiste con terca crueldad sobre la importancia de «algunas palabras» de presentación que debe pronunciar antes de eclipsarse entre bastidores; si, además, suponéis que tras de nuestro amigo hay un blanco lienzo sobre el cual irán apareciendo con intermitencias escenas animadas; y si, finalmente, admitís que el propósito de ese hombre sea la narración de las aventuras de su alma entre las investigaciones utópicas, estaréis dispuestos cuando menos a disculpar algunas de las asperezas de esta obra que, careciendo quizá de mérito, es, sin embargo, bastante original.

Frente al escritor aquí presentado, se halla un personaje terrestre que no acierta a afirmar su personalidad sino mediante una complicación previa, que el lector perdonará seguramente. A este personaje se le menciona con la denominación de «botánico»; es más delgado, más alto, más grave y mucho menos locuaz que el otro. Sus cabellos son de un rubio claro, grises sus ojos, su rostro mustio y de una belleza enclenque. Diríais que padece dispepsia y acertaríais. Los hombres de este tipo - declara el Presidente en un paréntesis indiscreto- son quiméricos, pero con cierta mezquindad; procuran disimular y formular a la vez sus deseos sensuales so capa de un sentimentalismo exagerado; ellos mismos se crean enredos y resabios prodigiosos con las mujeres, y de este vicio está exento nuestro personaje. Ya se os contarán sus chismes de ese jaez, puesto que, realmente, son la característica de las gentes de su especie. Nunca toma la palabra en este libro; la Voz que oiréis es siempre la del otro, pero en algunos apartes y en algunas entonaciones atraparéis mucho de la materia y algo de la manera de las interpolaciones del «botánico».

Este esquema es necesario para presentar a los exploradores de la Utopía moderna, que se desenvolverá como un telón de fondo ante los dos investigadores. Una especie de espectáculo cinematográfico. Nuestros dos personajes se moverán en el círculo de luz proyectado por una linterna bastante defectuosa; a veces el aparato no estará apunto y reflejará una imagen borrosa y confusa, pero en otras acertará a reproducir sobre la pantalla una silueta animada y pasajera del estado de cosas utópico. Tal vez la imagen se oscurezca completamente, pero... la Voz censura y discute, las luces de las candilejas reaparecen... Henos ya en situación de escuchar las lucubraciones del rechoncho hombrecillo... Se ha levantado el telón.

CAPÍTULO PRIMERO

CONSIDERACIONES TOPOGRÁFICAS

1

La Utopía que esboza un soñador moderno debe diferenciarse esencialmente de los hombres de Ninguna Parte y de las Utopías que han acariciado antes de que Darwin acelerase el pensamiento del mundo. Estos estados imaginarios eran perfectos y estáticos, con un equilibrio de dicha logrado para siempre sobre las fuerzas de agitación y de desorden que son inherentes alas cosas humanas. Se admiraba una sencilla y sana generación gozando de los frutos de la tierra en un ambiente de virtud

y de felicidad, a cual generación seguirían otras, asimismo virtuosas y felices, enteramente semejantes las unas a las otras hasta que los dioses se cansasen de esta monotonía. Todo cambio y todo desarrollo quedaban por siempre limitados y contenidos por inquebrantables diques. La Utopía moderna no debe ser estática, sino cinética; no puede tomar una forma inmutable, pero debe aparecérsenos como una fase transitoria a la que seguirá una serie de fases que la irán transformando sin cesar. En nuestros días no solemos resistir a la gran corriente de las cosas, ni siquiera la atajamos, antes al contrario, nos dejamos arrastrar por ella. No construimos fortalezas, pero sí buques que continuamente evolucionan. En vez de una organización metódica de ciudadanos que gocen de una igualdad de dicha garantía y asegurada para ellos y sus descendientes hasta la consumación de los siglos, necesitamos establecer «un compromiso simple y elástico en el cual y perpetuamente la sucesión de nuevas individualidades tienda, lo más eficazmente posible, hacia un desarrollo inteligente y progresivo». Esta es la diferencia primera y más esencial que ha de existir entre una Utopía basada sobre las concepciones modernas y todas las Utopías escritas en tiempos pasados ya.

Nuestra misión aquí es la de ser utopista, de animar y hacer creíble, en la medida de nuestras fuerzas, primero una faceta y luego otra de un mundo imaginario perfecto y dichoso. Nuestra intención deliberada es la de mostrar las cosas, no, en verdad, irrealizables, pero desconcertantes seguramente, subiendo para ello todas las escaleras que unen el hoy con el mañana. Por un momento vamos a volver la espalda al obsesionante examen de «lo que existe», para dirigir nuestras miradas hacia espacios más puros y libres, hacia los espacios más vastos de «lo que puede existir», hacia la concepción de un estado o de una ciudad que «valga la pena», hacia la proyección sobre el espejo de nuestras fantasías de un cuadro de vida posible hipotéticamente y que valga, más que la nuestra, la pena de ser vivida. Tal es la obra que nos proponemos; y empezaremos por enunciar ciertas proporciones primordiales, precisas, para partir luego a la exploración de la especie de mundo que esas proposiciones nos ofrecen...

Esta empresa es ciertamente una empresa optimista. Pero bueno es librarse, siquiera un instante, de la nota crítica que ha de sonar indefectiblemente cuando discutamos nuestras imperfecciones actuales; bueno es evitar las dificultades prácticas y las trabas de los procedimientos y de los medios; bueno es detenerse al borde del sendero, dejar la mochila en tierra, enjugarse la frente y hablar un poco de las escabrosas vertientes de la montaña que tratamos de escalar y que los árboles nos ocultan a la vista.

Prescindiremos de buscar un sistema o un método. Es esta una diversión de vacaciones que nos prometemos, lejos de los políticos, de sus agitaciones y de sus programas. Sin embargo, habremos de imponernos ciertas limitaciones. Si tuviésemos la libertad de divagar a nuestras anchas, seguiríamos a William Morris hacia su Ninguna Parte; cambiaríamos al par la naturaleza del hombre y la naturaleza de las cosas; haríamos que la raza entera fuese sabia, tolerante, noble, perfecta; aclamaríamos una anarquía espléndida que permitiese a cada uno hacer lo que quisiera, sin que nadie se complaciese en el mal en un mundo esencialmente bueno, tan perfecto y tan asoleado como el Paraíso antes de la caída de nuestros primeros padres. Pero esta edad de oro, este mundo ideal se halla fuera de las condiciones del tiempo y del espacio. En el tiempo y en el espacio la universal Voluntad de vivir sostiene eternamente la perpetuidad de lucha. Nuestro proyecto se basa sobre un plan algo más práctico. En principio nos restringiremos a los límites de la posibilidad

humana, tal y como los conocemos hoy; luego abordaremos toda la inhumanidad, toda la insubordinación de la naturaleza. Bosquejaremos nuestro Estado universal con estaciones variables, catástrofes repentinas, enfermedades, bestias y sabandijas hostiles y hombres y mujeres sujetos a las pasiones y las variaciones del humor y el deseo, semejantes a las nuestras. Además, nosotros aceptaremos este mundo de conflictos sin afectar hacia él actitud alguna de renunciación, y le haremos frente sin espíritu ascético, pero según el carácter de los pueblos occidentales cuyo objetivo es el de sobrevivir y triunfar. Todo esto lo adoptaremos, siguiendo el ejemplo de aquellos que no se ocupan de Utopías, pero sí del mundo de Aquí y Ahora.

Sin embargo, ateniéndonos a los buenos precedentes, nos tomaremos ciertas libertades con respecto a los hechos actuales. Confesamos que la tónica del pensamiento puede ser distinta de la que se advierte en nuestro mundo. Nos permitiremos el libre manejo del conflicto mental en la vida, dentro de los límites de las posibilidades del espíritu humano tal y como le conocemos. Nos arrogaremos igual permiso con respecto a todo el organismo social que el hombre ha fabricado, por decirlo así, para su uso; las casas, los caminos, los trajes, los canales, la maquinaria, las leyes, las fronteras, los convencionalismos y las tradiciones, las escuelas, la literatura, las organizaciones religiosas, las creencias, las costumbres, todo aquello, en fin, cuya transformación entra de hecho en el poder del hombre. Tal es, en verdad, la hipótesis capital de todas las especulaciones utópicas antiguas o modernas; la República y las Leyes de Platón, la Utopía de sir Thomas More [Tomás Moro], la Altruria atribuida a Howells, la Boston futura de Bellamy, la Gran República Occidental de Comte, la Comarca Libre de Hertzka, la Icaria de Cabet y la Ciudad del Sol de Campanella levantáronse, como levantaremos nosotros nuestra Utopía, sobre esta hipótesis de la completa emancipación de una comunidad de hombres libres de la tradición, de las costumbres, de los lazos legales y de esa servidumbre más sutil que implica toda posesión. Una gran parte del valor esencial de esas especulaciones reside en la indicada hipótesis de emancipación, en ese respeto de la libertad humana, en esa perpetua necesidad de nuestra naturaleza que la mueve a escapar a sí misma, en esa facultad de resistir a la casualidad del pasado y de acometer, persistir y vencer.

2

Existen también limitaciones artísticas bien definidas.

Las especulaciones utópicas parecen inevitablemente algo áridas y tenues. Su común defecto es, en general, el de la inercia. La sangre, el calor, la realidad de la vida faltan en ellas totalmente: o existen individualidades, pero sí individuos generalizados. En casi todas las utopías, salvo quizás en *Noticias de Ninguna Parte,* de William Morris, se advierten edificios magníficos pero sin originalidad, culturas perfectas y simétricas y una multitud de gentes sanas, dichosas, soberbiamente vestidas, pero sin ningún carácter distintivo personal. Las más de las veces, la imagen evocada semeja la «clave» de uno de esos grandes cuadros que representan coronaciones, bodas reales, parlamentos, conferencias o asambleas, cuadros que estuvieron muy en boga bajo el reinado de Victoria; en la citada «clave» se substituye la cabeza de cada figura por un óvalo que encierra un número para consultar la lista confeccionada *ad hoc* donde constan los nombres de los personajes. Esas ringleras de

óvalos nos infunden invenciblemente una impresión de irrealidad, y no se yo cómo podré escapar a esta impresión; en todo caso, es ello una desventaja que se ha de aceptar quieras o no. Toda institución que ha existido o que existe, por irracional y absurda que parezca, posee, en virtud de su contacto con las individualidades, una realidad y una rectitud que cosa alguna, no sujeta a prueba, puede tener; todas han madurado, todas han recibido su bautismo de sangre, todas han sido pulidas y manoseadas por el constante sobo, y sus contornos se han redondeado o dentellado según su contacto con la vida; todas se han empeñado quizá con una bruma de lágrimas. Pero la cosa simplemente enunciada, simplemente sugerida, por racional y necesaria que sea, parece extraña e inhumana en sus líneas claras, duras, inflexibles y con sus superficies y sus ángulos bien determinados.

No hay remedio. El Maestro sufre como el último y más pequeños de sus sucesores. A pesar de cuanto tiene de humano el procedimiento dramático del diálogo, dudo yo de que nadie haya experimentado jamás el deseo de ser un ciudadano de la República de Platón; yo me pregunto, ¿quién podría soportar durante un mes la implacable publicidad de la virtud, imaginada por sir Tomás Moro...? Nadie se resignaría a vivir en una comunidad de todos los instantes, a menos que le incitaran a ello las individualidades con quienes se encontrare. Ese conflicto fertilizante de las individualidades es precisamente el objeto de la vida personal, y todas nuestras utopías se reducen, en realidad, a meros proyectos de perfeccionamiento de las indicadas relaciones. Por lo menos así se presenta la vida, y cada día más, ante las inteligencias modernas. Nada nace a la vida sin intervención de las individualidades, y, cuando se rompe el espejo del menor de los espíritus individuales, cesa un Universo.

3

El plan de una Utopía moderna exige, por lo menos, un planeta. Hubo un tiempo en el que una isla o un valle oculto entre las montañas procuraban el aislamiento suficiente para que se mantuviera exenta de la influencia de las fuerzas exteriores una organización política; la República de Platón estaba sobre las armas, dispuesta a la defensiva; la Nueva Atlántida y la Utopía de Moro se mantuvieron en teoría, como la China y el Japón se mantuvieron en la práctica durante siglos, libres de toda intrusión. Ejemplos tan recientes como el satírico Erewhon, de Samuel Butler, y la comarca de África Central donde las funciones sexuales estaban perturbadas, del señor Stead, establecieron, como una regla sencilla y eficaz, la costumbre tibetana de condenar a muerte a todo visitante curioso. Pero la tendencia del pensamiento moderno es por completo opuesta la conservación de esos recintos amurallados. En nuestros días se sabe de una manera cierta que, por sutilmente organizado que se halle un estado, la epidemia, la barbarie o las exigencias económicas reúnen sus fuerzas alrededor de las fronteras de aquél para destruirlas y franquearlas. La rápida marcha de las invenciones favorece al invasor. En la actualidad quizá pudiera ser defendida una montaña rocosa o un desfiladero estrecho; pero, ¿qué pasará ese mañana próximo en el que la máquina voladora hendirá los aires y podrá descender allí donde se le antoje? Un estado bastante poderoso para permanecer aislado en las condiciones modernas, sería también lo bastante poderoso para gobernar el mundo, y de no gobernarlo efectivamente, de hecho, por lo menos habría de otorgar su consentimiento pasivo e indispensable a todas las demás organizaciones humanas,

siendo, por consiguiente, el responsable de todas ellas. Tal estado habría de ser un Estado Mundial.

No hay, pues, sitio para una Utopía moderna, ni en África Central, ni en la América del Sur, ni alrededor del Polo, esos últimos refugios de la Idealidad. La isla flotante de *La Cité Morellyste* tampoco nos sirve. Nos hace falta un planeta. Lord Erskine, autor de una Utopía («Armata»), y a quien quizás inspiró Hewins, fue el primero de los utopistas que se percató de aquella necesidad; Erskine juntó polo con polo, por una especie de cordón umbilical, sus planetas mellizos. Pero la imaginación moderna, obsesionada por la física, debe ir aún más lejos.

Más allá de Sirio, en las profundidades del espacio, más allá del alcance de un proyectil que viajase millones de años, más allá de lo que a simple vista se puede vislumbrar, titila la estrella que es el sol de *nuestra* Utopía. Para aquellos que saben hacia dónde deben mirar y ayudándose con un buen telescopio, aparece dicho astro, con otros tres aparentemente agrupados a su alrededor, como una mancha de luz. En derredor de ese sol giran los planetas, unos planetas semejantes a los nuestros, pero que cumplen un diferente destino; en medio de los planetas se encuentra Utopía con su hermana luna. Es un planeta idéntico al nuestro, con los mismos continentes, las mismas islas, los mismos océanos y mares, hay asimismo un bellísimo Fujiyama dominando a otro Yokohama, y otro Matterhorn domina el helado desorden de otro Teódulo. Hasta tal punto se semeja al nuestro este planeta, que un botánico encontraría allí cada una de las especies terrestres, hasta la menor planta acuática o la más rara flor alpina...

¡Sin embargo, cuando el botánico hubiera cogido la flor y emprendido el camino del regreso, quizá no habría hallado su albergue!

Supongamos ahora que dos de entre nosotros se viesen realmente sujetos a esta sorpresa. Y digo dos, porque aventurarse en un planeta extraño -aunque estuviere enteramente civiliza do- sin el apoyo de un compañero familiar, sería exigir demasiado, incluso el más probado valor. Figuraos que estamos escalando una alta garganta de los Alpes y que, no siendo yo bastante botánico, además de estar sujeto al vértigo en cuanto me asomo al abismo, no encuentro materia censurable en mi compañero a pesar de su caja de hierbas, que lleva en bandolera, siempre que esta caja no tenga ese abominable color verde manzana tan popular en Suiza. Hemos subido, caminado y botanizado; hemos reposado después, y, sentados entre las rocas, hemos devorado nuestro almuerzo frío, vaciado nuestra botella de Yvorne, entablado conversación sobre el tema de las utopías y enunciado todas las proposiciones que acabo de emitir. Yo mismo me veo sobre el pequeño montículo del paso de Lucendro, sobre la prolongación del Piz Lucendro donde otras veces almorcé y charlé alegremente. Nuestras miradas se extienden sobre el valle Bedretto, en tanto que Villa, Fontana y Airolo tratan de esconderse a nuestros ojos entre los repliegues de la montaña, a mil doscientos metros más abajo, verticalmente. *(Linterna.)* Mediante ese absurdo efecto de proximidad que se advierte en los Alpes, veremos a unas doce millas de distancia el pequeño tren que desciende el Biaschina y rueda hacia Italia. La garganta de Lukmanier, más allá de Piora, a nuestra izquierda, y, a nuestra derecha, San Giacomo, aparecen bajo nuestros pies como simples senderos...

Y, ¡crac!, en un abrir y cerrar de ojos henos transportados a este otro mundo.

Apenas si notamos el cambio. Ni una nube se ha movido del cielo. Quizá la ciudad lejana, que bajo nosotros se extiende, toma otro aspecto, que nota mi amigo el

botánico, acostumbrado a observarla con atención; el tren ha desaparecido ya del cuadro y en las praderas de Ambri-Piotta el cauce estrecho, encajonado, del Tesino se ha modificado un tanto, pero a esto se reducen los cambios visibles. No obstante, tenemos, aunque de una manera oscura y vaga, la conciencia de que existe una variación en las cosas.

Cediendo a sutil atracción, los ojos del botánico se dirigen hacia Airolo.

-¡Es caprichoso! -exclama con un tono de perfecta indiferencia-. Nunca había notado que hubiese esa construcción ahí, hacia la derecha...

-¿Cuál?

-Esa, a la derecha.

-Ya veo, sí. Es verdaderamente extraordinaria y soberbia. Yo me pregunto que...

Algo debió interrumpir nuestras especulaciones utópicas. Descubrimos en seguida que las pequeñas ciudades del llano se han transformado, pero, ¿de qué manera? Al atravesarlas no nos fijamos en ellas lo suficiente para apreciar ahora su transformación. La impresión es indefinible; advertimos como un cambio en el carácter de su agrupación y de sus pequeñas formas lejanas.

Sacudo algunas migas de pan que habíanme caído sobre el pantalón, y, por décima u oncena vez, repito.

-¡Es fantástico!

En seguida hago el ademán de levantarme. Henos ya de pie y estirándonos. Algo intrigados nos dirigimos en busca del sendero que baja por entre grandes peñascos desprendidos, rodea el lago tranquilo y límpido y desciende hasta el Hospicio de San Gotardo.

Admitamos que, por suerte, dimos con el sendero, pero es el caso que, mucho antes de llegar al Hospicio y antes también de desembocar en la carretera, observamos señales seguras e indica doras de que el mundo de los hombres ha sufrido profundas transformaciones; la pequeña cabaña de piedra que se destacaba en el hueco del desfiladero, ha desaparecido o ha cambiado singularmente; las cabras que hay sobre las rocas y la primitiva choza cercana al puente de piedra no son ya las mismas.

Y de pronto, asombrados y aturdidos, nos encontramos con un hombre -no un suizo- arrebujado en insólitas vestiduras y que se expresaba en lenguaje raro.

4

A prima noche estamos ya sumidos en la más honda estupefacción; sin embargo, aún aumenta ésta cuando mi compañero hace un descubrimiento, el más inesperado. Alzando la cabeza, y con ese golpe de vista seguro del hombre que conoce las constelaciones hasta la última de las letras del alfabeto griego, mira hacia arriba y... lanza una exclamación, que os dejo adivinar. De momento, no cree en lo que ven sus ojos. Le pregunto yo la causa de su embobamiento y me contesta explicándose con dificultad. Inquiere donde se halla Orión, y lo efectúa con ciertas maneras que me parecen muy singulares. Miro a mi vez y no veo la estrella. Procuro distinguir la Osa Mayor, y la Osa Mayor ha desaparecido. «¿Adónde, diablo, habrán ido?», demando

yo, tratando de encontrarlas entre las multitudes estrelladas. Poco a poco se apodera también de mí el arrobo de mi amigo.

Entonces, y por primera vez, comprendemos, al contemplar aquel firmamento extraño para nosotros, que ha sobrevenido un cambio -un cambio que hemos sufrido el mundo y nosotros mismos- y que hemos caído en las más extremas profundidades del espacio.

5

Suponemos que no sobrevendrá dificultad alguna lingüística. El mundo entero habla una lengua única -esto es elemental utópicamente- y, puesto que estamos libres de toda traba respecto a la verosimilitud de la narración, supondremos también que poseemos dicha lengua universal lo bastante para entenderla. Este maldito obstáculo del lenguaje, esa expresión hostil que vemos en los ojos del extranjero y que parece decir: «Soy sordo y mudo para vos, señor, por consiguiente soy vuestro enemigo», son el primero de los defectos y la primera de las complicaciones a los cuales escapamos al huir de la Tierra.

Pero, ¿qué especie de lenguaje hablaría el mundo si el milagro de Babel se hallase a punto de reproducirse a la inversa?

Si se me permite utilizar una imagen atrevida, y proceder con libertad medieval, yo pensaría que en este lugar solitario el Espíritu de la Creación nos hace estas confidencias:

-Sois hombre prudentes -declara el citado Espíritu- y yo, ser desconfiado, susceptible y serio hasta el exceso, a pesar de mis disposiciones hacia la gordura, huelo la ironía (en tanto que mi compañero se envanece del cumplimiento), sois hombres sabios, y, precisamente para la manifestación de vuestra sabiduría ha sido creado el mundo. Vosotros abrigáis el laudable propósito de acelerar la múltiple y enojosa evolución en la que yo trabajo. Convengo en que os sería útil una lengua universal en el momento preciso. Por ahora y en tanto que resida yo aquí, en medio de estas montañas -ahí tenéis uno o dos montículos que estoy limando y cincelando para que sobre ellos puedan surgir vuestros hoteles-, ¿queréis tener la bondad de ayudarme...? ¿Queréis algunas indicaciones... algunas advertencias... algunas ideas?

El Espíritu de la Creación sonríe un instante con sonrisa parecida a la brisa que disipa las nubes. La soledad de la montaña se ilumina radiosamente. (¿Conocéis esos rápidos momentos en que la claridad y el calor pasan sobre los lugares desolados y desiertos?)

Después de todo, ¿por qué la sonrisa del Infinito había de infundir la apatía en los dos hombres que le contemplaban? Nosotros estábamos allí con nuestras cabezotas testarudas, nuestros ojos, nuestras manos, nuestros pies y nuestros corazones robustos, y, si no nosotros ni los nuestros, al menos las infinitas multitudes que nos rodean y que llevamos en germen en nuestros riñones, verán al fin la realización del Estado Mundial y la instauración de una fraternidad más grande y de una lengua universal. Abordemos esta cuestión en la medida de nuestras fuerzas, si no para resolverla, para ensayar una aproximación hacia el mejor resultado posible. Este es en suma nuestro objetivo: imaginarlo mejor y esforzarnos para conseguirlo; sería una locura y una

falta imperdonable la de abandonar ese esfuerzo so pretexto de que el mejor de los mejores entre nosotros parece mezquino en medio de los soles.

Luego vos, como botánico, ¿os inclinaríais hacia cualquier cosa *científica,* como ahora se dice?... Veo que fruncís las cejas por ese epíteto ofensivo, y os concedo desde luego mi inteligente simpatía, aunque el «seudocientífico» y el «cuasicientífico» escuezan todavía más la piel. Vosotros os ponéis a hablar y no acabáis de lenguas científicas, del Esperanto, de la Lengua Azul, del Nuevo Latín, del Volapuk de lord Lytton, de la lengua filosófica del arzobispo Whateley, de la obra de lady Welby sobre los significados, y de qué se yo qué más. Vosotros me elogiáis la notable precisión, las cualidades enciclopédicas de la terminología química, y esta palabra de terminología me sugiere un comentario sobre un eminente biólogo americano, el profesor Mark Baldwin, quien ha colocado la lengua biológica en tales alturas de claridad de expresión que resulta triunfal e invenciblemente ininteligible. (Lo cual prefigura la línea de mi defensa.)

Vosotros sostenéis vuestro ideal, pedís la lengua científica, sin ambigüedad, tan precisa como una fórmula matemática en la que todos los términos tienen entre sí relaciones lógicas y exactas. Queréis una lengua con todas las declinaciones y conjugaciones estrictamente regulares, con construcciones rigurosamente fijas, en la que cada palabra se distinga netamente de la otra tanto en la pronunciación como en la ortografía.

Realmente, este es el lenguaje que se oye reclamar por ahí, y vale la pena de examinar aquí ese postulado, aunque solo fuere por la razón de que se funda sobre implicaciones que exceden con mucho el dominio del lenguaje. A decir verdad, implica ello desde luego casi todo lo que nosotros pretendemos repudiar en esta obra particular. Implica que la base intelectual de la humanidad está establecida, que las reglas de la lógica, los sistemas de numeración, de peso y de medida, las categorías generales y los esquemas de semejanza y de diferencia están fijados perennemente para el espíritu humano, un triste comtismo de la más triste especie. Pero, en verdad, la ciencia de la lógica y la medida entera del pensamiento filosófico, tal como los hombres lo han cultivado desde Platón y Aristóteles, no tienen más permanencia esencial que el gran Catecismo Escocés como expresión final del espíritu humano. De entre el lodo del pensamiento moderno resucita una filosofía, muerta y enterrada hacía mucho tiempo, como un embrión ciego y casi informe al que pronto acudirán la vista, la forma, el poder, una filosofía en la cual se niega la precedente afirmación.[1]

Debo advertiros que, de un extremo a otro de nuestra excursión utópica, sentiréis el empuje y la agitación de este movimiento insurreccional. Este «Único», que emplearemos frecuentemente, es el embrión informe en el que se desarrollan poco a poco los órganos, órganos monstruosos quizá; surgido del abismo, os muestra ya los reflejos de su luciente piel, y la afirmación persistente de la individualidad y de la diferencia individual como significación de la vida, os revelará la contextura de su cuerpo. Nada dura, nada es preciso y cierto (salvo cierto espíritu pedante), y admitir la perfección es olvidar la ineludible exactitud marginal que constituye la misteriosa e íntima cualidad del Ser. ¿El Ser, es verdad?... no hay ser, pero sí una sucesión de

[1] El lector serio puede consultar si lo desea las obras siguientes: *Use of Words in Reasoning,* de Sindgwick (especialmente); *Essentials of Logic,* de Bosanquet; *Principles of Logic,* de Bradley; y *Logik,* de Sigwart. El lector de espíritu menos técnico puede leer el artículo «Lógica» del profesor Case, en la *Enciclopedia Británica,* vol. XXX. Yo he añadido como Apéndice de esta obra un esquema filosófico leído ante la Sociedad Filosófica de Oxford en 1903.

individualidades. Platón volvió la espalda a la realidad, cuando se situó al frente de su museo de ideales específicos. A Heráclito, ese gigante desdeñado y mal interpretado, le llegará quizá su turno...

Nada de inmutable existe en cuanto conocemos. Pasamos de un resplandor más débil a un resplandor más fuerte; cada claridad más viva abre cimientos, hasta ahora opacos, y revela al exterior opacidades nuevas y diferentes. Nunca podemos predecir cuál de nuestras bases, seguras aparentemente, quedará afectada por la próxima mudanza. ¡Qué locura la de soñar en la delimitación de nuestros espíritus con palabras, por generalizadas que estén, y proporcionar una terminología y un idioma a los infinitos misterios del porvenir! Nosotros seguimos el filón, extraemos y acumulamos nuestro tesoro, pero, ¿quién puede denunciar la dirección que tomará el filón? El lenguaje es el alimento del pensamiento y sólo sirve en cuanto sufre la acción de las fuerzas metabólicas; se convierte en idea, vive, y el mismo acto de vivir le acarrea la muerte. Vosotros, hombres de ciencia, con vuestras locuras de desear una terrible exactitud en el lenguaje y fundamentos indestructibles establecidos «para siempre», estáis maravillosamente desnudos de toda imaginación.

La lengua de Utopía será, sin duda, una e indivisible; en la medida de las diferencias individuales de calidad, toda la humanidad será referida a la misma frase, a una resonancia común del pensamiento; pero el medio de expresión del que se servirán los humanos será siempre una lengua viva, un sistema animado de imperfecciones, que cada individuo modificará en proporciones infinitesimales. Merced a la universal libertad de cambio y de movimiento, la transformación continua del espíritu general de esta lengua será una transformación mundial: éste es el carácter de su universalidad. Yo me imagino este idioma unificado como una síntesis de idiomas. El inglés, por ejemplo, es una amalgama de anglosajón, franconormando y latín clásico, de la que resulta un habla más amplia, más poderosa y más bella que cada uno de los elementos que la constituyen. La lengua utópica puede asimismo presentar una unificación más vasta y encerrar en el cuadro de un idioma sin flexiones o casi sin ellas -como ya en el inglés se tiene una prueba-, un vocabulario abundante en el cual se habrán fundido una docena de lenguas, antes separadas, superpuestas al presentes y soldadas las unas a las otras a través de mezclas bilingües y trilingües [2] Ya en otro tiempo, hombres ingeniosos especularon sobre este tema; ¿qué lengua sobrevivirá? La cuestión estaba mal planteada. Yo creo ahora que la amalgama de diversas lenguas y su supervivencia en una hijuela común, es una hipótesis más factible.

6

Esta charla sobre las lenguas es una simple digresión. Quedamos en que seguíamos el vago sendero que rodea los bordes del lago de Lucendro y estábamos en el punto de nuestro encuentro con el primer utópico. No es éste suizo, hemos dicho; sin embargo, lo habría sido en la Tierra; ofrece los mismos rasgos, salvo una pequeña diferencia de expresión, el mismo físico, aunque algo menos desarrollado, y el mismo color. Tiene costumbres, tradiciones, conocimientos, ideas distintas, vestidos y

[2] Véase un excelente artículo de Léon Bollack, publicado en *La Revue* del 15 julio de *1903,* con el título de «La langue française en l'an 2003».

accesorios diferentes, y, no obstante, es el mismo hombre. Ya hemos estipulado claramente al principio que la Utopía moderna debía estar poblada por habitantes idénticos a los de este mundo.

Esta afirmación encierra en sí muchas más cosas de lo que a primera vista parece.

Desde luego, representa una oposición característica entre la Utopía moderna y las que la precedieron. Se trata de una Utopía mundial, nada menos, según hemos convenido; y, por consiguiente, habremos de aceptar el hecho de las diferencias de raza. Incluso en la República de Platón las clases inferiores no eran razas específicamente distintas. En nuestra Utopía, tan vasta como la claridad cristiana, se encontrarán los blancos y los negros, los rojos y los amarillos, todos los colores de la piel y todos los tipos de cuerpos y de caracteres. Acoplar sus diferencias es el asunto primordial, pero este tema no lo abordaremos ahora. Necesitaremos un capítulo entero sólo para echar un vistazo a la cuestión. Pero subrayamos, por el momento, este acuerdo: cada una de las razas vivientes sobre el planeta Tierra se halla en nuestro planeta utópico en el más estrecho paralelismo, con las mismas denominaciones, pero, según ya se ha dicho, con un conjunto enteramente diverso de tradiciones, ideales, pensamientos y tendencias, dirigiéndose bajo cielos diferentes hacia un destino más diferente todavía.

De ello se desprende un curioso proceso de desenvolvimiento para los convencidos de la unidad y de la significación única de las individualidades. Las razas no son mezclas claras y definidas, no son hordas de personas idénticamente similares, pero sí de subrazas, de tribus, de familias reunidas, cada una dulas cuales compone una unidad, y que a su vez se forman de unidades menores y así sucesivamente hasta llegar al individuo sólo. De manera que nuestra primera convención concluye en que cada montaña, planta, río y bestia terrestre se halla exactamente en este planeta utópico, paralelo a la Tierra, pero más allá de Sirio, y que todo hombre, mujer y niño habitantes en el mundo tienen también su paralelo en Utopía. Natural y forzosamente han de divergir los destinos de los dos planetas; en la Tierra morirán hombres que la sabiduría utópica habrá preservado, y, al revés, vivirán en la Tierra quienes en Utopía habrán sucumbido; estos hombres habrán procreado en la Tierra y en Utopía no, o a la inversa...; pero como este instante en que leéis, es el de nuestra partida, afirmamos por primera y última vez que las poblaciones de los dos planetas se hallan sobre la misma línea.

Nos vemos obligados en la hora actual a recurrir a una hipótesis de este género y no a otra, porque esta otra sería una Utopía de maniquíes, de muñecos parecidos a los ángeles, con leyes imaginarias adaptadas a gentes inverosímiles, en suma, una empresa sin interés.

Así podemos suponer que en el planeta utópico existen hombres como nosotros habríamos podido ser, más instruidos, mejor educados, empleando mejor nuestras facultades, más bellos, más activos (y yo me pregunto ¿qué hacen?). Usted, señor, y usted, señora, tienen también allí su contraparte, como todos los hombres y todas las mujeres que ustedes y yo conocemos. Dudo de que jamás tropecemos con estas dobles personalidades nuestras, y hasta ignoro si nos sería agradable tal encuentro; pero, al descender de las montañas desiertas hacia los caminos, los pueblos y las habitaciones de mundo utópico, veremos ciertamente aquí y allá caras que nos recordarán rostros de gentes conocidas y que han vivido casi bajo nuestras miradas.

Hay seguramente gentes a quienes no quisierais tropezar y otras a las que volveríais a ver con mucho gusto...

-¡Hay *Una* sobre todo...!

Este tipejo de botánico no quiere estarse quedo. Ha surgido entre nosotros, caro lector, como un interlocutor accidental. Yo no se quién me lo ha metido en la cabeza... Pero hele aquí, con migo, en Utopía, rodando velozmente desde los altos problemas especulativos para balbucear sus confidencias entrecortadas a íntimas. Manifiesta el botánico que no ha venido a Utopía para renovar sus pesares.

¿Qué pesares?

Yo protesto de que no abrigaba la intención de hacerle intervenir a él y sus pesares.

Se trata de un hombre de unos 39 años, al parecer, cuya vida no ha sido una tragedia ni una alegre aventura. Por efecto del contacto con la existencia, su figura ha adquirido una expresión interesante, pero sin carácter alguno de fuerza y de nobleza. Es algo refinado, posee quizá cierta experiencia de los pequeños deberes y de las penas mezquinas y es capaz de todos los pequeños valores civiles; ha leído más que ha sufrido, y sufrido más que obrado. Ahora me mira con sus ojos de un color gris azulado en los que se ha desvanecido todo interés por esta Utopía.

-Es un tormento -dice él- que sufrí por lo menos durante un mes o dos, en su período agudo. Creía yo que todo había concluido. Había una joven...

Es una sorprendente historia para oírla sobre la cresta de una montaña de Utopía, esa relación amorosa de Hampstead, esta historia de un corazón de Frognal.

-Frognal -dice-, es lugar donde se encontraban, y comparece ante mi memoria la palabra sobre un indicador en la curva de una nueva carretera recién trazada, una carretera estatal, con un panorama de villas desde la colina. El botánico había conocido a la muchacha antes de su nombramiento de profesor, pero la «parentela» de ella y la de él -hablaba con ese detestable dialecto de clase media en la cual tíos y gentes con dinero y derecho a la intervención son llamados «parentela»- se habían opuesto a la relación-. Creo -sigue el botánico- que la muchacha se dejaba convencer fácilmente, pero quizá sea injusto al afirmarlo. Ella pensaba demasiado en los demás. Si parecían afligidos, o si creían que tenían derecho...

¿He venido yo a Utopía para escuchar tales majaderías?

7

Es preciso dirigir los pensamientos del botánico por un camino más digno y rechazar sus lamentaciones, su mezquina e inoportuna historia de amor. ¿Se da cuenta de que estamos realmente en Utopía?

Vuelva su espíritu -le digo- hacia esta Utopía que le descubro, y deje para la Tierra esos tormentos terrenales. ¿Comprende usted hasta dónde nos conducen las bases fundamentales de una Utopía moderna? Todos los personajes de la Tierra deben hallarse allí indefectiblemente, todo pero con alguna diferencia. Allí están el señor Chamberlain, el rey (sin duda de incógnito), todos los pintores de la Real Academia, Sandow y Arnold White.

Pero estos nombres famosos nada sugieren al botánico.

Mi espíritu va de una a otra de estas eminentes y típicas personalidades y, por un instante, olvido a mi compañero. Embargan mi atención las curiosas acotaciones que este enunciado general entraña; habrán tal y tal. El nombre y la persona del señor Roosevelt ocupa el objetivo y relega a segundo término un ensayo de aclimatación del emperador de Alemania. ¿Qué hará al señor Roosevelt nuestra Utopía? A través de mi visión se desliza la imagen de una lucha ardiente, lucha entre aquél y los policías utópicos. Oigo su voz, es voz que, con sus invocaciones elocuentes ha agitado a millares de seres terrestres. Una orden de arresto, caída durante la lucha, yace a mis pies; recojo el papel y leo... pero, ¿es esto posible? «... Es culpable de haber pronunciado discursos sediciosos, excitando al suicidio de la raza, y provocando con ellos alteraciones en el equilibrio de la población»...

Un exceso de lógica nos ha llevado por esta vez a trazar fantasías caricaturescas. Se podría continuar en este tono y escribir una agradable y pequeña Utopía que, como las Sagradas Familias de los Primitivos, o el juicio final de Miguel Angel, reprodujesen los retratos de nuestros amigos, pero favorecidos discretamente. También podría emplearse de igual manera el Almanaque de Gotha y se obtendría así algo semejante a la visión de los grandes condenados que tuvo Epistemón, cuando

Jerjes era buhonero

y Rómulo salinero y remendón de sandalias...

¡Qué incomparable catálogo! Inspirados por la musa de la Parodia podríamos continuar atacando con las páginas del *Quién es quién* inglés y hasta con el *Tout-París,* el *Quién es quien* norteamericano, y emplear la más picarescas y extensas combinaciones. Ea, ¿dónde metemos a este excelente hombre?, ¿qué hacemos de esotro?, ¿qué del de más allá?...

Pero es poco probable que hallemos las contrapartes de estos personajes en el curso de nuestra expedición por Utopía, o que los reconozcamos en el caso de hallarlas. Dudo de que en el pla neta Utopía ocupen una situación análoga a la que ocupan en la Tierra las contrapartes de los grandes personajes terrenales. Los grandes hombres de esta Utopía, inexplorada todavía, quizá sean en el mundo palurdos de villorrio, en tanto que los cabreros y los oscuros analfabetos terrestres descuellen en los más elevados sitiales de Utopía.

Por todas partes se presentan agradables perspectivas, pero he aquí que mi botánico impone de nuevo su personalidad. Sus pensamientos han viajado por otros caminos que los míos.

-Yo sé -dice- que ella será más dichosa y mejor apreciada aquí que en la Tierra.

Esta interrupción me arranca a mi ensoñación momentánea sobre los grandes de la Tierra, esos maniquíes populares hinchados por los periódicos y la charla pública. Ello me induce a pensar en aplicaciones más personales e íntimas, en los seres humanos que conozco con alguna aproximación y en lo que constituye la base esencial y común de la vida. La interrupción me obliga a evocar las rivalidades y las ternuras, las querellas y los desengaños. Choco penosamente contra las cosas que hubieran podido ser. ¿Qué hacer si, en vez de óvalos vacíos encontramos aquí los amores

renovados, las ocasiones perdidas y los rostros tal y cómo hubieran podido aparecérsenos?

Miro a mi botánico casi con aire de reproche.

-No olvide usted -le digo- que, aquí, ella no será del todo ella, tal y cómo la conoció usted en Frognal.

Dicho esto y para librarme de un individuo que ha dejado de serme agradable, me levanto.

-Además -añado, ya de pie-. Hay un millón de probabilidades contra una de que no la encontremos... Pero, ¡estamos perdiendo el tiempo! Ese asunto no es el que perseguimos, sino un simple accidente en un plan más vasto. Las gentes que venimos a ver padecen las mismas dolencias que nosotros, pero en otras condiciones. Prosigamos, pues, nuestra investigación.

Pronunciadas estas palabras, me encamino por la orilla del lago de Lucendro hacia nuestro mundo utópico.

(Imagínelo haciendo esto.)

Descendemos la montaña por el desfiladero y, a medida que se descubren los valles, se despliega a nuestra vista esa Utopía donde hombres y mujeres son dichosos, sabias las leyes, y donde ha sido desenredado y enderezado lo que en los humanos negocios estaba revuelto y confundido.

CAPÍTULO SEGUNDO

ACERCA DE LAS LIBERTADES

1

¿Qué cuestión se formularía de pronto el espíritu de dos hombres al poner éstos la planta en el planeta de la Utopía moderna? Probablemente les acometerían serias preocupaciones acerca de su libertad personal. Como ya hemos manifestado, las antiguas utopías guardaban una actitud poco amable para con los extranjeros. Nuestro nuevo género de Estado utópico, ampliado hasta alcanzar las dimensiones de un mundo, ¿les testimoniaría igual aversión?

Nos tranquiliza el pensar que la tolerancia universal es una idea moderna y que aquel Estado Mundial se basa sobre modernas ideas. Pero, aún suponiendo que seamos tolerados y hasta admitidos a la inevitable dignidad de ciudadanos, todavía queda una larga serie de posibilidades... Yo creo necesario intentar la solución del problema por la búsqueda de los primeros principios; es necesario seguir el impulso de nuestro tiempo y de nuestra raza, mirando la cuestión como procedente de «el individuo contra el Estado» y discutiendo el convenio de la Libertad.

La idea de la libertad individual crece en importancia conforme va desarrollándose el pensamiento moderno. Para los utopistas clásicos carecía relativamente de valor. Consideraban la virtud y la dicha como perfectamente separables de la libertad y como mucho más importantes que ésta. Pero el punto de vista moderno, al insistir con más energía sobre la individualidad y la significación de su carácter único, intensifica constantemente el valor de la libertad, hasta que llegamos a vislumbrar que la libertad es la sustancia misma de la vida, que es, en realidad, la vida, y que sólo las cosas inanimadas, las cosas privadas del libre albedrío, viven en la sumisión absoluta a la ley. Poseer el libre juego de la individualidad es, desde el punto de vista moderno, el triunfo subjetivo de la existencia, como la supervivencia en la obra creada y en la progenie es su triunfo objetivo. Pero para todos los hombres, puesto que el hombre es una criatura social, el juego de la voluntad no puede corresponder a la libertad absoluta. La perfecta libertad humana sólo lees posible al déspota universal y absolutamente obedecido. Luego querer debería corresponder con ordenar y obrar, y, dentro de los límites de la ley natural, podríamos en todo momento hacer lo que nos viniere en gana. Toda otra libertad es un compromiso entre nuestra propia libertad de querer y las voluntades de aquellos con quienes estamos en contacto. En un Estado organizado, cada uno posee un código más o menos complejo de lo que puede hacer a los otros y a sí mismo, y de lo que los otros pueden hacerle a él. Él limita a los otros con sus derechos, y a su vez le limitan a él los derechos de los demás y las consideraciones referentes al bienestar de la comunidad en su conjunto.

La libertad individual, en una comunidad, no es siempre, como dirían los matemáticos, del mismo signo. El ignorarlo es error esencial del culto denominado individualismo. En verdad, una prohibición general en un Estado puede aumentar la suma de libertad, y una autorización general puede muy bien disminuirla. No se deduce de esto, como se quisiera hacérnoslo creer, que un hombre goza de más libertad allí donde existen menos leyes, y, que, por el contrario, se halla más esclavizado allí donde las leyes abundan. Un socialismo o un comunismo no es precisamente la esclavitud, y, sin embargo, no existe libertad alguna bajo la Anarquía. Considerar qué suma de libertad ganaríamos por la pérdida de la común libertad de matar. Si así ocurriera, se podría ir y venir por todas las partes del mundo, feudos de la policía, sin ir cargados de armas y armaduras, exentos del miedo al veneno, a los bárbaros caprichosos y a las molestias del hotel; en realidad, mil temores y mil precauciones desaparecerían. Suponed solamente que existe la libertad limitada de matar por venganza, y pensad en lo que ocurriría en nuestros suburbios, pensad en los inconvenientes de dos casas hostiles y provistas de armas de precisión; considerad no sólo sus discordias recíprocas sino el peligro que ellas significarían para el pacifico transeúnte, así como la supresión práctica de toda libertad alrededor de aquéllas. El carnicero habría de ir, si se atreviese, a tomar sus encargos en un coche blindado...

Síguese de lo dicho que, en una Utopía moderna que pone la esperanza final del mundo en un comercio evolutivo de individualidades únicas, el Estado habrá limado eficazmente esas libertades disipadoras que dañan la libertad -precisamente ésas y no otras-, y se habrá alcanzado el máximo de libertad general.

Existen dos métodos contrarios y distintos para limitar la libertad; el primero consiste en la prohibición: «tú no harás», y el segundo en el mandato: «tú harás». A veces se utiliza una especie de prohibición que toma la forma de un mandato condicional, y no debe echarse en saco roto esta forma. Véase: «si tú haces esto o

aquello, también harás eso o esotro; si, por ejemplo, te arriesgas en el mar con hombres empleados por ti, es preciso que te embarques en un buque que te sostenga sobre el mar». Pero el mandato puro está exento de toda condición y se expresa así: «sea lo que quiera lo que hayas hecho, o hagas, o quieras hacer, tú harás esto»; un ejemplo es el del sistema social que, actuando gracias a las bajas necesidades de parientes indignos y en virtud de malas leyes, envía a trabajar en el taller a un niño de trece años. La prohibición quita algo definido a la indefinida libertad del hombre, pero le deja aún una inmensa elección de acciones. Queda libre por consiguiente, y sólo se ha restado un hilo de agua al océano de su libertad. Pero la violencia y la fuerza mayor destruyen enteramente la libertad. En nuestra Utopía quizá haya ciertas prohibiciones, pero ninguna violencia indirecta, en la medida de lo posible, y muy pocos mandatos o ninguno. Después de lo dicho, yo creo que no deberá existir ninguna violencia positiva en Utopía, por lo menos para el utópico adulto, a no ser como penalidad o castigo.

2

¿Bajo qué prohibiciones nos hallamos nosotros dos, extranjeros en este mundo utópico? Seguramente que no tendremos la libertad de amenazar, asaltar o matar a cualquiera con quien nos encontremos; y, por nuestra educación terrestre, es poco probable que contravengamos esa prohibición. Hasta que no conozcamos más exactamente la idea utópica acerca de la propiedad, debemos mostrarnos muy circunspectos, temerosos de tocar a nada que ya tenga dueño. Si las cosas nos pertenecen a los individuos pueden pertenecer al Estado. Pero, esto aparte, nos atormenta la duda. ¿Tenemos razón en llevar estos extraños vestidos, en escoger este delicioso sendero a través de rocas e hierbas, en bajar a zancadas con nuestras mochilas y nuestros zapatos ferrados y llenos de nieve en un mundo extremadamente limpio y ordenado? Acabamos de encontrar en nuestro primer utópico, quien nos ha respondido con un gesto vago, y hemos notado, no sin satisfacción, que le hemos causado cierto terror. Hemos franqueado una revuelta del camino y, en el fondo del valle, en lontananza, hemos visto lo que parece ser un camino extremadamente bien conservado...

Yo digo que para el hombre de espíritu a la moderna no puede existir Utopía alguna, digna de ser deseada, si no concede la más cumplida libertad de ir y venir. El libre movimiento es, para muchas gentes, uno de los principales privilegios de la vida (ir a donde la fantasía nos impele, viajar, ver), y, aun cuando disfruten de todas las comodidades y seguridades, y aunque acaten las prescripciones de las leyes, se considerarían desventuradas tales gentes si se les privase del indicado privilegio. Los utópicos deben gozar de él a ciencia cierta, sin permitirse jamás degradar las cosas que otros aman o hacen y, por tanto, podemos esperar que no hallaremos muros ni clausuras infranqueables, ni que descubramos la existencia de una ley que estemos infringiendo al descender por estas pendientes montañosas.

Sin embargo, así como la libertad civil es un compromiso defendido por las prohibiciones, también esta especie particular de libertad debe tener sus restricciones. Llevado al extremo el derecho de libre movimiento, ya no se distingue del derecho de libre intrusión. En un comentario sobre la Utopía de Moro, hemos ya aprobado el

argumento de Aristóteles contra el comunismo, que coloca a las gentes en una continuidad intolerable de contacto. Schopenhauer apoya también a Aristóteles con su habitual amargor y con la más verídica de las imágenes al comparar la sociedad humana con erizos que se juntasen para calentarse mutuamente; ¡desgraciado del que se aprieta demasiado o se separa con exceso! Para Empédocles la vida no tiene otra significación que la del juego inconstante del amor y del odio, de atracción y repulsión, un juego donde las diferencias se funden o se afirman. En tanto que ignoramos la diferencia, en tanto que ignoramos la individualidad -y yo sostengo que este fue hasta aquí el defecto de todas las Utopía- podemos hacer declaraciones absolutas, prescribir comunismos o individualismos y toda suerte de arreglos teóricos. Pero el mundo de la realidad que -para modernizar a Heráclito y Empédocles- no es más ni menos que el mundo de la individualidad, no hay derechos ni entuertos absolutos, no hay cuestión cualitativa alguna, sino sólo coincidencias cuantitativas. En el hombre normal y civilizado es tan fuerte el deseo de su libertad de movimiento como el deseo de una cierta soledad, de un rincón para su retiro, definitivamente suyo; y nosotros hemos de discernir el momento en que ambos deseos se concilian.

El deseo de una soledad personal absoluta nunca es quizá muy fuerte ni persistente. En la gran mayoría de los seres humanos el instinto de sociabilidad es lo bastante poderoso para convertir los aislamientos, incluso los más temporales, no sólo en desagradables, sino hasta en dolorosos. El salvaje posee todo el aislamiento de que siente necesidad dentro de los límites de su cráneo; como los perros y las mujeres tímidas, prefiere ser maltratado a ser abandonado; el hombre que halla goce y confortación en lugares completamente desiertos y en ocupaciones completamente solitarias, es un tipo moderno, raro y complejo. Hay gentes que no pueden dormir bien, ni pensar bien, ni alcanzar la plena percepción de los objetos bellos, ni saborear la existencia, si no se encuentran solos y sin temor a intrusiones, de modo que, aunque sólo fuera por estas gentes, parecería razonable fijar ciertos limites al derecho general de libre circulación. Pero esa necesidad particular no es más que un aspecto excepcional y especial de una reivindicación casi universal. Queremos apartarnos de la multitud, pero no tanto por estar solos como por estar en compañía de aquellos con quienes simpatizamos; queremos formar con ellos familias y sociedades, a fin de que nuestras individualidades y las suyas se desarrollen libremente, merced a una mutua frecuentación. Queremos para aquellos a quienes hemos escogido y que comparten nuestros gustos, los mismos jardines, los mismos cercados y libertades exclusivas, tan extensas como sea posible obtenerlas; pero la multitud indiferente y antipática, ansiosa también de desenvolvimientos similares aunque contrarios a los nuestros, hace que fracase ese movimiento expansivo de selección personal y exige un acuerdo, un convenio en materia de retiro privado.

Si desde el flanco de la montaña utópica, sobre la pendiente de la cual camina nuestro discurso, lanzamos una mirada del lado de las confusiones de la vieja Tierra, notaremos que la necesidad y el deseo de aislamiento son excepcionalmente grandes en la época presente, que eran menores en el pasado, que se reducirán más en lo futuro y que, en las condiciones utópicas a las que llegaremos al alcanzar la próxima carretera, se disminuirán aún en proporciones tales, que resultará fácil el satisfacerlos. Pero este resultado no se logrará por la supresión de las individualidades, amoldándolas a cualquier modelo común,[3] sino por el aumento de la caridad pública y por el mejoramiento general de los espíritus y de las costumbres. Quiere esto decir

[3] «[En las casas] entra quien quiere, ya que no existe en absoluto la propiedad... (Utopía, de Moro).

que la Utopía moderna ha de establecerse, no por la asimilación, sino por la comprensión. La comunidad ideal del hombre de antaño exigía creencias, costumbres, ceremonias, trajes y fórmulas comunes; esto es, miembros de la misma sociedad, idénticamente vestidos, cada uno según su grado definido y admitido, conduciéndose de igual manera, amando y adorando la misma divinidad y muriendo de la propia manera. Estas gentes no hacían ni experimentaban nada que no pareciese bien a los demás. Una disposición de todos los pueblos, negros, blancos o coloreados -disposición que la educación tiende a destruir- es la de insistir sobre la uniformidad, la de manifestar públicamente una antipatía extrema hacia las más inocentes transgresiones del código; vestirse picarescamente, obrar de una manera insólita, comer en forma diferente distintos alimentos, hendir de uno u otro modo cualquier convención establecida, en suma, ofender y escandalizar a las gentes razonables e incurrir en su hostilidad. Pero, en todos los tiempos, la disposición de los espíritus más originales y más emprendedores fue la de entregarse a innovaciones parecidas a las señaladas.

La época presente confirma esta última afirmación. El desarrollo casi catastrófico de las nuevas maquinarias, el descubrimiento de materiales nuevos y la aparición de nuevas posibilidades sociales, gracias a las investigaciones organizadas de la ciencia material, han proporcionado facilidades enormes y sin precedente al espíritu de innovación. El viejo orden local está roto o a punto de romperse de un extremo a otro de la tierra; en todas partes los hombres bracean en medio del naufragio de sus convicciones arrastradas por la inundación, y, llenos de estupefacción, aún no se dan clara cuenta de lo que ha pasado. Las viejas ortodoxias locales de jerarquía y de preeminencia, las distracciones y las ocupaciones desde hace tanto tiempo aceptadas, el viejo ritual de conducta en las importantes pequeñas cosas de la vida diaria, y el viejo ritual del pensamiento en las cosas que alimentan la discusión, están despedazados, diseminados o mezclados de una manera discorde, usos y costumbres confundidos, sin que ninguna práctica universal de la tolerancia, ninguna aceptación cortés de las desigualdades, ningún acuerdo más amplio los haya reemplazado aún. Por eso reina soberanamente sobre la tierra y en la sociedad moderna una confusión antipática. Los unos son intolerantes para con los otros; todo contacto provoca las comparaciones, las agresiones, las persecuciones, las defecciones, y las gentes más sutiles y finas se ven atormentadas excesivamente por el sentimiento de que se las observe siempre con antipatía y frecuentemente con hostilidad. Vivir sin apartarse hasta cierto punto, de la masa, es imposible, y ese apartamiento se halla exactamente en proporción con la superioridad individual que se posea.

Claro que todo esto es sumamente distinto en Utopía. Utopía es el país de los cuidados y miramientos recíprocos. Esta idea nos tranquiliza a nosotros, pobres excursionistas con vestidos sucios y ajados y que no poseemos otra moneda que algunos cheques británicos negociables sólo a una distancia prácticamente infinita. Las costumbres utópicas son no ya tolerantes, sino casi universalmente tolerables. Aquí se comprende un número incalculable de cosas que en la Tierra sólo algunos las entienden. Ninguna sección de la comunidad se distingue aquí por la vulgaridad del aspecto y la grosería de las maneras. Por consiguiente, quedan suprimidas las razones principales del aislamiento. Además, los utópicos, por su educación más liberal, escapan a esa especie de timidez salvaje que sobre la Tierra obliga a muchas gentes, a medio educar, a mantenerse a la defensiva incesantemente. En el Estado culto que nos imaginamos es más fácil para todos el comer, reposar, divertirse y hasta trabajar en público. Nuestra actual necesidad de aislamiento, para determinadas cosas, marca,

en realidad, una fase de transición entre la vida pública de otros tiempos, debida a la homogeneidad, y esta misma vida pública que, en lo porvenir, parecerá fácil, gracias a la armonía y a la buena educación. En Utopía ha terminado ya la fase de transición. Es este un punto que conviene no perder de vista un momento en el examen de este asunto.

No obstante, aún hecha la anterior concesión, existen todavía en Utopía numerosas razones en pro del aislamiento. El hogar -cuarto, departamento o casa- en que vive el hombre o la mujer, debe estar aislado, ser privado, hallarse bajo su completo dominio; parece indiscreto y difícil de prohibir un trocito de jardín o un peristilo central, como se ven en Pompeya en el recinto de las quintas, y asimismo el disponer de un pedazo de terreno reservado en el exterior de la casa. Pero si concedeos todo esto sin otra estipulación, claro es que concedemos la posibilidad al ciudadano pobre (si es que en este mundo hay pobres y ricos) de verse obligado a franquear interminables millas de jardines cercados de altos muros, antes de poder entregarse a sus placeres en el pequeño rincón de campo que le habrá sido abandonado. Tal es ya la suerte del londinense sin dinero... Nuestra Utopía posee, desde luego, carreteras perfectas, comunicaciones interurbanas admirablemente organizadas, trenes rápidos, servicios de automóviles y no se qué más aún para esparcir su población. Pero sin ciertas estipulaciones previas es muy posible que las áreas residenciales se conviertan en una vasta extensión de villas-edenes, defendidas por altísimas murallas.

Es esta una cuestión cuantitativa que no podremos obviar con ninguna declaración de principio. Nuestros utópicos (así me lo figuro) la han resuelto por medio de reglamentos detallados y apropiados a las respectivas condiciones de localidad. El derecho a poseer, además de la habitación, un terreno reservado, puede convertirse en un beneficio sujeto a tarifa, según la cantidad de terreno ocupado, y el impuesto sobre estas licencias de aislamiento puede calcularse en el cuadrado de la superficie concedida. Para las cercas privadas se fija también una fracción máxima por milla urbana o suburbana. Se establece distinción entre un jardín absolutamente privado y otro privado y cerrado uno, dos o tres días por semana, pero abierto el resto del tiempo a un público razonable. Quién, en una comunidad verdaderamente civilizada, se quejaría de estas medidas contra la invasión? Los muros tributan por su altura y por su longitud, y se prohíbe la clausura de las bellezas naturales, cascadas, desfiladeros, puntos de vista, etc. Así se logra un acomodo aceptable entre las exigencias vitales y contradictorias de la libertad de movimiento y de la libertad de aislamiento.

Así, discutiendo, nos aproximamos al camino que escala el San Gotardo para descender por el Val Tremola, hacia Italia.

¿Qué clase de camino es éste?

3

En una Utopía moderna, la libertad de movimiento debe reportar alguna cosa más que la facultad de pasearse a pie libremente, y la sola hipótesis de un Estado Mundial en el que se hable una lengua única, lleva en sí la idea de una población mundial que haya viajado y viaje en proporciones jamás vistas en nuestro planeta natal. Es un hecho demostrado ya por la experiencia, que cada vez que los desenvolvimientos

económicos y políticos proporcionan a una clase social la posibilidad de viajar, esta clase se aprovecha de aquella posibilidad de viajar, esta clase se aprovecha de aquella posibilidad inmediatamente. En Inglaterra, por ejemplo, es difícil encontrar alguien que, teniendo una renta de quinientas o seiscientas libras esterlinas y aún menos, no sea un emigrante habitual y no se haya ido frecuentemente «a fuera», «al extranjero». En la Utopía moderna, el viaje forma parte de la ordinaria contextura de la vida. Explorar países y climas nuevos, hallar razas y temperamentos diferentes, habitaciones, alimentos, útiles y utensilios distintos; observar los árboles, las plantas, las flores, los animales poco conocidos, escalar montañas, contemplar la noche nivosa del norte y el ardor del mediodía tropical, remontar los grandes ríos, gustar la soledad de los lugares desiertos, aventurarse en las tinieblas de las selvas ecuatoriales, atravesar los mares y los océanos; todo esto constituirá parte esencial de la remuneración y de los azares de la vida, incluso para las gentes más ordinarias... Es este un agradable e incitante detalle que distinguirá diametralmente a la Utopía moderna de todas sus antecesoras.

Por los resultados obtenidos en ciertas regiones de nuestra Tierra, debemos convenir en que el mundo utópico estará abierto y será accesible en su totalidad para el viajero, quien gozará allí de la misma seguridad, por lo menos, que en Francia e Inglaterra ahora. La paz reinará allí definitivamente, y en todas partes, salvo en algunos lugares desolados y lejanos, se hallarán hoteles confortables, tan confortables y recomendables como los hoteles suizos de hoy día. Los touring clubs y los sindicatos de hosteleros, que de un modo tan efectivo han sujetado a tarifa a Suiza y Francia, tendrán en Utopía equivalentes dignos de ellos; todo el mundo estará habituado a las idas y venidas de los extranjeros. Se recorrerá el globo tan fácilmente como en la hora presente va a Zermatt o a Lucerna un europeo occidental de la clase media.

Por esta misma razón, punto alguno del planeta se verá tan atestado de gente como ahora se ven las dos ciudades que acabamos de nombrar. Con la libertad de ir a todas partes y con acceso fácil a todas ellas, no debiendo temer las dificultades del idioma, de la moneda, de las costumbres y de las leyes, ¿por qué habríamos de obstinarnos en frecuentar sólo algunos parajes especiales? Esas acumulaciones de gentes dan la medida de lo inaccesible y lo inseguro de ciertas comarcas y de la carestía general de la vida contemporánea; además indican una fase transitoria e incómoda en los primeros ensayos de la vida viajera de la humanidad.

El utópico viajará de muchas maneras sin duda alguna. Quizá sea poco probable que en Utopía existan esos convoyes arrastrados por locomotoras que escupen sucias humaredas; en la propia Tierra esos convoyes están ya condenados a desaparecer, lo que los hará gratos a todos los Ruskins del porvenir. Una fina red de caminos especiales cubrirá los campos, perforará los macizos montañosos y cruzará con túneles los mares. Estas vías estarán provista de dobles rieles, de monorrieles o de otros nuevos adelantos (no somos ingenieros para escoger entre los diversos procedimientos a seguir), y, así, el utópico se trasladará de un punto principal a otro con una velocidad de doscientas, o trescientas o más millas por hora, quedando abolidas de este modo las grandes distancias... Uno se imagina estos poderosos medios de transporte como algo parecido a los trenes de largo recorrido, rodando sin traqueteos, muy espaciosos, abiertos de un extremo a otro, con vagones en los cuales podrá uno sentarse, leer, reposar, refrescar, enterarse de las noticias de todas partes, que se imprimirían conforme las transmitiesen los hilos telegráficos dispuestos a un lado y otro de la línea; vagones en los cuales pudiera uno aislarse, dormir a su gusto,

disponer de salas de baño, de bibliotecas, en fin, un tren tan confortable como un buen club. No habrá en él distinción de clases, porque en un mundo civilizado no existirán esos distingos molestos entre un hombre y otro hombre; además, y en beneficio de todos, los viajes de este género serán los más económicos posible, al alcance de todas las fortunas, de modo que sólo se verán obligados a abstenerse de viajar los ciudadanos casi criminalmente pobres.

Esta especie de grandes tranvías servirán a los utópicos que quieran ir lejos y de prisa; gracias a esos artefactos podrá uno deslizarse por la superficie del planeta; además, otras redes secunda rias nutrirán y al par descongestionarán las generales (yo me figuro estas redes minúsculas servidas por bonitos y pequeños trenes eléctricos), extendiendo sus ramificaciones en todos sentidos, ya densas y enracimadas en las regiones urbanas, ya diseminadas en las regiones poco populosas. Al par que estos rápidos ferrocarriles, y especialmente allí donde no llegue su radio de acción, habrá una tupida red de carreteras por las que circularán coches de todo género, pero automotores. Dudo mucho de que veamos correr caballos por las carreteras de Utopía o que se les emplee para el tiro y el arrastre. ¿Por qué no se ha de prescindir de ellos? Todo lo más, se les utilizará por placer o por ejercicio, y se les verá trotar por las largas avenidas trazadas sobre grandes espacios arenosos o cubiertos de césped. En cuanto a las bestias de carga, la mula subsistirá, en los escarpados senderos de las montañas, como un recuerdo tradicional y pintoresco; el camello será empleado aún en el desierto y el elefante continuará desempeñando su papel en los fastuosos cortejos de Oriente. Pero la mayor parte de los transportes secundarios, si no la totalidad de éstos, se verificarán mecánicamente; veremos bicicletas y automóviles elegantes y rápidos, sin que excluyan, por supuesto, a los peatones en esas bellas regiones montañosas. Abundarán en Utopía las pistas para ciclos de todo género, a veces contiguas a las carreteras principales, pero casi siempre siguiendo un trazado más agradable, por entre bosques, mieses y tierras de pastoreo, cruzando infinidad de caminos y pasos de menos importancia. Habrá placenteras sendas sobre las olorosas agujas de los bosques de pinos de la montaña, caminillos bordeados de prímulas esparcidas entre los espesos matorrales que crecen en las zonas bajas, senderos a lo largo de los murmurantes arroyos, senderos entre los vastos espacios de los campos de trigo, y habrá, sobre todo, un dédalo de avenidas entre los espacios de los jardines floridos que rodearán las casas en los pueblos. Y en todas partes, por carreteras y senderos, por los mares y por las campiñas, se pasearán los utópicos ociosos y felices.

La población utópica será migratoria en grado superlativo a todo precedente terrenal; esto es, viajera y nómada al par. Los antiguos utópicos permanecían localizados, tan localizados como una parroquia; pero es evidente que, en nuestros días, personas hasta ordinarias y vulgares, dispersan su vida sobre vastedades que en otro tiempo habrían podido contener reinos enteros y que llenarían de incrédulo asombro a los atenienses de las *Leyes*. Aparte los hábitos de algunos opulentos personajes del Imperio romano, jamás ha tenido realidad este moderno apartamiento del lugar fijo. Hoy es poca cosa para nosotros el recorrer ochenta o noventa millas para ir a jugar una partida de golf; también es costumbre inveterada en nosotros la de pasar del verano, ya viajando, ya en sitio lo más lejano posible de nuestro domicilio habitual. Sólo la incomodidad de las comunicaciones limita nuestra movilidad, y, por consiguiente, todo perfeccionamiento de los medios de locomoción ensancha el dominio de lo que podemos, no sólo explorar, sino visitar en seguida por mero esparcimiento. Además, nosotros cambiamos de habitación con una frecuencia inusitada y con una facilidad cada vez mayor; sir Thomas More nos tomaría

seguramente por tribus nómadas. La antigua quietud era una necesidad, no un acto deliberado; era una simple fase del desarrollo de la civilización, un modo de echar raíces que el hombre maduro aprendió del trigo y de la vid, en tanto que la juventud indomable se inclinaba hacia la libertad vagabunda y hacia el mar. Ni entonces siquiera, el alma del hombre estuvo servilmente atada a la gleba en comarca alguna. Incluso Belloc, que ensalza y propaga la felicidad del labriego propietario y sedentario, es tan superior a sus teorías, que cruza los mares en su pequeño yate o hace a pie el camino de Bruselas a Roma. Conquistamos una vez más nuestra libertad, una libertad renovada y ampliada, y ahora no hay ya precisión ni ventaja siquiera de vivir en un sitio u otro con permanente servidumbre. En nuestra Utopía moderna los hombres se instalarán definitivamente por razones de amor, para fundar una familia, pero antes de hacerlo, lo general será que quieran conocer mundo.

Librando los pies de los mortales de esas trabas localizadoras, se llega necesariamente a toda clase de distribuciones nuevas de los factores de la vida. Sobre nuestra pobre Tierra, y prescindiendo de las alegrías y las comodidades de la existencia, en la que todo es fortuito o aleatorio, los habitantes se parecen forzosamente do quiera el hombre trabaja, donde quiera es preciso es preciso sembrar las cosechas, extraer los minerales, utilizar las energías. Pero en Utopía no existirá una sola casa en terrenos baldíos, malsanos o peligrosos. No habrá regiones de minas y de altos hornos, ennegrecidas por los humos, destripadas y desfiguradas por las canteras, con su siniestra y hostil grandeza de desolación industrial: allí los hombres van al trabajo por equipos y por un tiempo determinado, transcurrido el cual vuelven a la civilización y se lavan y mudan de traje en el tren que corre velozmente. En cambio, se reservarán a los niños bellas regiones, exentas de contribuciones, precisamente por esa condición de su servidumbre respecto de la infancia, en tanto que a otras regiones menos hermosas se le recargarán las gabelas en relación con la posible afluencia de la niñez. Las pendientes inferiores y las colinas avanzadas de estos Alpes, que tenemos ahora bajo nuestra mirada, están cubiertas de habitaciones para una población que cultivará las vastas llanuras laborables de la Italia septentrional.

Así, al descender bordeando nuestro pequeño lago, en el hoy de Lucendro, y antes de haber alcanzado la carretera, distinguimos ya los primeros chalets, esparcidos aquí y allá, en los cuales habitan estos pueblos emigrantes; tales habitaciones son las de verano. A la llegada de los calores y a medida que retroceden los límites de las nieves, una ola de familias y de escolares, de profesores y de médicos, todas las profesiones y todos los oficios, invaden los macizos montañosos para volver al valle con las nieves de setiembre. Es esencial para el ideal moderno que el período de educación y de crecimiento en el hombre se prolongue todo lo posible, y que, por consecuencia, la pubertad sea retardada en igual espacio de tiempo; por medio de sabias prescripciones, los hombres de Estado de Utopía revisan y modifican constantemente los reglamentos y las tasas que tienden a disminuir la proporción de los niños educados en condiciones de sobreexcitación y trabajo excesivo. Estas altas montañas se pueblan en el verano de una alegre juventud. Las casas se extienden hasta las alturas donde la nieve aún blanquea en el mes de junio; más abajo se destaca el valle de Urseren, que es una ciudad estival de casitas aisladas.

Uno se imagina cualquiera de esas carreteras semiurbanas, que recorren los trenes ligeros de segundo orden, y la ve muy parecida a ésta en que vamos a poner el pie muy pronto. Yo me la figuro tal y como la veré esta noche; como una faja ancha, de unos cien metros, con andenes laterales sombreados por las copas de grandes árboles y bañados por la suave claridad de las lámparas incandescentes; en el centro del

arroyo brillan los rieles por los que resbala sin ruido y alegremente un tren nocturno radiosamente iluminado. Los ciclistas, con las linternas en sus maquinas, desfilan, como gusanos de luz, por las pistas contiguas a la carretera, y, de vez en cuando, pasa zumbando y a toda velocidad un automóvil que se dirige al Ródano, al Rhin, a Suiza o Italia. A derecha e izquierda, sobre las pendientes de la montaña, titilan las luces de las casitas veraniegas.

Esta carretera me la imagino de noche, porque así es como voy a verla de momento.

Al salir de la hondonada montañosa entramos en el camino que cruza la soledad rocosa del paso de San Gotardo; franqueamos las nueve millas de tortuosa ruta y así llegamos, a la hora del crepúsculo, al centro de los grupos de casas y de abiertos jardines de Realp, de Hospenthal y de Andermatt. Entre Realp y Andermatt, en el fondo de la garganta de Schoellenen, pasa la carretera real. Cuando la alcanzamos, estamos ya en situación de comprender un poco mejor la aventura en que nos hallamos metidos. Al advertir que a los habitantes y familiares grupos de hoteles y chalets sustituye una multitud de casas aisladas y esparcidas sobre el terreno, de las que sólo vemos las iluminadas ventanas, adivinamos que somos víctimas de caprichosa transposición en el tiempo o en el espacio; admirados y un tanto asustados, seguimos descendiendo por entre los edificios vagamente entrevistos y que corresponden al emplazamiento de Hospenthal. Entonces desembocamos sobre la carretera, grande como una avenida de gran capital; dirigimos una mirada hacia cada lado y, vacilantes, nos preguntamos si debemos proseguir hacia el desfiladero de la Furka o descender por Andermatt y la garganta que conduce a Göschenen...

En la oscuridad nos cruzamos con gentes más numerosas cada vez; comprobamos que tienen un porte admirable y que visten de una manera graciosa e insólita; pero nada más podemos distinguir.

-¡Buenas noches! -nos dicen con sus voces claras y sonoras y volviendo hacia nosotros los rostros, poco visibles, con una pasajera curiosidad.

-¡Buenas noches! -respondemos nosotros, no obstante nuestra perplejidad, pues según los convencionalismos establecidos desde el principio de esta obra, nos ha sido otorgado el conocimiento de su lengua.

4

Si yo narrase aquí una historia, me entretendría en contar que tuvimos la buena suerte de encontrarnos una moneda de oro utópica, que nos instalamos en una hostería y que todo resultó para nosotros maravillosamente cómodo. Vednos como los más tímidos y atentos de los huéspedes; del alimento que nos dieron, del mobiliario de la casa y de la hospitalidad con que fuimos tratado vale más que hablemos luego. Sabemos que estamos en un mundo emigrante, acostumbrado a tratar con extranjeros; nuestros vestidos de alpinistas no son lo suficientemente extravagantes para llamar la atención de un modo extraordinario, aunque su estado deje bastante que desear y estén sin duda mal cortados, según los figurines utópicos. Se nos considera como personajes modestos y sucios, lo que, después de todo, preferimos. Observamos cuanto pasa a nuestro alrededor, tratando de imitar a nuestros vecinos, y así llegamos al final de la prueba. Después de nuestra extraña cena en la que nada había de desagradable y en la

que, según advertimos, no se sirvió carne, salimos de la casa para tomar el aire y ponernos de acuerdo con toda calma. En este preciso instante descubrimos por encima de nuestras cabezas las extraordinarias constelaciones de este cielo. Nos damos cuenta, en fin, clara y plenamente, de que hemos realizado finalmente la fantasía de Rip-Van-Winkle, todos los aspectos insólitos entrevistos durante nuestro descenso de la montaña se confunden en un todo convincente, tanto, que comprendemos, estamos seguros de que nos hallamos en Utopía.

Erramos bajo los árboles de la gran carretera, contemplando, acechando a los viandantes cual si fuesen fantasmas de un sueño, y apenas si cambiamos alguna que otra palabra. Dejamos a un lado un pequeño sendero, alcanzamos luego un puente y franqueamos el turbulento Reuss que desciende rápidamente hacia el Puente del Diablo, en el fondo de la garganta. En lontananza, y por encima de la cresta del Furka, un pálido resplandor anuncia la salida de la luna.

Dos enamorados caminan hablándose en voz baja y les seguimos con la mirada. Esta Utopía ha conservado, por lo visto, la libertad fundamental, que es la libertad de amar. De pronto una argentina campana deja oír su son lejano, como proveniente de la altura y dirección de Oberalp. Contamos veintidós campanadas.

-Esas campanadas deben indicar las diez -digo, rompiendo el silencio.

Mi compañero, con los codos apoyados sobre el puente, contempla el torrente, apenas perceptible a aquellas horas. Advierto yo el reborde de la luna, limpio como una aguja de plata incandescente, que aparece sobre la cresta, y, de pronto, las aguas cabrillean.

Habla mi compañero y me sorprende el curso secreto de sus pensamientos.

-Nosotros éramos dos jóvenes enamorados como ésos -dijo señalando a los jóvenes utópicos que se alejaban-. Fui yo quien amó primero y no creo haber soñado siquiera con amar a otra.

¡He aquí un hecho humano sumamente curioso, que, lo juro por mi honor, no esperaba yo! Heme aquí, pues a la hora del crepúsculo, en medio de una ciudad de Utopía; mi ser se halla absorto en un asombro especulativo, y éste hombre que se yergue a mi lado trata incesantemente de fijar mi atención en él, en su persona limitada y fútil. Perpetuamente me acontece esto, la intrusión de algo minúsculo, incongruente en mis grandes impresiones. La primera vez que vi el Matterhorn, el rey de las cumbres alpinas, me distrajo completamente la pesada cháchara de un hombre que no podía comer sardinas; todas las sardinas le ocasionaban esto, lo otro o lo de más allá. Durante mis primeros paseos por las calles de Pompeya, excursión en la que me prometía gustar un delicioso placer, mis esperanzas no se cumplieron gracias a un discurso estúpidamente ininteligible sobre las tarifas de coches en las diversas capitales de Europa. Ahora, en esta mi primera noche de Utopía, he aquí a este hombre que me refriega por las narices su miserable historieta de amor.

Esta historia ofrece la forma mas vulgar e insignificante de la tragedia; es la forma de la resignación consentida sin esfuerzo, por azar, por la costumbre; Hardy o George Gissing habrían podido encontrar en ella un tema novelesco. Desde luego yo sólo escucho a medias; contemplo la luna y el ir y venir de formas indecisas que se agitan a lo lejos, sobre la carretera. Sin embargo, no sé como, logra él insinuar en mi espíritu esta convicción: la mujer que él amaba era bella.

Conocíanse desde la infancia, jugaban juntos, más tarde se encontraron de nuevo como estudiantes que seguían los mismos cursos y que frecuentaban una sociedad acomodada y decentemente discreta. Parece que él aceptó el decoro de la vida con una buena fe confianzuda; debió ser tímido e inocente con reserva y de un tipo mental el menos a propósito para obtener éxitos mundanos; pero él debió soñar con ella y amarla mucho. No puedo saber qué sentimientos sentía ella respecto de su amador; sin duda experimentaba esa amistad platónica que excluye toda idea carnal y en la cual educamos a nuestras hijas. Después, bruscamente, se suscitaron las dificultades; apareció el hombre que había de convertirse en esposo de ella, testimoniando una pasión evidente. Tenía uno o dos años mas que mi amigo y que la amada de mi amigo, y la voluntad, y la costumbre de alcanzar los fines que se proponía; ello, pues, permitía presagiar su fortuna futura y comprendí por las frases del botánico, que al intruso le habían subyugado muy principalmente las excelentes dotes físicas de la muchacha.

A medida que charlaba mi botánico, parecíame asistir al pequeño drama, viéndolo mejor que al través de las palabras con que me lo describía: los actores absurdamente ataviados, según los gustos de la clase media de los suburbios; las reuniones de los domingos después del servicio divino (luciendo los hombres sombrero de copa alta, levita y paraguas cuidadosamente arrollado), escasas salidas con ropa de noche, novelas de vulgaridad pomposa leídas junto al hogar, los cursis sentimentalismos de sus ideas, las madres cándidamente afables; los padres, las tías, los allegados, todos respetables, la romana cantada con acompañamiento de piano y.. en este ambiente, nuestro amigo, «muy metido en botánico», esforzándose en «llenar su papel», y la joven indiferentemente bella. Así me figuro yo el ambiente regular y ordenado en el que una fuerza primordial apareció para turbarlo todo.

El extranjero consiguió lo que quería: la joven se dijo, sin duda, que ella nunca había amado al botánico, que sólo había sentido hacia éste amistad, aunque conociera mal el sentido de esta hermosa palabra. Se separaron con alguna incoherencia y muchas lágrimas, pero al botánico no se le ocurrió que ella hiciese otra cosa que irse y llevar una vida convencional en otro de los innumerables suburbios que él consideraba con el tejido celular del mundo.

Mas no procedió así ella.

El botánico había conservado una fotografía y el dulce recuerdo de su amada; si alguna vez se desvió de la más severa constancia, ello sirvió para que su fidelidad se fortificase con la experiencia, y para que realzase la imagen de lo que ella habría podido ser para él... Y, ocho años después, se encontraron de nuevo.

Durante este relato y por mi iniciativa, abandonamos el puente y nos dirigimos hacia la casa de huéspedes. ¡La casa de huéspedes de Utopía! Su voz se eleva y se baja, y, a veces, el botánico me coge del brazo. Mi atención anda errabunda.

-¡Buenas noches! -nos gritan los utópicos en su lengua universal, de entonaciones suaves.

-¡Buenas noches! -respondemos nosotros.

-Sabe usted -sigue obstinadamente mi botánico- que la he vuelto a ver hace ocho días... Fue en Lucerna... yo esperaba que llegase usted de Inglaterra. He hablado con ella cuatro veces... y ¡qué cambio en su cara!... No puedo expulsar de mi espíritu su imagen. Ha sido miserablemente engañada...

Ante nosotros, por entre los elevados troncos de los pinos, brillan las luces de nuestra hostería en Utopía.

El botánico habla vagamente de malos tratos y dice:

-El marido es vanidoso, fanfarrón, truhán y borracho.

Los insultos y las amenazas están a la orden del día.

-¿Se lo ha dicho ella? -interrumpo.

-Ella apenas me ha dicho nada, pero otros me han informado. Para torturarla, se exhibe él públicamente con otras mujeres...

-¿Y ese género de vida continúa?

-Sí. Hasta *hoy.*

-Y ¿es preciso que continúe?

-¿Qué quiere usted decir?

-Una dama que llora, un caballero que la complace... ¿Por qué no poner fin a esa siniestra vida llevándose a la dama? *-(Imaginaos el gesto heroico con que subrayo la frase.)* Decididamente me olvido de que estamos en Utopía.

-¿Quiere usted decir? -insiste el botánico.

-Que se la quite a ese hombre. ¿Para qué sirven todos esos sentimientos emocionales de usted, si no son capaces de ese esfuerzo?

Mis palabras le sumen en el más profundo estupor.

-¿Habla usted de rapto?

-Me parece que ahora o nunca es la ocasión.

Mi amigo permanece silencioso un instante y seguimos avanzando bajo los árboles. Pasa un tranvía utópico y, al rastro de luz que deja, veo el rostro del botánico dolorosamente desencajado, denotando azoramiento.

-Todo eso es muy bonito para una novela -dice al fin-. Después de semejantes hazañas, ¿cómo volvería yo a mi laboratorio y reanudaría mis cursos mixtos a los que asisten muchachas? ¿Cómo y dónde podríamos vivir? Nos alquilarían una casa en Londres, pero ¿quién iría a vernos?... Además, usted no la conoce; no es una mujer de ésas... Y no crea usted que yo sea tímido o convencional, que no experimente un sincera emoción... ¡Oh, la emoción! *Usted* no sabe lo que es padecer una situación semejante...

Calla y luego, con aire feroz, exclama:

-¡Hay momento en que estrangularía a ese tipo con mis propias manos!

Y, con gesto impotente, agita en el aire su gran mano delgada, de botánico.

-Pero, querido amigo... -balbuceo, y, enseguida, me callo.

5

Tornemos a Utopía. Hablábamos de viajes.

Aparte las carreteras, los ferrocarriles y los tranvías, los utópicos disponen de otros numerosos medios de locomoción. Sus ríos se ven surcados por gran diversidad de embarcaciones; se utilizan mejor los canales, los lagos y las lagunas; en los confines de los continentes, los buques de recreo zarpan en todos sentidos, y rápidos paquebotes, enormes y estables, caminan a treinta nudos por hora, trazando anchos surcos sobre la inmensa extensión de la mar.

En Utopía se han iniciado ya las expediciones aéreas. Nosotros debemos al señor Santos Dumont que el mundo se halle ya más dispuesto que hace cinco años a creer que la maravilla de volar se realizará y pronto. Pero, a menos de suponer que entre los utópicos los conocimientos científicos llevan mucha delantera a los nuestros (hipótesis que no queda excluida en nuestro preámbulo, aunque sea algo molesta y aparte del resto de nuestras premisas) hemos de creer que se hallan en el mismo período experimental que nosotros. Sin embargo, existen en Utopía verdaderos cuerpos de ejército que se dedican a las investigaciones científicas, con excelente organización, en tanto que nosotros nada organizamos... Los locos hacen descubrimientos que los sabios explotan; esta es nuestra manera terrestre de tratar el asunto; y damos gracias al cielo por una pretendida abundancia de locos, impotentes financieramente, pero suficientemente ingeniosos.

Una multitud de hombres seleccionados, de voluntarios escogidos colaboran en Utopía a esta nueva victoria del hombre en su lucha con los elementos. La visionaria Casa de Salomón de Bacon [4] se ha realizado, y su actividad es intensa. Todas las Universidades del mundo utópico trabajan con ardor para resolver tal o cual incógnita del problema. Se esparcen por el mundo las memorias sobre estas experiencias tan pronto y por completo como circulan telegráficamente los resultados de los partidos de fútbol o de cricket. La literatura consagrada a ese asunto crece y se desarrolla con la segura rapidez de un vuelo de águila que se abate; millares de hombres, ante millares de escritorios, forman una prensa especial, perpetuamente ocupada en examinar, desmenuzar, criticar y condensar los resultados y en desescombrar el terreno para más amplias especulaciones. Los que se circunscriben al problema de la locomoción y de los transportes públicos siguen las investigaciones aeronáuticas con interés siempre creciente y vigilante, y lo mismo les ocurre a los fisiólogos y sociólogos. Este conjunto de búsquedas utópicas avanza, a mi juicio, con el empuje del vuelo del águila en comparación con el caminar, palpando a ciegas, del método terrestre. Mucho antes de finalizar nuestro breve viaje utópico, habremos constatado la rápida fecundidad de todos esos esfuerzos que advertimos a nuestra llegada. Mañana, dentro de algunos días quizás, una máquina silenciosa y lejana, aparecerá por encima de la montaña, dará media vuelta, reanudará su vuelo de halcón y desaparecerá ante nuestros asombrados ojos...

6

Pero mi amigo y su pena apartan mi espíritu de estas cuestiones de locomoción y de las ventajas que reportarían a nuestra libertad. A pesar mío, me sorprendo de diagnosticar su caso. Es un enamorado, el más convencional de los enamorados

[4] En la Nueva Atlántida.

anglicanos, con un corazón educado, creo yo, en la escuela limpia pero limitada de la señora de Henry Wood...

Yo opino que en Utopía se volará con alas más sólidas y que el movimiento amplio y libre no se limitará a las superficialidades de la vida, sino que se remontará más allá y con un vuelo más atrevido que el que mi compañero, metido en su jaula, puede soñar. ¿Hasta dónde alcanzará ese ímpetu? ¿Hasta dónde llegarán las prohibiciones? ¿Qué choques sufrirán aquí sus prejuicios y los míos?

Mi espíritu divaga, con la facilidad que le es habitual, al finalizar este día tan lleno de acontecimientos; y, mientras nos dirigimos en silencio hacia nuestra hostería, salta de un incidente a otro, dándome yo cuenta de que anda errabundo por entre los principios fundamentales de la vida individual y la perplejidad de las pasiones y de los deseos. Encamino mi interrogatorio hacia la más difícil de todas las series de convenciones, hacia esas mitigaciones de la libertad espontánea que constituyen las leyes del matrimonio, el misterioso equilibrio del bien futuro y de la justicia, de las pasiones evasivas y violentas. ¿Dónde está aquí el equilibrio de las libertades? Renuncio por el momento a toda preocupación utópica para formularme la cuestión que, después de todo, Schopenhauer no ha resuelto en modo alguno; ¿por qué cuando se trata de cosas molestas, inútiles y destructoras, las exigimos con tanta vehemencia?...

Después de esta vana ojeada a lo profundo, vuelvo a la cuestión general de las libertades, considerada bajo este nuevo aspecto. Prescindo por completo del caso de un botánico de suburbio y me pregunto en qué medida intervendrá una Utopía moderna en la moral personal.

Como Platón ha demostrado, el principio de las relaciones de la intervención del Estado con la moral personal puede ser mejor discutido en el caso de embriaguez, el más aislado y el menos complicado de todo este grupo de problemas. Platón se pregunta simplemente a quién se permitirá o se prohibirá el uso del vino; pero este procedimiento, aunque bastante apropiado cuando se trata de un pequeño Estado, en el que cada individuo es un vigilante efectivo de su vecino, sería absolutamente precario en las condiciones modernas, sobre todo desde que alcanzamos un nivel extremadamente más elevado de aislamiento individual al propio tiempo que una amplitud y una cantidad de inmigración que nunca pudo concebir la imaginación académica. Podemos, pues, aceptar, su principio, y clasificar esta libertad particular del uso del vino en el número de los privilegios distintivos de la madurez; pronto constataremos, sin embargo, que cuando un hombre moderno designaría con el título de «Cuestión de las bebidas» no ha sido debidamente estudiado aún.

Sólo en la proporción de los factores, y no desde otro punto de vista, difiere este problema en Utopía de cómo aparece en la Tierra. Se intenta conseguir los mismos deseables resultados, esto es, el mantenimiento de la decencia y el orden público, la restricción al mínimo posible de todas las incitaciones a contraer tan deplorable como perniciosa costumbre, y la protección efectiva de los menores. Pero los utópicos modernos, habiendo sistematizado su sociología, han dedicado alguna atención a la psicología de los funcionarios subalternos, materia aún más olvidada por el reformador social terrestre. Los utópicos no ponen en manos de un agente de policía ordinario los poderes directos e indirectos que son los peligrosos para el público hasta entre las manos de un juez. Los utópicos evitan ese inconmensurable error de convertir la intervención de la venta de las bebidas en una fuente de ingresos para el Estado. Sin inmiscuirse en la vida privada, han limitado la consumición pública de

las bebidas embriagadoras a determinados lugares especialmente autorizados para la venta, de la que están encargadas personas adultas; además, toda tentativa de inducir o sobornar a la juventud para que beba, es considerada como un delito grave. Entre una población tan viajera como la de la Utopía moderna, la apertura de posadas y cantinas están sometida necesariamente al mismo régimen de inspección que los ferrocarriles y las carreteras. Las hospederías existen sólo para el extranjero, no para la localidad, y nada encontraremos en Utopía que corresponda a ese absurdo terrestre denominado «Local Option».

Los utópicos se reservan el intervenir ese comercio y el castigar los excesos individuales. La embriaguez pública, muy distinta de la simple alegría que produce el uso generoso, pero censurable, del vino, se reputa como un ultraje a la decencia pública, y el que lo comete sufre inflexibles castigos. Como es lógico, se estima la embriaguez como una circunstancia agravante y no atenuante del crimen.

Pero no creo yo que el Estado vaya más allá de estas medidas. Que un adulto beba o no vino, cerveza o licores, paréceme asunto exclusivo de su conciencia y de su médico. Dudo de que encontremos en nuestras exploraciones hombre ebrios, y estoy convencido de que, en cambio, hallaremos muchos adultos que jamás habrán aprovechado la libertad de beber. Las condiciones del bienestar físico están mejor comprendidas en Utopía; se prefiere el gozar de una buena salud, y el ciudadano inteligente cuida mucho de sí mismo. Más de la mitad de los borrachos de la Tierra han adquirido el vicio de la embriaguez buscando en ella un poco de claridad y de alegría para endulzar la existencia de sus días y de sus vidas desesperadamente sórdidas y desagradables. Estos sufrimientos no existen en Utopía. Seguramente que Utopía será temperante, comiendo y bebiendo con la más sana discreción. Esto no quiere decir que el vino y la buena cerveza sean allí raros, que se prescinda de un buen whisky y de licores variados y estimulantes. Yo difiero en este punto y dejo al lector que decida por sí mismo. Guardo el mayor respeto hacia los abstemios, los prohibicionistas, los enemigos y perseguidores de taberneros; su energía reformadora halla en mí un eco simpática y de ellos espero una gran parte de la reforma de nuestro planeta. Sin embargo...

Está el Borgoña, por ejemplo, una botella de suave y generoso Borgoña ilumina, llena de sol vuestro almuerzo, cuando cuatro horas de trabajo extenuante os han quitado algo de apetito. Y la cerveza, espesa y amarga, un gran vaso de cerveza espumosa después de diez millas de firme marcha en tiempo frío y seco, para empezar, y luego el buen pan y la buena mantequilla y un tierno y agujereado queso de Stilton y apio y cerveza negra... cerveza escanciada con cierta libertad cuantitativa. Y, aun más, ¿qué mal puede hacer una copa de oporto, tres, cuatro y aun cinco al año en la estación de las castañas? Sin el oporto, ¿para qué las castañas?... Pero todo esto debe ser el premio a los largos intervalos de abstinencia; estos dulzores justifican el margen de sobriedad que cada uno se concede y que, sin esas inserciones temporales, sería un espacio vacío y falto de sentido en la página que representa. Escribo estas frases como criatura carnal que soy, y que confiesa y conoce sus debilidades y, más que otras, consciente de sus inclinaciones hacia el error. Yo sé que mi naturaleza es grosera, más inclinada a la reforma sedentaria del mundo que a la despierta actividad, y diez veces menos inquieta que la del más perezoso vendedor de periódicos de Londres. Yo tengo, sin embargo, mi utilidad sobre la tierra, una utilidad ahogada por la monotonía, y yo os pregunto; si de vez en cuando puedo permitirme esas deliciosas sensaciones, ¿por qué habría de privarme de ellas? No veo que en circunstancia alguna puedan mis utópicos mantener su bello reglamento de vida con un régimen de

gaseosa y limonada y de esa cerveza que llaman Kops. Estas terribles «bebidas de abstinencia», soluciones de azúcar mezcladas con grandes volúmenes de gas, tales como las aguas de seltz o de soda, las limonadas, las granadinas *extintoras de fuego* -en Inglaterra denominan *minerales* a semejantes cosas- llenan a un hombre, al mismo tiempo, de viento y de virtud. El café destruye el cerebro y los riñones, hecho universalmente reconocido ahora y voceado por toda Norteamérica; el té, salvo cierto té verde que se emplea sobre todo y discretamente para la confección del ponche, curte las entrañas y transforma un honrado estómago en otro de cuero. Preferiría ser tratado, desde luego, a la manera de Mechnikoff [5] y ponerme, de inmediato y sin vacilar, un limpio y buen estómago de plata alemana. ¡No!; si Utopía suprime la cerveza, dadme al menos la única y verdadera bebida digna de parangonarse con el vino: la simple agua. Mejor cuando es completamente pura y está libre de huellas de materia organica, pues entonces su gusto y efervescencia...

Mi botánico quisiera continuar la interrumpida discusión.

¡No, por Dios! Este es mi libro y me incumbe la suprema dirección. A él le agradaría escribir una Utopía para sí y prescribir, siguiendo el ejemplo de Cabet, que nadie hiciera nada, sin el consentimiento de los sabios de la República, respecto a la alimentación, a la bebida, el vestido y el alojamiento. Le gustaría fabricar una Utopía por el estilo de *Noticias de Ninguna Parte,* en la que estuviera prohibida la introducción del vino. Pero yo no le hago caso y obro a mi antojo, de manera que, para terminar la cuestión, me encamino hacia nuestra hostería, me encaro con el patrón, cortés y obsequioso, y de un modo expresamente ambiguo (porque lo a que me atrevo pudiera ser delictuoso y lo disfrazo so capa de la chanza) formulo mi petición. La prueba obtiene buen resultado.

Ve usted, mi querido Abstemio... -el patrón coloca delante de mí un plato, un vaso $_{y}$... (aquí se intercala una degustación necesaria y un profundo suspiro)-. ¡Sí, una botella de *excelente* cerveza ligera! ¡Hay también cerveza amarga y pasteles en Utopía! En este mundo, más sano y más hermoso que el otro, bebamos por la supresión de todos los excesos terrestres. Bebamos especialmente por la aurora del día en que los hombres de allá abajo aprendan a distinguir las cuestiones cualitativas de las cuantitativas, a atemperar las buenas intenciones por medio de una buena inteligencia y la virtud por la sabiduría. Uno de los males más sombríos de nuestra Tierra es seguramente el incurable desarreglo del bien.

7

Pronto nos hallamos en el lecho en busca del sueño; pero el sueño no viene en seguida. De momento, mi cerebro, como perro que se halla en casa que le es poco familiar, se ve obligado a dar vueltas de aquí a allá durante algún tiempo, antes de acostarse realmente. Este extraño misterio de un mundo del que hasta el presente he visto tan pocas cosas -un lado de montaña, un camino en el crepúsculo jalonado de vagas siluetas y de extraños vehículos, las ventanas iluminadas de muchas casas- me llena de curiosidad. Las imágenes y los accidentes pasan y repasan; las gentes que hemos encontrado, nuestro huésped, atento y tranquilo pero traicionándome, a mi juicio, en la viva curiosidad que le salía por el rabillo del ojo, las formas insólitas del

[5] Véase *La naturaleza del hombre, del* profesor Elle Mechnikoff.

mobiliario y de ciertas partes del edificio, los platos y los caprichosos manjares de la cena. Fuera de esta pequeña habitación existe un mundo, todo un mundo no imaginado. Millares y millones de cosas están ahí fuera, en las tinieblas, más allá de esta hostería, posibilidades inconcebibles, aspectos no vistos todavía, sorpresas, enigmas, cosas inconmensurables, todo un monstruoso y complejo universo cuyas consecuencias debo esforzarme en desbrozar. Ensayo imposibles recapitulaciones y mezclo ya a mis pensamientos las fantasmagorías de los sueños.

A través de este tumulto de mi memoria persiste en ella la vocinglera silueta de mi compañero inesperado, tan obsesionado por su propia persona y por su desventurado amor, que esta impre vista llegada a otro mundo sólo le parece un cambio de paisaje para su pasión roedora y débil. Me acude a la imaginación que *ella* debe tener también su equivalente en Utopía... Después esta idea, como todas las otras, se atenúa, se torna vaga y confusa y se disuelve al fin en la niebla invasora del sueño...

CAPÍTULO TERCERO

ASPECTOS ECONÓMICOS DE UTOPIA

1

Los utópicos modernos, con su corrección y educación universales, las libertades que les suponemos, su lengua mundial, sus viajes de un extremo a otro del planeta, su facultad de vender y comprar en todo el globo, no pasarán de simple fantasmagoría, sueño confuso, increíble incluso a la luz del crepúsculo, en tanto que no hayamos demostrado que, dado ese nivel suyo, la comunidad se bastará a sí misma. En todo caso la libertad general de los utópicos no abarcará la libertad general de ser inútil. La más perfecta economía de organización deja intacta esta verdad; el orden y la seguridad de un estado reposan sobre la certeza de que todo trabajo necesario será ejecutado. ¿Cómo se trabajará en este planeta? ¿Cuál será el sistema económico de una Utopía moderna?

En primer lugar, un Estado tan vasto y tan complejo como esta Utopía mundial, de población tan viajera, tendrá necesidad de un símbolo cómodo para intervenir la distribución de los servicios y de los productos. Es casi seguro que los utópicos pose-en su moneda. La tienen, no cabe duda, y no me sorprende que, a pesar de sus dolorosos pensamientos, nuestro botánico, merced a sus facultades de observación y a su costumbre de huronear el suelo, sea el primero de nosotros dos que vea y recoja la moneda caída del bolsillo de un viajero. (Hecho ocurrido una o dos horas antes de llegar a la hostería del Urseren Thal.) Imaginadnos sobre el camino de San Gotardo, juntas nuestras cabezas sobre el pequeño disco que nos revela tantos detalles de este mundo raro.

Me figuro que es una moneda de oro la cual, por dicha o azar, bastará para saldar nuestros gastos durante uno o dos días, hasta que conozcamos mejor el sistema económico en que hemos caí do. Es una pieza redonda, de dimensiones parejas y la inscripción que ostenta nos indica que es un León, equivalente a «dos x doce» Cruces

de bronce. A menos que la relación de los metales sea aquí muy diferente, las Cruces deben ser moneda corriente, de valor nominal ficticio, y, por consiguiente, de curso forzoso para los pequeños pagos. (Este detalle causaría pena y placer a un tiempo a Wordsworth Donisthorpe, si por casualidad estuviese con nosotros, porque él imaginó hace tiempo un sistema monetario utópico,[6] y los términos León y Cruz son suyos. Pero no puede oír hablar de unidad monetaria y «moneda legal» sin reñir.) Y aquí, en Utopía, esta relación insólita de «dos x doce» revela inmediatamente el más utópico de todos los aspectos, un sistema duodecimal.

Mi privilegio de autor me sirve ahora para fijar los detalles: ese León es, desde luego, una linda pieza, admirablemente acuñada, con su valor inscrito en letras finas y limpias en el anver so, ornado con una cabeza... ¡la de Newton nada menos! Se reconoce en esto la influencia norteamericana, pues cada año, como veremos, la denominación de las monedas rememora un centenario. El reverso de nuestra pieza de oro ofrece a las miradas la efigie de la diosa universal de la moneda utópica, la Paz, representada por una soberbia matrona que hace leer a un niño en un gran libro. Las figuras se destacan sobre un fondo estrellado y una ampolleta medio vacía. Estos utópicos se conservan bastante humanos, después de todo, y no se han excedido mucho de la evidencia en su simbolismo.

Por primera vez, pues, sabemos definitivamente que nos hallamos en un Estado Mundial, y tenemos también un primer indicio de que en ese Estado se han extinguido los monarcas. Pero nuestra moneda suscita todavía otras cuestiones. Diríase que esta Utopía no es una simple comunidad de bienes, que, en todo caso, existe en ella una restricción respecto a lo que puede tomarse, y que persiste la necesidad de una equivalencia para los valores similares, esto es, que se mantienen los límites del crédito humano.

Nuestra moneda lleva una fecha... la fecha misma de la fundación de Utopía. Los utópicos de antaño eran enemigos irreconciliables del oro. Recordaréis, sin duda, el empleo indigno que sir Tomás Moro quería que hiciésemos del oro; sabéis asimismo que no circulaba moneda alguna en la República de Platón, y que, en esta comunidad, para la que él escribió más tarde sus Leyes, sólo había una moneda de hierro de aspecto austero y de eficacia dudosa... Quizás esos grandes personajes se precipitaron al resolver una dificultad muy complicada y se mostraron excesivamente injustos respecto de un elemento muy respetable.

El oro está condenado, convertido en utensilios poco honorables y abolido en la sociedad ideal como si fuese la causa y no el instrumento de la humana bajeza. Pero, en realidad, el oro nada tiene de malo en sí mismo. Transformar este metal en vasos vulgares o expulsarlo del estado es castigar el hacha con que el asesino comete el crimen. Siempre que de ella se haga un empleo justo, la moneda es una cosa buena en la vida, una cosa necesaria en la existencia humana civilizada -tan complicada, ciertamente, en su utilidad y de procedencia tan natural, como los huesos de la muñeca en el brazo del hombre-, y no veo cómo puede imaginarse sin moneda una civilización digna de este nombre. La moneda es el jugo del cuerpo social, distribuye y recibe, hace posible el crecimiento, la asimilación, el movimiento, la renovación. Es la reconciliación de la independencia humana con la libertad. ¿Qué otro expediente procuraría al hombre una libertad tan grande y, al par, un impulso tan vivo hacia el esfuerzo? La historia económica del mundo, cuando no se reduce a la historia

[6] A *System of Measures, por* Wordsworth Domsthorpe.

de la propiedad, es un largo relato de los abusos que se han hecho, no con la moneda, sino de los sistemas de crédito suplementarios de la moneda que tenían por fin la amplificación del alcance de aquella preciosa invención. Jamás ha sido propuesto un sistema de crédito de trabajo[7] ni de libre demanda de mercancías a los almacenes generales [8] ni otra combinación cualquiera que no produzca en el hombre diez mil veces más escorias morales, esas escorias que han de ser vigiladas en una Utopía, como la que deseamos, sana y cuerda... ¿Quién sabe dónde se detendrá el progreso? De todos modos, este Estado en pleno desarrollo, en el cual hemos nosotros caído, esta Utopía del siglo XX, no ha franqueado aún más el período de las monedas y de su uso.

2

Si este mundo utópico es paralelo, en cualquier grado, al pensamiento terrestre contemporáneo, ha debido preocuparse, debe preocuparse aún de ciertos problemas, no resueltos, que atañen a la circulación de la riqueza, así como de los numerosos que se plantean con motivo del tipo de los valores. El oro es quizás entre todas las materias la que mejor se adapta a las necesidades monetarias, pero sin que satisfaga, no obstante, un ideal fácilmente concebible. A cada nuevo hallazgo de filones auríferos, sufre el oro una crisis irregular de alza y de baja, y en todo momento se halla expuesto a una depreciación repentina y desastrosa por efecto de la invención de un medio de transmutación de los minerales de menos valor. El hecho de que se vea sujeto a tales variaciones introduce un molesto elemento especulativo en las relaciones de deudor y acreedor. Si un obstáculo cualquiera reduce el crecimiento de las reservas de oro disponibles, si interviene un aumento de energía aplicada a las necesidades sociales, se produce inmediatamente un encarecimiento excesivo de la moneda en relación con las necesidades generales de la vida, y un empobrecimiento automático de todos los ciudadanos en relación con la clase acreedora. El pueblo se ve obligado a empeñarse y a sufrir el yugo de la deuda. De otra parte, cualquier aumento inesperado en la producción de oro, el descubrimiento de una pepita tan voluminosa como la catedral de San Pablo --cosa que cabe en lo posible-, daría por resultado la liberación de los deudores y el desquiciamiento financiero.

Un pensador ingenioso ha emitido la idea de que es posible que, utilizando la fuerza y evaluando los valores como unidades de energía, no se habría de emplear sustancia alguna para establecer un tipo del valor monetario. Esto es, al menos en teoría, un excelente desenvolvimiento del principio general, según el cual el Estado moderno es dinámico, no estático. Y la antigua idea del orden social constituye así una viva antítesis de la nueva idea. El orden antiguo aparece como un sistema de instituciones y de clases gobernadas por la riqueza; el orden nuevo se muestra como un sistema de empresas y de intereses dirigido por las capacidades mentales.

Echo un vistazo a este asunto de una manera accidental, como quien lee el artículo de un especialista en una revista popular. Figuraos, por consiguiente, que descubro en un periódico colocado sobre la mesa de nuestra hostería (y me sorprendo de no haberlo encontrado ya), el sosia utópico del personaje ingenioso, de uno de los

[7] Edward Bellamy, *El año 2000,* cap. IX

[8] Sir Tomás Moro, *Utopía; y* Cabet, *Viaje a Icaria.*

grandes inspiradores del pensamiento, del que organiza el estudio de las transformaciones monetarias que se discuten en Utopía. El artículo contiene las nuevas proposiciones de este pensador, explicadas de una manera completa y lúcida, aunque, a veces, un tanto técnica. Parece que han sido publicadas esas proposiciones para someterlas al examen de todos, y parece también que en la Utopía moderna la administración expone al público, algún tiempo antes de adoptar resolución ejecutoria sobre ellos, los proyectos cuidadosamente detallados de todas las modificaciones que convenga introducir en las leyes o en las costumbres; cada propuesta es minuciosamente discutida, señalados sus defectos, indicadas sus posibles consecuencias, su conjunto escrupulosamente sometido a la prueba y pasado por el tamiz de la crítica de todos los habitantes del planeta antes de comenzar los debates legislativos.

La exposición del estudio dicho exige una ojeada previa a la administración local de Utopía moderna. Para todos aquellos que han seguido el desarrollo de las ciencias de aplicación en estas últimas décadas, nada habrá de chocante en la idea de que una extensión general de gran número de servicios públicos sobre inmensos espacios es no sólo practicable, sino muy de desear. En un porvenir próximo la calefacción, el alumbrado, la fuerza motriz para las necesidades domésticas e industriales y para las comunicaciones urbanas e interurbanas, serán suministrados eléctricamente por estaciones generales comunes. Las tendencias políticas y sociales conducen directamente a la conclusión de que, tan pronto como hayan salido del período experimental, la distribución de la energía eléctrica lo mismo que el suministro de agua incumbirán a la autoridad local. Además, esta autoridad será propietaria universal del suelo. Sobre este punto un individualista tan significado como Herbert Spencer coincide con los socialistas. En Utopía, y sean los que quieran los tipos de propiedad, deducimos que todas las fuentes naturales de fuerza, incluso los productos estrictamente naturales, la hulla, la fuerza hidráulica, etc., han sido reintegrados inalienablemente a las autoridades locales, las cuales, para asegurar el máximo de facilidad y de eficacia administrativa, ejercerán, probablemente, la inspección en territorios tan extensos quizá como la mitad de Inglaterra. Tendrán asimismo a su cargo la producción de electricidad por la fuerza hidráulica, por la combustión, por el viento, por las mareas o por cualquiera otra fuerza natural disponible; y la electricidad así obtenida se utilizará, en parte, para el alumbrado y otros trabajos públicos dependientes de la autoridad local, y en parte como subsidio destinado a la autoridad central, la que cuidará de la vigilancia de los grandes caminos, ferrocarriles, hosterías y hoteles y de todos los demás medios y accesorios de las comunicaciones mundiales; el resto será concedido a los individuos o compañías distribuidoras, según una tarifa uniforme y fija, para el alumbrado y calefacción privados, para la maquinaria y para las aplicaciones industriales de todo género. Semejante organización exigiría una crecida cantidad de escritos y de cuentas entre las distintas autoridades, el gobierno mundial y los clientes particulares, y, por ello, la unidad de energía física es ciertamente el medio más cómodo de establecer esta contabilidad.

No es imposible que el reparto entre las diversas administraciones locales y el gobierno central se calcule a base de la evaluación total de la energía periódicamente disponible en cada localidad, inscrita y designada bajo a forma de unidades físicas. Además, puede suponerse que las autoridades locales utópicas estipularán contratos según los cuales efectuarán sus pagos no en numerario a base del oro, sino en valores

fiduciarios representativos de un cierto número de millares o de millones de unidades de energía suministrada por una cualquiera de las estaciones generadoras.

Los problemas económicos serían mucho más fáciles de dilucidar si, en vez de contar en valores monetarios fluctuantes, se utilizase una gradación igual de unidades de energía, esto es, si de hecho quedase enteramente eliminada la idea de comercio. Así se ha procedido ya, por lo menos en mi Utopía; la producción y la distribución de los artículos indispensables para la vida son considerados como simples corolarios del problema de la conversión de la energía, y se busca actualmente el aplicar al sistema monetario en su integridad esta idea de la energía considerada como unidad de valor. Cada una de estas gigantescas autoridades locales estaría autorizada para emitir «billetes de energía», paralelamente a su exceso de energía disponible y negociable, y para estipular en sus contratos que los pagos se harán con esos billetes hasta un máximum determinado por la suma de energía producida y utilizada en cada localidad durante el curso del año precedente. Esta facultad de emisión será renovable a medida que los billetes sean reembolsados. En un mundo sin fronteras, con una población viajera en extremo y exenta de lazos locales, el precio de los billetes de energía emitidos por las diversas administraciones locales tenderá constantemente a la uniformidad, porque el consumo se trasladará siempre a aquellas localidades en las que la energía sea más barata. Por consiguiente, el precio de tantos millones de unidades de energía, en moneda al cambio del oro, será, en cualquier instante, aproximadamente la misma de uno a otro extremo del mundo. Se trata de escoger un día especial en que la atmósfera económica sea netamente igual y determinar una relación fija entre la moneda de oro y los billetes de energía para que el León de oro y el León de crédito representen exactamente el número de unidades de energía que con ellos se puedan adquirir en el día indicado. La moneda de oro cesará de ser moneda legal al exceder de ciertos límites definidos, excepto para el gobierno central; pero éste no la pondrá en circulación a medida que la recoja. Así se convierte en una moneda corriente temporal, en concurrencia con el tipo de energía, una moneda que, teniendo su pleno valor, por lo menos el día de su conversión, irá siendo reemplazada proporcionalmente por una moneda corriente ordinaria. Los antiguos cálculos en Leones y los valores de las pequeñas monedas no deben, pues, sufrir ninguna perturbación.

Los economistas en Utopía tienen un método diferente y un sistema de teorías muy distinto del que yo había estudiado en la Tierra, lo que dificulta mucho mi enunciado. El artículo sobre el que me baso flota en mí con su fraseología desconcertante y misteriosa; sin embargo, saco la impresión de que hay en él una justicia y una razón que los economistas terrestres no han logrado alcanzar. Entre estos señores son raros los que se han despojado de preocupaciones patrióticas y políticas, y siempre han padecido la obsesión del comercio internacional. Aquí, en Utopía, el Estado Mundial suprime a raja tabla esa dificultad, puesto que no hay exportación alguna ni otra importación que la meteórica. El comercio es la noción inicial de los economistas terrestres, quienes basan sobre ella sus enigmas embrollados e insolubles, porque todo comercio implica, en resumen, preferencias individuales que son incalculables y únicas. Parece que nunca manejan esos señores principios, reglas y argumentos bastante sólidos. Cada nueva discusión o disertación económica recuerda un poco más la partida de cricket que Alicia jugó en el País de las Maravillas, donde los mazos eran flamencos, las bolas erizos que huían y los aros soldados que se relevaban a cada instante para pasearse. Pero me parece que en Utopía la ciencia económica debe ser no una teoría del comercio fundamentada en

una psicología defectuosa, sino la ciencia física aplicada a los problemas de la sociología. El problema general de la economía utópica consiste en determinar las condiciones en que deben aplicarse lo más eficazmente posible a las necesidades generales de la humanidad las cantidades, siempre crecientes, de energía material que el progreso de la ciencia hace utilizables. Desde el punto de vista de esa aplicación se consideran aquí el trabajo humano y la materia existente. El comercio y la riqueza relativa sólo son episodios dentro de ese plano. A mi juicio el artículo de la revista tiende a establecer que todo sistema monetario basado sobre una cantidad de oro relativamente mínima, es abrumadoramente móvil y flotante y no ofrece garantía real de bienestar; que los valores nominales de los objetos y de las empresas no tienen relación alguna clara y simple con la prosperidad material efectiva de la comunidad; que la riqueza nominal en millones de libras esterlinas, de dólares o de leones sólo indica la cantidad de esperanza de aire; que un aumento de la confianza sólo significa una extensión del crédito, y una fase pesimista el hundimiento de esa alucinación de las riquezas. Los nuevos tipos y cuadros de valores -razona el publicista- cambiarán todo eso, y a mí me parece también que así debe de ser.

He procurado señalar las tendencias de esas notables proposiciones, repletas de argumentos y de objeciones perspicaces y ponderadas. No entraré por ahora en el detalle de este deba te, pues no estoy seguro de poseer la talla suficiente para precisar los múltiples aspectos de este complicado asunto. He leído toda la mencionada disertación en una o dos horas de descanso después del almuerzo y pocos días después de mi llegada a Utopía, hallándonos instalados en una pequeña hosteria situada en la extremidad del lago de Uri. Holgazaneábamos allí, y me puse a leer para esperar el fin de un aguacero. Y el enunciado me llamó la atención por lo simple y atractivo y su demostración me descubrió claramente, por primera vez y en inteligible esquema, el concepto general de la naturaleza económica del Estado utópico.

3

La diferencia que existe entre las ciencias económicas y sociales de nuestro mundo [9] y las de Utopía, merece tal vez que se digan algunas palabras sobre este asunto. Yo escribo con extremada desconfianza, porque en la Tierra la ciencia económica, gracias al ardor perseverante de sus secuaces, ha alcanzado un elevadísimo nivel de tortuosa abstracción. Yo no puedo alegar un conocimiento íntimo y paciente de las producciones de los economistas, y, lo que es más grave, sólo poseo un conocimiento general de lo que realizan sus equivalentes utópicos. El carácter vital de las cuestiones económicas en una Utopía requiere, sin embargo, un intento de interpretación.

No existe en Utopía ninguna ciencia económica distinta y separada. Ciertos problemas que nosotros consideraríamos como económicos, caen bajo el dominio de la psicología utópica. La ciencia de la psicología comprende dos divisiones: primera, la de la psicología general de los individuos, especie de psicología mental a la que nada define, ni separa de la psicología propiamente dicha; y, segunda, la psicología

[9] Pero véase Gidding, *Principles of Sociology,* reciente y sugestiva obra norteamericana que ha sido imperfectamente apreciada en Inglaterra, pues si ni siquiera se la ha mencionado en el artículo «Sociología» de la edición de 1902 de la Enciclopedia Británica. Véase también Walter Bagehot, *Economic Studies.*

de las afinidades y de las relaciones entre los individuos. Esa segunda división es un estudio integral de las reacciones de unos individuos sobre los otros y de todas las relaciones posible entre ellos. Se transforma, pues, insensiblemente en una ciencia de las agregaciones humanas, de toda las parentelas y alianzas familiares posibles, de vecindades y aproximaciones, de compañías y asociaciones, de uniones y sociedades secretas y públicas, de agrupaciones religiosas, una ciencia de objetivos y lazos comunes, de los métodos de comunicación y acuerdo colectivos que unifican los grupos humanos, ciencia que se transforma finalmente en ciencia de la gobernación y del Estado. La dilucidación de las relaciones económicas depende de la naturaleza de esta hipótesis, con arreglo a la cual ha obrado efectivamente la humanidad en todos los tiempos; se la considera, pues, como subsiguiente y subordinada a la ciencia general de la sociología. La economía política y la economía general son al presente en nuestro mundo un irremediable amasijo de postulados sociales, de psicología absurda y de algunas generalidades geográficas y físicas. En el pensamiento utópico estarán ya disgregados y clasificados esos ingredientes. De un aparte se estudiará la economía física encaminada a la descripción de la sociedad considerada como una organización para dirigir y aplicar a los fines materiales de la humanidad toda la energía disponible en la naturaleza. Esta sociología física habrá llegado a un período de desarrollo tal que podrá dar al mundo la moneda corriente representativa de la energía. De otro lado se estudiarán los problemas económicos bajo el aspecto de la división del trabajo y entre una organización social que perseguirá principalmente como objetivo la reproducción y la educación en una atmósfera de libertad personal. Estos estudios, sin constreñirse mutuamente, proporcionarán de continuo al administrador práctico nuevas y válidas conclusiones.

Nunca como ahora, ni en región alguna de la actividad intelectual, nos será tan útil nuestro postulado sobre nuestra liberación de lo tradicional. El estudio terrestre de la economía general ha sido estéril e inútil desde sus principios, por efecto de la masa de hipótesis apenas sospechadas y sin analizar sobre las que dicha economía reposará. Se ignora el hecho de que el comercio es una consecuencia indirecta y no un factor de la vida social; que la propiedad es una convención plástica y fluctuante; que el valor sólo puede ser apreciado impersonalmente en el caso de las necesidades más generalizadas. La riqueza fue medida con las reglas del cambio. La sociedad fue considerada como un número prácticamente ilimitado de unidades adultas avariciosas, incapaces de agruparse disciplinadamente sino para asociaciones de negocios; las fuentes de competencia se tuvieron por inagotables. Sobre estas arenas movedizas se construyó un edificio que imitó las seguridades de la ciencia matemática, se compuso una jerga técnica y se proclamó el descubrimiento de «leyes». Nuestra manumisión respecto de estas falsas presunciones, gracias a la retórica de Carlyle y de Ruskin y a la propaganda de los socialistas, es más aparente que real. El viejo edificio nos oprime todavía, reparado y retocado, como lo está, por arquitectos mediocres y decorado con una etiqueta ligeramente modificada. Bajo una capa de pintura desapareció el letrero de «Economía Política», y, en vez de éste, vemos ahora estotro, «Economía general; restauración completa del establecimiento». La Economía moderna difiere especialmente de la antigua Economía Política en que no ha producido un Adam Smith. La vieja Economía política generalizaba a veces y, casi siempre, erróneamente; la nueva Economía evita las generalidades y hasta parece desprovista de la facultad de generalizar. Se mantiene en suspensión, como la neblina sobre el valle, una neblina que no se sabe donde empieza ni donde acaba, pero que es una incomodidad accidental y estúpida para el viandante. Sus teóricos más típicos dejan entrever cierta inclinación a desaprobar perentoriamente las generalizaciones, a

reclamar el título de peritos y a utilizarlo política y personalmente tan pronto como se les otorga. Newton, Darwin, Dalton, Davy, Joule y Adam Smith no usaban esos afectados melindres, excusables en un peluquero o en un médico de moda, pero indecentes en un filósofo o en un hombre de ciencia. En tal estado de competencia impotente o en otro cualquiera igualmente irritante, la economía -que no es una ciencia y una doctrina que paste en el estiércol de la estadística- ha de debatirse y luchar hasta que el estudio de la organización material de la producción y el del desarrollo de la física y de la geografía, de una parte, y, de otra, el estudio de las agregaciones sociales, hayan hecho posible la edificación sobre cimientos duraderos.

4

Todas las utopías de antaño eran estados relativamente exiguos; los límites de la República de Platón no debían exceder los ordinarios de un pueblecillo inglés, y no se establecían en ella distinciones entre la Familia, el Gobierno Local y el Estado. Platón y Campanella -aunque éste último era sacerdote- llevaron el comunismo a un punto extremo, prescribiendo hasta la comunidad de esposos y matrimonios, idea que fue practicada en la Comunidad de Oneida del estado de Nueva York (1848-1879). Esta congregación, como comunismo real, no sobrevivió mucho tiempo a su fundador, por consecuencia del rebelde individualismo de sus vigorosos hijos. Otros comunistas rechazaron todo aislamiento y decretaron una absoluta comunidad de bienes, como Cabet, para llegar a las utopías del siglo último. Pero el comunismo de Cabet era del tipo de «tienda abierta» y los géneros no llegaban a las gentes sino previa requisición. Este mismo caso parece ser el de la «Ninguna Parte» de William Morris. Comparados con los antiguos utopistas, Bellamy y Morris poseen un claro criterio de la separación individual, y su renuncia a la antigua homogeneidad es lo suficientemente expresa para justificar la duda respecto a la creación de utopías nuevas enteramente comunistas.

Una Utopía como la presente, escrita en los comienzos del siglo XX y tras un siglo de encarnizada discusión entre los ideales comunistas y socialistas, de un lado, y, de otro, el Individualismo, ha surgido como una especie de conclusión para esas controversias. Ambos partidos han acepillado y enmendado recíprocamente y de tal manera sus proposiciones iniciales, que, en realidad de verdad, aparte las etiquetas que ostentan aún sus secuaces, es muy difícil escoger entre los dos. Ambos bandos han sentado buen número de proposiciones de las cuales nosotros nos aprovechamos. Nosotros, esto es, la generación que les ha sucedido, vemos muy claramente que casi siempre el ardor y el celo de aquellas discusiones provenía de que una cuestión cuantitativa se tomaba por una cuestión cualitativa. Para el espectador, el individualismo y el socialismo son igualmente absurdos: el uno quisiera someter a los hombres a la dominación de los violentos y de los ricos; el otro quisiera hacerles esclavos del funcionamiento del Estado, y, sin embargo, la buena senda atraviesa quizás, aunque algo sinuosamente, por el valle que los separa. Afortunadamente, el pasado muerto entierra sus muertos y no nos toca ahora a nosotros adjudicar la preponderancia de la victoria. En una época en la que el orden político y económico se vuelve cada día más resueltamente socialista, nuestro ideal respecto a las leyes humanas se inclina mejor hacia una aceptación más positiva de los derechos de la individualidad. El estado debe ser progresivo, no estático, y ello implica una profunda modificación en el carácter general del problema utópico; no solo hemos de

atender a la alimentación y el vestido, al buen orden y la higiene, sino a la iniciativa también. El factor que conduce al Estado Mundial de una a otra fase de su desarrollo es el libre juego de las individualidades. Teológicamente hablando, el mundo existe por y para la iniciativa, y el método, el uso de la iniciativa constituye la individualidad. Cada ser humano rompe, en la medida de su individualidad, la ley del precedente, transgrede la fórmula general y acomete una nueva experiencia en la dirección de la actividad vital. Es, por consiguiente, imposible para el Estado, que representa la unanimidad y se preocupa del promedio, el realizar experiencias probatorias e innovaciones inteligentes, suministrando así la sustancia esencial de la vida. Así como el Estado representa la especie contra el individuo, en el supuesto de un Estado Mundial utópico representa sólo la especie. El individuo surge de la especie, arriesga su experiencia, encalla, muere y desaparece; o, por el contrario, acierta y deja traza en el mundo de su influencia personal, con su descendencia o por efecto de actos intelectuales, materiales o morales.

La especie, considerada biológicamente, es, desde su comienzo, la acumulación de experiencias de todos sus individuos dichosos, y el Estado Mundial del Moderno Utopista será, en su aspecto económico, un compendio de experiencia económica confirmada, alrededor del cual la acción individual continuará experimentando ya para fracasar y desvanecerse, ya para triunfar e incorporarse finalmente al organismo inmortal del Estado Mundial. Este organismo es la regla universal, la restricción común, la plataforma igual y siempre elevada sobre la que se yerguen las individualidades.

Así las cosas, el Estado Mundial aparece como el único poseedor del suelo, con los grandes gobiernos locales que he abocetado y con las municipalidades comarcanas que retienen el suelo feudalmente, por decirlo así. El Estado, por las organizaciones que le están subordinadas, es el amo de todas las fuentes de energía y, ya sean directamente, ya por mediación de sus arrendatarios, granjeros y agentes, desarrolla esas fuentes y hace utilizable la energía para la obra de la vida. Él, o sus delegados, suministrará el alimento y, por esta razón, tendrá bajo su dependencia la energía humana, la explotación de la hulla y las fuerzas eléctricas, y las energías del viento, la ola y el agua. Por cesión, transferencia, arriendo, etc. diseminará esta energía entre los ciudadanos. Mantendrá el orden, conservará los caminos, administrará justicia de una manera eficaz y poco costosa, cuidará de los medios de locomoción rápida y económica y estará encargado de los transportes, centrará y distribuirá el trabajo, intervendrá y administrará todas las producciones naturales, alentará y garantizará el desarrollo de la población para formar una generación nueva, sana y vigorosa, asegurará la higiene pública, acuñará moneda, establecerá las unidades de peso y de medida, ayudará financieramente las investigaciones y proporcionará subsidios a aquellas empresas que, aun no dando provechos comerciales, sean útiles al conjunto de la comunidad; subvencionará a los publicistas, las cátedras de crítica, y recogerá y transmitirá las noticias. La energía producida por el Estado y los salarios pagados por éste, tornarán a él, como el agua absorbida al mar por el sol cae sobre las montañas para volver finalmente al mar; los recobrará en los arriendos del suelo, en los derechos de venta y de patentes, en los beneficios por transporte de viajeros y de mercancías, en la acuñación de la moneda, en los derechos de manos muertas,[10] en los impuestos sobre transferencias y en las confiscaciones. A

[10] Se denomina «manos muertas» a los poseedores de una finca en quienes se perpetúa el dominio por no poder enajenarla. [T.]

modo de una red fluvial, habrá entre las nubes y la mar una vasta región de empresa e iniciativa individual cuyo libre ejercicio asegurará el Estado. En esta región intermedia, entre las alturas y el abismo, se erigirán los principios y las promesas que son la significación esencial, la sustancia de la vida. Desde nuestro punto de vista humano, la mar y las montañas fueron creadas para los países habitables situados en el intervalo de unas y otras. Así el Estado se ha establecido para las individualidades; el Estado existe para el individuo, la ley para la libertad, el mundo para la experimentación y para la mudanza. Tales son las creencias fundamentales con arreglo a las cuales debe funcionar una Utopía moderna.

5

En este sistema que convierte al Estado en fuente de toda energía y en postrer legatario, ¿de qué naturaleza será la propiedad que un hombre pueda poseer? En las condiciones modernas -y, a decir verdad, en toda condición- quien no posee en propiedad algún bien negociable es un hombre sin libertad, y el número e importancia de sus bienes dan amplia idea de la medida de su libertad. El hombre que nada posee, que carece de abrigo y de alimento, no tiene otra alternativa que la de trabajar para adquirir; ese hombre es esclavo de sus necesidades en tanto no dispone del medio de satisfacerlas. Pero desde que posee un haber cualquiera, el hombre es libre de hacer ciertas cosas, como, por ejemplo, tomarse un descanso de una semana, si así le acomoda, o practicarse en tal o cuál nueva ocupación; poseyendo más puede otorgarse un año de libertad e irse a los confines de la tierra; poseyendo más aún, puede proporcionarse materiales e instalaciones complicadas para ensayar curiosas innovaciones; puede construir casas, trazar jardines, fundar establecimientos comerciales e industriales, emprender en gran escala las investigaciones experimentales. En las condiciones terrestres, la propiedad de un hombre puede alcanzar en breve espacio de tiempo proporciones tales que su libertad acabe por oprimir la libertad de los demás. Trátase en este caso de una adaptación de libertades en conflicto, de una cuestión cuantitativa que muchas gentes se obstinan aún en transformar en cuestión cualitativa.

El resultado a que aspira conseguir el código de las leyes de la propiedad que rige en Utopía es el mismo a que tiende toda la organización utópica, esto es, a un máximo universal de libertad individual. Sea cual fuere el alcance de los movimientos que crean el Estado, a los individuos poderosamente ricos y las corporaciones particulares, no se seguirán de ellos la miseria por mala distribución del trabajo o por falta de éste, la emigración forzosa, ni la transformación de la libertad de obrar en servidumbre. Aparte estas restricciones, el objetivo de los que gobiernan la Utopía moderna es el de asegurar al hombre el beneficio de la libertad que le procuran los bienes que posee legítimamente, esto es, los bienes que se habrá creado con su trabajo, su habilidad, su previsión o su valor. Todo aquel que haya creado así, tendrá el derecho de guardar lo que creara; esto es evidente, pero no tendrá derecho de vender y de cambiar, y de ahí que esta cuestión sobre la naturaleza de la propiedad lleve a preguntar cuáles son las cosas que un hombre puede comprar en Utopía.

Un utópico moderno ha de gozar la propiedad prácticamente formal y completa de todos los objetos que, por el solo hecho de poseerlos, se convierten, por decirlo así, en extensiones y expresiones de la propia personalidad: sus vestidos, sus alhajas,

los útiles de su profesión, sus libros, las obras de arte que ha producido o comprado, las armas de uso personal (si hay necesidad de ellas en Utopía) sus insignias especiales, y así sucesivamente. Todas las cosas que ha adquirido -siempre que no haga de ellas tráfico profesional o habitual- le pertenecerán indudablemente, libres de todo impuesto, y podrá darlas, prestarlas o conservarlas. Esta propiedad es de un género tan íntimo que gozará, incluso en Utopía, de un derecho póstumo. Al poseedor le será permitida la transmisión de su propiedad a la persona que designe mediante el pago de un impuesto mínimo. En algunos distritos figurarán sin duda y justamente entre los bienes transmisibles, un caballo, una bicicleta, tal o cual vehículo mecánico de uso personal. Asimismo una casa, un retiro cualquiera habitado por su propietario y el mobiliario de esa casa o retiro figurarán en el mismo grado, o en grado próximo, de la escala de la propiedad y podrán estar sujetos a iguales pequeñas tasas o a un impuesto sobre transmisión de bienes un poco más elevado, siempre que el propietario no haya hecho habitualmente de dichos bienes un objeto de lucro. Un socialista demócrata intransigente objetaría desde luego que, si los utópicos transforman así sus bienes en una especie de propiedad libre, invertirán en embellecerlos mucho más de lo que, en otro caso, invertirían; pero, en verdad, ello sería una excelente cosa. Estamos excesivamente contaminados de la atmósfera ruin de nuestro mundo, tan mal administrado. El que en Utopía quieran las gentes crear, hacer crear, poseer cosas bellas, no significa que lo logren a costa de la desnudez y el hambre de los demás. Este grado de propiedad otorgado al individuo le incitará a preocuparse de la belleza y la gracia de su vestido, de sus ornamentos, de todos sus utensilios y herramientas, de los libros y de los objetos de arte, porque al comprarlos adquirirá para sí y los suyos cosas inalienables, salvo el caso de quiebra. Además, un hombre podrá destinar y guardar durante su vida ciertas sumas al objeto de asegurar ventajas especiales en educación y en cuidado a los niños, suyos o de otros, y ejercer de esta manera un derecho póstumo.[11]

Los utópicos serán mucho menos respetuosos con cualquier otro género de propiedad. Las sumas que un hombre no haya gastado, los créditos sin interés que le pertenezcan no gozarán de los mismos privilegios a su muerte. De lo que no haya querido emplear o gastar en su uso personal o dedicar a la educación especial de los niños, se reservará el Estado la parte del león frente al heredero o al legatario.

Esta regla se aplicará, por ejemplo, a la propiedad que el hombre crea y adquiere en negocios emprendidos, más que por el negocio en sí, como medio de obtener un presunto beneficio, o de ganarse la vida. El Estado nada tiene que ver con las nuevas maquinarias, los nuevos métodos, las empresas inciertas, variables y no universales, porque empiezan siempre como experimentos de valor desconocido. Salvo la intención de la moneda, nada ha facilitado tanto la libertad y el progreso de esa obra de tanteo y aventura como la «compañía con responsabilidad limitada». El abuso de las leyes de asociación sobre la tierra y las reformas que les son necesarias no nos incumben; en la Utopía moderna hemos de suponer que las leyes de ese género son tan perfectas como puedan serlo las leyes terrestres. En el código admirable de las leyes de Utopía el *caveat vendor* será la justa mitigación del *caveat emptor*. Cabe dudar de que en Utopía disfruten las compañías financieras de la facultad de privilegiar ciertas acciones y no otras y la de emitir obligaciones; tampoco parece probable que se consienta la usura, esto es, el préstamo de dinero a interés fijo. Pero

[11] Un Estatuto de Manos Muertas fijará un límite de tiempo a estos legados. La revisión periódica de las donaciones es condición indispensable en una Utopía moderna.

cualquiera que sea la naturaleza de los valores que posea un hombre, esos valores serán vendidos a su muerte, y todo lo que no se haya reservado expresamente para los gastos especiales de educación reingresará en el Estado, otorgándose quizás una pequeña fracción de esos valores a los parientes próximos del muerto. Como más adelante veremos, los hijos y los dependientes legítimos del ciudadano quedarán asegurados por el Estado contra las dificultades que les causaría la muerte del cabeza de familia. El Estado se ajustará en este caso a todas las disposiciones razonables adoptadas por el difunto y hasta asegurará al propio jefe de familia contra las enfermedades y la vejez. El objeto de la economía utópica será el de inducir al hombre a consagrar su exceso de dinero al mejoramiento de su condición social y de sus medios de vida, iniciando para ello empresas capaces de producir grandes perdidas o ganancias o de aumentar la belleza, el bienestar, la abundancia y los goces de la vida.

Utopía permitirá también, sin duda alguna, a sus ciudadanos que se asocien para adquirir propiedades consistentes en diversas clases de contratos y concesiones, en arrendamientos y censos de territorios agrícolas u otros, en casas por ellos construidas, en talleres, maquinaria, etc. Si el ciudadano prefiriese aventurarse él solo en los negocios, disfrutará de las mismas libertades que la asociación; de modo que formará él solo una compañía y su acción única será valorada a su muerte de igual manera que las de los demás. He aquí pues esbozada una segunda categoría de la propiedad. Esas dos clases de bienes serán probablemente las únicas de que podrá disponer el utópico.

El pensamiento moderno se rebela contra la propiedad privada del suelo, de los objetos y productos naturales, y, en Utopía, esas cosas serán propiedad inalienable del Estado. Después de satisfechas todas las exigencias de la libre circulación y acopiadas las reservas necesarias, el suelo será concedido a las Compañías o a los individuos por períodos que jamás excederán de cincuenta años, en previsión de las desconocidas necesidades del porvenir.

Los derechos de los padres sobre los hijos, así como los del marido respecto de la mujer, parecen sufrir restricciones mayores todavía, en nuestra época; pero el estudio del estado de cosas utópico respecto a este género de propiedad lo reservamos para el momento en que abordemos el asunto del matrimonio. Baste decir aquí que la inspección de la comunidad, en lo que atañe al bienestar y educación del niño, y la tendencia, más acentuada cada vez, de limitar y tasar la herencia, son dos aspectos complementarios de la propensión general a considerar el bienestar y la libre actividad de las generaciones futuras, no como misión de los parientes o de individuos altruistas, sino como misión predominante de los gobiernos de la comunidad mundial.

6

Entre las utopías modernas y las utopías clásicas se observan profundos contrastes merced a la concepción de la fuerza mecánica puesta por la naturaleza al servicio del hombre, concepción que pone en relieve el proyecto de moneda basado en la unidad de energía. Aparte el débil empleo de la fuerza hidráulica para accionar los molinos y el de la fuerza del viento para la navegación a la vela (y el uso de esta última fuerza era tan débil que el mundo clásico jamás pudo pasar de la galera con remeros

esclavos), aparte el empleo restringido de los bueyes para la labor y de los caballos para la locomoción, toda la energía que sostenía al Estado antiguo tomábase del trabajo muscular de los hombres. El mundo se hacía «a mano». Una de las condiciones de la existencia social era la incesante labor corporal, y esta condición no varió hasta que se obtuvo la fundición de los minerales, hasta que se produjo la abundancia del hierro y el acero, hasta que se desarrollaron los conocimientos científicos. Si fuese hoy posible representar en unidades de energía el trabajo total sobre el que reposa el edificio social de los Estados Unidos o de Inglaterra, comprobaríais que ese trabajo proviene en su mayor parte de fuentes no humanas, esto es, del carbón, los combustibles líquidos, los explosivos, el viento y el agua. Todo indica el crecimiento constante de este exceso de energía mecánica; todo indica que el hombre se emancipará cada vez más de la necesidad de su labor física. Parece imposible fijar límite alguno a la invasión de la vida por la maquina.

Pero este hecho sólo ha parecido vislumbrarse en los tres siglos últimos. La completa omisión de la máquina como causa modificadora del desenvolvimiento humano, estimula vivamente la imaginación.[12] Platón no tenía la menor idea de que las máquinas se convirtieran en fuerza que afectase a la organización social; nada existía a su alrededor que pudiese servirle de indicio. Probablemente no se imaginó durante su vida invención, método o aplicación mecánica que implicase la menor importancia social. Nunca soñó un Estado que no tomase su fuerza del músculo humano, como tampoco imaginó un Estado que no estuviese orgánicamente constituido por la lucha cuerpo a cuerpo. Previó, hasta con profusión, las invenciones morales y políticas, y en este punto da aún qué pensar, pero nada presumió ni hace presumir respecto a las posibilidades materiales.[13] No se habrían escrito las absurdas enormidades que se han escrito acerca del alma griega si se hubiera recordado el marcado carácter intelectual y artístico de la época de Platón, si se hubiese comprendido siempre que, junto a la instabilidad político-social, ciertas condiciones materiales estaban categóricamente definidas y consideradas como permanentes en absoluto. El alimento de la imaginación griega era una perfecta antítesis del que se nutre la nuestra. Las condiciones en que vivimos nos enseñan que no es imposible ni increíble cualquiera revolución de los instrumentos de trabajo del hombre o en su organización económica; nuestros espíritus se aventuran libremente entre conjeturas y probabilidades que habrían parecido, a los oyentes de la Academia, extravagancias chocantes; en cambio, nuestras imaginaciones sucumben cuando se trata de cuestiones político-sociales y de los medios para resolverlas. A pesar de los testimonios de la historia, Esparta es apenas más verosímil para nosotros que lo fuera para Sócrates un automóvil sobre el Ágora.

Por inadvertencia quizás, inició Platón sin maquinaria la tradición de las utopías, a cual tradición se ajusta lealmente William Morris, salvo ciertos chirimbolos mecánicos y otros juguetes de igual género, en sus *Noticias de Ninguna Parte.* En la *Nueva Atlántida* adviértense algunos presentimientos acerca de las posibilidades mecánicas. Pero hasta el siglo XIX no aparecen utopías en las cuales se reconoce de modo notorio el hecho de que el edificio social no reposa exclusivamente sobre la labor humana. Creo que fue Cabet[14] quien preconizó el primero en una obra utópica

[12] Es curioso notar el poco caso que de ello hacía Bacon en su *Nueva Atlántida.*

[13] Hipódamo, en su Utopía perdida, estipulaba recompensas a los inventores, pero, a menos que Aristóteles la comprendiese mal -y todas las utopías corren la suerte de ser más o menos mal interpretadas-, Hipódamo se refería a invenciones de nuevos sistemas políticos.

[14] Cabet, *Viaje a Icaria,* 1848.

el uso de la máquina para liberar al hombre de los trabajos enojosos. Cabet es el gran «Primitivo» de la Utopía moderna y Bellam y su equivalente norteamericano. Hasta entonces no se había encontrado otro sistema de trabajo que la esclavitud (Phaleas),[15] o, cuando más, unas divisiones de clase que implicaban un trabajo inevitable de las categorías inferiores de la población; esto fue lo que hizo Platón y lo que probablemente se proponía realizar Bacon; Moro, más riguroso, concedía a sus utópicos esclavos encargados de los menesteres más desagradables. Con Morris y los utópicos de «la vuelta a la naturaleza» se nos muestra el atrevido señuelo de que todo trabajo puede convertirse en un placer, y se procede a una nivelación general de la sociedad, gracias a la cual cada uno obtiene su parte igual de labor. Pero, en realidad, este sistema contradice las costumbres de la humanidad; para imaginarlo eran precisos el olímpico desprendimiento, la ignorancia de un rico irresponsable, el tipo capitalista de un Ruskin o un Morris jugando a «la vida». Dar un paseo por Oxford bajo los auspicios de Ruskin era evidentemente un placer y un honor, y ha continuado siendo un honor; de todas maneras fue la menos contagiosa de las modas. Hawthorne, en Brook Farm,[16] se percató de que el trabajo corporal es, en verdad, la maldición que proclama la Biblia.

Si el trabajo es una dicha, jamás dicha alguna se disfrazó tan perfectamente, y las bravas gentes que predican esa doctrina no vacilan, sin embargo, en prometer una magnífica ociosidad en la eternidad paradisíaca. Es cosa muy distinta, en verdad, el entregarse a cierto ejercicio físico y mental y hasta a un trabajo considerable bajo el impulso de la imaginación. En la producción artística, por ejemplo, cuando un hombre se sujeta a ella por su gusto y sin preocuparse de complacer al público, no puede decirse que esa producción sea trabajo. Hay una diferencia palpable entre arrancar patatas «por placer propio» y arrancarlas para no perecer de hambre, día por día, como una servidumbre inevitable. Esta necesidad imperativa es la esencia del trabajo, con la agravante de que la atención *debe* adherirse a la tarea entre manos, tarea que excluye toda libertad y que implica una fatiga. Así ha dependido largo tiempo del trabajo una existencia casi salvaje; así se esperó en vano durante tanto tiempo que los hombres hiciesen otra cosa que echar los unos sobre los otros la mayor cantidad posible de esa pretendida felicidad.

Pero al presente, que las nuevas condiciones de vida creadas por la ciencia física no sólo prescinden del hombre como fuente de energía, sino que, además, ofrecen la esperanza de que todo trabajo rutinario se convertirá en automático, hay derecho a suponer que, muy pronto, nadie tenga necesidad de trabajar regularmente; en breve una clase laboriosa, esto es, la clase de los trabajadores sin iniciativa personal, resultará inútil. Si nuestros sistemas políticos, sociales y morales estuviesen tan bien adaptados a sus fines como una linotipia, como los equipos operatorios antisépticos, como un tranvía eléctrico, no habría necesidad, a la hora en que vivimos, de ejecutar ninguna labor manual apreciable; sólo existiría una fracción mínima del sufrimiento, del miedo y de la ansiedad que hacen tan dudoso el valor de la vida humana. Tal es la buena nueva que anuncian a la humanidad las ciencias físicas. Hay en el mundo más de lo preciso para que cada uno viva. La ciencia, sirviente muy capaz, se mantiene tras sus amos, pendencieros y groseros, ofreciéndoles recursos, procedimientos y remedios; pero ellos son demasiado estúpidos para utilizarlos.[17] Desde el punto de

[15] Aristóteles, *Política,* libro II, cap. VIII.

[16] The Blythedale Experiment, y véase también su Notebook.

[17] Véase un librito muy sugestivo, *Twentieth Century Inventions,* de George Sutherland.

vista material en que se coloca una Utopía moderna, ha de demostrar que ha aceptado esos dones; debe describir un mundo que suprima poco a poco la necesidad del trabajo y persiga y destierre hasta la última causa de esclavitud o de inferioridad para el ser humano quienquiera que ésta sea.

7

Esta abolición efectiva de la clase obrera y servil se nota en todos los detalles de la hostería que nos abriga y de las habitaciones que ocupamos. Imaginaos mi despertar entre todas estas cosas al día siguiente de nuestra llegada. Durante algunos minutos permanezco estirado en mi cama, asomando sólo la nariz fuera de las sábanas; recobro dulce y agradablemente mis entendederas en tanto que se desvanece el recuerdo de una pesadilla en la que me veía sentado ante una mesa redonda, al lado de un ineluctable barrendero vestido de verde y oro y llamado Boffin.[18] De pronto tiemblo, me incorporo en el lecho y con cierta aprensión inspecciono mi cuarto. La clásica interrogación acude a mis labios:

-¿Dónde estoy?

Entonces me percato de que estoy acostado en una cama de Utopía.

¡En Utopía! Estas palabras bastan para hacer saltar del lecho al mas perezoso de los hombres y conducirle a la más próxima ventana... Pero no veo otra cosa que una gran masa de rocas, que se destaca tras la hostería, masa montañosa que ofrece todo el aspecto terrestre. Reanudo el examen de mi habitación y de su mobiliario; a cada instante interrumpo la operación de vestirme, intrigado por insólitos objetos.

No hay que decir que la habitación es muy clara y limpia, muy sencilla y arreglada y dispuesta para economizar en lo posible el trabajo de reparación y de limpieza. Todo está admirable mente proporcionado; aunque la ventilación es perfecta, el techo es, sin embargo, más bajo que el de la mayor parte de los aposentos que yo he visto en la Tierra. La ausencia de chimenea y de estufa me causa cierta perplejidad, hasta que descubro un termómetro colocado junto a seis pequeñas palancas fijas en el muro. Encima se destacan breves instrucciones para el manejo de las palancas: una sirve para calentar el suelo desprovisto de alfombras y esteras, pero cubierto de una sustancia semejante al blando linóleo; otra calienta el colchón, que es de metal con muelles de trecho en trecho; las demás sirven para hacer circular el calor por los muros en diversos grados. La gran ventana no se abre, pero encima de ella, junto al techo, hay un ventilador rápido y silencioso que absorbe el aire viciado del cuarto en tanto que penetra una corriente de aire fresco por medio de una conducción Tobin. Junto a la alcoba hay un cuarto de vestir con bañera y todo lo preciso para el tocador. Si se quiere emplear agua tibia, basta hacerla pasar por un serpentín calentado eléctricamente. Si de da vuelta a cierta manivela de un distribuidor, aparece un pedazo de jabón. Concluidas las abluciones, se arrojan el jabón, las toallas y otros objetos, suministrados también automáticamente, en una especie de cajón sin fondo por el que descienden a lo largo de un pulimentado tubo. Un cartel indica el precio del cuarto y, al propio tiempo, advierte que, si no se dejan las cosas en el buen estado en que se las encuentra, se abonará doble precio. Junto a la cama se destaca sobre la

[18] Véase William Morris, Noticias de Ninguna Parte.

pared una esfera de reloj que puede hacerse luminosa durante la noche apoyando un dedo sobre un botón, colocado al alcance de la mano. La habitación carece de ángulos que puedan juntar el polvo, las paredes se encuentra con el suelo con una curva suave; y, de este modo, el cuarto puede quedar perfectamente barrido con unos cuantos escobazos de la escoba mecánica. Los marcos de puertas y ventanas son metálicos, redondeados y no dejan paso al aire. Otro letrerito indica cortésmente que se haga girar el manubrio colocado al pie de la cama antes de abandonar el aposento. Practicada la operación, queda el lecho en posición vertical y de modo que pueda airearse bien toda la ropa de cama. Así, en el momento de dejar la habitación, comprobáis que ningún trabajo queda en ella por hacer, y entonces acude a la imaginación el recuerdo del fétido desorden que cada mañana presenta más de una alcoba terrestre.

No os figuréis que este departamento agradable, sin polvo y sin manchas, esté exento de belleza. Claro que su aspecto es un poco desconcertante; allí no se advierte esa confusión de tapices y ornamentos, inútiles nidos de polvo, que llenan nuestras alcobas; allí no hay sobremesas, ni guarniciones de encajes en los muebles, ni cortinas, ni burletes en las ventanas mal ajustadas, ni cuadros, ni grabados estúpidos colgados de través, ni morillos, rejas y demás utensilios ahumados en la chimenea sucia y llena de hollín. Las paredes están ligeramente pintadas y, por todo adorno, ostentan una cenefa de color más fuerte, trazada como el anillo de un capitel griego. Los pestillos y los rebordes de los paños de la puerta, las dos sillas, la caja de la cama todo tiene esa simplicidad definitiva, esa perfección acabada del contorno que nace del esfuerzo artístico continuado. Las ventanas, de graciosas formas, son verdaderos marcos de cuadros, y, como no han de temerse las corrientes de aire, junto a cada una de ellas hay una cómoda silla; sobre el alféizar, el solo objeto que llama la atención es un vaso de flores alpinas.

La misma exquisita simplicidad reina en el piso bajo.

Nuestro patrón se sienta un instante en la mesa con nosotros y, viendo que ignoramos el manejo del filtro de café calentado eléctricamente que han puesto ante nosotros, nos enseña a servirnos del aparato. Desayunamos a la moda continental, con café con leche y excelentes panecillos con mantequilla. Este hombrecillo de tez morena estaba ocupado anoche con otros clientes. Pero esta mañana nosotros hemos bajado demasiado pronto o demasiado tarde para la costumbre utópica y el hombre se dedica por entero a nosotros. Su conducta es afable, aunque no logra disimular la curiosidad que le aguijonea. Sus miradas son otras tantas interrogaciones y, mientras comemos, le sorprendemos examinando nuestros vestidos, nuestro puños, nuestras botas, nuestras caras y nuestra manera de comer. Nada pregunta, contentándose con aventurar unas palabras sobre si hemos pasado buena noche y acerca del tiempo que va a hacer, frases que parece ser las de cajón. Luego hay un silencio que es una muda interrogación.

-Excelente café-digo yo, para distraer de sus ideas al hostelero.

-Excelentes panecillos -añade el botánico.

El patrón parece halagado por esta cortesía nuestra.

Interrumpe la escena la llegada de una muchachita de cabellos trenzados que, con sus ojos negros brillantes, nos contempla con aire medio avergonzado, medio tímido; la joven vacila ante la inclinación de cabeza y la sonrisa que le dirige el botánico, y, luego, se acerca a su padre, permanece de pie junto a él y nos vigila intrépidamente.

-¿Vienen ustedes de muy lejos? -se atreve a preguntar el huésped, al par que acaricia la espalda de su hija.

-Sí... de lejos... -respondo, dirigiendo a la vez una mirada furtiva al botánico. En seguida prosigo-: Venimos de tan lejos, que vuestro país nos parece verdaderamente extraño.

-¿De las montañas?

-No sólo de las montañas.

-¿Proceden ustedes del valle del Tesino?

-No... de ese lado no.

-¿Del Oberalp?

-No.

-¿De la Furka?

-No.

-¿Del lago?

-No.

El huésped se muestra estupefacto.

-Venimos de otro mundo -digo al fin.

El hombre trata de comprender. De pronto le ocurre una idea y envía a la muchachita con un inútil recado para la madre.

-¡Ah! -exclama entonces-. ¿De otro mundo..., caramba?; es decir de...

-De otro mundo, de las profundidades del espacio.

Por la expresión del rostro del huésped se da uno cuenta de que la Utopía moderna guarda para ocupaciones más difíciles que la de hostelero sus ciudadanos inteligentes. El que tenemos ante los ojos es evidentemente inaccesible a la idea que tratamos de inculcarle. Nos contempla un instante con sus ojos asombrados y luego nos hace notar:

-Hay que firmar en el registro.

Poco después nos hallamos ante un libro muy parecido al registro de viajeros de los hoteles terrestres. En seguida acerca el huésped pluma y tintero y una almohadilla en la que acaba de verter un poco de tinta.

-Dactiloscopia... huella de pulgares -murmura en inglés mi científico amigo.

-Indíqueme usted cómo se procede -le digo a media voz.

Firma el botánico primero con la yema del dedo y yo le contemplo, mirando por encima de su espalda, el hombre se conduce con más aplomo del que yo esperaba de él. El libro está rayado transversalmente, con espacios reservados para un nombre, un apellido y una huella. El botánico moja su pulgar en la tinta de la almohadilla y lo aplica en seguida deliberadamente a la página, al par que observa las firmas precedentes. Los apellidos de los clientes llegados antes que nosotros son una ensalada de letras y cifras; mi compañero inscribe su nombre y, después, con serena seguridad combina su apellido así: A.M.a.1607.2.αβ©. Lleno de admiración, sigo el ejemplo del botánico y fabrico una firma igualmente pomposa. Estamos orgullosos de

nosotros mismos. El hostelero nos presenta unos tazones con agua para limpiar nuestros dedos, y con el rabillo del ojo observa curiosamente nuestra obra.

Considero prudente pagar y partir antes de dar margen a conversación alguna respecto a las fórmulas que hemos trazado en el libro.

En el momento en que paso por el corredor veo a nuestro patrón inclinado sobre su libro, y salimos al sol matinal del mundo utópico.

-En marcha -digo-. No hay cosa más enojosa que las explicaciones, y, no se por qué, me parece que, si no nos vamos pronto, habremos de sufrir un largo interrogatorio.

Miro hacia atrás rápidamente y descubro al patrón junto a una mujer ataviada con gracia, bonita en su simplicidad, que desde la puerta de la hostería utópica nos observa recelosamente en tanto que nos alejamos.

-Pronto, pronto, en marcha -insisto con viveza.

8

Nos dirigimos hacia el desfiladero de Schoellenen. La caminata y la frescura de la mañana nos ayudan a precisar nuestra impresión sobre este mundo más civilizado. Mil factores nuevos se muestran a nuestra consideración. En la Utopía moderna, que ha expulsado de su seno los perros ladradores de las nacionalidades, no se ven las feas fortificaciones, los cuarteles y los horrores militares que estropean la tierra del valle de Urseren. En vez de eso se elevan sobre las alturas del valle multitud de casitas, reunidas por grupos, alrededor de un edificio que debe contener evidentemente las salas y cocinas comunes. Los árboles son mucho más numerosos y de variedades más diversas; por todas partes se han diseminado nuevas especies de coníferas. A pesar de la altura del valle, la calzada está bordeada por una doble avenida. La carretera, con su tranvía eléctrico, se encorva para descender hacia el desfiladero, y nos preguntamos si debemos o no arriesgarnos a tomar el tren. Pero el recuerdo de los ojos curiosos del hostelero nos disuade de la aventura para no correr el peligro de nuevos interrogatorios.

Caminamos durante cierto tiempo y advertimos algunas diferencias entre el arte del ingeniero terrestre y el ingeniero de Utopía.

Los rieles, los trenes en marcha, los puentes, las conducciones subterráneas, el túnel de Urnerloch son cosas bellas.

La maquinaria, las vías, los diques, los puentes de hierro, todas las invenciones del ingeniero no han de ser feas forzosamente. La fealdad es la medida de la imperfección; un objeto de fabricación humana es feo, en la mayoría de los casos, proporcionalmente a la pobreza del entendimiento que lo ha construido; es más o menos feo o hermoso según que el constructor se haya penetrado mas o menos de la necesidad a que aquél responde. Todo objeto al que los hombres dedican continuadamente su pensamiento y su atención, que hacen y rehacen con un mismo fin, con el deseo perseverante de hacerlo lo mejor posible, acaba por ser forzosamente un objeto hermoso. Las cosas que la humanidad fabrica en las circunstancias modernas son feas, porque, ante todo, es fea nuestra organización social, porque vivimos en una atmósfera de incertidumbre y de temporalidad y

porque no sabemos sacar de nuestra actividad el partido conveniente y verdadero. Ahí radica el infortunio de la maquinaria, que no es culpa suya. El arte, como toda bella planta, necesita de una atmósfera favorable para vivir; si la atmósfera es buena, crece y se desarrolla en todas partes; pero si es mala en parte alguna vive y fructifica. Si destruyésemos todas las máquinas y todos los talleres del mundo, y si, satisfechos de este solo cambio, nos dedicásemos a las industrias del hogar, al trabajo a mano, a cavar la tierra, a la guardería de corderos y cerdos, haríamos todas estas cosas con la misma impaciencia y sin otro resultado que el desorden, la confusión, la suciedad, fiel imagen de nuestro desarrollo intelectual y moral. Nada reformaríamos.

Pero, en Utopía, el hombre que emprende el establecimiento de una línea ferroviaria o de tranvías es un hombre culto; como un buen escritor o un buen artista, se esforzará para conseguir la simplicidad de la perfección. Las traviesas, los carriles, los accesorios adquirirán en sus manos la gracia, la armonía que la Naturaleza, ese gran ingeniero, da a los tallos y hojas de sus plantas y a las articulaciones y movimientos de sus animales. Juzgar a este hombre como lo contrario de un artista, declarar artista a un hombre que modela objetos con sus pulgares y a un bruto cualquiera que se sirve de una máquina, es simplemente una fase pasajera de la humana estupidez. La vía tranviaria que atravesamos nos parece la impecable ejecución de un plan perfecto. Nos resulta tan poco familiar esta idea, que, durante algún tiempo, no caemos en la cuenta de que es éste un sistema de cosas bellas. Admiramos esta ingeniosa adaptación a las necesidades de un distrito que durante seis meses al año permanece enterrado bajo la nieve. La calzada endurecida, convexa, con las amplias cunetas que aseguran su limpieza, sus grandes traviesas que sostienen y levantan los carriles .dos metros sobre el suelo, los soportes y los aisladores elegantes y sencillos. Todo ello se nos mete por los sentidos.

-¡Caramba! *¡He aquí algo bien ideado!...* -exclama el botánico.

Y en realidad, todas estas cosas están bien ideadas.

Quizá vamos a encontrar en una escuela de arte estudiantes desarrollando como tema de concurso un tren eléctrico, estudiantes al corriente de la metalurgia moderna, de la ingeniería eléctrica, y quizás encontremos gentes capaces de hacer una amable crítica de una cabina de señales o de un puente de hierro, así como hay en la Tierra quien... ¡Cielos! ¿en *qué* se ejerce la crítica sobre la Tierra?

¡Sobre el corte y el color de una corbata!...

Y, como es natural, se nos ocurren comparaciones poco patrióticas con lo que sucede sobre nuestro planeta.

CAPÍTULO CUARTO
LA VOZ DE LA NATURALEZA

1

Pronto reconoceremos, como correspondiente al de la Tierra, un Puente del Diablo que franquea la garganta, siempre sólida y accesible a los peatones. Pensando en los

viejos recuerdos que esta vista evoca, abandonamos la carretera, y, por un sendero abrupto muy mal conservado, ganamos el puente. Este es el primer indicio que suscita en nosotros la idea de que Utopía debe tener también su historia. He aquí el Reuss. Después de iluminar, caldear, ventilar y limpiar muchos miles de casas del vallecito superior, después de accionar los ligeros tranvías que circulan en la plataforma elevada sobre nuestras cabezas, todavía conserva fuerzas para formar una tan bellísima cascada como en la Tierra. Llegamos a un camino rocoso, tan montaraz como podría desearse, y proseguimos descendiendo al par que discurrimos acerca de la hermosura y excelencias de un mundo ordenado, sin atrevernos a demostrar nuestra inquietud ponlas huellas que tras nosotros dejamos.

-¿Se acuerda usted del valle de Zermatt, en la Tierra? -pregunta mi amigo; y añade-: ¡Allí está lleno de humos y vapores pestíferos!

-¡Ciertas personas se aprovechan de esos inconvenientes para oponerse a todo cambio, en vez de comprender que es necesario ir hacia adelante!

Aquí sobreviene forzosamente un episodio: somos «invadidos» por un personaje charlatán.

Este nos alcanza e incontinente comienza a perorar con una voz de tenor, aflautada, pero no desprovista de encanto. A este agradable hablador, que gesticula bastante graciosamente, tratamos de explicarle en seguida, pero en vano, quiénes somos. Las olas de sus palabras se llevan a la deriva las pocas frases nuestras. Su figura es la de ese tipo rubicundo y mal conformado que he oído dominar botrioide a un mineralogista indignado; y alrededor de su cabeza se agita una espesa masa de rubios y enredados cabellos. Lleva un chaquetón de cuero, un pantalón abotonado en las rodillas y, sobre las espaldas, ostenta un largo manto de lana, que le arrastra, de color rosa pálido, el cual da a su silueta un aspecto teatral que podemos apreciar bien cuando el hombre viene hacia nosotros bajando por entre las rocas. Sus pies largos y hermosos, de un color rosado que aviva el frío matinal, calzan sandalias de cuero. (Es la única vez que hemos visto pies desnudos en Utopía.) Nos saluda con un gesto subrayado por su bastón y se nos incorpora, acomodando su paso al nuestro.

-¡Alpinistas, eh!... -dice—. ¿Desdeñan sus tranvías?... Me gustan ustedes. Yo también desprecio sus tranvías. ¡Que un hombre consienta en dejarse tratar como fardo de mercancías provisto de un billete, igual para todos, cuando el creador le ha dado cara y piernas... es cosa que no concibo!...

Al hablarnos de esta suerte nos señalaba con su bastón la carretera preparada para la tracción mecánica y que recorre la garganta, cruza más arriba una especie de galería formada por la roca, franquea más lejos un viaducto, recobra su ímpetu y desaparece con un giro en espiral.

-*¡No!* -dice.

Es, sin duda, la Providencia la que nos envía a este hombre, pues estábamos ya a punto de estudiar el modo de poner a los utópicos al corriente de nuestra extraordinaria situación antes de agotar nuestro dinero.

Mis miradas tropezaron con las del botánico y, por medio de ellas, convenimos tácitamente en que podía yo comenzar a exponer nuestro caso.

Lo que efectúo con toda mi buena voluntad.

-¡De modo que vienen ustedes del otro lado del espacio! -irrumpe el hombre del manto carmesí-. ¡Cuánto me place! ¡Es exactamente mi caso! ¡Yo también acabo de llegar! ¡Ah!, ustedes juzgan raro este mundo!... ¡Mi mismo caso! ¡Somos hermanos!... ¡La simpatía nos une! ¡Estoy estupefacto, estoy confundido, desde no recuerdo ya cuándo, y moriré, ciertamente, en ese estado de estupefacción incrédula ante este mundo extraordinario!... ¡Ustedes se han encontrado repentinamente sobre el pico de una montaña! ¡Hombres dichosos!... -exclamó, pavoneándose-. Por mi parte puedo decir que me he visto en una situación más extraña todavía; siendo hijo de unos padres de genio intratable...

-El hecho no es menos cierto... -protesto yo.

-¡Una situación que, puedo asegurarle, exige un tacto de calidad absolutamente sobrehumana!

Y, dicho esto, renunciamos a dar más explicaciones respecto a nuestras personas, lo que aprovecha este utópico pintoresco y excepcional para acaparar él solo la conversación...

2

Agradable y desconcertante al par, el raro personaje nos hizo la impresión de un Quijote en guerra contra todo y creyendo todo en guerra contra él; sentíamos la inexplicable convicción de hallarnos en presencia de un rematado imbécil. Empezó hablando con profundo desprecio de los excelentes y cómodos tranvías que franquean los pasos de las montañas y descienden por el ancho valle hacia el centro de Suiza; luego declamó contra las innumerables habitaciones y chalets colgados de las alturas y que dan al valle un aspecto tan diferente del de su paralelo terrestre.

-¡Pero todo esto es muy hermoso! -protesté yo-. Estos chalets son de graciosas proporciones, situados en lugares bien escogidos y no chocan ni mucho menos a la vista.

-Ignoramos si el espectáculo sería más hermoso sin ellos -repuso el personaje declamador-. ¡Esas casuchas son verdaderas pústulas! ¿Por qué los hombres han de desempeñar siempre el papel de microbios sobre la faz de su madre naturaleza?

-¡Esa es la vida!...

-¡Pero no la vida natural! Las plantas y las apacibles criaturas que pasan su existencia salvaje y tímida en bosques y selvas, forman verdadera parte de la naturaleza, son la florida expansión natural de su tez. ¡Pero esas casas, esos tranvías, todas esas cosas hechas de metal y de materias arrancadas de su seno...! Nada las define tan bien como mi imagen de las pústulas. Son una erupción mórbida. Yo daría todo eso por un... ¿cómo dice?..., sí, daría todo eso por un antílope libre y natural.

-¿Ha vivido usted alguna vez en esas casas? -le pregunto.

Finge no oír mi pregunta. Para él -dice- la serena naturaleza vale más que todo y es más bella que todo, añade, dirigiendo una ojeada a sus pies. Se proclama Nazarita al par que sacude su melena de poeta teutón. A partir de este momento y durante el resto del paseo sólo se ocupó en pronunciar un discurso acerca de su propia persona; se pasó revista de pies a cabeza, entregándose, para ilustrar sus esplendores, a toda

clase de digresiones y de lugares comunes. Colocábase en contraste con la locura relativa y la falta de naturalidad y de lógica de que acusaba a sus contemporáneos. Profesaba inflexible criterio sobre la extrema simplicidad de todas las cosas, simplicidad que los hombres, con su estupidez, habían perturbado.

-Esos tranvías, por ejemplo -afirma-, suben y bajan sin cesar, como si buscasen la desaparecida simplicidad de la naturaleza...

Comprendimos que el hombre debía, sin duda, ganarse la vida perforando cilindros para las máquinas automáticas de música, estilo piano mecánico o pianola. Cobraba haberes que «excedían considerablemente el salario mínimo» y esta frase suya lanzó una claridad pasajera sobre el problema del trabajo. Empleaba sus licencias y vacaciones en recorrer el planeta y dar conferencias sobre la «necesidad del retorno a la naturaleza» y sobre «las costumbres sencillas y la alimentación simple», y todo ello hacíalo «por amor al arte». Pronto advertimos que el hombre obedecía a una extraordinaria necesidad de hablar y que, considerándonos buena presa, se entregaba de todo corazón a esa necesidad. Venía de Italia, donde había dado algunas conferencias los sobre temas dichos, y había también aprovechado la ocasión de predicar en plena montaña y en su camino de regreso a Sajonia, donde volvería a perforar nuevas planchas musicales y a dar conferencias en sus horas de descanso antes de volver a ponerse en marcha para predicar por el mundo la buena nueva. No nos ocultaba el placer que le producía el haber podido colocarnos una de sus conferencias.

Sobre lo que primero llamó nuestra atención fue sobre su vestido, realización práctica de su modelo de vestido natural, que le había ocasionado grandes gastos.

-Todo -aclara- porque lo natural ha desaparecido de la tierra; ahora es preciso descubrirlo de nuevo y, como el polvo de oro, lavarlo para limpiarlo de todas las impurezas.

-Yo creía -replico- que todo vestido, sea el que fuere, es un ornamento impropio del hombre natural.

-¡De ningún modo! -contesta vivamente-. ¡De ningún modo! Usted olvida la vanidad natural del hombre.

Demostró entonces una especial severidad respecto a nuestros suecos artificiales, como llamó a nuestras botas, y a nuestros sombreros, que calificó de destructores del cabello.

-El hombre es el verdadero Rey de los Animales y debe ostentar una melena. Sólo la lleva el león... cautivo. -Y agitó la cabeza.

Más tarde, mientras almorzábamos nosotros y aguardaba él los platos especiales naturales que había encargado (que exigían todos los recursos culinarios de la hostería en que dimos fondo), se lanzó a una más extensa explicación.

-El reino animal -dijo- y el reino vegetal se distinguen fácilmente y por nada del mundo quisiera yo confundirlos; sostengo que eso sería un pecado contra la naturaleza. Yo los veo distinta y separadamente en mi espíritu y hasta en mi propia persona.

»Ninguna sustancia animal en el interior, ninguna sustancia vegetal en el exterior; ¿hay algo más simple y más lógico que mi sistema? Sobre mí vestidos de cuero o lana; dentro de mí cereales, frutas, nueces, hierbas, etc.; clasificación... orden...

función del hombre que veis aquí para conformarse a la simplicidad de la naturaleza y para acentuarla. ¡Todas las demás gentes están llenas y cubiertas de materias confusas!

Al pronunciar estas palabras hizo amplio gesto, como si, abarcando el conjunto habitable, quisiera sin embargo no incluirnos de modo muy marcado.

Comió una enorme cantidad de uva y encendió un cigarrillo. Pidió y bebió un gran cubilete de zumo de uvas no fermentado que pareció sentarle perfectamente.

Estábamos sentados los tres alrededor de una mesa colocada en un agradable bosquecillo, sobre la colina y muy cerca del lugar donde en la Tierra se halla Wassen. Dominábase desde allí el valle hasta el Un Rothstock, y tratábamos de encaminar la innegable facultad razonadora de nuestro compañero hacia la dilucidación de nuestras propias dificultades.

Pero, a nuestro entender, avanzábamos poco en este camino; tales eran las expresiones evasivas del hombre. A decir verdad, constatamos más tarde que muchas de sus indicaciones e informes se habían como infiltrado en nosotros, pero, por el momento, su conversación nos parecía vacía. Indicaba las cosas, pero no las definía. Algunas veces su fantasía volaba tan alto que él mismo la perdía de vista; entonces se detenía, contraía los labios como para silbar, y hasta que el fugitivo pájaro descendía, se llenaba la boca de granos de uva. Disertó sobre las relaciones de los sexos, sobre el amor, pasión que despreciaba mucho por perezosa, compleja e hipócrita, y, gracias a su charlatanería, como más tarde vimos, quedamos bien informados sobre lo que las leyes matrimoniales de Utopía autorizan o prohíben.

-¡Ah, la simple libertad natural! -exclamó nuestro hombre, agitando simbólicamente un racimo. Por esta exclamación suya comprendimos que Utopía no había llegado al extremo de la libertad natural. Habló también de reglamentación de las uniones, de gentes a quienes no se le consentía tener hijos, de prescripciones, cláusulas y ordenanzas-. El hombre –declaró- ha cesado de ser un producto natural.

Cuando llegó a este punto de su perorata intentamos detenerle con preguntas, pero prosiguió como torrente desencadenado, que todo lo arrastra, insistiendo sobre el sugestivo tema.

El mundo, afirmó, está reglamentado con exceso y de esta reglamentación proviene todo el mal. Atacó seguidamente esta excesiva reglamentación del mundo, y, entre otras cosas, las leyes que no permiten a un pobre y simple idiota, a un «natural», el errar a su capricho. Por esta afirmación suya sacamos en consecuencia cierta idea de cómo se tratan en Utopía a los débiles y a los dementes.

-Se establecen numerosas distinciones entre hombre y hombre -continuó-; se exalta o favorece esto y se envilece o se excluye aquello; todo lo convertiréis en artificial, hasta el nacimiento, la vida y la muerte.

-Usted dice *nosotros* -interrumpí yo, movido de una nueva idea-. ¿Acaso no toma *usted* parte alguna en todo eso?

-¡Oh, no. Yo no figuro entre vuestros samurais, entre vuestros nobles voluntarios que se han apoderado del gobierno del mundo. Podría ser, seguramente, uno de ellos, pero no lo soy.

-Samurais..., nobles voluntarios... -repetí yo, sin acertar a pedir más amplias explicaciones.

Nuestro hombre cambió el sentido de sus ataques y la emprendió contra la ciencia, lo que picó al botánico, obligándole a entrar en la controversia. El desconocido vituperó amarga mente a todos los especialistas y de un modo especial a los médicos y los ingenieros.

-¡Nobles voluntarios! -exclamó-. Mejor dicho, dioses voluntarios; esto es lo que ellos se imaginan ser.

Yo permanecí perplejo, reflexionando sobre este paréntesis del hablador, en tanto que el botánico, siempre diligente para la conservación de las facultades digestivas por medio de los productos farmacéuticos más recientes, protestó haciendo constar la excelencia y la necesidad del médico.

Y el hombre de la rubia melena le replicó en estos términos:

-La constitución humana natural es perfectamente sencilla, pero con la simple condición de abandonarse a su naturaleza. Si se mezclan cosas tan esencialmente distintas y separadas como los reinos animal y vegetal, por ejemplo, y se ingiere todo *esto* para digerirlo ¿qué puede esperarse?

»¿La enfermedad? ¡La enfermedad no existe en la naturaleza! pero vosotros necesitáis cosas que os abriguen contra la naturaleza; os protegéis con vestidos que convertís en objetos de utilidad en vez de emplearlos como ornamentos; os laváis con productos químicos abstersivos y detersivos, como el jabón, y, por si todo esto fuera poco, todavía consultáis con los médicos. -Satisfecho de su diatriba, se esponjó de placer-. ¿Habéis encontrado alguna vez entre las gentes que prescinden de médicos y medicinas a alguien verdaderamente enfermo? -añadió-. ¡Nunca! ¿Pretendéis que multitud de gentes morirían si se les privase de abrigo y de cuidados médicos? Sin duda, morirían... ¡pero morirían de muerte natural! Una muerte natural vale indudablemente más que una vida artificial. Para ser sincero, he de confesar que esta afirmación es la verdadera clave de todo mi sistema.

Inmediatamente y antes de que el botánico hubiese atinado a replicar, el hombre lanzó una catilinaria contra las leyes que prohíben el «dormir fuera. Las atacó con dureza extremada y declaró que él las infringía siempre que estaba en su mano el hacerlo; en tales casos buscaba un rincón alfombrado de musgo y al abrigo de la serena, y allí se instalaba para pasar la noche. Dormía siempre, según dijo, sentado, con la cabeza apoyada en las manos y los codos sobre las rodillas, en la posición simple y natural para dormir... Proclamó, en fin, que todo el mundo debería dormir al aire libre y la conveniencia de derribar todas las casas.

Ya comprenderéis qué irritación contenida experimentaba yo al ver cómo el botánico se esforzaba en desbrozada aquella confusión de cantinelas. Su conducta me parecía falta en absoluto de buen sentido. Cuando se llega a Utopía, se espera encontrar un cicerone, una persona tan precisa, tan paciente, tan instructiva como un anuncio americano -como, por ejemplo, los de los agentes para la venta de terrenos, quienes encabezan sus anuncios con su interesante fotografía, para inspirar confianza, y con estas palabras: «Puesto que usted desea adquirir un verdadero dominio...». Se espera que todos los utópicos estén convencidos en absoluto de la perfección de su Utopía y que sean incapaces de aceptar la menor insinuación contra su buen régimen. ¡Y, sin embargo, nos damos de manos a boca con este fantástico proveedor de absurdos!...

No obstante, reflexiono y me pregunto; ¿no será eso también una de las diferencias necesarias entre una Utopía moderna y la organización definitiva e

inmutable que se imaginaban los antiguos soñadores? Utopía no debe ser un mundo en el que reine acuerdo unánime; debe llevar consigo toda la contradicción, toda la oposición inteligente que hallamos en el mundo real; no puede ser completamente explicable, porque sólo es una vasta y misteriosa confusión como la nuestra, con menos sombras negras, con un día más claro, con una voluntad más consciente e inteligente. En suma, la contradicción no está en desacuerdo con un tal proyecto de Utopía y nuestro rubio amigo es aquí lo que exactamente debe de ser.

Sin embargo...

3

Dejo de escuchar la discusión, que aun prosigue, entre mi botánico y el apóstol de la Naturaleza. Creo que el botánico con su empaque científico defiende las profesiones sabias. (Piensa y discute como se dibuja a la cuadrícula.) De paso noto que este hombre a quien, en un mundo enteramente nuevo, no se le podía conducir al olvido de sí mismo y de sus tormentos personales que estropearon nuestra primera noche en Utopía con una mezquina historia de amor egoísta, es capaz de exteriorizarse y de entusiasmarse discutiendo sobre lo profesional científico. Estaba desconocido. No sabría yo explicar esas regiones vivas y esas regiones apagadas de la imaginación de los individuos sanos...; me limito a constatar su existencia.

-Usted pretende -decía el botánico, alzando un índice amenazador y con la obstinación resuelta de una pieza de sitio colocada en batería sobre un terreno desigual por manos inex pertas-. Usted pretende que es preferible una muerte natural a una vida artificial; pero ¿cuál es su *definición* (subraya) de lo artificial?...

¡Qué debate para después de almorzar! Renuncio a oír más, sacudo la ceniza de mi cigarro entre los tallos verdes del bosquecillo, estiro voluptuosamente las piernas, me recuesto en el respaldar de mi silla y dejo errar mi pensamiento por entre los campos y casas del valle.

El espectáculo que se ofrecía a mis ojos percibíalo mezclado con fragmentos de la conversación de nuestro locuaz amigo y con mis propias especulaciones.

La gran carretera, bordeada a uno y otro lado por sus avenidas y sus vías férreas, describía un audaz rizo para ganar el lado contrario del valle que atravesaba casi por completo en un soberbio viaducto para hundirse luego bajo un túnel abierto en el flanco del Bristenstock. Nuestra hostería estaba audazmente situada en lugar mucho más alto que la vía. Las casas se aglomeraban por encima y en los linderos de la carretera y cerca de la línea secundaria que descendía casi verticalmente bajo nosotros para remontarse luego hacia el valle de Meien Reuss. En las praderas, cuidadosamente aplanadas e irrigadas, algunos utópicos segaban y agavillaban el heno florido por medio de máquinas rápidas y ligeras, provistas de una especie de piernas sobre las cuales avanzaban y parecían devorar la hierba. No lejos de allí, entre las casas, se paseaban dos o tres mujeres y numerosos chiquillos. Un edificio central que se destacaba hacia la carretera, me pareció ser la escuela de donde salían aquellos niños, en quienes pude notar, cuando pasaron bajo la terraza en que nos hallábamos, el aire de salud y de limpieza de que rebosaban aquellos futuros ciudadanos de Utopía.

El paisaje entero sugería la idea de una organización razonada, indicaba una solución reflexiva de los problemas sociales, un deseo de progreso que se realizaba con perseverancia. Lo que me chocó más fue el contraste evidente entre ese orden de cosas tan bello y nuestro amigo de la cabellera rubia.

De un lado veía yo un estado de cosas que significaba una potencia constante de la voluntad, una fuerza organizadora y dirigente, la cooperación de gran número de individuos vigorosos para establecer y sostener el progreso de esa fuerza; y de otra parte veía una criatura gesticulante y vanidosa con su verbosidad inatajable, con las continuas carcajadas que subrayaban sus rasgos de ingenio, con su incapacidad manifiesta de proporcionar a aquella organización una cooperación inteligente.

¿Me hallaba ante una incompatibilidad irremediable? ¿Era aquello una *reductio ad absurdum* de mi visión, que en aquel mismo instante iba a borrarse, a desaparecer, a desvanecerse ante mis ojos?

No había por qué renegar de nuestro rubio amigo. Si Utopía es realmente el paralelo de nuestra Tierra, hombre por hombre y rasgo por rasgo -y no admito otra alternativa-, debo encontrar aquí abundantemente este género de personajes con todas sus variedades. El deseo y el don de ver la vida en su conjunto no son peculiares a la mayoría de los hombres; el servir a la verdad es privilegio de los escogidos, y los brillantes imbéciles que obstruyen las avenidas del mundo del pensamiento, que o se detienen ante la contradicción, que se esfuerzan en sembrar por todas partes los obstáculos, la confusión y el desorden han de gozar forzosamente de una mayor libertad gracias a las libertades utópicas.

(En tanto que yo torturo mi cerebro con estas niñerías, que tienen algo de jeroglíficos, los parlanchines siguen discutiendo. Diríase que combaten un verdadero gorrión y una tortuga. Cada uno de ellos habla sin escuchar al otro. El asalto parece muy animado pero no llega al cuerpo a cuerpo.

-¡Usted interpreta mal la base de mis razonamientos! -protestaba el rubio orador despeinándose los cabellos con un rápido movimiento de la mano-. Usted no se da cuenta del principio en que me fundo.)

-¡Pse!... -digo yo en voz baja; y después de encender un cigarrillo me engolfo de nuevo en mis pensamientos.

¡El principio sobre el cual se funda!... He ahí la actitudes del imbécil intelectual en todo el Universo. Este individuo se funda en un principio y, para defender su posición, se muestra el más brillante, el más seductor, el más atractivo, el más irresistible de los hombres. Casos más desesperados que el que tengo a la vista presentan los mismos caracteres. Somos idiotas, pendencieras y pequeñas criaturas que adoptamos una manera de vivir, que no queremos reconocer lo que hay de bueno en casa del vecino, que no nos avenimos a exponer, explicar, combinar y ajustar paciente y honradamente nuestros planes y que, por lo mismo, jamás nos entendemos. Todos tenemos algo de Gladstone, y nos esforzamos hasta el último momento en negar que hayamos cambiado la casaca. Así nuestro pobre mundo, cuyo resorte está desconcertado, sigue a golpes y empujones su ciego destino. Intentad alinearos junto a un impotente de vuestra especie y veréis la multitud de sospechas, agresiones, perfidias y felonías que suscitará vuestra aproximación -tan compactas como las moscas de verano en una carretera-, veréis como vuestro interlocutor, temeroso de que le toméis la delantera, se apuntará los primeros tantos, proclamando que os ha convertido a sus ideas.

Todos estos casos no son tan groseros y palpables como el de nuestro rubio parlanchín, y no valdría la pena de ocuparse de este asunto si no pasare de ahí. Pero cuando se ve que los directores -los que conducen vastas multitudes, los que son en realidad hombres importantes y poderosos- están hechos de la misma pasta, cuando se comprueba la mala fe de que son capaces, su rebeldía e indocilidad hacia la experiencia, los grandes espacios que permanecen oscuros en su campo visual y su falta absoluta de generosidad, entonces las dudas se acumulan, como la bruma en los picos de este valle utópico, las perspectivas se ensombrecen, los habitantes se transforman en fantasmas impalpables, toda la bella organización y toda la dicha se velan, se esfuman, desaparecen...

Si nos importa tener una Utopía, debemos proponernos, ante todo, un objetivo común y definido, necesitamos de una voluntad firme y constante para acabar con esos disidentes incurablemente egoístas. Se impone la necesidad de una corriente ancha y profunda que arrastre consigo los peores de entre esos egoísmos. El mundo no puede tornarse perfecto en un día y por aclamación, abandonándolo luego a sí mismo. Es patente que esta Utopía no se logrará por el azar y por la anarquía, sino por un esfuerzo coordinado y con un plan común. Así, pues, hablar de leyes justas y de gobierno prudente, de sistema económico bien equilibrado, de orden social maduramente establecido, sin decir cómo se han alcanzado, sin explicar cómo se sostienen a pesar de la vanidad, de la intemperancia, de las fluctuaciones caprichosas, de las imaginaciones vacilantes, de las luchas de partido que encantan hasta a los que no toman parte en ellas, sería como construir un palacio sin puerta y sin escalera.

Y este no era mi propósito al comenzar.

En alguna parte de la Utopía moderna deben existir hombres competentes, a la altura de su misión, hombres que, por antítesis con nuestro amigo, sean capaces de fiel adhesión, de valor juicioso, de pensamiento honrado y de esfuerzo sostenido. Debe haber una literatura que enuncie y formule el pensamiento común, del que esta Utopía moderna es sólo la forma material. Debe haber una organización cualquiera, tenue si se quiere, que ponga y mantenga en contacto a unos y otros ciudadanos.

¿Quiénes son estos hombres? ¿Forman una casta, una raza, una organización parecida a la de una iglesia?... En este punto recuerdo las palabras de nuestro buen amigo, según las cuales él no figuraba entre «esos nobles voluntarios».

Ya, en un principio, me había chocado la frase por lo caprichosa y rara, pero ahora empiezo a vislumbrar las posibilidades que encierra.

La vivacidad con que nuestro hombre la pronunciara, sugiere la idea de que aquellos a quienes se refería eran todo lo contrario de lo que él quisiera. Y, puesto que el melenudo amigo no figura entre esos hombres, hay que deducir evidentemente que esta clase de hombres es la necesaria aquí.

4

La mano del rubio sobre mi hombro me obliga a salir de mis meditaciones.

Me doy cuenta entonces de que el botánico ha entrado en la hostería.

Mi nuevo amigo parece que ha depuesto por un instante su afectación.

-Diga usted, amigo... -me interpeló-. ¿Es que no me escucha usted?

-No -respondí francamente.

Se mostró muy sorprendido, y sólo mediante un esfuerzo recobró el hilo de lo que deseaba decirme.

-Su amigo -dijo- me ha contado, a pesar de mis continuas interrupciones, una historia completamente increíble.

Al escuchar esta salida me pregunté cómo el botánico había podido colocar su historia.

-¿Acerca de una mujer? -pregunté.

-De un hombre y una mujer que se detestan y que, sin embargo, no pueden separarse.

-La conozco -dije.

-Es una historia absurda.

-En efecto.

-¿Por qué no puede irse cada uno por su lado? ¿Qué les retiene al uno junto al otro? Eso es ridículo. Yo...

-Por completo.

-Su amigo me ha contado todo eso, quieras que no.

-Es su manía.

-Me ha interrumpido. Y todo por contarme su historia desprovista de interés. Está... -se detuvo vacilante, y añadió luego-: ¿Acaso está loco?

-Hay infinitas gentes que padecen una locura igual a la suya -repuse, después de una pausa.

La expresión de perplejidad se acentuó en el rubio conferenciante. Su curiosidad pareció adquirir proporciones enormes, visible sino verbalmente.

-¡Caramba! -articuló, y en seguida abordó su asunto, del que casi me había olvidado-. ¿Y se han encontrado de pronto sobre la ladera de una montaña?... ¡Yo creí que se burlaban!...

Al oír estas frases me volví hacia él con repentina atención, o al menos quise adoptar una actitud atenta y seria, pero no logré parecerle a él otra cosa que un ser fantástico y extraviado.

-Es usted -dije yo- un hombre muy curioso. No se alarme, quizá pueda comprender... Desde luego que no nos burlamos.

-¡Pero, mi querido camarada!...

-Lo dicho es cierto. Nosotros venimos de un mundo inferior, de un mundo parecido a éste en que estamos ahora, pero desquiciado, revuelto, desordenado.

-Ningún mundo estará más desquiciado...

-Sí, esa es la manía de usted y esa manía le divierte. Pero no hay límite concebible para el desquiciamiento de un mundo habitado por hombres. En el nuestro...

Irguió el hombre la cabeza; su mirada había dejado de ser simpática.

-En nuestro mundo -proseguí, no obstante- los hombres se mueren de hambre, los hombres mueren dolorosa e inútilmente por centenares de miles; los hombres y las mujeres se unen para labrarse una existencia infernal; los niños vienen al mundo abominablemente y se les educa en la brutalidad y la locura; hay allí una cosa que denominan guerra, un horror de sangre, de infamia, de traición... Todo esto me parece a veces un caos de lodo y de crueldad. Vosotros los habitantes de este mundo pasablemente ordenado no tenéis motivo para concebir...

-¿Es posible?... -interrumpió él.

Tuve buen cuidado de impedir que tomase la palabra y proseguí:

-Sí, ninguno. Cuando le veo a usted retozar por este mundo excelente; cuando le veo criticar, contradecir, burlar las leyes, hacer ostentación de su ingenio a expensas de la ciencia y del orden, a expensas de los hombres que trabajan modestamente para aumentar y aplicar el conocimiento que es la salud... esa salud que nuestro pobre mundo reclama a voz en grito...

-Vaya -intervino él-, usted no dice seriamente eso de que llega de otro mundo donde las cosas son diferentes y peores que aquí.

-Sí, hombre, sí.

-¿Y pretende usted hablarme de eso en vez de escucharme atentamente?

-Sí.

-¡Eso es idiota! -declaró bruscamente el melenudo-. Se toma usted un trabajo inútil. Yo le aseguro que este mundo en que nos hallamos ha alcanzado el nadir de la imbecilidad. Usted y su amigo, con su amor hacia la dama encadenada por lazos tan misteriosos... ¡se forjan una novela! No hay gentes capaces de semejantes locuras. Permítame usted decirle que todo esto es... perfectamente ridículo. Él se ha empeñado en contarme su asombrosa historia que me ha hecho morir de aburrimiento. Hasta ese momento, habíamos, mejor dicho, había hablado yo gustosamente de lo absurdo de las leyes matrimoniales, de los obstáculos opuestos a la vida natural y libre, y he ahí que, de repente, el hombre se desboca. ¡No..., esto es verdaderamente imposible!...

Dio media vuelta sobre su silla, se levantó y, dirigiéndome una desdeñosa mirada por encima de los hombros, salió del bosquecillo. Torció rápidamente para evitar su encuentro con el botánico que regresaba.

-¡Imposible!... -le oí exclamar aún.

No cabía duda de que le habíamos disgustado profundamente. No tardé en verle a cierta distancia, en el jardín, hablando con el patrón de nuestra hosteria, y mirándonos de vez en cuando al par que hablaba-ambos nos miraban-, y en seguida, sin tomarse la molestia de saludarnos, desapareció y no le hemos visto más. Aun le aguardamos algunos momentos creyendo que volvería, y, después de esta breve espera, expuse la situación al botánico.

-Nos costará un gran trabajo el explicar quiénes somos -dije a modo de conclusión-. Estamos aquí por un acto de la imaginación, y esta operación metafísica es justamente una de las más difíciles de creer. Vista la presentación y el vestido admitidos aquí, tal y como podemos apreciarlos aún a nuestro alrededor, nuestro aspecto y nuestro vestido no son muy tranquilizadores ni simpáticos. Carecemos de

pruebas materiales con que justificar nuestra presencia en este planeta; ni el menor trozo de máquina voladora, ni un globo o esfera para viajar por el espacio, en fin, ninguno de esos aparatos que suelen emplearse en estos casos. Tampoco poseemos recurso alguno, salvo las escasas monedas que nos dieron en cambio de una pieza de oro sobre la cual, según la moral y las leyes, cualquier utópico indígena podría haber alegado mejor derecho que nosotros. Quizá nos hallamos ya en mala situación respecto a las autoridades por aquel maldito jeroglífico que puso usted en el libro del hostelero.

-Usted me incitó.

-Lo que agravará la cosa en el caso de que se nos hagan cargos por ello. Pero es inútil el recriminarnos. No hemos de dorarnos la píldora, pues lo grave del asunto es que en este mundo admirable desempeñamos el papel de vagabundos. Lo importante ahora es averiguar qué hacen aquí con los vagabundos. Más pronto o más tarde, y todo indica que será pronto, harán también con nosotros lo mismo que con sus vagabundos.

-A menos que encontremos trabajo.

-Cierto... a menos que encontremos trabajo.

-¡Encontrar trabajo!

Apoyado en la balaustrada, contempla el botánico el paisaje con tardía expresión de desaliento.

-¡Vaya un mundo extraño, extraño y nuevo! --exclama-. Ahora empiezo a percatarme de lo qué significa para nosotros. Las montañas son las mismas, el viejo Bristenstock y las demás, pero esas casas, esas carreteras, esos vestidos, esa máquina que se traga la hierba ahí abajo... ¿Qué se ofrecerá a nuestra vista a la salida del valle? ¿Quién sabe lo que puede ocurrirnos en cualquier momento? Ni siquiera sabemos quién gobierna aquí... ni siquiera sabemos eso.

-En efecto -repito yo-, ni siquiera sabemos *eso.*

CAPITULO QUINTO

FALLOS DE UNA UTOPIA MODERNA

1

Las antiguas utopías, salvo los esquemas provechosos de Platón y Campanella, ignoraron la competencia fecunda que se ejerce entre los individuos y que constituye la sustancia de la vida; por esta razón sólo se trataron en ellas las cuestiones accesorias. La infinita variedad de los hombres, la gama infinita de sus caracteres, en la cual influye la selección y a la cual debemos la indisciplinable complicación de la existencia, se dejan tácitamente a un lado. El mundo real es un vasto desorden de accidentes y de fuerzas incalculables, entre los cuales los hombres sobreviven o sucumben. Diferente en esto de sus precursores, la Utopía moderna no tiene la

pretensión de remediar ésta última condición; quizás ordenará y humanizará el conflicto, pero siempre será preciso que los hombres sobrevivan o sucumban.

La mayoría de las utopías eran presentadas como negocios florecientes, como la dicha en acción; uno de sus principios esenciales afirmaba que los pueblos dichosos carecen de historia; todos los ciudadanos de esas utopías a quienes podíais observar tenían buen aspecto y eran irreprochables mental y moralmente al unísono. Pero nosotros dependemos de una lógica que nos obliga a acoger la población del globo con las únicas mejoras intelectuales, morales y materiales que lo posible permita; nuestro deber es informarnos acerca de lo que Utopía hace de sus enfermos congénitos, de sus idiotas y de sus locos, de sus borrachos y de sus viciosos, de los crueles y de los malhechores, de los seres estúpidos, demasiado estúpidos para ser útiles a la comunidad, los imbéciles, las gentes sin facultades y sin imaginación. ¿Qué hará Utopía del hombre *pobre* en todos sus aspectos, del hombre de baja extracción, traidor e implacable, que en la Tierra habita el cubil del miserable y recorre las calles bajo la bandera de los desocupados y que, vestido con despojos mendigados y con la mano continuamente en el sombrero, vive de un trabajo campestre aleatorio?

Es indudable que estas gentes se hallarán en la fase menguante y que la especie trabajará activamente para eliminarlas; no hay motivo alguno para librarles de este destino. Por el contrario, los ciudadanos poseedores de facultades excepcionales se hallarán en fase creciente. De naturaleza superior, gozarán do quiera se les encuentre de una gran libertad para intervenir en los servicios públicos y para crear una progenie. A todos los ciudadanos se les proporcionará los medios de demostrar que merecen situarse entre los elementos ascendentes.

El procedimiento de la Naturaleza en esta materia es matar al débil, al maculado, aplastarlo, anonadarlo, sirviéndose como arma para conseguirlo del más fuerte y del más hábil. Pero el hombre es el animal desnaturalizado, es el hijo rebelde de la Naturaleza y cada día se revuelve cada vez más contra la mano ruda y caprichosa que lo ha criado. Considera con un resentimiento progresivo la multitud de vías dolorosas e inútiles sobre las cuales la especie tropieza constantemente en su marcha hacia adelante. En Utopía moderna se intentará cambiar la antigua ley: la merma social, la escoria social, no habrá de sufrir y perecer por miedo de que no se propague la especie que representa, pero esta especie no deberá propagarse más por temor de que sufra o perezca, y, con ella, la raza entera.

No hay que esforzarse mucho para probar que los recursos del mundo y la energía de la humanidad, de estar bien organizados, bastarían sobradamente para subvenir a todas las necesidades del ser humano. Si es posible que todo hombre viva en un estado razonable de confort material e intelectual, sin que los tipos inferiores se reproduzcan, ninguna razón se opone a la adopción de los medios para llegar a este resultado. Pero la vida exige una rivalidad, una competencia cualquiera, a fin de determinar quiénes se vean empujados hacia el abismo y quiénes prevalecerán y se multiplicarán. Hágase lo que se haga, el hombre continuará siendo un elemento de competencia, y, aunque la educación moral e intelectual pueda modificar y ampliar su concepto del éxito y fortificarle con refinamientos y consolaciones, ninguna Utopía le ahorrará por completo el drama emocionante de la lucha, la alegría y la humillación, el orgullo, el abatimiento y la vergüenza. Vive en el éxito y en el fracaso, y tan inevitablemente, como vive en el espacio y en el tiempo.

Pero puede hacerse mucho para que el fracaso sea soportable. En la Tierra, y no obstante todas las extravagancias de la caridad, la competencia se resuelve, en la

masa que hormiguea en su fondo, mediante una lucha por el alimento, el vestido y el hogar, lucha frecuentemente odiosa y pérfida. Al presente son raras, sin duda, las muertes originadas por la inanición o la desnudez, pero la multitud sólo dispone en general de viviendas miserables, vestidos incómodos, alimentación mala e insuficiente y muere de inanición y desnudez de un modo lento y continuado. Una Utopía organizada a la moderna habrá remediado este mal; cuidará de que cada ciudadano esté bien alojado, bien alimentado, en buena salud, vestido limpia e higiénicamente, y, en este sentido, se orientará la legislación general del trabajo. Así Utopía crecerá e impondrá un tipo de existencia. Todo edificio -a menos que se trate de un monumento histórico- que no satisfaga las exigencias sanitarias y que no reúna las condiciones de comodidad indispensables, será demolido por el Estado, cargando los gastos al propietario después de evaluar el importe de los materiales utilizables; toda casa que cobije excesivo número de personas o se halle en un estado de suciedad peligroso, será directa o indirectamente, pero de modo efectivo, confiscada, desinfectada y reorganizada. Todo ciudadano indecentemente vestido, sucio o harapiento, sin casa ni hogar, enfermo, negligente o abandonado en una forma cualquiera, caerá bajo la vigilancia del Estado. Si puede o quiere trabajar, se le proporcionará trabajo. El Estado lo alistará y le adelantará el dinero preciso para vivir convenientemente hasta que trabaje, y, en caso de enfermedad, lo recogerá y lo cuidará. Supliendo las instituciones privadas, el Estado proporcionará a ese ciudadano alojamiento y manutención y le asegurará un mínimo de salario que le permita un vivir decente. El Estado, pues, y situado a retaguardia de la lucha económica, reservará para todos los trabajadores un empleo suficientemente remunerador. Esta excelente idea ya ha servido de base a la institución inglesa de la casa de caridad, pero que siempre está atestada de viejos e inútiles; su administración permanece demasiado local y supone aún que toda población es estática y localizada cuando cada día es más movediza; esos asilos están organizados mezquinamente y de mala gana, sin atender a las necesidades crecientes de la higiene, del confort y de la dignidad humana dentro de una civilización progresiva. Todo se hace a título de caridad, una caridad recalcitrante, por administradores que frecuentemente, al menos en los distritos rurales, se disputan la mano de obra a bajo precio y consideran al desocupado como un criminal. Pero si le fuese posible a todo ciudadano sin dinero tener, por derecho propio, el de concurrir a un lugar público donde, sin envilecerse, trabajase una semana o un mes mediante un salario mínimo, no parece probable que nadie se viera obligado a aceptar un salario menor, salvo los casos excepcionales y accidentales.

La obra que proporcionaría el Estado resultaría evidentemente penosa, pero no cruel, ni agotadora. Habría que encontrar un conjunto de ocupaciones que se adaptaran a los diferentes géneros de capacidades y aptitudes. Además se facilitaría siempre una tarea inferior, puramente mecánica, a los incapaces de ejecutar un trabajo que requiera inteligencia. Las ocupaciones ofrecidas por el Estado participarían forzosamente de la naturaleza de las obras de auxilio y socorro, pero no se las consideraría como una limosna hecha a un individuo, sino como un servicio público, que no ha de rendir más producto que el servicio de policía, por ejemplo, aunque procurando siempre disminuir en lo posible la pérdida. Cada vez que bajase el nivel del trabajo bien pagado y que la mano de obra descendiese al mínimo, se fabricarían y almacenarían gran número de objetos duraderos y de uso imprescindible; ladrillos, hierros obtenidos con minerales inferiores, vigas, tablones, alfileres, clavos, telas y tejidos comunes de algodón o de hilo, papel, vidrios para ventanas, combustibles artificiales, etc.; se podría abrir nuevos caminos, reconstruir edificios,

destruir cuanto moleste e incomode hasta que, estimulado por la acumulación de materiales, capitales o por otras circunstancias, el nivel de las empresas particulares hubiera subido.

El Estado concedería su auxilio al ciudadano que tuviese el derecho de reclamarlo como accionista de la empresa común, sin que esa ayuda presentase el carácter injurioso de caridad; pero, en cambio, le estaría prohibido al ciudadano que prestase el mínimo de sus servicios el crearse una progenie en tanto que no se entregara a una ocupación constante y suficientemente remunerada y que no se hubiera liberado de sus deudas con el Estado. Éste no exigirá jamás el reembolso inmediato y no limitará el importe de la deuda en tanto que el hombre y la mujer no procreen; incluso se les permitirá temporalmente gozar de ciertos placeres cuando logren elevar su salario sobre el tipo mínimo. El Estado pensionará a cuantos ancianos lo soliciten y fundará establecimientos especiales donde los viejos se instalarán como huéspedes que pagan y viven de su pensión. Por procedimientos tan simples, el Estado conseguirá con el mínimo de sufrimiento y de desorden públicos, la máxima eliminación de su merma o menoscabo social.

2

Pero nuestro problema utópico no concierne sólo a los poco capaces, a los perezosos y a los imbéciles, a esos pobres que son también enfermos. Quedan aún los idiotas y los locos, los perversos y los incapaces, las gentes de carácter débil que se alcoholizan o abusan de ciertas drogas perniciosas, etc. También hay que contar con los que están contaminados de ciertas enfermedades repugnantes y transmisibles. Todas esas gentes ensucian el mundo; pueden procrear y, por consiguiente, no hay otro remedio que excluirles de la masa de la población. Hay que recurrir a una especie de cirugía social. Mientras ciertas gentes permanezcan libres no existirá de hecho y públicamente la libertad social; los niños no podrán hablar con quien les plazca y las mujeres no podrán ir y venir a su antojo. No hemos de olvidar a los violentos, a los que no quieren respetar la propiedad de otro, a los ladrones y los timadores, quien, tan pronto como se haya comprobado su inclinación, deben ser apartados de la vida libre del mundo organizado. Desde que no quepa duda sobre la enfermedad o indignidad del individuo, tan pronto como éste haya reincidido tres veces o incurrido siete veces en falta como la de la embriaguez u otras semejantes, el hombre o la mujer deberá ser expulsado de la existencia común.

Estas propuestas no han de parecer duras sino en el caso de que su ejecución incumba a administradores secos de corazón, estúpidos y crueles. Pero en el caso de Utopía se presupone ya el funcionamiento del mejor gobierno, tan clemente y reflexivo, como poderoso y enérgico. No hay que imaginar precipitadamente que tales acuerdos serán ejecutados -como lo serían en el mundo actual- por funcionarios celosos, de mediana instrucción y sumidos en un estado de pánico por una imaginaria «Multiplicación Rápida de los Incapaces».

La Utopía moderna aplicará, sin duda alguna, tratamientos preventivos y curativos cuando se trate de una primera falta y, asimismo, a todos los menores de veinticinco años. Dispondrá de escuelas y colegios disciplinarios para la juventud, establecimientos risueños y agradables, pero en los que imperará menos mansedumbre y más rigidez que en las escuelas y colegios ordinarios. Estarán situados en

regiones apartadas y solitarias y cercados; no se permitirá el acceso al público, y, de este modo, alejado de toda tentación, se educará al joven delincuente, que explícita y constantemente se hallará ante esta disyuntiva: o vivir en el vasto mundo, entre los hombres, o entregarse allí a sus malos instintos. Esta disciplina hará que los prisioneros salgan reformados de los indicados establecimientos.

Pero, ¿y los contumaces? ¿Qué hará con ellos un mundo inteligente?

El mundo nuestro es todavía vengativo, pero el Estado universal de Utopía poseerá la fuerza que engendra la clemencia. El indigno abandonará silenciosamente la sociedad. No saldrá de las filas al redoble del tambor para que se le quiten los galones y le golpeen la cara con ellos. Su salida será lo bastante pública para evitar posibles tiranías secretas, pero nada más.

No habrá sentencias de muerte, ni capilla, ni ejecución capital alguna. Es indudable que Utopía eliminará el nacimiento de seres deformes, monstruosos o no deseados, pero, respecto de los demás seres, el Estado se considerará responsable de su existencia. No existe la justicia en la naturaleza, se afirma, pero, ello no obstante, la idea de la justicia debe ser sagrada para toda sociedad buena. Ningún individuo, a quien el Estado haya consentido vivir, que habiendo incurrido en falta o delito no previsto, no quedó sujeto a una reformadora disciplina, no podrá ser castigado con la pena de muerte. Si el Estado faltase a su palabra, nadie se creería obligado a guardarle la suya. La bancarrota de un Estado se mide por el número de crímenes y de existencias culpables que ha cobijado bajo su manto; todo crimen es, en último término, el crimen de la comunidad. No creo yo que en Utopía se castigue con la muerte, ni siquiera el homicidio.

Tampoco estoy seguro de que existan prisiones en Utopía. No hay en ella hombres lo bastante sabios, lo bastante buenos o lo bastantes indignos para organizar con acierto el personal administrativo de una prisión. Quizá se utilicen islas, situadas fuera de las grandes rutas marítimas más frecuentadas, para deportar a los delincuentes, quienes, en su mayoría, darán gracias al cielo por verse separados de una sociedad... ¡tan susceptible!... Claro que el Estado habría de adoptar las medidas necesarias para impedir que tales gentes procreen, y precisamente será éste el principal objetivo de la reclusión que se les imponga; quizá se haya visto obligado a establecer en esas islas penitenciarias un sistema de islas monasterios o de conventos de monjas. Precisa una competencia especial para tratar este asunto, pero a creer las obras que de él se ocupan -desgraciadamente poco estimadas en su justo valor-, la separación de sexos no resultaría indispensable.[19]

Una flota especial vigilará los alrededores de estas islas, en lasque estará prohibida la construcción de embarcaciones, y hasta quizá fueran necesarios retenes de guardias armados en los muelles y puntos de fácil acceso. El Estado concederá a los deportados toda la libertad posible, limitándose su intervención a garantir las islas contra la organización de crueldades peligrosas, a asegurar a los detenidos la libertad de trasladarse a otras islas, si así lo desean, y a impedir toda tiranía. No hay que decir que los locos exigen una inspección y cuidados particulares, pero nada se opone a que las islas de borrachos incurables gocen de una autonomía virtual, estando representado el Estado por un presidente y un contingente de guardias. Yo creo que una comunidad de borrachos sabría organizarse de una manera tolerable y hasta de reglamentar su vicio. No veo por qué una isla semejante no pueda gozar de

[19] Véase, por ejemplo, *The Fertility of the Unfit,* del doctor W. A. Chapple.

franquicias para legislar, construir, manufacturar y negociar. «Vuestra manera de vivir no es la nuestra -diría el Estado Mundial-, pero ahí seréis libres y todos los de igual calaña; ahí tendréis viñas y campos de cebada. Nombrad vuestros jefes, destilad, fabricad vuestras drogas. ¡Nosotros sólo nos encargamos de la policía; para el resto arreglaos corno os plazca!»

Representaos un gran transporte aproximándose a la Isla de los Ladrones Incorregibles. La marinería se halla en sus puestos dispuesta a obedecer las órdenes: el capitán está en el puente para dar un amable adiós a sus pasajeros y para no perder de vista los objetos sustraibles. Los nuevos ciudadanos de esta particular Alsacia se hallan sobre cubierta, vigilando sus bagajes y contemplando la costa cercana. Entre ellos se destacan algunos rostros francos e inteligentes, y, si por casualidad estuviésemos en el sitio del capitán, podríamos reconocer el doble de tal o cual financiero terrestre codeándose con un timador famoso. La escollera está desierta, sólo algunos funcionarios se encuentran allí para recibir a la nave y mantener el orden. Sobre el muelle se destaca un edificio notable denominado «Despacho de Aduanas», institución puesta en vigor por los pobladores de la isla. Más lejos, véanse sobre una colina hoteles y albergues cuyas paredes pintadas de diversos colores llaman la atención. Dos o tres individuos, de calamitosos aspecto, ofician de ofertantes de una serie hoteles, cuyos omnibuses esperaran al viajero, y una Agencia de Cambio, ciertamente una Agencia de Cambio. A pocos pasos de allí está enclavada una casita, con fachada al mar, que ostenta este letrero: «Oficina de Información Gratuita». Algo más allá se yergue airosamente la torrecilla de un pequeño Casino. Por todas partes se destacan inmensos carteles mencionando las ventajas de ciertas especialidades de la isla, revelando un negocio maravilloso o anunciando el sorteo de una Lotería Pública. Por último se ha instalado en una gran barraca una escuela de Ciencias Económicas para los caballeros cuyos conocimientos en la materia fueren insuficientes...

Este pequeño puerto presenta un aspecto animado y da la impresión de una actividad extrema. Aunque el desembarco allí carezca del buen humor turbulento y bromista que distingue al que se efectúa en las Islas de los Bebedores, no por ello los recién llegados han de recibir impresión alguna trágica. Un amplio campo de aventuras de su gusto se abre ante ellos.

Todo esto parece más fantástico de lo que es en realidad. ¿Pero a qué otro medio recurrir cuando no se quiere matar? Hay que seleccionar, pero ¿para qué atormentar a nadie? Todas las prisiones modernas son lugares de tortura por la restricción, y el criminal inveterado representa el papel del ratón encogido ante el gato de la ley. Puede recorrer en paz una pequeña distancia, pero pronto se ve constreñido a estado más horrible que el de una completa desnudez, puesto que para él no hay en el mundo lugares de refugio. Yo, por mi parte, no concibo crimen alguno -salvo la procreación descuidada y la transmisión voluntaria de enfermedades contagiosas- para el cual no me parezcan injuriosamente crueles los fríos terrores, la soledad y la ignominia de las prisiones modernas. Para llegar a este extremo, es preferible matar. ¿Por qué, una vez reducidos los criminales a la impotencia, se ha de perseguirles obligándoles a respetar y seguir un ideal de conducta incompatible con sus instintos? Por eso una Utopía moderna se purificará de su merma, de su escoria social en receptáculos tales como las islas diseñadas. No veo yo otra alternativa.

¿Habrá en Utopía la libertad de vivir desocupado?

Es necesario que el trabajo se realice. La humanidad se sostiene día a día por su esfuerzo colectivo, y sin un esfuerzo constantemente renovado en el individuo y en el conjunto de la especie no existe la salud ni la dicha. La ociosidad permanente de un ser humano no es sólo onerosa para el mundo, sino que conduce directamente a la miseria del individuo. Comprendemos en la ociosidad ciertas ocupaciones infructuosas, y, por esto, nos preguntamos si el ciudadano utópico gozará de la libertad de permanecer ocioso. Creemos que sí, que tendrá esa libertad, como la del aislamiento, la de la locomoción y como casi todas las libertades de la vida y en las mismas condiciones, siempre y cuando disponga del dinero para pagarlas.

Esta última afirmación nuestra chocará probablemente a los espíritus acostumbrados a creer que el dinero es origen de todos los males, y, habituados a esta idea, entenderán que la Utopía implica forzosamente algo de primitivo, más «hecho a mano», más sólido en este género de relaciones. El dinero no es origen de todos los males del mundo. La fuente de todos los males, como la fuente de todos los bienes es la Voluntad de Vivir, y el dinero no se torna dañoso hasta que las malas leyes y una organización económica defectuosa hacen que los hombres malos puedan apoderarse de aquél más fácilmente que los buenos. Tanto valdría decir que los alimentos son origen de todas las enfermedades, porque gran número de gentes padecen los efectos de una alimentación excesiva y desarreglada. El prudente ideal económico aspira a lograr que la posesión del dinero sea la indicación clara de la extensión de los servicios públicos prestados, y cuanto más nos acerquemos a ese ideal, menos podrá justificarse la pobreza y será menor el sufrimiento del ser pobre. En las comarcas bárbaras y anarquistas se considera como un honor la indigencia y como una virtud el dar limosna a los pobres; pero en las sociedades más o menos civilizadas de la Tierra son tantos los niños que nacen en condiciones irremediablemente defectuosas, en un estado de inferioridad tan deplorable, que la severidad hacia los pobres es considerada como la más mezquina de las pequeñas virtudes. Cada uno recibirá en Utopía una cierta educación y un mínimo de alimentos corporales e intelectuales; cada uno estará asegurado contra las enfermedades y los accidentes; una organización eficaz equilibrará el trabajo disponible y la mano de obra sin emplear; el hecho, pues, de que un individuo carezca de dinero, sólo probará su indignidad. A nadie le pasará por la cabeza en Utopía el dar limosna; a nadie se le ocurrirá siquiera el mendigar.

Habrá que establecer hoteles sencillos, pero cómodos y económicos, inspeccionados hasta cierto punto por el Estado y, en ciertos casos, mantenidos por él. Las tarifas de precios estarán en relación con el mínimo de salario, de modo que un hombre que no haya contraído las responsabilidades del matrimonio u otros lazos de igual género, podrá vivir decente y confortablemente con un salario mínimo, pagar sus primas de seguro contra enfermedades, muerte, inutilidad o vejez y conservar una suma de dinero suficiente para vestirse y para otras atenciones personales. De no tener dinero, sólo a costa de su independencia podría proporcionarse abrigo y alimento.

Pero supongamos a un hombre sin dinero en un distrito donde no puede encontrar ocupación; supongamos que en este distrito la necesidad de la mano de obra ha disminuido con una rapidez tal, que ese obrero se ha visto reducido súbitamente al paro forzoso. O bien supongamos que ese obrero ha reñido con el único que pudiera emplearle o que el trabajo que se le exige no le gusta. En este caso, el Estado utópico,

que quiere que todo el mundo sea tan dichoso como lo consienta el bienestar futuro de la raza, concederá, sin duda, un auxilio a ese obrero. El hombre se personará entonces en una especie de oficina postal donde expondrá lo que le sucede a un funcionario cortés e inteligente. En un Estado bien organizado, las condiciones económicas de cada parte de la tierra se observarán tan atenta y constantemente como sus fases meteorológicas y, en consecuencia, habrá colocado en la pared de la indicada oficina un mapa de la comarca que indicará los sitios en los que, en un radio de trescientas o cuatrocientas millas, haya demanda de mano de obra. Se le mostrará el mapa al desocupado y éste elegirá el punto donde quiere probar fortuna. Entonces el funcionario, el empleado del servicio público, tomará nota del nombre del obrero, comprobará su identidad. (En Utopía no será incompatible la libertad con el registro general de dactiloscopia) y le expedirá los pasaportes para el viaje y los cupones para cubrir sus necesidades del camino hasta el punto elegido por el trabajador para buscar una nueva ocupación.

Esta libre emigración, anual o bianual, de una región donde falta el trabajo a otra donde éste abunda, figurará entre los privilegios generales del ciudadano en Utopía.

Apreciemos ahora el caso de que el obrero de que hablamos no encuentre trabajo apropiado a su capacidad en parte alguna del mundo.

Antes será preciso que tomemos en cuenta la hipótesis general que puede hacerse en todas las especulaciones utópicas. Todos los hombres habrán recibido una educación razonable según los principios utópicos. No existirá analfabeto alguno, a menos que se trate de un imbécil incurable; no habrá trabajadores rutinarios, tan inadaptables como animales domésticos. El obrero utópico será tan capaz de asimilar cualquier tarea como en la Tierra lo es hoy un hombre que haya recibido una instrucción sólida. Ningún gremio, ningún sindicato impondrá límites a la tarea que más se ajuste a sus condiciones y a sus preferencias, siempre tendrá el recurso de dedicarse a la que, en segundo término, le agrade más. No pudiendo utilizar sus aptitudes y sus conocimientos especiales, se empleará en una ocupación análoga.

No obstante esta adaptabilidad, posible es que no halle trabajo alguno. Puede producirse entre el trabajo a hacer y la mano de obra una desproporción tal que en todas partes haya exceso de esta última. Esta desproporción deberíase a dos causas: a un crecimiento de población no en consonancia con un aumento de empresas, o bien a una disminución del trabajo de uno a otro extremo del mundo, determinado por la conclusión de grandes obras, por economías consideradas como precisas, o por el funcionamiento de nuevos mecanismos que ahorrasen una gran cantidad de mano de obra. A pesar de toda su prosperidad, un Estado Mundial se expone, por efecto de cualquiera de esas causas, a encontrarse con un excesivo número de ciudadanos de calidad mediocre o inferior.

Para prevenir los efectos de la primera causa se recurrirá a una prudente reglamentación del patrimonio... Más tarde estudiaremos el detalle de estas leyes, pero puede afirmarse des de luego que Utopía ejercerá una inspección severa sobre el crecimiento de la población. Ninguna Utopía es factible sin la voluntad y la facultad de limitar ese aumento y sin la de estimularlo y favorecerlo tantas veces como lo crea conveniente. Este es un punto que Malthus ha demostrado claramente y para siempre.

No parece tan fácil el prevenir los efectos de la segunda causa. Pero, en este caso, las consecuencias finales son completamente distintas, aunque el resultado inmediato, esto es, el atasco del mer cado, sea parecido. Toda civilización científica y mecánica

en progresión debe tender siempre a reemplazar la labor manual por la máquina y acrecer el aprovechamiento del trabajo por la organización; así, e independientemente de cualquier aumento de población, la mano de obra perderá su valor hasta que pueda rivalizar con el procedimiento que la deprecia y contenerlo, y, si esto no es factible, renunciará a emplearse, como en Utopía, mediante un salario mínimo. No existe para este proceso límite visible. Pero el exceso de trabajo, eficientemente obtenido con un salario mínimo, es la condición requerida para estímulo de nuevas empresas, y las estimulará en un Estado saturado de ciencia y fecundo en invenciones. Un exceso creciente de trabajo utilizable sin aumento de población, un exceso debido a otro en la economía y no en la multiplicación de la especie, y que, por consiguiente, no aplasta ni desorganiza los recursos alimenticios, es seguramente el fundamento ideal de una civilización progresiva. Me inclino a creer que, estando considerado el trabajo como una fuerza fluida y no localizada, será el Estado Mundial -y no las enormes municipalidades dueñas de las fuerzas locales- quien se encargará de emplear las reservas del trabajo. Probablemente, le acomodará al Estado consagrar el exceso del trabajo a las necesidades municipales, pero esta es ya otra cuestión. En el mundo entero serán las Bolsas de Trabajo las que señalarán las oscilaciones de la demanda económica y las que transferirán los trabajadores de una región con exceso a otra con insuficiencia de ellos, y cada vez que el exceso sea general, el Estado Mundial, a falta del desarrollo adecuado de las empresas privadas, reducirá la duración de la jornada del trabajo, absorbiendo así el exceso; organizará ciertas obras permanentes y especiales de su propiedad exclusiva; pagará el salario mínimo y sus obras avanzarán con la rapidez o lentitud que exijan el flujo y el reflujo del trabajo. Pero con una sana reglamentación del matrimonio y de los nacimientos no hay razón para suponer que haya que acudir a esos recursos e iniciativas, salvo en ocasiones excepcionales y temporales.

4

La existencia de nuestro rubio y descalzo amigo es una prueba de que en Utopía moderna el hombre tendrá la libertad de permanecer ocioso o atareado según le plazca, tan pronto como haya ganado su salario mínimo. Este salario le será indispensable para sostener su existencia, pagar sus primas de seguro por enfermedad y vejez y responder a las cargas o deudas que la paternidad le haya impuesto. El Estado Mundial del utópico moderno no es un Estado de obligaciones morales. Si, por ejemplo y por virtud del sistema restringido de transmisión hereditaria, un hombre hereda una fortuna lo bastante grande para no tener que trabajar, ese hombre será libre de ir a donde quiera y de hacer lo que le plazca. Es bueno que en el mundo existan individuos de esta especie en cierta proporción; considerar el trabajo como una obligación moral es doctrina de esclavo, y en tanto que nadie se halle sometido a una labor excesiva, en modo alguno precisa atormentarse porque una minoría deje de trabajar. El objetivo de Utopía no es el de contentar la envidia. En una hermosa atmósfera moral e intelectual se deben al placentero descanso las experiencias, la filosofía, las nuevas invenciones.

Una Utopía moderna, cualquiera que sea, necesita gran número de gentes que puedan distraerse. En el mundo real estamos todos demasiado obsesionados por el ideal del esfuerzo y de la energía, por la convicción de que sólo es virtuoso el imbécil inquieto y vehemente. Nada está bien hecho cuando se ha hecho deprisa y por

obligación. Un Estado en el que todo el mundo trabaje encarnizadamente, en el que nadie vaya o venga a su guisa y libremente, pierde el contacto con el objetivo de la libertad.

Ahora bien; una independencia hereditaria será muy rara y poco duradera en Utopía. En la mayoría de los casos esta libertad se logrará por el trabajo y abundarán los estímulos para que los hombres y mujeres eleven su valor personal por encima del salario mínimo. De ahí provendrán las propiedades reservadas, la facultad de andar por todas partes y de obrar a su antojo, de lanzarse a empresas atractivas, de ayudar a los investigadores inteligentes y de colaborar con ellos, de procurarse, en fin, todo lo mejor que la vida ofrece. Utopía moderna garantizará una seguridad universal y ejercerá un mínimo de presión para el trabajo, concediendo, en cambio, ciertas recompensas estimables. El objetivo de toda esta organización -salario mínimo, ideal de vida, socorros a los débiles y los desocupados- no es el de suprimir los estimulantes, sino el de cambiar la naturaleza, no hacer la vida menos enérgica, pero si menos alocada, menos violenta y menos baja, transportar la lucha por la existencia del dominio de los bajos instintos al de las emociones elevadas y prevenir y neutralizar así los motivos por virtud de los cuales obran los individuos miserables o brutales. De este modo, la imaginación ambiciosa y enérgica, que es la más bella facultad del hombre, podrá convertirse en factor determinante para la conservación de la especie.

5

Después de haber pagado nuestro almuerzo en la pequeña hostería situada sobre el lugar terrestre correspondiente a Wassen, el botánico y yo empleamos la tarde en discutir los variados aspectos y las posibilidades de las leyes del trabajo en Utopía. Examinamos lo que nos quedaba de nuestra moneda de oro, piezas de cobre de aspecto ornamental, que no bastó para tranquilizarnos, y decidimos que, después de lo que nos había contado el hombre rubio, lo preferible era enterarnos cuanto antes de lo relativo al problema del trabajo. Lanzamos finalmente el profundo suspiro de las gentes decididas a una cosa y, abandonando nuestros asientos, nos informamos acerca del camino que conducía a la Oficina Pública. Por entonces ya sabemos que la oficina de trabajo se halla con la oficina de correos y otros servicios públicos en un mismo edificio.

Las oficinas públicas de Utopía reservan algunas sorpresas a dos hombres procedentes de la Inglaterra terrestre. Imaginaos nuestra entrada -el botánico iba tras de mí y a regañadientes g mis esfuerzos primeros para pedir trabajo con desparpajo y naturalidad.

En la oficina solo hay una dama de ojos vivos, que representa unos treinta y seis años y que nos examina con escrutadora mirada.

-¿Dónde están sus papeles? -pregunta.

Pienso un instante en los documentos que llevo en mi bolsillo: mi pasaporte cubierto de visados y en el cual, en nombre de su Graciosa Majestad, *Nos, Robert Arthur Talbot Gascoigne Cecil, marqués de Salisbury, conde de Salisbury, vizconde de Cranborne y barón Cecil,* etc., recomienda mi persona a todos cuantos de él dependen; mi *Carte d'Identité* del Touring Club de Francia, útil en muchas ocasiones;

mi tarjeta verde para la Biblioteca del Museo Británico; y mi carta de crédito del London and County Bank. Me acomete el capricho de exhibir estos papeles, entregarlos a la señora y aguantar las consecuencias, pero me resisto al capricho.

-Los hemos perdido -respondo lacónicamente.

-¿Los dos los han perdido? -inquiere la dama, mirando a mi amigo.

-Los dos -respondo.

-¿Cómo ha sido eso?

-He resbalado a lo largo de una pendiente de nieve y se me han caído del bolsillo -explico, admirado yo mismo de la rapidez de mi respuesta.

-Y, ¿a los dos les ha ocurrido lo mismo?...

-No, señora. Mi amigo me había entregado sus papeles, e iban juntos con los míos.

La señora manifestó cierto asombro.

-Tiene agujereado el bolsillo -añado yo algo apresuradamente.

La dama practica costumbres demasiado utópicas para precipitarse. Parece reflexionar sobre la conducta que debe seguir.

-¿Qué números tienen ustedes? -pregunta repentinamente.

El maldito registro de la hostería vuelve a mi memoria.

-Espere un momento... *veamos...* -Me golpeo la frente como meditando y huyendo la mirada oficial que me observa.

-¿Cuál es el suyo? -agrega la señora dirigiéndose al botánico.

-A. B. -responde mi botánico-, *a* pequeña, nueve, cuatro, siete... creo que es esto.

-¿No está usted seguro?

-No del todo -responde mi amigo con su más amable inflexión de voz-. No.

-¿De modo que ambos pretenden ignorar su número? -inquiere la funcionaria elevando la voz.

-Sí -digo yo con graciosa sonrisa y esforzándome en conservar el tono de la buena sociedad-. ¿Es extraño, verdad? Pero es así: ambos los hemos olvidado.

-¿Bromean ustedes? -respondió ella.

-¡Oh ... no ...! -replico para ganar tiempo.

-¿Supongo que no habrán perdido ustedes sus pulgares?...

-El hecho es... -balbuceo vacilante-, pero, sí, tenemos nuestros pulgares.

-Entonces será preciso que envíe las huellas de ustedes a la oficina de abajo para obtener sus números. ¿Pero están ustedes seguros de no conservar ningún papel? Es muy extraño.

Admitimos, con las orejas gachas, que el caso es extraño en efecto, y nos interrogamos mutuamente con la mirada.

La dama se vuelve pensativa hacia la placa para las huellas dactilares y, en este preciso momento, entra un hombre en el despacho. La presencia del sujeto parece sacar de apuros a la empleada.

-¿Qué debo hacer, caballero? -le pregunta.

El aludido nos mira gravemente y sus ojos expresan la curiosidad que nuestros trajes excitan en él.

-¿De qué se trata? -inquiere cortésmente.

La funcionaria empieza sus explicaciones.

Hasta ahora Utopía nos ha dado la impresión de un método regular y sano completamente extraterrestre, de un arreglo perfecto, de una proporción inteligente de las cosas materiales, y nos ha parecido algo anormal que los utópicos con quienes hemos hablado fueran todos de un tipo ordinario en absoluto. Pero la mirada y la actitud de este hombre con quien tropezamos ahora, indican una naturaleza distinta, algo que se asemeja a la hermosura del tranvía y al orden gracioso de la casas vistas en el flanco de la montaña. Aparenta unos treinta y cinco años, está bien formado y en su firme modo de andar denota una salud física magnífica; su rostro está bien rasurado y la boca, de trazos enérgicos, revela al individuo disciplinado; sus ojos son grises, claros y francos. Lleva cubiertas las piernas de un tejido de color rojo oscuro, y sobre el busto y moldeando el cuerpo se destaca una especie de blanca camisa con un bordado también rojo. Su aspecto general recuerda hasta cierto punto el de los Caballeros Templarios. Cubre su cabeza con un casco de cuero fino y de acero más fino aún, con orejeras, y muy parecida a las que usaba la caballería de Cromwell.

No aparta su mirada de nosotros; en tanto que la mujer habla, intercalamos nosotros alguna que otra palabra y experimentamos un gran embarazo por la situación estúpida en que nos hemos metido. Yo me decido a salir del mal paso antes de que se complique más todavía.

-El caso es... -murmuro.

-Diga, diga usted... -invita el hombre, con rara sonrisa.

-Quizá -prosigo- no hemos procedido con franqueza, pero nuestra posición es tan excepcional, tan difícil de explicar...

-¿Qué han hecho ustedes, pues?

-¡Bah!... ¡Así no podremos explicarnos jamás! -exclamo con decisión repentina.

-¡Bueno! -repuso él, al par que se miraba las puntas de los pies.

En vista de ello intento presentar nuestro caso como una aventura sencilla y común y, con el tono que se adopta para las explicaciones verdaderamente claras y lúcidas, digo:

-Ya lo ve usted, nosotros llegamos de otro mundo y, por consiguiente, cualesquiera que sean las huellas y los números que tengan ustedes en este planeta no pueden ser aplicables a nosotros; de ahí que nosotros ignoremos nuestros números, por la sencilla razón de que carecemos de ellos. En realidad somos exploradores, extranjeros..., ¿comprende usted?

-Pero, ¿de qué mundo habla usted?

-De un planeta diferente, muy lejano, muy lejano... situado a una distancia infinita.

El funcionario me mira fijamente y de hito en hito, con la expresión paciente de un hombre que escucha tonterías...

-De sobra advierto de que parece imposible lo que digo -insisto-, pero el hecho es cierto y muy sencillo; hemos *aparecido* en vuestro mundo. Nuestra aparición se efectuó sobre un tramo del Lucendro -el paso de Lucendro- ayer al mediodía y le desafío a que descubra usted huellas nuestras antes de ese momento. En cuanto a nuestros papeles... ¿Ha visto usted en su mundo papeles como éstos?

Al pronunciar estas palabras saqué mi cartera y, de ella, el pasaporte, que mostré al utópico.

El aspecto de éste cambió. Tomó el documento, lo examinó por todas partes, me miró y se sonrió de nuevo con vaga sonrisa.

-¿Quiere usted otros? -dije, presentándole la tarjeta del Touring Club de Francia.

En seguida le tendí mi tarjeta verde del Museo Británico, tan llena de flecos como viejo estandarte en capilla de caballero.

-Acabaremos por descubrirlo todo -afirma entonces con mis documentos en la mano-. Tenéis vuestros pulgares. Se os medirá. ¡Se consultarán los registros centrales, y allí estaréis!

-Precisamente eso es lo que no ocurrirá.

Reflexiona él un instante.

-Es una extraña broma para dos hombres mayores -expresa, al fin, a modo de resumen, devolviéndome los documentos.

Protesto de tal aserción, a la vez que reintegro a la cartera mis papeles.

La dama interviene.

-¿Qué debo hacer? -pregunta al utópico.

-¿Llevan dinero? -indaga él.

-No.

Esta respuesta le mueve a formular ciertas presunciones.

-Francamente, yo creo -dice- que os habéis escapado de alguna isla. No puedo imaginarme cómo habéis llegado hasta aquí ni lo que pensáis hacer... De todas maneras, hay aquí con qué recoger vuestras huellas...

E, indicando el aparato a que se refería, nos vuelve la espalda para reanudar sus tareas.

Pronto abandonamos las oficinas en un estado en el que la desesperación y la alegría se confundían. Estamos provistos cada uno de un billete de tranvía y de una suma suficiente para pagar nuestros gastos hasta pasado mañana. Hemos de ir a Lucerna, donde se necesita mano de obra relativamente poco experta para tallar madera, trabajo que juzgamos a nuestro alcance y que nos permitirá continuar juntos.

Las antiguas utopías son organizaciones pasivas; la nueva debe adaptarse a las interminables idas y venidas, a las necesidades de una población viajera tan fluida y fluctuante como la mar. No cabe en el cuadro de las administraciones terrestres del Estado; aunque, a decir verdad, todas las organizaciones locales, todos los límites de lugar se confunden al presente a nuestros ojos. Pronto el mundo entero nos parecerá un océano de hombre anónimos y extraños los unos a los otros.

Entretanto, las simples leyes de la costumbre, los rústicos métodos de identificación que utilizaban las pequeñas comunidades de antaño en las que las gentes se conocían, todo sucumbe ante esta licuación. Si la Utopía moderna ha de constituir realmente un mundo de ciudadanos responsables, es preciso que disponga del medio de reconocer acto seguido al individuo, y, de faltar éste, de seguirle la traza y encontrarlo.

No se trata de un imposible. Según los cálculos más generosos, la población total del globo no excede de 1.500.000.000 de habitantes, y catalogar de una manera efectiva esta cantidad de gente, consignar sus traslaciones y ciertos hechos materiales como el matrimonio, la paternidad, las condenas y otros, registrar los nacimientos y anotar las defunciones, es tarea que, por colosal que parezca, puede compararse con el trabajo de las oficinas postales de nuestro mundo en la hora presente, o con el catálogo de bibliotecas como la del Museo Británico de Londres, o con la ordenación de colecciones como la de insectos de Cromwell Road. Un índice o registro general, como el indicado, podría instalarse cómodamente sobre un espacio equivalente a un lado de la avenida de Northumberland, por ejemplo. Rindiendo justo tributo a la distintiva lucidez del espíritu francés, suponemos que el índice Central se alojará en una vasta serie de edificios de los alrededores de París, si no en la ciudad misma. El índice se formará a base de una característica física inmutable, como la huella del pulgar o de los demás dedos, o de otro rasgo físico que entrañe un valor material. La clasificación de huellas y características físicas inalterables se hará continuamente en dicho índice, y todo induce a creer que sea posible obtener una fórmula distinta para cada ser humano, una cifra o «una designación científica» por la que será rotulado.[20] En los edificios donde se halle centralizado el gran Índice principal habrá otros índices secundarios por nombres, profesiones, enfermedades, crímenes y otros hechos diversos.

Las fichas estarán dispuestas de modo que pueda obtenerse rápidamente y en cualquier momento una copia fotográfica de ellas. Tendrán asimismo un anexo en el que se haga constar el nombre de la última residencia del individuo. Día y noche trabajara en la confección de este índice un ejército de empleados. Existirán sucursales dedicadas constantemente a la comprobación de huellas y cifras y de las cuales radiará hacia el índice Central una continua corriente de informes sobre nacimientos, funciones, estancias en los hoteles, visitas a las oficinas postales para recoger correspondencia, billetes tomados para largos viajes, condenas infamantes, matrimonios, peticiones de socorros públicos, etc. Por una especie de filtro oficinesco se clasificarán y escogerán día y noche los informes, y un hormiguero de empleados corregirá y llevará al día el registro central y sacará las copias fotográficas de dichas que demanden las sucursales. De este modo formará el Estado su inventario sin solución de continuidad, vigilará a cada individuo, y el mundo entero escribirá su

[20] Es posible que la huella del pulgar desempeñe un papel ínfimo en este trabajo de identificación, pero para nuestro relato es cómodo evidentemente el suponer que tal característica sea única y bastante.

propia historia en el instante mismo en que se modifica su destino. Finalmente, a la muerte del ciudadano de Utopía se procederá a la inscripción de la edad del difunto, de la causa de su muerte y de la fecha y lugar de su cremación; después su ficha se sacará del índice Central para colocarla en el de la genealogía universal, instalada en el edificio donde reinará la quietud y cuyas galerías se aumentarán sin cesar con el registro de los muertos.

Toda esta documentación es indispensable si la Utopía moderna quiere existir.

Sin embargo, nuestro rubio amigo se indignaría aún. Ciertas fantasías considerarán como un derecho el de ir y venir a su gusto, en secreto y sin ser por nadie reconocidos. Pero esto no podrá ser. Nuestros compañeros de viaje ignorarán quiénes somos, pero el Estado se hallará al tanto de nuestro secretillo. Para el liberal del siglo XVIII, para el liberal de cepa del siglo XIX (esto es para cuantos se enorgullecen de ser liberales) educado en el principio de oposición al gobierno, esta clarividencia organizada le parecerá el más horrible de los sueños. Pero todo ello se reduce a manías adquiridas en épocas desgraciadas. El viejo liberalismo tenía por malo todo gobierno (y cuanto más poderoso más malo), al propio tiempo que creía en la virtud natural del hombre libre. El secreto y las tinieblas eran entonces el refugio de la libertad, pues todo gobierno representa una tiranía en potencia, y un inglés o un norteamericano consideraban los papeles de un ruso o de un alemán como contemplarían las cadenas de un esclavo. Imaginaos a ese antepasado del liberalismo, Rousseau, hurtándose a las miradas después de haber depositado en la inclusa a su progenie, y comprenderéis qué atentado contra la virtud natural le habría parecido la vigilancia del Estado en Utopía. Pero si no presumimos que todo gobierno es necesariamente malo y necesariamente bueno el individuo (y la hipótesis nuestra excluye prácticamente una y otra alternativa) modificamos el caso por completo. El gobierno de la Utopía moderna no será una conjunción de intenciones perfectas rigiendo ciegamente el mundo ...[21]

-En nombre de Galton y de Bertillon, *¿quién* diablos es usted? -supongo yo que exclamará Utopía entera.

Y me doy cuenta de la triste figura que haré bajo sus miradas. Afectaré la hipócrita franqueza que las circunstancias exijan y

-El caso es... -empezaré a decir.

7

[21] En el Estado tipo de nuestro mundo moderno, con sus millones de habitantes y con las grandes facilidades para trasladarse de que disponen, los hombres sin escrúpulos que adoptan un nombre falso, pueden con la mayor tranquilidad escapar a todas las pesquisas. Ello ha facilitado el desarrollo de un nuevo tipo de criminales (el tipo Deeming o Crossman), innobles individuos que subsisten y satisfacen sus viles pasiones cortejando, explotando, maltratando y a veces asesinando a mujeres de baja categoría. Esta clase abunda, crece y, lo que es peor, se multiplica, favorecida por lo anónimo del individuo ordinario. Sólo los asesinos llaman la atención pública, pero el recrudecimiento de la prostitución se debe en gran parte a la libertad de que gozan aquellos aventureros. Es este uno de los productos incidentales del liberalismo del Estado y actualmente el primero en la lucha contra el desarrollo de la organización política.

Ved ahora cómo una hipótesis inicial persigue a su inventor hasta el punto de tomarle la delantera y arrastrarle a pesar suyo. Se han sacado las huellas de nuestros pulgares y éstas han viajado por un tubo neumático hasta llegar a la oficina central del ayuntamiento, cerca de Lucerna; desde allí han sido enviadas al cuartel general, al índice de París. Después de una previa y somera clasificación, me las imagino fotografiadas sobre una placa, proyectadas luego en imágenes colosales por una linterna sobre una pantalla en la que minuciosos peritos detallan, marcan y miden las diversas circunvoluciones de las líneas de nuestros dedos. Más tarde un empleado se lanza rápidamente hacia las galerías del edificio del índice.

Yo he afirmado que no se encontrarían trazas nuestras. Pero el empleado va de galería en galería, de estante en estante, de cajón en cajón, de ficha en ficha...

-¡Hela aquí! -murmura al coger una tarjeta que lee; y luego, sorprendido, añade-: ¡Pero esto es imposible!

Entretanto figuraos que, después de dos días de ciertas experiencias que pronto contaré, volvemos nosotros a la oficina central de Lucerna, como se nos había recomendado. Me dirijo al empleado que ya intervino en nuestro asunto.

-Y bien -digo yo alegremente-, ¿hay ya noticias nuestras.

Su aspecto me descorazona un poco.

-En efecto, tenemos noticias -replica-. El caso es muy raro.

-¡Ya le había dicho a usted que nada encontrarían! -exclamo triunfante.

-No, no, algo se ha encontrado -insiste el funcionario-; pero no por eso es menos caprichosa la situación de ustedes.

-¡Tienen ustedes noticias!... ¿Saben ustedes quiénes somos?... Pues bien, dígalas usted. Nosotros creemos saber quiénes somos, pero empezamos ya a desconfiar de saberlo...

-Usted -contesta el funcionario, dirigiéndose al botánico-. ¡Usted es...!

Y pronuncia el nombre de mi compañero. Después se dirige a mí y pronuncia el mío.

Por un instante me quedo aturdido. Luego recuerdo lo que escribimos en la hostería de Urserenthal, y la verdad resplandece ante mis ojos. Repiqueteo con los dedos de una mano sobre la mesa y con el índice de la otra aplicado en la nariz de mi amigo, le digo en inglés:

-¡Demonios! Han descubierto a nuestros dobles.

-¡Cierto! -replica el botánico, comprendiéndome-. No había caído en ello.

-¿Me haría usted el favor-digo al funcionario-de informarnos algo más acerca de nosotros mismos?

-No comprendo por qué prosiguen ustedes la burla -profiere disgustado. Y a continuación, casi en voz baja, nos cuenta hechos que conciernen a mi doble utópico. No lo entiendo todo fácilmente. Parece que yo formo parte de los samurais, lo que me resulta un poco japonés-. ¡Pero será usted degradado! -añade casi desoladamente al terminar su explicación. Todo lo que refiere acerca de mi posición en su mundo no me revela gran cosa.

-Lo más sorprendente -agrega el oficinista- es que hace tres días estaba usted en Noruega.

-Y estoy aún o..., por lo menos, disgustado de causarle a usted tanta molestia. Sin embargo, ¿me haría usted el favor de inquirir si la persona a quien pertenece la huella está todavía en Noruega?

Mi proposición me obliga a nuevas explicaciones. El hombre indica algo incomprensible a propósito de una peregrinación.

-Más tarde o más temprano -afirmo- habrá usted de reconocer que somos dos los que poseemos una misma traza. No le aburriré a usted con una disertación que le parecería insensata, respecto de otro planeta. Pero yo estoy aquí. Si hace algunos días estaba yo en Noruega, fácil será seguir las huellas de mi viaje hasta aquí. ¿No es cierto?

-Su amigo estaba en las Indias -agrega el empleado, ya perplejo.

-Paréceme que las dificultades de esta historia nuestra comienzan ahora. ¿Cómo he venido de Noruega? ¿Ha podido venir mi amigo, de un salto, de las Indias a la cima del San Gotardo? La situación resulta algo más complicada...

-¡Helo aquí! -contesta el funcionario, agitando en sus manos lo que debían ser copias fotográficas de nuestras fichas.

-Pero nosotros no somos esos individuos -aseguro yo.

-Ustedes son esos individuos.

-¡Verá usted como no! -digo irritado.

-¡Ya lo veo! -añade él, apoyando demostrativamente un dedo sobre las marcas de nuestros pulgares.

-Se comete un error -insisto-, un error sin precedentes. Si prosiguiera usted la información no tardaría en esclarecerse este embrollo. ¿Qué necesidad tendríamos de permanecer aquí como trabajadores temporales cuando, según dice usted, somos gentes de posición elevada? Afirmo que hay aquí algo inexplicable. Nosotros vamos a continuar en la labor de tallar madera que nos ha proporcionado, y, entre tanto, usted seguirá las pesquisas. Creo yo que es así como debe resolverse por ahora el asunto.

-En verdad que habrá que examinar más detenidamente el caso de ustedes -declara el funcionario, con tono en el que se transparenta casi imperceptiblemente la amenaza-. Pero pase lo que pase, les tenemos aquí -termina, apretando entre sus manos las fichas que suponía se referían a nosotros.

8

Tan pronto como el botánico y yo hayamos examinado bajo todos sus aspectos nuestra situación presente, pienso que dirigiremos nuestras ideas hacia cuestiones más generales.

Yo revelaré a mi interlocutor cuanto más visiblemente se aparezca a mi espíritu. He aquí -le diré- un mundo bien organizado, según lo que hemos apreciado hasta ahora. Comparado con el nuestro, diríase que es un organismo bien engrasado junto a

un montón de hierros viejos. Incluso está dotado de un maldito órgano visual que alcanza a todas partes, siempre dispuesto, siempre alerta. Pero es un detalle... Vea usted esas habitaciones... esas... las dé abajo... (Figúrense que estamos en la cima del Gütsch, sentados sobre un banco y que nuestras miradas dominan la Lucerna de Utopía, una Lucerna -e insisto arbitrariamente sobre este punto- que habrá conservado la Wasserthurm y la Kappellbrucke.) Note usted la belleza, la traza sencilla y limpia, el equilibrio de este mundo; vea usted el libre porte, la gracia sin afectación, incluso entre las gentes ordinarias, y comprenderá cuán refinadas y completas deben ser las disposiciones porque se rige este mundo. ¿Cómo se ha conseguido? Nosotros, hombres del siglo XX, no vamos a aceptar los enjuagues insultos y turbios del rousseanismo que hizo las delicias de nuestros antepasados del siglo XVIII. Sabemos que el orden y la justicia no proceden de la naturaleza, y para demostrarlo bastaría que «el gendarme quisiera eclipsarse». Tal estado de cosas revela una intención, una voluntad llevadas a un extremo que nuestra pobre tierra, vacilante e indecisa, nunca ha conocido. Lo que más claro percibo en esta Utopía es eso: una voluntad. Las habitaciones cómodas, los mecanismos admirables que no perjudican las bellezas naturales, los cuerpos soberbios, la general armonía, son sólo signos exteriores y ostensibles de una gracia interior y espiritual. Un orden tal significa disciplina. Él proclama el triunfo obtenido sobre las vanidades y los egoísmos mezquinos que separan a los hombres en la Tierra; él significa adhesión y noble esperanza, y no puede existir sin un funcionamiento gigantesco de investigaciones y tentativas, de ensayos, de previsión y de paciencia en una atmósfera de confianza y de concesiones mutuas. Un mundo tal como esta Utopía no se ha construido por la cooperación accidental y fortuita de los hombres, por los potentados autocráticos o por la sabiduría declamatoria de los demagogos; ni la competencia sin freno tras la ganancia, ni los egoísmos declarados han contribuido a edificarlo...

Yo comparo el sistema de fichas universales, del que hemos constatado la existencia, a un órgano visual, a un ojo tan sensible y tan despierto que dos extranjeros como nosotros no pueden aparecer en superficie alguna del planeta sin ser descubiertos. Pero este ojo nada percibe sin un cerebro; un ojo no ve ni se mueve sin una voluntad y un propósito. Una Utopía que sólo se preocupara de aparatos e instalaciones sería un sueño de superficialidades; el problema esencial aquí, el cuerpo que cubren esas vestiduras, es un problema moral e intelectual. Tras ese orden material y esas comunicaciones perfectas, y esos servicios públicos y organizaciones económicas tan bien montados, es preciso que haya hombres y mujeres que quieran esas cosas. Es necesario que exista una larga cadena y un número considerable de esos seres voluntariosos. Ningún individuo, ningún grupo transitorio de individuos podría ordenar y dirigir el funcionamiento de un régimen tan vasto y complejo. Es necesaria una intensa acción colectiva, si no común, y ello implica una literatura hablada o escrita, una literatura viviente para mantener la armonía de esta actividad general. En cierto modo, estos seres de voluntad han debido conceder un lugar secundario a la satisfacción de los deseos inmediatos, y este hecho significa renunciación; deben ser eficaces en la acción y persistentes en la voluntad, y esto significa disciplina. Pero en el mundo moderno, donde el progreso avanza sin limitaciones, es evidente que la creencia o la fórmula aceptada por la comunidad ha de ser muy sencilla y su organización tan móvil y flexible como una cosa viviente. Todo esto es consecuencia rigurosa de los principios generales de nuestro sueño utópico. Al formularlos nos comprometimos inflexiblemente a llegar a semejante conclusión...

El botánico asiente a lo dicho con un simple movimiento de cabeza que denuncia su distracción.

Yo callo y dirijo mi espíritu hacia la masa confusa de recuerdos que nos proporcionan estos tres días pasados en Utopía. Aparte la impresión recibida de las personalidades con quienes hemos estado en contacto -los diversos hospederos, nuestro contramaestre y nuestros compañeros de trabajo, el hombre rubio, los funcionarios públicos y otras gentes aún- hemos recogido una multitud de impresiones. Hemos visto ciertas deliciosas escenas; hemos visto niños y jóvenes, hombres y mujeres en las tiendas, en las oficinas, en las calles, en los muelles, en las ventanas, paseando o marchando en todas direcciones. El conjunto me ha parecido análogo al de las multitudes que vemos en la Tierra; pero ¿existen entre esas gentes aquellas de quienes puede pensarse que tienen preocupaciones más amplias y que, en cierto modo, se destacan del resto de la muchedumbre por la prosecución de un objeto que exceda lo visible?

Al formularme esta pregunta recuerdo al funcionario de la oficina pública de Wassen, al hombre cuya vestidura evocó en mí un recuerdo infantil del Caballero Templario, y, con él, las impresiones momentáneas que me produjeron otros personajes pacíficos y serios, ataviados de igual manera, las palabras y las frases retenidas por lecturas ocasionales y las expresiones desprendidas de los labios prolijos del rubio vagabundo...

CAPÍTULO SEXTO
LAS MUJERES EN UNA UTOPÍA MODERNA

1

Aunque llegado a punto en que el problema de una Utopía se reduce simplemente a un problema de gobierno y de dirección, me doy cuenta de que no he conseguido llevar a ese punto al botánico. Francamente, el botánico es incapaz de pensar por anticipado y con la constancia con que lo hago yo. Yo siento para pensar y él piensa para sentir. Yo y los que son como yo sabemos dominarnos, porque podemos ser impersonales y personales justamente; esto es, podemos desprendernos de nosotros mismos. Por lo menos, y en términos generales, yo le entiendo a él, pero él no me entiende a mí de ninguna manera. Me considera como un bruto incomprensible, porque lo que a él le obsesiona sólo causa en mí una preocupación accidental. En cuanto mi razonamiento deja de ser explícito y completo, al menor eclipse, a la más pasajera distracción, mi compañero se me escapa y se encierra de nuevo en sí mismo. Quizás experimenta hacia mí una afección personal, aunque lo dudo, pero al propio tiempo me detesta a las claras a causa de mis tendencias, que no se hallan al alcance de su ingenio. Él abomina de la insistencia filosófica con que yo sostengo que las cosas son razonables y coherentes, que lo que puede explicarse será explicado y que lo que puede hacerse por cálculo y métodos ciertos no se dejará al albur. El se inclina hacia las emociones imaginativas; quiere gozar de la puesta de sol, y cree que gozaría más de ella si no se le hubiere enseñado que el sol está separado de nosotros por una distancia de ciento cincuenta millones de kilómetros. Quiere sentirse libre y fuerte, y

prefiere sentirse a serlo. No desea realizar grandes cosas, pero sí que le ocurran deslumbradoras aventuras. Ignora que también proporcionan sensaciones el aire puro de las montañas filosóficas y las ásperas ascensiones del esfuerzo y del propósito deliberados. Ignora que hasta el mismo pensamiento es una especie de sensación más refinada que la más bella de sus sensaciones, que es algo así como el buen vino del Rhin, comparado con la mezcla de ginebra, cerveza y melaza de sus emociones, que es una percepción de semejanzas y de contrastes que produce incluso el temblor del gozo. Claro está que él se abreva en la fuente de sus emociones y de sus sensaciones más copiosas (las mujeres y singularmente la mujer que más le ha perturbado), y ello me obliga a ponerme pesado también.

La posición no es ventajosa para mí. Nuestra vuelta a la ciudad utópica, equivalente a la Lucerna terrestre, aviva en el botánico las angustias y las melancolías que se apoderaron de él en los primeros momentos de nuestra llegada a Utopía, a este planeta mejor. En fin, cierto día, mientras esperábamos que la Oficina pública decidiera nuestra suerte, el hombre puso el paño al púlpito. Era a la caída de la tarde y nos paseábamos a orillas del lago, después de nuestra frugal comida.

-Aquí es --dijo- donde estaban los muelles; donde se elevaban los hoteles favoreciendo la perspectiva del lago. Es muy extraño que los hayamos visto hace tan poco tiempo y que ahora no podamos verles... ¿Qué ha sido de ellos?

-Se han desvanecido en hipótesis.

-¿Cómo?

-Digo que todo eso está como siempre; quienes no lo estamos somos nosotros.

-¡Es verdad, lo había olvidado! Sin embargo..., a lo largo de ese muelle había un paseo con árboles, con sillas, en una de las cuales se sentó ella abismando su mirada en la mar... Hacía diez años que no la había visto...

El botánico miró a su alrededor con aire perplejo.

-Ahora que estamos aquí -prosiguió- me parece que mi encuentro y mi conversación con ella debieron ser sólo un sueño.

Se sumió en sus meditaciones mi amigo, y, luego, parloteó de nuevo.

-La reconocí en seguida -dijo-. La veía de perfil. Comprenderá usted que no le hablé inmediatamente. Pasé ante ella, tratando de dominar mi emoción, y continué andando... Después volví sobre mis pasos y me senté cerca de ella, en silencio. Ella giró la cabeza. Todo el pasado regresó... todo. Por un instante creí que iba a estallar en sollozos...

El botánico pareció experimentar cierta satisfacción al evocar aquel recuerdo.

-Durante algunos minutos conversamos como simples conocidos, del paisaje, del buen tiempo y de otras cosas por el estilo...

El botánico recayó en sus reminiscencias.

-Todo eso habría ocurrido de otro modo en Utopía -indico.

-Es posible -y agregó sin dejarme meter baza-. Tras nuestras primeras palabras hubo un intervalo de silencio. Sentí que la confidencia se aproximaba. Yo creo que ella tenía la misma intuición; usted puede reírse de estos presentimientos...

En realidad, maldito si me reía yo; por el contrario, me daba en voz baja a los diablos. Esta clase de individuos como el botánico se arroga siempre el privilegio de ciertas operaciones mentales muy notables y distinguidas en vez de... ¿Acaso no poseo yo en mi propia osamenta el diapasón completo de lo imbécil emocional y sentimental? ¿No ha sido siempre objeto de mis constantes esfuerzos la supresión de esa música, y el no conseguirlo mi perpetua desesperación? Y, después de esto, ¿puede acusárseme de indigencia en tal aspecto?

Pero volvamos al cuento del botánico.

-Ella me murmuró al oído: «No soy dichosa». Y yo le respondí: «Lo he adivinado desde que la he visto a usted». Entonces ella se explicó tranquila y francamente. Más tarde empecé a darme cuenta de lo que significaba el que ella me hubiera hablado así.

Esto pasaba de la raya y no pude contenerme.

-¿No se da cuenta -grité- de que estamos en Utopía? Es posible que a ella le sujeten lazos dolorosos y a usted también, pero en la Tierra; ¡aquí, no! Supongo que aquí todo será diferente. Aquí las leyes que rigen esas cosas serán buenas y equitativas; por esto mismo cuanto dijera o hiciera usted allí carece aquí de significación... de la menor significación.

El botánico me miró un instante de hito en hito, y, luego, apartó la mirada para contemplar con indiferencia mi admirable nuevo mundo.

-Sí -dijo con el tono distraído de un viejo que responde a un niño-, sí, todo eso será perfecto aquí.

Contrariado en sus confidencias, se entregó de lleno a sus reflexiones. Este repliegue suyo sobre sí mismo tenía algo de noble y altivo, y, por un instante, abrigué la idea de que era yo indigno de apreciar la impalpable imprecisión de lo que él había dicho y de lo que yo le había respondido.

Me sentí humillado, reducido al silencio y muy sorprendido de verme así. La exasperación me sofocaba. Continuamos nuestro paseo el uno junto al otro, pero ya hostiles. Contemplé la fachada de las oficinas públicas utópicas de Lucerna utópica -yo me había propuesto llamar la atención de mi amigo sobre algunas particularidades arquitectónicas de estos edificios-, pero mis miradas cambiaron de dirección, mi curiosidad había perdido todo interés y toda verbosidad. Me arrepentía de haber traído conmigo a este hermético esqueleto, a este ingrato mental.

Me sentía inclinado hacia una resignación fatalista. No tenía medio alguno de dejarle tras de mí... Esta preocupación me torturaba el cerebro. Los antiguos utopistas no se entorpecieron a sí mismos con compañeros de esta especie.

2

¿Hasta qué punto serán distintas las cosas en Utopía? Al fin y al cabo ya es hora de que abordemos de frente los enigmáticos problemas del matrimonio y de la maternidad...

La Utopía moderna no debe ser sólo un Estado Mundial sano y dichoso, sino un Estado en el que el progreso avance de día en día. Desde luego -Malthus[22] lo ha demostrado definitivamente-, en un Estado en el que la población continúa creciendo conforme a instintos que nada refrena; el progreso tiene que ir de mal en peor. Desde el punto de vista de la comodidad y de la dicha humana, el crecimiento de población que se produce a cada avance de la humana seguridad, es uno de los peores males que puedan acontecer. La Naturaleza tiene por método el de permitir a cada especie que crezca en número hasta el máximo posible; luego, merced a la presión de ese máximo sobre las condiciones restrictivas del número, perfecciona la especie aplastando, arruinando a todos los individuos débiles. Este método de la Naturaleza ha sido también hasta el presente el método de la Humanidad. Si se exceptúan los momentos en los que las invenciones y los descubrimientos aumentan el stock de los recursos generales y procuran un alivio temporal, la suma de miserias físicas y de privaciones en el mundo debe variar, casi exactamente, según que los nacimientos excedan, más o menos, de la cantidad límite para mantener un promedio de población compatible con la dicha universal. Jamás la Naturaleza ha elaborado, ni el hombre puesto en práctica, un procedimiento por el cual, aun pagando el debido tributo al progreso, se haya podido evitar la miseria de multitud de vidas hambrientas y fracasadas. Una restricción en la proporcionalidad de los nacimientos hecha sin cordura -objetivo alcanzado en la práctica por la supresión de los nacidos del sexo femenino en la civilización arcaica y familiar de la China- no lleva consigo sólo la extinción de la miseria, sino su estancamiento, y esta ventaja inferior para la comodidad y la estabilidad social, se adquiere al precio de un gran sacrificio. El progreso depende esencialmente de la selección por la competencia; y no lograremos escapar a esta ley.

Pero se concibe y hasta es posible que este margen de lucha fútil, de sufrimiento, de enfermedad y de muerte quede reducido casi a la nada, sin que dificulte la evolución física y mental y hasta favoreciendo la rapidez de esta evolución; para ello se necesitaría impedir la venida al mundo de aquellos seres que, dentro del engranaje de las fuerzas naturales, nacen para padecer y sucumbir El método de la naturaleza, «de dientes y uñas rojas», consiste en degradar, contrariar, torturar y matar a los miembros más débiles e inadaptados de cada especie y en cada generación, facilitando así la elevación del promedio específico. El ideal de toda civilización científica es el de impedir que esos seres débiles nazcan; no existe otro medio de escapar al castigo que la Naturaleza inflige a los débiles. Entre los animales y entre los salvajes, la lucha por la vida implica miseria y muerte para los individuos inferiores, miseria y muerte para que no puedan crecer ni multiplicarse. En el Estado civilizado actual es, desde luego, posible lograr que las condiciones de vida sean soportables para cada criatura viviente, siempre que a las inferiores se les impida crecer y multiplicarse. Esta última condición debe cumplirse rigurosamente. En vez de rivalizar para librarnos de la muerte y de la miseria, podemos rivalizar para dar la vida, acumulando toda la suerte de compensaciones para los perdidosos en esta competencia. El Estado Moderno tiende a limitar la herencia, a cuidar de la subsistencia y de la educación de la infancia, a intervenir más y más, con mirar al porvenir, entre el padre y el hijo. Cada vez más carga sobre sí el Estado la responsabilidad del bienestar general del niño y, por esto mismo, cada vez está más justificado su derecho a decidir a qué niños acogerá y protegerá.

[22] *Ensayo sobre el principio de población.*

¿Hasta qué punto estarán prescritas y reglamentadas estas condiciones? ¿Hasta qué punto pueden estarlo en una Utopía moderna?

Dejemos a un lado las paparruchas que se oyen en ciertos lugares respecto a las «cruzas» humanas [23] El Estado educador era una propuesta admisible en Platón, dados los conocimientos biológicos de su tiempo y el carácter puramente experimental de su metafísica; pero la misma propuesta parece absurda en Darwin. Sin embargo, se nos presenta como el más brillante de los descubrimientos modernos por cierta escuela de escritores, que parecen completamente incapacitados para percatarse de la modificación que ha sufrido en los últimos cincuenta años el sentido de las palabras «especie» e «individuos». Dijérase que estas gentes no sospechan siquiera que los límites que deslindan las especies han desaparecido y que ahora la individualidad ostenta el carácter de lo Unico. Para ellos son aún los individuos imágenes defectuosas de un ideal platónico de la especie, y el objetivo de la educación sólo tiende a aproximarlos a esa perfección. Para ellos la individualidad no es más que una diferenciación sin importancia, de modo que ha pasado en vano sobre ellos todo el mar de las teorías biológicas modernas.

Pero, para el pensador moderno, la individualidad es el hecho representativo de la vida, y, por tanto, ha de juzgar absurda la idea de que el Estado, al que interesa necesariamente lo general y lo particular, elija y escoja entre los individuos para aparejarlos y mejorar la raza. Tanto valdría fijar una grúa en medio de la llanura para levantar con ella las colinas circundantes. En la iniciativa del individuo superior a la medianía reside la realidad del porvenir que el Estado, representante del promedio, puede favorecer por anticipado, pero no intervenir o contrastar. El eje natural de la vida emotiva, la voluntad capital, la expresión suprema y representativa de la individualidad estriba en la elección de la pareja destinada a la procreación.

Pero el acoplamiento obligatorio es una cosa y el asunto de las condiciones restrictivas generales es otra que cae, con razón, dentro del dominio de la actividad del Estado. Está justificado que el Estado diga: Antes de que deis nuevos seres a la comunidad para que la comunidad los eduque y los sostenga en parte, es preciso que vosotros hayáis excedido el mínimo de capacidad personal y que presentéis la prueba de ello ocupando en el mundo una posición responsable e independiente; es preciso que tengáis cierta edad, un mínimo de desarrollo físico y que os halléis exentos de toda enfermedad transmisible. Es preciso también que no hayáis incurrido en delito o que, por lo menos, hayáis expiado este delito. Si, careciendo de estas simples aptitudes y condiciones, conspiráis con otra persona para aumentar la población del Estado, nosotros tomaremos a nuestro cargo, por amor a la humanidad, a la víctima inocente de vuestras pasiones, pero no os dejaremos olvidar que estáis bajo el peso de una deuda urgente respecto del Estado; de una deuda que os veréis obligados a pagar aunque para ello hayamos de emplear contra vosotros la violencia. Es una deuda de la que, en último término, responde vuestra libertad, y, en el caso de reincidencia o de que hayáis procreado un ser enfermo o imbécil, adoptaremos medidas que nos garanticen absoluta y efectivamente que ni tú ni tu cómplice podréis cometer de nuevo la misma falta.

¡Diréis que carecemos «de entrañas» y compadeceréis a «la pobre humanidad»!

Pero, si es así, fijaos en la seductora disyuntiva que ofrecen los barrios miserables y los asilos.

[23] *Véase Mankind in the Making,* cap. II.

Puede alegarse que en nuestro sistema permitimos evidentemente que los seres inferiores tengan uno o dos hijos, lo que repugna al fin propuesto, pero en realidad no es la misma cosa. Una licencia convenientemente mitigada -ningún hombre de Estado lo ignora- puede producir los efectos sociales de una prohibición absoluta, sin oprimir enfadosamente. Con comodidad y bienestar favorables, obedeciendo una reglamentación fácil y práctica, se obtendrá toda la previsión y toda la continencia deseables para librarse de posibles disgustos y sufrimientos. Y bien vale la vida libre de Utopía, hasta para las gentes inferiores. Una de las pruebas del aumento del confort, del respeto a sí mismo y de la inteligencia en el pueblo inglés, es la baja en la proporción de los nacimientos ilegítimos, que de 2,2 por mil en 184650 se redujeron a 1, 2 por mil en 1890-900, sucediendo esto sin que rigiese la menor ley preventiva. Tan excelente resultado es casi indudablemente la consecuencia, no de una gran exaltación de la moral, sino de un promedio creciente de bienestar y de una conciencia más viva de los actos y de las responsabilidades. Si tal modificación se ha conseguido en Inglaterra gracias a los progresos allí alcanzados en los cincuenta años últimos; si una continencia discreta se ha hecho así efectiva, parece razonable suponer que con los conocimientos más amplios y la atmósfera más limpia y más pura de nuestro planeta utópico, el nacimiento de un niño, hijo de seres inferiores, débiles o enfermos, contraviniendo las prescripciones del Estado, ha de constituir un caso nefasto verdaderamente raro.

El acontecimiento trágico entre todos, la muerte del niño, apenas será conocida en Utopía. Los niños no nacen para morir en corta edad. Pero en nuestro mundo, en el presente, y a causa de las deficiencias de nuestra ciencia médica y de los métodos de puericultura, a causa de nuestra organización insuficiente, a causa de la pobreza y del descuido, a causa de la venida al mundo de seres que jamás debieron nacer, los niños mueren en la proporción de uno por cinco durante los cinco primeros años de su edad. Quizás el lector ha presenciado alguna de estas cruelísimas tragedias, fiel expresión del dolor inútil. No hay razón alguna para que de cien niños noventa no lleguen a la edad madura. De esto se preocupará una Utopía moderna.

3

Todas las precedentes Utopías, al colocarse en el punto de vista del ideal moderno, han errado en estas materias por un exceso de reglamentación. La intervención del Estado en los matrimonios y en los nacimientos de los ciudadanos será, pues, mucho menor en Utopía moderna que en ningún Estado terrestre. En este asunto, como en cuanto concierne a la propiedad y a las empresas privadas, la ley regirá sólo para asegurar el máximo de libertad y de iniciativa.

Hasta el comienzo de este capítulo, nuestras especulaciones y nuestras hipótesis utópicas, como muchas Actas del Parlamento, han omitido, la diferencia de los sexos. En cuanto precede hay pues que leer «él» como significando indistintamente «él» y «ella». Ahora podemos ya abordar los aspectos sexuales del ideal moderno de una sociedad constituida, en la cual la mujer será tan libre como el hombre en todo aquello que concierne al individuo. Si alguna vez ha de realizarse este ideal, se realizará en la Utopía moderna y no sólo en beneficio de la mujer, sino en bien del hombre.

Las mujeres pueden ser muy libres en la teoría y nada en la práctica. En tanto que ellas sufran por su inferioridad económica, por su incapacidad para producir tanto valor como el hombre con igual cantidad de trabajo -y no cabe duda alguna respecto a esta inferioridad-, no pasará de ironía el hablar de su igualdad legal y técnica. Casi cada punto -y este hecho es innegable- en que la mujer difiere del hombre, representa para ella una desventaja económica; la imposibilidad en que se halla de efectuar una serie continuada de esfuerzos, sus enfermedades frecuentes y periódicas, su iniciativa más débil, sus recursos y sus facultades de invención menos desarrollados, su incapacidad relativa de organización y de asociación y las posibles complicaciones sentimentales cada vez que desde el punto de vista material depende de un hombre. Mientras las mujeres sean comparadas económicamente a los hombres y a los adolescentes, aparecerán como inferiores precisamente en la medida en que difieren de los hombres. De cuanto constituye esta diferencia no saben ellas sacar otro partido que el de capturar a un hombre, convirtiéndolo en su esposo, vendiéndose así en una transacción casi irrevocable, y corriendo con este hombre los peligros de la existencia «en vida y muerte».

Pero -y no os alarme por su aparente crudeza esta propuesta- suponed que la Utopía moderna iguala las cosas entre los sexos de la única manera posible, esto es, decidiendo que la maternidad es un servicio prestado al Estado, servicio que lleva aparejado el derecho a una vida asegurada. Puesto que el Estado prohíbe o sanciona la maternidad, una mujer que es madre o que va a serlo, posee cuando menos, por este solo hecho, tantos títulos para gozar del salario superior o mínimo, de la asistencia, del respeto, de la dignidad y de la libertad, como un agente de policía, un procurador general, un rey, un obispo, un profesor de Universidad o cualquier otra persona que viva del presupuesto. Supongamos que a cada mujer casada que va a ser o es madre conforme a las exigencias legales del Estado, éste le atribuye una cierta parte de las ganancias de su marido para asegurarla contra el riesgo de los trabajos fatigosos y de las ansiedades de la miseria; supongamos que al nacer el niño el Estado abona a la madre una cantidad y que continúa entregándole a intervalos regulares sumas suficientes para que madre e hijo puedan vivir en una verdadera independencia y en tanto que el niño se conserve a un nivel mínimo de salud y de desarrollo físico y mental. Admitamos aún que si el niño se eleva notablemente sobre un cierto mínimo de aptitudes físicas e intelectuales, el Estado concede a la madre una suma proporcionalmente mayor y hace todo lo posible para que la maternidad eficaz sea una profesión provechosa. Y, en fin, supongamos que, correlativamente a las disposiciones indicadas, prohíbe el empleo en los trabajos industriales de las mujeres casadas y de las madres cuyos hijos exijan sus cuidados, a menos que éstas se hallen en situación de disponer de personas que las reemplacen en el cuido de su progenie. ¿Qué diferencias resultarían de todo ello respecto de las condiciones terrestres?

Una intervención como la enunciada abolirá cuando menos dos o tres calamidades predominantes en la vida civilizada. Abolirá la angustia de la mayoría de las viudas, que en la Tierra se ven extenuadas o infelices en la misma proporción con que han llenado el deber principal y distintivo de la mujer, y que son miserables proporcionalmente a la educación que han recibido y al género de vida más o menos lujoso que han llevado. Abolirá el sufrimiento de aquellas que no se casan porque son pobres y no pueden permitirse el lujo de tener hijos. Desaparecerá la inquietud que frecuentemente obliga a la mujer a prescindir de un matrimonio dichoso y preferir una unión mercenaria. La carrera de sana maternidad, en las condiciones que he

enunciado, será en Utopía la vocación normal y remuneradora de la mujer. Una mujer que ha criado, nutrido y educado, siquiera elementalmente, ocho o diez hijos o hijas sólidos e inteligentes, disfrutará de una situación muy próspera y al abrigo de los azares de fortuna del hombre con quien esté casada. Será necesariamente una mujer excepcional y necesariamente habrá escogido por compañero de existencia a un hombre superior a la mediocridad; pero ni la muerte del marido, ni la mala conducta o los infortunios de éste la arruinarán.

Estos detalles competan de un modo sencillo nuestras proposiciones iniciales, según las cuales es gratuita y obligatoria para todo niño una cierta medida de educación. Si se impide que los padres saquen producto de los hijos -todo Estado civilizado, incluso ese compendio de individualismo tradicional que encarnan los Estados Unidos, está dispuesto hoy a admitir la necesidad de esa prohibición- y si se provee al mantenimiento de los viejos, en vez de hacer que esta carga pese sobre sus familias, con la esperanza de que éstas comprendan su deber, entonces las excitaciones prácticas a la procreación quedarían muy reducidas, salvo para los ricos. En este caso, el factor sentimental rara vez determina en cada unión el nacimiento de un hijo o dos como máximo; con un régimen elevado y creciente de bienestar y de circunspección, es muy poco probable que la proporción en los nacimientos se aumente mucho. Los utópicos sostendrán que si, en previsión del porvenir, se excluye al niño del trabajo productivo, se debe estar dispuesto a cargar sobre la comunidad los gastos de conservación de aquél, puesto que se autoriza solamente a las gentes ricas, piadosas, generosas o indiferentes a procrear con libertad.

En resumen, Utopía proclamará que la sana procreación y educación de los niños es un servicio prestado no sólo al individuo en particular, sino a toda la comunidad, y sobre esta concepción basará Utopía todas las disposiciones legales relativas a la maternidad.

4

Tras estos preliminares llegamos a formularnos las siguientes preguntas: de momento, ¿qué leyes regirán sobre el matrimonio?; y, luego, ¿qué costumbres y qué criterios reforzarán verisímilmente esas leyes?

El desarrollo de nuestro razonamiento nos ha conducido a la conclusión de que el Estado utópico se creerá obligado a intervenir entre el hombre y la mujer por dos motivos: primero, por razón de la paternidad; segundo, por razón de posibles choques entre las libertades. El Estado utópico interviene efectivamente en todos los contratos y prescribe las condiciones según las cuales pueden aquéllos perfeccionarse. Respecto al contrato matrimonial, se hallará de acuerdo con casi todos los estados terrestres al definir de una manera completa aquello a que el hombre y la mujer pueden ser obligados y aquello otro a que no se les puede obligar. Desde el punto de vista administrativo, el matrimonio es la unión del hombre y de la mujer, unión tan íntima que implica la probabilidad de una progenie, y es de importancia primordial para el Estado -a fin de asegurar, primero, los felices alumbramientos y, luego, las buenas condiciones de vida familiar- que tales uniones no sean uniones libres, ni promiscuas, ni estén prácticamente generalizadas entre la población adulta.

El matrimonio prolífico ha de entenderse como un privilegio lucrativo. No puede, pues, existir sino en determinadas circunstancias: las partes contratantes deben gozar

de buena salud, hallarse exentas de taras específicas transmisibles, contar una edad no inferior a un límite mínimo, ser suficientemente inteligentes y enérgicas y poseer un mínimo prefijado de educación. El hombre debe disponer por lo menos de una renta superior al salario mínimo, después de haber pagado todas las cargas, externas al matrimonio, a las cuales pueda verse sujeto. Y es muy razonable que se exijan estos requisitos antes de que el Estado contraiga responsabilidad respecto de la progenie en espectativa. No es fácil determinar la edad en la que hombres y mujeres pueden contratar su matrimonio; pero sí ha de situarse a las mujeres en un pie de igualdad con los hombres, dentro de lo posible, si queremos obtener una población generalmente educada y si buscamos el modo de reducir a cero la mortalidad infantil, la edad a la que en Utopía se consentirá el matrimonio debe ser mayor que la fijada en los estados terrestres. La mujer habrá de tener 21 años, cuando menos, y el hombre veintiséis o veintisiete.

Hemos de imaginarnos a los jóvenes que proyectan casarse obteniendo previamente los documentos justificantes de que llenan las condiciones requeridas para ultimar su matrimonial contrato. Estos justificantes tienen una importancia primordial desde el punto de vista del Estado utópico. El registro universal de París intervendrá sin duda alguna en la confección de aquellos documentos. En justicia no debe existir engaño alguno entre dos personas que quieren unirse en matrimonio, y, por ello, el Estado velará sobre ciertos extremos esenciales. Los novios deberán comunicar su intención a una oficina pública, tan pronto como posean sus respectivas licencias personales, y a cada uno de ellos se les proporcionará entonces una copia de la ficha de su futuro cónyuge; en esta ficha se mencionarán la edad, los anteriores matrimonios, si los hubo, las enfermedades importantes en el aspecto legal, la progenie si la tienen, domicilio, funciones públicas, condenas, títulos de propiedad, etc., etc. Será conveniente organizar para cada esposo, y en ausencia del otro, una especie de ceremonia en la que todos estos informes puedan ser leídos en presencia de testigos, lectura seguida de una exposición, según fórmulas prescritas, acerca de los derechos y deberes matrimoniales. Después transcurrirá un espacio razonable de tiempo que permita a los prometidos reflexionar maduramente sobre su determinación y rectificarla si lo estimaren conveniente. Si después de este plazo de espera, persisten en su resolución, el funcionario local procederá a inscribir en el registro el matrimonio. Estas formalidades serán absolutamente independientes de toda ceremonia religiosa que deseen los cónyuges, pues el Estado moderno no ha de mantener relación alguna con las creencias o con los ritos religiosos.

He aquí, pues, establecidas las condiciones preliminares del matrimonio. Con los hombres y mujeres que transgredan estas prescripciones uniéndose a su capricho, el Estado nada tendrá que ver, salvo el caso en que de tales uniones resulten frutos ilegítimos. En este caso será muy justo, como ya hemos indicado, que pesen sobre los padres todos los gastos y cargas de mantenimiento, educación, etc. de la prole, que, en el curso normal de las cosas, hubieran sido de incumbencia del Estado. Además, se obligará a esos padres a contratar un seguro de vida y se les exigirán garantías efectivas en previsión de toda posibilidad de escapar a la responsabilidad en que incurrieren. Aparte la protección de los menores contra la corrupción y el mal ejemplo, el Estado no ejercerá otra inspección sobre la moralidad. Cuando nace un niño, con él nace el porvenir de la especie, y el Estado interviene a título de guardián de intereses más importantes que los del individuo. Pero el Estado no tiene por qué inmiscuirse en la vida privada del adulto.

¿Cuál será la naturaleza del contrato matrimonial utópico?

Desde el primero de los puntos de vista más arriba mencionados --el de la maternidad-, aparece evidente que es condición indispensable la fidelidad de la esposa. Su culpabilidad demostrada debe poner término inmediato al matrimonio y desligar al marido y al Estado de toda responsabilidad respecto al mantenimiento y conservación de la prole ilegítima. Esto se halla fuera de discusión. Un contrato matrimonial que no comprendiese semejante cláusula, representaría un triunfo de la metafísica sobre el sentido común. No hay que decir que, en el sistema utópico, es el Estado al que perjudica la falta de la mujer, y que el marido que perdona la falta asume una parte de ella. De ahí que la mujer repudiada por el motivo de que se viene hablando, lo será por haber perjudicado al bien público, no por haber cometido una falta personal y particular contra el marido. Todo esto forma parte integrante de las bases primordiales del matrimonio.

¿Qué otras condiciones llevará consigo el contrato matrimonial en Utopía?

La infidelidad del marido carece de la menor importancia, sobre todo por lo que concierne al primer objeto del matrimonio, que es la protección de la comunidad contra los nacimientos inferiores. La infidelidad del hombre no daña al Estado, pero causa una suma variable de perjuicio moral a la mujer; puede herir su orgullo y producirle violentas crisis de celos; puede llevar al hombre a menospreciarla, a dejarla sola, a hacerla infeliz y hasta a acarrearle perjuicios físicos. Una sencilla cláusula debe impedir la comisión de tales hechos. La extensión del perjuicio se mide prácticamente por el sufrimiento experimentado. Si la mujer no se preocupa, nadie se preocupará, y si su amor propio no se siente herido, el mundo nada pierde con ello; así pues, a la mujer toca apreciar la mala conducta de su marido y el poner fin al matrimonio si lo juzga conveniente.

La inobservancia por una u otra parte de los deberes elementales de la unión conyugal -el abandono, por ejemplo-, da evidentemente a los cónyuges el derecho de romperla; y hasta las costumbres degradantes, la embriaguez, el uso habitual de ciertas drogas, toda falta o apartamiento serios, todo acto de violencia, son otros tantos motivos de ruptura definitiva. Además, el Estado moderno utópico sólo interviene entre los sexos en pro de la generación futura, y, si impusiese sanciones en el caso de matrimonios estériles a perpetuidad, caería en la intervención puramente moral. Parece pues razonable fijar un término a las uniones sin descendencia, considerándose que expiran al cabo de cuatro o cinco años de esterilidad, pero sin restringir el derecho del hombre y de la mujer a contraer nuevo matrimonio.

Tales son las condiciones primordiales y sencillas en este asunto. Llegamos ahora a cuestiones más difíciles. La primera es la referente a las relaciones económicas entre los esposos, teniendo en cuenta que, incluso en Utopía, las mujeres, por lo menos antes de la maternidad, serán, en general, más pobres que los hombres. La segunda se contrae a la relativa duración del matrimonio. Pero como ambas se encadenan, valdrá más tratarlas simultáneamente. A más, las dos se ramifican de modo muy complicado, en las consideraciones acerca de la moral general de la comunidad.

5

Este asunto del matrimonio es el más complejo y difícil entre el conjunto de problemas utópicos. Pero, felizmente, no urge su completa resolución. El problema

urgente es el de las capitulaciones matrimoniales. Con capitulaciones bien escogidas y leyes matrimoniales previsoras, se puede concebir una Utopía que viva y se esfuerce en perfeccionarse. Pero, sin eso, es imposible una Utopía, aun siendo completas sus teorías sobre el matrimonio. Y la dificultad no se parece a la de un inextricable problema de ajedrez, por ejemplo, en el que todo el encadenamiento de consideraciones se desarrolla sobre un solo plano; se trata de una serie de problemas colocados a diferente nivel y en los que intervienen factores inconmensurables.

Fácil es repetir nuestros supuestos iniciales, recordar que estamos en otro planeta y que hay que hacer tabla rasa de todas las costumbres y tradiciones terrestres, pero este postulado requiere una verdadera proeza de percepción psicológica. Todos hemos sido formados en un inflexible molde de sugestión respecto a las cuestiones sexuales; aprobamos tal cosa, esta otra la miramos con horror, aquella otra con desprecio, según que nos la hayan presentado siempre bajo tal o cual prisma. Cuánto más emancipados nos creemos, tanto más sutiles son nuestras ligaduras. ¡Qué empresa más complicada la de separar de entre esos sentimientos lo que es inherente de lo que es adquirido! Todos, hombres y mujeres, tienen probablemente una disposición más o menos acentuada hacia los celos, pero el objeto que motivará los celos y lo que constituirá el sufrimiento parece formar parte de lo adquirido. Hombres y mujeres son quizá capaces de experimentar emociones, ideales y apetitos superiores a los simples deseos físicos, pero la forma que esas emociones y esos apetitos toman, es casi enteramente una reacción respecto de las imágenes externas. No se sabría, en verdad, poner al desnudo lo externo. No se puede obtener el individuo natural, despojado de todo, celoso, pero sin que estos celos se ejerzan sobre cosa alguna en particular, imaginativo, pero sin imágenes concretas, orgulloso sin reserva. Las disposiciones emocionales no pueden existir sin forma precisa, como el hombre no puede vivir sin el aire. Sólo un ser muy observador que hubiera vivido en todos los rincones del planeta, en toda clase de ambientes sociales, entre todas las razas y entre todos los idiomas y que, además, estuviese dotado de una perspicacia extraordinaria, podría llegar a comprender las posibilidades y las limitaciones de la plasticidad humana en esta cuestión; sólo él podría decir lo que cualquier hombre o mujer se sentiría inducido a hacer voluntariamente y lo que uno y otra no querrían soportar, con tal de que conociese la educación de él o de ella. Sin embargo, la gente joven no vacilaría en mostrároslo. Las costumbres de otras razas y de otras épocas no parecen muy convincentes. Lo que hicieron nuestros antepasados, o bien los griegos y los egipcios -aunque ello sea la causa física directa del moderno joven de uno u otro sexo- parecerá, por sus notables consecuencias, una combinación de actos caprichosos, cómicos o atroces.

Pero aquí surgen ante el investigador moderno ciertos ideales y desiderátums que tienden, cuando menos, a completar y desarrollar las bases primordiales, un poco groseras, de las leyes utópicas concernientes al matrimonio tal como fueron esbozadas en el apartado 4.

Si los nacimientos se verifican en condiciones sanas y regulares, ¿existe alguna razón sólida que abone la persistencia de la unión matrimonial utópica?

Dos series de razonamientos hay que convergen en el establecimiento de la más larga duración posible del matrimonio. La primera serie reposa sobre la necesidad de un hogar y de la tutela individual de los hijos. Los niños son el resultado de una selección entre individuos y, por regla general, no prosperan sino por virtud de las simpatías que les rodean; ningún método de educación en masa, sin distinguir de

caracteres, ha alcanzado jamás ni una sombra de éxito comparable al de la educación en el hogar individual. Ni Platón, ni Sócrates, que repudiaron el hogar, se ocuparon nunca de seres más jóvenes que el adolescente. La procreación no es más que el comienzo de las cargas paternales, y, aun cuando la madre no sea la nodriza ni la educadora directa del hijo, aun cuando delegue sus deberes, su vigilancia es ordinariamente esencial para el bienestar del hijo. Más aún; aunque el Estado utópico subvenciona a la madre, y sólo a la madre, para la alimentación y educación de sus hijos legítimos, resultará sin duda provechoso favorecer la inclinación natural del padre a asociar el bien del hijo a su propio egoísmo y a consagrar una parte de sus energías y de sus ganancias a suplementar la subvención del Estado. Es una negligencia absurda en la economía natural el dejar inculta la filoprogeniedad de uno y otro sexos. El peligro de un choque de derechos y de desperdiciar las emociones se hace muy grave si los padres pasan por una serie de matrimonios y no conservan estrechas relaciones. La familia perderá su homogeneidad y sus miembros tendrán, respecto de la madre, relaciones emocionales diversas y quizás incompatibles. La balanza de las ventajas sociales se inclina ciertamente a favor de las uniones más permanentes, de un arreglo que -con numerosas estipulaciones relativas al divorcio formal y sin oprobio en caso de incompatibilidad- ligue al hombre y a la mujer o que, por lo menos, fortifique un ideal que tienda a ligarlos durante todo el período de actividad maternal, esto es, hasta que el hijo últimamente nacido no necesite ya de los cuidados de su madre.

El segundo sistema de consideraciones proviene de la posición artificial de la mujer. Es esta serie menos concluyente que la primera, pero abre un extenso campo de perspectivas secundarias e interesantes.

Se han dicho muchas necedades a propósito de la igualdad o inferioridad natural de la mujer, comparada con el hombre. Pero las calidades de igual clase sólo pueden ser medidas por grados y clasificados por series ascendentes y descendentes. Mas las facultades esencialmente femeninas son distintas en calidad de las facultades masculinas, y no hay comparación posible entre ellas. La aproximación entre unas y otras se efectúa en la región del ideal y de las convenciones. Un Estado puede disponer libremente que las relaciones entre hombres y mujeres se basarán sobre un pie de igualdad convencional o que el hombre o la mujer será considerado como individuo predominante. Al criticar a Platón por este motivo, por insistir sobre la inferioridad natural de los esclavos y de las mujeres, Aristóteles confunde, según su costumbre, las cualidades inherentes y las cualidades impuestas. El espíritu de los pueblos europeos, de casi todos los pueblos que se hallan ahora en el período ascendente, tiende a una convención de igualdad. El espíritu del mundo mahometano aspira a que el hombre aparezca en esta convención como el solo ciudadano y la mujer como propiedad del hombre. De estas dos ficciones, ambas muy cómodas, la última es sin duda la más primitiva. Es ocioso discutir esos ideales como si existiere una conclusión demostrable; la adopción de uno u otro es un acto arbitrario, y, por consiguiente, nos limitamos a vivir nuestra época si manifestamos cierta inclinación hacia el primero.

Si se examinan de cerca los distintos desenvolvimientos de estas ideas, se constata que su falsedad inherente se resuelve de una manera muy natural en cuanto nos ponemos en contacto con la realidad. Quienes preconizan la igualdad trabajan efectivamente en pro de la asimilación, en pro de un tratamiento similar de los sexos. Según Platón, las mujeres de las clases directoras, por ejemplo, deberán ejercitarse en la gimnasia como los hombres, tomar las armas e ir a la guerra, esto es, entregarse a

la mayoría de ocupaciones masculinas de su clase social. Esas mujeres habían de recibir la misma educación que los hombres y ser asimiladas a éstos en los casos dudosos. Por otro lado, la actitud aristotélica preconiza la especialización. Los hombres deben gobernar, combatir y trabajar penosamente; las mujeres deben consagrarse a la maternidad y permanecer en un estado de inferioridad natural. La marcha de las fuerzas evolutivas del desarrollo humano a través de los siglos, se ha orientado, en suma, en ese sentido, y ha girado hacia la diferenciación .[24] Una mujer adulta, de raza blanca, difiere mucho más del hombre blanco que una negra o una pigmea de su varón respectivo. La educación, las disposiciones mentales de la mujer blanca o de la mujer asiática se fundan todas en el sexo. Su modestia, su decoro; no estriba en afectar que ignoran su sexo, sino en afinarlo y acentuarlo; su vestido subraya ostensiblemente los elementos distintivos de sus formas. La mujer blanca de las naciones más prósperas está mucho más especializada sexualmente que su hermana de los pueblos pobres y austeros, advirtiéndose más aún la diferencia entre las mujeres de clase elevada y las de baja extracción. La mundana de hoy, la que da el tono en las costumbres occidentales, es más un estimulante para el hombre que su compañera, y muchas veces un estimulante malsano que la desvía de la cordura hacia las apariencias, de la belleza hacia los placeres, de la forma hacia el color, del esfuerzo persistente hacia los triunfos rápidos y ruidosos. Equipada -lo que ella llama «vestirse»-, perfumada, adornada, siempre en plena exhibición, acierta la mujer blanca a producir, por artificio, una diferenciación sexual más profunda que la que se nota entre los demás animales vertebrados. Excede las orgullosas baladronadas del pavo real para eclipsar a su hembra y habría que escrutar los secretos domésticos de los insectos y de los crustáceos para hallarle su paralelo viviente. Siempre es un problema arduo -y, sin embargo, de extraordinaria importancia- el determinar hasta qué punto las hondas y crecientes diferencias entre los sexos humanos son inherentes e inevitables y hasta qué punto son un accidente del desenvolvimiento social, accidente que pudiera ser transformado y reducido en otro régimen social. ¿Vamos a reconocer y acentuar esta diferencia y disponer en este sentido nuestra organización utópica? ¿Vamos a tener dos clases primordiales de seres humanos, armonizándose y obrando una sobre otra, pero viviendo dos existencias distintas? O bien, ¿vamos a disminuir esa diferencia por todos los medios posibles?

La primera alternativa nos conduciría a una organización romántica, en la que los hombres vivirían, lucharían y morirían por hermosas, maravillosas y exageradas criaturas, o las conduciría al harén. Probablemente una fase conduciría a la otra. Las mujeres serían enigmas, misterios, dignatarias maternales a las que el hombre se acercaría en un estado de sobreexaltación emocional y de las que se apartaría tan pronto como emprendiese una obra seria. Toda jovencita, aunque descuidase su persona, se haría místicamente deseable; en cuanto a los muchachos, se les sustraería lo más pronto posible a la influencia educadora de su madre. Cada vez que hombres y mujeres se encontrasen, hallaríanse los unos respecto de los otros en un estado de rivalidad enardecida; el comercio de las ideas quedaría entonces en suspenso. En la segunda alternativa, las relaciones sexuales entre los sexos se subordinarían a la amistad y al compañerismo. Chicos y chicas se educarían juntos -en buena parte bajo la dirección maternal- y las mujeres, despojadas de los ornamentos bárbaros que las distinguen -plumas, collares, encajes y fruslerías que denuncian su clamoroso deseo de acaparar la atención-, se sumarían, según sus facultades, a los consejos y el

[24] Véase *Man and Woman,* de Havelock Ellis.

desarrollo intelectual de los hombres. En este caso, las mujeres serían aptas para educar a los muchachos incluso hasta la adolescencia de éstos. Es evidente que las leyes inspiradas en una u otra de estas series de ideas serían muy diferentes, según la alternativa adoptada. En el primer caso, el hombre trataría de aumentar sus ganancias para subvenir mejor a las necesidades de aquélla cuyos factores constituyeran su delicia. Le diría hermosas mentiras sobre el maravilloso efecto moral que ella le produjera, y procuraría diligentemente libertarla de toda responsabilidad y de toda preocupación. Y puesto que el primer florecimiento de la juventud de la mujer causa innegablemente una impresión más profunda en la imaginación masculina, la mujer gozaría durante el resto de su vida de un derecho cierto sobre las energías del hombre. En el segundo caso, el hombre no contemplaría a su mujer, como tampoco ella le contemplará a él. Serán dos amigos de diferente género, sin duda, cuyas diferencias se equilibrarán, y que estarán unidos matrimonialmente. Nuestro casamiento utópico, permanece por ahora indeterminado, entre las dos alternativas expuestas.

Hemos establecido como principio general que la moral privada de un ciudadano adulto en nada compete al Estado. Pero de ahí se deriva la necesidad de desatender ciertos tipos de contra tos. Un Estado sabiamente combinado rehusará su sanción a aquellos contratos que no tengan por objeto cambios plausiblemente leales, y si la moral privada debe en realidad quedar excluida del dominio del Estado, también las afecciones y las simpatías deben no ser consideradas como géneros negociables. Por consiguiente, el Estado ignorará en absoluto la distribución de estos favores, salvo el caso de que haya hijos o probabilidad de progenie, y se negará a reconocer las deudas o transferencias de propiedad basadas sobre tales conceptos. Será, pues, muy justo prohibir la inscripción en el contrato matrimonial de compromisos financieros entre los esposos, pensiones y arras, excepto cuando estas liberalidades tengan el carácter de previsión para los hijos que pudieran venir[25]. Hasta aquí el Estado utópico se inclina del lado de quienes abogan por la independencia de la mujer y por su igualdad convencional con los hombres.

Pero el Estado Mundial utópico no llegará al extremo de definir de modo especial las relaciones maritales. La vasta cantidad de relaciones posibles, dentro y fuera y del matrimonio estatuido, es para el individuo asunto de imaginación y elección. Que un hombre trate a su mujer en privado como una diosa a la que hay que tener propicia, como un «misterio» al que hay que adorar, como a un auxiliar agradable, como a una amiga particular íntima, o como a la robusta madre de sus hijos, es cosa que concierne a los cónyuges. Si él mantiene a su mujer en ociosidad oriental, o en activa cooperación, o si le permite hacer una vida independiente, sólo a los esposos les importa el hecho. Todas las intimidades y amistades posibles fuera del matrimonio quedan también fuera de la organización del Estado moderno. La enseñanza religiosa y la literatura pueden afectar tales o cuales disposiciones; las costumbres pueden crearse, ciertas formas de alianza pueden implicar el aislamiento social; la justicia del Estado permanecerá ciega ante estas cosas. Se puede argüir que, según el luminoso análisis de Atkinson,[26] la intervención del amor es el origen de la comunidad humana. Sin embargo, en Utopía nada tiene que ver el amor con el Estado, fuera del

[25] Las donaciones no calificadas, por razón de amor, hechas entre gentes solventes, serán posibles y permitidas, y asimismo los servicios no asalariados y otros, siempre que se mantenga el mismo nivel de vida y que la renta común de la pareja no baje del duplo del salario mínimo.

[26] Véase Social *Origins and Primal Law,* de Lang y Atkinson.

terreno de la protección de los niños.[27] Las transformaciones orgánicas son uno de los hechos que dirigen la vida; el saco que en nuestros remotos antepasados fue una vesícula natatoria, es ahora en nosotros un pulmón, y el Estado que antaño se reducía a la voluntad celosa y tiránica del varón más vigoroso del rebaño, será el instrumento de la justicia y de la igualdad. Al presente, el Estado sólo interviene cuando no reina la armonía entre los individuos... individuos que existen o existirán pronto.

6

Bueno es repetir que, en nuestro razonamiento, la institución del matrimonio utópico conserva amplias probabilidades de variaciones. Hemos intentado deducir las consecuencias efectivas de un ideal virtualmente igualitario, de una igualdad de ingenio entre el hombre y la mujer, y, en nuestro intento, hemos excedido la medida de las opiniones aceptadas por la gran mayoría. El primer pensador que hizo otro tanto fue quizá Platón. Para apuntalar esta innovación contraria a los sentimientos humanos naturales, utilizó argumentos bastante tenues, una simple analogía que ilustraba el espíritu de sus proposiciones. Le movía su instinto creador. Iluminó el cielo de las especulaciones de esta clase con esplendorosa ráfaga, y, en atención a lo que le debemos, es lógico que sintamos alguna vacilación antes de rechazar, como malo y prohibido, un tipo de matrimonio del que él hizo casi el punto central de la organización de su Estado ideal, al menos en lo relativo a las clases directoras. Estaba él convencido de que la estrecha familia monógama es apta para convertirse en antiliberal y antisocial, y para desviar del servicio de la comunidad, en su conjunto, la imaginación y las fuerzas del ciudadano; y la Iglesia romana ha endosado y aceptado, desde este punto de vista, esta opinión al prohibir a sus sacerdotes y a todos sus servidores importantes las relaciones matrimoniales. Para reemplazar las emociones del hogar, tiernas y confortantes, pero reducidas y mezquinas, Platón imaginó una poética devoción hacia el ideal público, una devoción que era incapaz de concebir el espíritu de Aristóteles, como lo prueban sus críticas. Pero en tanto que la Iglesia hizo del celibato [28] y de la participación en un cuerpo organizado los substitutos de los lazos familiares, Platón se mostró más de acuerdo con las ideas modernas advirtiendo la desventaja que resultaría de todo obstáculo opuesto al nacimiento y el desarrollo de los caracteres nobles. Por ello buscó el modo de asegurar la procreación sin la estrecha concentración de simpatías en un hogar; y se encontró este medio en el matrimonio múltiple, por el cual cada miembro de la clase gobernante era considerado como casado con todos los otros. Pero Platón no explica de manera clara y detallada el funcionamiento de este sistema. Las ideas que emite respecto del particular tienen la inconsecuencia experimental del hombre que busca a tientas. Dejó

[27] Hay que decir claramente que, quedando fuera de la ley la inspección de la moralidad, el Estado debe sin embargo velar para asegurar el decoro general, por la supresión sistemática de ejemplos poderosos y activos, de incitaciones y tentaciones dirigidas contra la juventud inexperta; y, en esta medida, el Estado ejercerá ciertamente una inspección de la moral. Pero ello sólo será parte de un cuerpo de leyes más extenso encaminado a salvaguardar las jóvenes inteligencias. Así, por ejemplo, los anuncios mentirosos y otras engañifas dirigidas especialmente a la adolescencia, serán objeto de de disposiciones legales expresas, aparte del castigo que merezcan por lo que tengan de mala fe en general.

[28] La ardiente imaginación del pintoresco monje calabrés Campanella, inflamada por Platón, se declaró en contra de esta opinión de la Iglesia.

muchas cuestiones sin solucionar, pero sería injusto adoptar respecto a Platón el método trapacero de Aristóteles y discutir sus hipótesis como un proyecto completo y definitivamente terminado. Platón quería seguramente que cada miembro de su clase gobernante estuviese tan «cambiado al nacer», que toda investigación acerca de la paternidad resultase imposible. Las madres no debían conocer a sus hijos, ni los hijos a sus padres; pero nada impide suponer que Platón dejaba a las gentes la facultad de escoger entre la gran familia compañeros o compañeras que despertasen sus simpatías, y la de unirse así unos y otros. La afirmación de Aristóteles de que en la República platónica no había sitio para la virtud de la continencia es de una puerilidad extraordinaria.

Aristóteles oscureció, quizás accidentalmente, la intención de Platón al hablar de su institución del matrimonio como de una comunidad de esposos. No supo o no quiso renunciar a mezclar su propia concepción de la superioridad natural del hombre a la idea platónica de propiedad respecto de la mujer y de los hijos. Pero como Platón quería unas mujeres convencionalmente iguales a los hombres, el juicio de Aristóteles le calumnia de singular manera; sería más exacto hablar de una comunidad de maridos y de mujeres. Aristóteles condena a Platón tan rotundamente y con el mismo espíritu que le condenaría hoy una asamblea de viajantes de comercio. Afirma, mejor que prueba, que tales agrupaciones son contrarias a la naturaleza del hombre. Aristóteles quería que las mujeres, como los esclavos, fuesen una propiedad, pero no se tomaba la molestia de preguntarse por qué; imaginar otro arreglo hubiera contrariado por completo su concepción de las conveniencias. Es, sin duda, verdad que el instinto natural de uno y otro sexo excluye toda coparticipación en los momentos de intimidad, pero es más que probable que Aristóteles diera a la idea de Platón una interpretación ofensiva. Nadie se sometería a un estado de cosas semejante al que crearía el casamiento múltiple llevado hasta lo obsceno, según la interpretación aristotélica; una razón más para que la Utopía moderna no rechace el matrimonio por agrupación, entre varias personas que lo acepten voluntariamente. No demostraría buen sentido la prohibición de instituciones de las que ninguna persona cuerda soñaría siquiera en abusar. Se pretende -aunque sea difícil asegurar la exactitud de los hechos- que John Humphrey Noyes organizó con éxito en Oneida Creek una agrupación matrimonial de más de doscientas personas.[29] Dase por cierto que no hubo allí «promiscuidad» y que los miembros del grupo se unieron entre sí por períodos variables, frecuentemente para toda la vida. Los documentos que al particular se refieren son muy claros respecto a este asunto. La comunidad de Oneida constituía de hecho una liga de doscientas personas resueltas a considerar sus hijos como comunes a todos. La elección y la preferencia subsistían en la comunidad, pero en ciertos casos no contaban para nada -lo mismo hacen muchos padres en las condiciones de vida actuales-. Parece que hubo una tentativa prematura de «estirpicultura» -lo que Francis Galton denomina «eugenesia»-, con limitación de la procreación por el emparejamiento de los miembros de la agrupación. Aparte lo dicho, los secretos de la asociación no parecían muy profundos; el ambiente en que vivía era muy vulgar y la comunidad se componía de gentes muy ordinarias. Está fuera de duda que esta tentativa logró inusitados progresos en vida del fundador, pero se disgregó con la nueva generación y sucumbió a los asaltos de las discusiones

[29] Véase *History* of *American Socialisms,* de John Noyes, y otros escritos de este autor. La exposición de los hechos referentes a esta experiencia norteamericana y a otras tentativas de igual clase se halla, con nuevos y recientes pormenores, en la obra *The History of Socialism in the United States,* de Morris Hillquirt.

teológicas cuando se extinguió la inteligencia directora. El espíritu anglosajón es demasiado individualista para el comunismo, ha dicho uno de los hijos más distinguidos de aquella asociación. Puede mirarse el éxito temporal de esta compleja familia como un accidente extraño, como una maravillosa hazaña ejecutada por un hombre verdaderamente excepcional. Su disgregación final en parejas francamente monógamas -la comunidad se ha convertido en una asociación comercial muy próspera-, puede tomarse como una comprobación experimental de la psicología o del buen sentido psicológico de Aristóteles; todo induce a creer que ello fue a un modo de reconocimiento público de condiciones ya establecidas y constatadas en la práctica.

Por respeto a Platón, no afectaremos ignorar, en nuestras teorías utópicas, la posibilidad del matrimonio múltiple; dejamos la puerta abierta a esta posibilidad, es más, nos vemos obligados a tener abierta por virtud de un hecho, tan raro probablemente, que quizá no se presente a nuestra observación en el curso de nuestras excursiones utópicas. Sin embargo, en cierto sentido, en el sentido de que el Estado garantiza el cuidado y la conservación de los niños nacidos de conformidad con las leyes, nuestra Utopía entera puede ser considerada como una vasta agrupación matrimonial.[30]

No hay que olvidar que una Utopía moderna ha de distinguirse de las utopías de las edades precedentes por el hecho de ser mundial; no consistirá, pues, en el desarrollo de una raza especial o de cierto tipo de cultura, como Platón trazó el desenvolvimiento ateniense-espartano o como Tomás Moro desarrolló la Inglaterra de los Tudor. Desde el punto de vista político, social y hasta del lingüístico, se ha de suponer que Utopía es una síntesis: políticamente, síntesis de formas de gobierno, antaño muy diferentes; social y moralmente, síntesis de una gran variedad de tradiciones domésticas y de hábitos éticos. En la Utopía moderna han debido tener entrada los orígenes y las tendencias mentales que infiltraron en nuestro planeta la poligamia de los zulúes y de los mormones, la poliandria del Tíbet, las zonas de experimentación autorizadas en los Estados Unidos y el casamiento sin divorcio de Comte. La tendencia de todos los procesos sistemáticos en materia de leyes y costumbres, es la de reducir y simplificar el canon obligatorio y la de admitir alternativas y libertades; lo que antes fueron leyes se transforman en tradiciones sentimentales y de estilo, y en parte alguna será esto tan visible como en las cuestiones que afectan a las relaciones de los sexos.

CAPÍTULO SÉPTIMO

ALGUNAS IMPRESIONES DE UTOPÍA

1

Nos hallamos ahora en la mejor situación para describir las habitaciones y las calles de las ciudades utópicas que rodean el lago de Lucerna y para contemplar de más

[30] La *Théléme* de Rabelais, con su principio de «Haz lo que quieras» dentro de los límites del orden, probablemente intentaba sugerir un complejo matrimonio platónico, pero sigue nuestra interpretación.

cerca a las gentes que pasan. Figuraos que estamos instalados, con gran sorpresa nuestra, en Utopía, dedicándonos, mediante un salario mínimo, a la escultura en madera, y esperando a que las autoridades del registro central de París acaben de resolver el embarazoso problema que les hemos planteado con nuestra presencia. Vivimos en un albergue frente al lago, y cumplimos nuestras cinco horas de trabajo cotidiano acariciando la caprichosa ilusión de que hemos nacido utópicos; el resto del día nos pertenece por completo.

La hospedería que habitamos es uno de esos albergues sujetos a una tarifa mínima y reglamentadas y dirigidas en parte por el Estado Mundial, y de un extremo a otro del planeta, a falta de empresa privada. En Lucerna existen algunos establecimientos de igual índole. El nuestro dispone de varios centenares de pequeños aposentos, cuya limpieza se verifica automáticamente, ornados y amueblados de manera parecida a la de los cuartos que ocupamos en un albergue similar, aunque más pequeño, de Hospenthal. El mismo cuarto de vestir y su baño, igual sucinta simplicidad en los muebles, de proporciones y líneas graciosas. Pero este albergue en particular es cuadrangular, como un colegio de Oxford; tiene cuarenta pies de elevación y consta de cinco pisos, sin contar los bajos. Hay ventanas que dan al exterior o al interior del cuadrilátero; las puertas dan a pasillos iluminados artificialmente y con escaleras a trechos. Los pasillos están tapizados con una especie de alfombra de corcho, sin otro aditamento. El piso bajo está distribuido como en un club londinense: cocinas y anexos, refectorios, salas de lectura, de reunión y de fumar, una peluquería, y una biblioteca. Una columnata, especie de claustro guarnecido de sillas, rodea el patio interior, en medio del cual hay un gran espacio cubierto de césped con una fuente en el centro y una estatua de bronce que representa un niño dormido. Los nenúfares asoman sobre la verde linfa. El edificio ha sido construido con arreglo a los planos de un arquitecto exento, felizmente, de las tradiciones molestas del templo griego y de los palacios romanos e italianos. El material empleado es una especie de piedra artificial cuya superficie mate ofrece casi el aspecto del marfil amarillento; el color es un poco irregular, y algo parecido a vigas y pilares divide las fachadas, de un matiz delicado, con líneas y molduras de un gris verdoso que concuerda con el color de las tuberías que descienden del rojo tejado. En un solo punto se advierte cierto intento de efecto artístico, y es en el gran arco de acceso, situado frente a mi ventana. Dos o tres vigorosos rosales, cubiertos de abundantes rosas amarillas, escalan el muro de la fachada, y cuando asomo la nariz a la ventana al amanecer -pues la jornada de trabajo empieza en Utopía una hora después de salir el sol- distingo, más allá de ese bello primer término, el monte Pilatos que se destaca en rosa sobre el cielo matinal.

Este tipo de construcción cuadrangular es el predominante en la Lucerna utópica, de modo que puede irse de un extremo a otro de la ciudad a lo largo de pórticos o columnatas cubiertas, sin necesidad de salir en ningún momento a las carreteras abiertas. Bajo los pórticos se cobijan las tiendas pequeñas, pues los grandes almacenes se alojan generalmente en edificios especiales, adaptados a sus necesidades. La mayoría de los edificios y de las habitaciones son mucho más hermosos y más vastos que nuestro modesto albergue; y, sin embargo, por los indicios que tenemos acerca de su disposición, comprobamos que el sistema de ahorro de trabajo funciona en todas las gradaciones de este mundo sin criados, y que lo que en la Inglaterra terrestre consideramos como una casa particular es casi desconocido aquí.

La autonomía de la casa ha sido reducida aún mucho más que en la Tierra por los hoteles, los clubs y toda suerte de procedimientos cooperativos. Las gentes que no

habitan en hoteles parecen vivir habitualmente en clubs. El ciudadano utópico que goza de una posición próspera, pertenece a uno o dos clubs, en los que reside, y donde encuentra a otros miembros, hombres y mujeres, con quienes le une la simpatía. Además de las habitaciones ordinarias, hay en estos clubs departamentos más o menos complicados que se alquilan y amueblan según los gustos personales del ocupante. Un tocador agradable, una biblioteca privada y un gabinete de trabajo, un jardín privado, son lujos muy comunes aquí. La necesidad de que los más suntuosos de estos departamentos tengan jardines de azotea, galerías, balcones u otros lugares acotados al aire libre, da a la arquitectura utópica interés y variedad. A veces se instalan pequeñas cocinas en estos departamentos, pero al utópico corriente no se le ocurrirá disponer de una cocina especial para sus comidas, como no se le ocurriría tener una lechería o un molino para su uso particular. Estos departamentos podrán servir para trabajos personales o profesionales, pero lo más frecuente será que los trabajos se efectúen en las oficinas situadas en pleno barrio de los negocios. Un jardín común, otro reservado para los niños, una escuela primaria, salas de juego, he ahí los rasgos característicos de la mayoría de los clubs utópicos.

Dos o tres grandes calles, con sus tranvías, su pista para ciclistas y sus calzadas especiales para los transportes rápidos, convergerán hacia el centro urbano donde las oficinas públicas se agruparán alrededor de dos o tres teatros y de los principales almacenes; también se hallará allí la estación cabeza de línea de los trenes rápidos para París, Inglaterra y Escocia y para las comarcas renanas y Alemania. Alejándose de este centro de la ciudad se llegará al conjunto de habitaciones y de rincones campestres que serán la característica común a todas las partes habitables del globo.

Habrá sin duda casas aisladas, pero iluminadas y calentadas por cables procedentes de la estación central de fuerza eléctrica. Conducciones especiales las proveerán de agua, y una red telefónica perfeccionada, que servirá el mundo entero, las pondrá en relación directa con el médico, los proveedores, etc.; quizás un tubo neumático les enviará desde la oficina de correos más próxima los libros y los paquetes poco voluminosos. Pero la casa aislada, como residencia permanente, se convertirá en un lujo reservado a los ricos, quienes se apasionarán especialmente por los jardines. La mayoría de las gentes inclinadas al aislamiento hallarán, sin duda, toda la soledad que deseen alquilando para el período de vacaciones un chalet en los bosques, o a orillas de lejanas lagunas o en lo más alto de las montañas.

La habitación solitaria será, pues, rara en Utopía. Las mismas fuerzas, las mismas facilidades de comunicación que descongestionarán las ciudades, tenderán a formar en las campiñas pequeñas aglomeraciones agrícolas. Los trabajadores de los campos llevarán probablemente consigo su comida para la jornada, y, para gustar las comodidades de una comida mejor, el recreo de la conversación y del cambio de relaciones, vivirán probablemente en cualquier edificio cuadrangular parecido a los que hemos descrito más arriba. Dudo de que haya en Utopía trabajadores agrícolas salariados. Más bien me figuro que el cultivo se verificará por asociaciones de arrendatarios, por pequeñas compañías democráticas, con responsabilidad limitada, funcionando bajo la dirección de administradores elegidos por ellas y dando al Estado una parte de los productos del suelo en vez de pagarle un alquiler fijo. Estas compañías se reconstituirán anualmente a fin de eliminar así a los miembros indolentes.[31] Para obtener un resultado eficiente de esas empresas, se fijaría un tipo

[31] En *Comarca Libre,* del doctor Hertzka, se encontrarán planos y proyectos de asociaciones cooperativas de productores.

mínimo de censo y, quizá, se organizarían inspecciones. Las leyes de interés general regirían, como es lógico, para estas asociaciones. Este modelo de cooperación aparece a mi juicio como el mejor arreglo social para la agricultura y la horticultura productivas; pero además tendría la ventaja de reservar a las grandes compañías, a los ayuntamientos o al Estado, la cría de caballos y de ganados, el cultivo de tierras, la producción de semillas, el suministro de herramientas y material y, sobre todo, los estudios y los experimentos agrícolas.

No extremaré el desarrollo de esta cuestión, y sólo ofrezco estos detalles como impresiones momentáneas. Admitid que nuestros paseos y nuestras observaciones no se alejan casi nunca de los barrios urbanos de Lucerna. En las esquinas de las calles, buen número de carteles soberbiamente impresos y ornados con caricaturas muy cáusticas, nos revelan que se verifica una extraña votación. Según los principios estrictamente democráticos, todo individuo mayor de quince años y habitante permanente del distrito de Lucerna, goza del derecho del sufragio. En el caso presente se trata de designar por votación cuál es el edificio más feo de la localidad. Las pequeñas administraciones urbanas y locales antiguas han sido reemplazadas a tiempo por las grandes municipalidades provinciales para todo lo que se refiere a las principales cuestiones administrativas; pero aún sobreviven para llenar una multitud de curiosas funciones secundarias, de las que la menor no es precisamente esta suerte de ostracismo estético. Cada uno de estos municipios hace derruir anualmente un edificio designado por plebiscito; el gobierno otorga cierta indemnización al propietario y vuelve a tomar posesión del solar que el edificio ocupaba. Al pronto esta costumbre nos parece un tanto barroca, pero en la práctica ofrece la ventaja excelente de ser un medio eficaz y poco costoso de mantener en actividad la educación estética de los arquitectos, los albañiles, los ingenieros, las personas ricas y del conjunto el público. Sin embargo, al intentar, siquiera en hipótesis, su aplicación a nuestro viejo mundo, nos damos cuenta de que es la cosa más utópica con que hasta ahora hemos tropezado.

2

La manufactura en que trabajamos es muy distinta del ordinario modelo terrestre. Nuestra tarea consiste en pulir juguetitos de madera, osos, ovejas, etc. Estos juguetes se hacen sumariamente a máquina y luego se pulen a mano, para que los obreros, incluso los inhábiles si se toman interés -y este trabajo es muy distraído- den a esos pequeños objetos un carácter y un atractivo que no se obtienen con la máquina.

Los tallistas en madera -que son la chusma de Utopía- trabajamos en un largo cobertizo, durante un espacio de tiempo dado, pero es preciso que, en este intervalo, acabemos determinado número de juguetes. Sobre el muro se destacan cuadros con la reglamentación convenida entre el contratista y los operarios de esta industria; los artículos del reglamento han sido redactados por el Consejo Común de los Trabajadores asalariados, reunido para el caso en conferencia con los contratistas. Este Consejo común es la síntesis de los gremios y los sindicatos de antaño, y se ha convertido en un poder constitucional; pero todo obrero que posee habilidad y fantasía se contrata directamente a un precio más o menos superior al de tarifa fijado por el Consejo.

Nuestro patrón es un hombrecillo tranquilo, de ojos azules y alegre sonrisa. Viste un traje azul, que más tarde habremos de considerar como una especie de uniforme adoptado voluntaria mente por los artistas utópicos. Al ver como iba y venía por el taller, deteniéndose para reír a la vista de tal juguete o para elogiar tal otro, pensábase indefectiblemente en una academia de pintura. De vez en cuando esculpía él mismo, trazaba un esquema o iba a las máquinas para indicar una variación en las formas. No fabricábamos exclusivamente animales. Cierto día, el patrón me ordenó que especializase mis talentos en la confección de un pequeño personaje de nariz aguileña. Algunos de nuestros mejores escultores, de los que más cobran, ejecutan verdaderas caricaturas al retratar los personajes eminentes. Estos juguetes son los que fijan principalmente la atención de nuestro patrón y le retienen junto a las máquinas para perfeccionar la talla.

Nos hallamos en pleno estío y nuestro taller permanece abierto por sus lados extremos. Por una de las aberturas se ve la abrupta ladera de la montaña, por la que desciende, ya franqueando un barranco, ya atravesando una pradera, ya ocultándose entre el boscaje, el brazo de agua que arrastra los árboles derribados en el bosque, primera materia para nuestras obras. Sobre la cuadra que ocupamos, y casi oculto a las miradas, está el taller donde funcionan las máquinas. A veces un olor de resina nos indica la presencia de un mecánico que, vestido de blanco, trae un gran cesto lleno de pequeñas figuras que deja sobre una mesa, de la que las cogemos nosotros.

(Cada vez que pienso en la Utopía, aquel suave y fugaz olor de resina retorna a mí, y cada vez que huelo a resina, vuelvo a ver aquel cobertizo abierto por una extremidad sobre el lago, vuelvo a ver aquel lago en cuyas aguas de un azul verdoso se reflejan los barcos, y muy lejos y en lo alto veo flotar la fantástica atmósfera de las montañas de Glarus, a unas veinte millas de distancia.)

Hacia el mediodía finaliza el segundo y último lapso del tiempo consagrado a la tarea; a esa hora atravesamos las hermosas calles de la villa y regresamos a nuestro hotel cercano al lago.

Perseveramos en nuestra obra y nos alboroza un explicable contento a pesar de que nuestros salarios exceden poco del mínimo. Claro que no dejamos de experimentar cierto malestar esperando la resolución definitiva de ese oro universal cuyas miradas se han posado en nosotros, y las ridículas cifras falsas que trazamos nos pesan siempre sobre la conciencia; pero esta inquietud general, esa laxitud latente que en la Tierra persigue al obrero, esa ansiedad dolorosa que con tanta frecuencia le impulsa a arriesgar estúpidamente su dinero en las carreras, que le incita a la embriaguez y a toda clase de transgresiones violentas o mezquinas, todo eso es desconocido en Utopía.

3

Pronto me esfuerzo para definir el contraste que existe entre mi posición actual y las ideas preconcebidas que tenía yo respecto de una visita a Utopía. Me había figurado, en un principio, que yo permanecería en Utopía fuera de la maquinaria general del Estado, como si me hallase en un palco destinado a egregias personas, desde el que podría contemplar cómodamente una serie de vistas detalladas y de perspectivas de conjunto de este mundo nuevo. Pero, a pesar de las corrientes incesantes de generalización que procuro mantener en movimiento en mí, esta Utopía me traga, me

absorbe. Voy al taller, al cuarto donde duermo o a la sala donde como, de la misma manera que iba y venía en el mundo real donde aparecía hace cuarenta y cinco años. Veo a mi alrededor montañas y horizontes que limitan mis miradas, instituciones que se desvanecen también sin explicación, más allá del límite a que mi vista alcanza, y advierto una infinita complejidad de cosas por las cuales, a decir verdad, no siento una curiosidad extremada. Gentes poco representativas, gentes tan accidentales como las del mundo terrestre, entran en relaciones con nosotros, y delgados hilos de interés privado e inmediato se mezclan rápidamente y se entretejen formando un velo gris que se va espesando y que me oculta la visión total de las cosas. Pierdo la curiosidad de conjunto que manifesté a mi llegada; me interesan el pedazo de madera que tallo, los pájaros que pían en la enramada, pequeñas cosas insignificantes, y, de vez en cuando, torno al estado de espíritu durante el cual tomo a Utopía entera por campo de acción.

Nuestro primer excedente de dinero lo empleamos, con arreglo a los principios utópicos, en nuestro guardarropa; trabamos conocimiento con varios camaradas de taller y con algunos de nuestros compañeros del albergue en que habitamos; insensiblemente se inician relaciones cordiales y un comienzo de amistad. El mundo utópico parece tragarme por completo. A medida que me engolfo en los detalles, ese mundo se engrandece desmesuradamente para mí. Los problemas relativos al gobierno, las ideas madres, la raza, el porvenir, se extienden como la bóveda celeste, inmensa en verdad pero muy lejana, sobre estos incidentes cuotidianos. Estos hombres que me rodean son hombres del pueblo que no logran sobrepujar el salario mínimo, hombres acostumbrados, como las gentes del pueblo en la Tierra, a tomar la vida como se presenta. Las preguntas que yo les hago les asombran ostensiblemente, no están a su alcance, del mismo modo que las especulaciones utópicas no caben en el cerebro de un estibador, de un miembro del Parlamento o de un plomero. Las mismas cosas de la vida diaria les interesan de distinta manera. Por esta razón he avanzado muy poco a poco con mis actos y con mis razonamientos, y busco ávidamente con la mirada, entre los agradables grupos callejeros, los tipos cuyo aspecto promete una conversación simpática.

Mi sensación de aislamiento crece durante este descanso, al comprobar el éxito social que obtiene el botánico. No tardo en hallarle en animada conversación con dos mujeres que, ordinariamente, suelen sentarse a una mesa vecina a la nuestra. Visten esas ropas de color vivo, holgadas y finamente tejidas, que usan de ordinario las mujeres adultas del pueblo. Ambas son morenas, de tez mate, y muestran en sus vestidos preferencia por los colores ámbar y escarlata. Su rostro es poco inteligente, a mi juicio, y adivino en su actitud una vaga coquetería de mujeres maduras, cosa que me gusta poco. No obstante, las estimaríamos en la Tierra como mujeres de un refinamiento excepcional. Pero, evidentemente, el botánico ve la ocasión de sacar a relucir los sentimientos que mi falta de atención dejara marchitar; ya ha iniciado con las mujeres una charla compuesta de mutuas cortesías, de preguntas vagas y de comparaciones que inducen a la intimidad y a las confidencias, esas confidencias superficiales con que el botánico se contenta.

Y heme ya otra vez lanzado a mis observaciones particulares.

La población utópica produce una impresión general de vigor. Todos los individuos con quienes se tropieza, no sólo parecen gozar de salud plena, sino estar «entrenados». Es raro ver gentes calvas o encanecidas, gruesas o encorvadas. Los que en la Tierra serían obesos, encorvados o canijos por la edad, se hallan aquí en

perfecto estado y, por consiguiente, el efecto que causa una multitud es más vivo y más fortificante. Los vestidos son variados y graciosos; los de las mujeres recuerdan el siglo XV italiano; ofrecen abundancia de telas suaves y de hermosos matices, y hasta las mujeres pobres van ataviadas admirablemente. Sus cabelleras están peinadas con sencillez y con arte y, salvo los días de sol excesivo, las mujeres no llevan en la cabeza sombreros ni gorros. Las diferencias en el vestido de una u otra clase social apenas se notan; todas las mujeres utópicas son bonitas y se conducen con tranquila dignidad; y junto a ellas las europeas a la moda, con sus encajes y sus plumas, sus tocados y sus ornamentos de metal, sus acumulaciones disparatadas de frívolos adornos, tendrían el aspecto de primitivas, de salvajes cubiertas con los despojos de un museo saqueado. Los muchachos y las muchachas visten de una manera análoga: zapatos de cuero marrón, una especie de pantalones ajustados, de calzas que cubren desde el tobillo a la cintura, y un jubón que modela el busto o una túnica ceñida con un cinturón. Muchas mujeres esbeltas visten un traje parecido. Así vestidas las hemos visto muchas veces en una ciudad como Lucerna, cuando regresaban de sus expediciones a la montaña. Las mujeres de edad suelen usar vestidos largos. Los hombres adoptan en su gran mayoría, y aparte algunas variaciones, el vestido de los muchachos. En días de lluvia se utilizan capas con capucha, paraguas y botas para librarse del barro y de la nieve; en el invierno se emplean también las hopalandas, los sobretodos y las pellizas. Se usa del color en los vestidos con más libertad que en la Europa terrestre de nuestra época; pero el traje de las mujeres es, cuando menos, más sobrio, más práctico, y está más de acuerdo con nuestra argumentación del capítulo anterior, puesto que se diferencia menos del vestido masculino.

Todo lo dicho se reduce a simples generalizaciones, hechos sociales que se desprenden de las hipótesis que nosotros leemos en el lenguaje del vestido. Existe en Utopía infinita variedad de trajes pero no uniforme obligatorio. Los dobles de quienes en la Tierra gozan acicalándose, proceden aquí del mismo modo, y las gentes terrestres que carecen de gusto natural para vestirse tienen aquí sus equivalentes antiartísticos. Nos es todo el mundo igualmente modesto, armonioso y bello. A veces, al dirigirme al taller, me he detenido para posar la mirada sobre un traje lleno de bordados de oro, sobre unas mangas agujereadas, sobre cualquier detalle excéntrico, sobre cualquier efecto llamativo, o sobre un traje sucio. Pero estas son manchas leves y pasajeras en esta corriente general de armónica gracia. Rara vez ofrece el vestido el aspecto de desorden, de pretensión disimulada por el miedo al ridículo, como aún se ve en las civilizaciones groseramente rivales de la Tierra.

Durante mi estancia en Lucerna he conservado mi actitud de explorador. Estudio y escruto los rostros. Estoy por decirlo así al acecho de alguien. Veo fisonomías pesadas, fisonomías inexpresivas, fisonomías antipáticas, fisonomías impasibles, pero también las hay que suscitan en seguida la simpatía. Junto a mí pasan alguna vez hombres que fijan mi atención y que me hacen pensar: «¡Ah, si *pudiese* hablarte! Noto que estos hombres van casi todos vestidos con un traje idéntico al que llevaba el individuo que entró en conversación con nosotros en Wassen, y me digo que ese traje debe ser algo como un uniforme...

Veo también jovencitas de rostro grave, jovencitas que alcanzan esa edad en que parecen un capullo, en que su actitud es tan divinamente reservada, y las engañadoras tentaciones de mi juventud reaparecen. «Ah, si pudiésemos hablar!» Pasan mujeres con caminar ligero, pasan mujeres de rostros expresivos y provocadores, que no me atraen; pasan también bellas mujeres con ese aspecto de preocupación claustral que

aleja todo posibilidad de acercarse a ellas. Estas son propiedad privada, son inescrutables y de sobra sé que no he de insinuarme siquiera en su pensamiento...

Siempre que puedo, me siento sobre un banco, en el extremo de la antigua Kappelbrucke, y contemplo el desfile de la gente.

Durante estos días he sufrido una especie de desencanto. Acabo por considerar más resueltamente cada vez este período como una pausa, como un compás de espera, y la perspectiva de mi encuentro con mi doble; este encuentro que en un principio tenía para mí algo de travieso y de cómico, ahora se me figura ya algo más serio. Esta idea me obsesiona, pues, al fin y al cabo, a quien yo busco es a ese ejemplar utópico de mí mismo. Antes me fingía una entrevista burlona e impertinente, algo así como si hablase con mi propia imagen refleja en un espejo; pero ahora abrigo la convicción de que mi homónimo utópico debe ser un personaje muy distinto de mí. Su educación y su instrucción son diferentes y diferente es también su acervo mental. Mas subsiste entre nosotros un extraño lazo de identidad esencial, una simpatía, un acuerdo mutuo, y esta hipótesis se transforma para mí repentinamente en una certeza preponderante. El interés de los detalles disminuye hasta el punto de desaparecer. Mi viaje a Utopía es ahora una cosa secundaria; lo principal es que he venido a buscarme a mí mismo.

Paso las horas figurándome cómo ha de verificarse este encuentro, e invento los diálogos a que habrá de dar ocasión. Me decido a ir sólo a la Oficina de informes para preguntar si se ha recibido alguna noticia del Gran índice de París, y se me responde que aun hay que esperar veinticuatro horas. Ya nada me interesa, como no tienda a acercarme a ese ser que me es, al propio tiempo, tan indeciblemente extraño y tan totalmente idéntico.

4

Como estas preocupaciones me absorben, parece natural que sea el botánico quien observe la falta de animales en nuestro alrededor.

Su advertencia adquiere la forma de una objeción moderada al planeta utópico.

Confiesa el botánico que ama a los perros y que no ha visto aquí ni uno; y añade:

-Tampoco hemos visto caballos y sí solo una o dos mulas el día de nuestra llegada. Además, parece que no existe ni un solo gato en este mundo.

Su enfado llama mi atención.

-Se comprende... -digo yo.

A duras penas me dejo arrancar a mis meditaciones para discutir sobre los animales domésticos en Utopía.

Intento explicar que, en el desenvolvimiento del mundo, se llegará a una fase en la que se realizará una tentativa general y sistemática encaminada a destruir para siempre los gérmenes de gran número de enfermedades infecciosas, tentativa que implicará durante algún tiempo la supresión de la libertad de movimientos de los animales domésticos. Las casas, las calles, las cloacas estarán construidas de manera que se haga imposible la existencia de ratones, ratas y otros parásitos. Como los perros y los gatos son vehículos de enfermedades como la peste, la influenza, los

catarros, etc., quedarán privados de libertad durante cierto tiempo. Los excrementos que esparcen en la calle los caballos y otras bestias desaparecerán de la superficie de la tierra. Todos estos detalles son viejos para mí y, tal vez por ello, se resienta mi argumentación de falta de claridad.

El botánico no acierta a comprender lo que digo. Mientras hablo, su espíritu se adhiere a una imagen fija, una imagen que representa lo que él llamaría seguramente «un viejo y leal perrito», que con la mirada de sus ojos azules parece adivinar cuanto se dice. Quisiera él creer que la bestia le entiende místicamente, y yo me lo figuro acariciando la cabeza del animal, cuyos ojos expresan lo inexpresable, con su mano llana y delgada, mano que, en mis momentos desapacibles, creo que ha sido hecha para coger florecillas y manejar la lupa.

Después de mi explicación, el botánico levanta la cabeza y dice tranquilamente:

-Si su Utopía no admite perros, su Utopía no me gusta.

Esta reflexión de mi amigo me incita a la burla. Realmente no detesto los perros, pero me preocupo mil veces más de un solo hombre que de todas las bestias de la tierra, y puedo apreciar, cosa de la que es incapaz el botánico, que una vida pasada en la «deliciosa» atmósfera de muchos animales favoritos se suele pagar a un precio excesivo...

Retorno a mi eterna comparación entre el botánico y yo. Compruebo una profunda diferencia entre nuestras imaginaciones; yo me pregunto si ello es consecuencia del carácter innato o de la educación recibida, y quisiera saber cuál de entre nosotros dos representa el verdadero tipo humano. Yo no estoy desprovisto en absoluto de mi imaginación, pero esta imaginación se inclina tercamente a adaptarse a todos los hechos del universo. Alimenta hipótesis muy atrevidas, pero, en cambio, es rebelde a excederse a sí misma. Por el contrario, la imaginación del botánico se ocupa sin cesar en la tarea de engañarse a sí mismo, y de la manera más extravagante. Ya sé que este empeño es costumbre que todos los niños poseen, pero de la cual me parece necesario libertarles un día u otro. ¡Como si el mundo fuese la sala incoherente y cenagosa de un asilo! No, el mundo es un lugar de esplendores indescriptibles para todo aquel que acierta a descorrer el velo. Quizás el botánico difiera de mí en su esencia, pero me inclino a creer que es mucho más infantil que yo. Permanece aún en la edad de las ilusiones. De ahí que crea él que los caballos y los perros son unas magníficas criaturas, que las mujeres son -desde todo punto de vista- adorables, y que se obstine en afirmar que siempre ha ocurrido así. ¡Jamás se le escapa una palabra de crítica contra los perros, los gatos o las mujeres! ¡Jamás tiene una palabra de desaprobación para estos impecables amigos suyos! Además cuenta con su botánica. Él pretende que todo el reino vegetal es místicamente perfecto y ejemplar, que todas las flores exhalan deliciosos aromas y son exquisitamente bellas, que la drosera no se come a los insectos y hasta que los ajos no apestan. La mayor parte del universo no interesa en modo alguno a este amante de la naturaleza. Pero yo sé -y me siento lamentablemente incapaz de comprender por qué mis semejantes no lo saben también- que un caballo es hermoso en un sentido y feo en otro, que todas las cosas tienen esta múltiple cualidad y que *todo* es lo más hermoso. Cuando se habla de un caballo como de un animal feo, pienso entonces en sus detalles bellos, y, por el contrario, cuando oigo alabar sin discernimiento su hermosura, pienso en el aspecto que la misma bestia ofrece uncida a un carruaje, con su lomo arqueado como caja de violín, la miserable escápula del cuello, el extrecho espacio entre sus orejas y con la fea deformidad de sus quijadas... A decir verdad, no existe belleza alguna,

como no sea algo transitorio que pasa y vuelve a pasar sin interrupción. Toda belleza consiste realmente en la belleza de la expresión y, por tanto, es cinética y momentánea. Esta verdad aparece incluso en el triunfo del esfuerzo artístico realizado por los griegos. El templo griego, por ejemplo, es un establo con una fachada que, dentro de determinado ángulo de visión y a una cierta luz, posee una gran belleza plácida.

Pero, ¿a dónde vamos? Todas estas cosas, insisto en ello, son casos de «más» o de «menos» del minuto preciso y del momento favorable, incluso cuando se trata de lo que yo aprecio más. No existe la perfección, no existe tesoro durable. Una hermosa afección por un perro favorito, u otra delicia sensual o imaginativa por el estilo, digo yo que es buena sin duda, pero que puede prescindirse de ella si es incompatible con otro bien más grande. No se puede concentrar en un solo hogar todo lo que es bueno.

Una acción justa, una acción prudente sobre las incompatibilidades de esta clase la determina un juicio sano y una renunciación valiente. Si yo no puedo imaginarme que en el cerebro de un perro existan ideas y sensaciones que no puede haber allí, sí soy dueño, al menos, de suponer que el porvenir del hombre puede proporcionarse ciertas cosas, si nosotros tenemos la voluntad de pedírselas.

-No me gusta esta Utopía -repite el botánico-. Usted no entiende de perros. Para mí los perros son seres humanos... más aún. Cuando yo era niño y vivía con mi tía en Frognal, tenía un hermoso perro viejo...

No escucho su anécdota. Algo -algo que se parece mucho a la conciencia- acaba de evocarse en mí, y tiende su dedo acusador hacia el recuerdo de la cerveza que bebí en Hospenthal.

Confieso que jamás he tenido una mascota, aunque haya gozado de verdadera popularidad entre los gatos pequeños. Pero en lo referente a un cierto favoritismo respecto de mí mismo, a ciertas indulgencias personales...

Quizá me he mostrado un poco brusco respecto a la cerveza de marras. Nunca he acariciado con exceso a un animal, por lo mismo comprendo perfectamente que, si una Utopía moderna exige el sacrificio de la afección hacia los animales -afección que en su clase es una cosa bella- tanto más exigirá el sacrificio de ciertas otras indulgencias o complacencias, algunas de las cuales no presentan siquiera la menor traza de belleza.

¡Es curiosa esta insistencia reiterada en el sacrificio y en la disciplina!

Mi idea predominante es la de que esta especie de gentes de las que Utopía encarna la voluntad, ha de hacer poco caso de los pequeños placeres. No se puede concentrar a la vez en un hogar único todas las cosas buenas. Este es el principal descubrimiento que me proporcionan mis meditaciones en Lucerna. En cierto modo había previsto toda esta Utopía, pero aquella conclusión no. Y ahora me pregunto; ¿veré mucho tiempo a mi doble utópico? ¿podré hablar libremente con él...?

Tendido a la sombra de un árbol de Judea, sobre el hierba que, sembrada de pétalos de florecillas, desciende hasta el mismo borde del lago, sigo perezosamente el hilo de mi soñacion; el botá nico y yo, indiferentes el uno al otro, nos absorbemos en nuestros propios pensamientos.

-Es muy notable eso -digo yo, advirtiendo que el botánico ha terminado la historia de su perro de Frognal.

-Le admira a usted su inteligencia ¿eh? -inquiere mi amigo.

-Seguramente.

Mastico una brizna de hierba.

Después de una pausa, pregunto:

-¿Recuerda usted que dentro de ocho días vamos a encontrarnos ante nuestros dobles utópicos y que se nos depara así la ocasión de apreciar lo que podríamos haber sido?

El botánico se ensombrece, se sienta, cruza sus manos delgadas sobre sus rodillas y replica:

-No tengo por qué pensar en eso. ¿Para qué preocuparse de lo que uno habría podido ser?

5

Regocija pensar que nosotros trastornamos la sabia organización de un planeta tan superior como Utopía, este monstruo moral que mi razonamiento aventurero ha combinado, y, no obstante henos en ese punto. Cuando visitamos de nuevo a nuestro funcionario, advertimos en él ese aspecto del hombre que es víctima de una mixtificación que no acierta a discernir, de un hombre que presenciase un increíble desarreglo del orden natural. Por primera vez en los anales de la ciencia utópica se registran dos casos, y no aislados sino juntos, de dobles huellas de pulgares idénticos, anomalía a la que va unida la historia «abracadabrante» de la repentina transferencia a Utopía de dos individuos pertenecientes a un planeta desconocido en la astronomía utópica. Que el mundo de este funcionario y hasta el mismo funcionario sólo existen por efecto de una hipótesis capaz de explicar todas las dificultades, es un hecho que el espíritu evidentemente poco filosófico del empleado no atina a concebir.

Su ojo administrativo, más elocuente que sus labios, interroga con insistencia y parece decir:

-¿Qué demonios han venido ustedes a hacer con sus malditos pulgares en este inconmensurable universo? ¿Qué objeto les trae?

Estamos ante un funcionario, muy subalterno seguramente, que se muestra desconfiado y con toda la reserva de un hombre falto por completo de fantasía.

-Ustedes no son -expresa, al fin, con el tono resignado de quien se aviene a entrar en contacto con lo absurdo-, no son las personas que yo suponía al revisar sus huellas, porque usted -agrega señalándome con el dedo- se halla a estas horas en su casa de Londres.

Al oír esto, sonrío.

-Este señor -continúa el funcionario, indicando con su pluma al botánico, al par que con un gesto desaprueba mi sonrisa-, este señor regresará a Londres la semana próxima. El viernes estará allí, de vuelta de una misión especial en Ceilán que tenía por objeto estudiar los parásitos fungosos que atacan las hojas de las chinchonas.

El botánico no sabe disimular su alegría.

-Por consiguiente -agrega el funcionario- será preciso que vayan a Londres a entenderse con las personas que ustedes deberían ser.

Yo manifiesto una alegría discreta y digo:

-Al fin se verá usted obligado a reconocer la existencia de nuestro planeta.

Sus movimientos de cabeza expresan una negociación y dejan entender que su posición no le permite bromear; el botánico y yo, cada uno a su modo, gozamos de un particular placer al comprobar que nosotros, pobres humanos, nos vemos ante una mentalidad inferior.

-El Comité Permanente de Identificación -prosigue el empleado sin apartar la vista de su memorándum- ha transmitido el caso de ustedes al profesor en investigaciones antropologicas de la Universidad de Londres, y se les ruega que se trasladen allá, si quieren, para realizar una entrevista con ese profesor.

-¿Qué otra cosa podemos hacer? -murmura el botánico.

-No se les obliga de una manera perentoria -nos advierte el funcionario-, pero probablemente el trabajo en que están ustedes empleados terminará pronto. He aquí -agregó, entregándonos unos cupones- los billetes para Londres y una cantidad de dinero, pequeña, pero suficiente, para cubrir sus atenciones durante uno o dos días.

Diciendo esto nos indica dos pilas de monedas y de billetes de banco.

Con su tono seco nos informa además de que, por propia conveniencia, debemos ponernos en relación cuanto antes con nuestros dobles, y con el profesor, que debe informar sobre nuestro caso.

-¿Y luego?... -insinuó.

Como respuesta sonríe a flor de labio, nos mira oblicuamente bajo su fruncido entrecejo, se encoge de hombros y vuelve hacia nosotros la palma de sus manos.

En la Tierra donde subsisten las nacionalidades- este individuo habría sido francés, un francés de esos que cifran su dicha en la seguridad rutinaria de sus funciones administrativas.

6

Londres será el primer gran centro urbano que visitaremos en Utopía, y no sin cierto asombro nos veremos en él.

La que vamos a efectuar, será nuestra primera experiencia de viaje rápido a larga distancia, y yo me figuro, no sé por qué, que realizaremos el viaje de noche. Quizá lo supongo así porque el ideal para un viaje largo es el de ser transportado durmiendo, y el sueño se aviene poco con las horas activas del día.

Ante unas mesitas esparcidas bajo los árboles, de los que penden unas linternas, comemos, charlamos y tomamos café; luego vamos al teatro y acordamos cenar en el tren; y, por fin, henos aquí en la estación. Hay en ella salones agradables, con sillas, mesas y libros -los equipajes han quedado en otras dependencias-, y puertas que imaginamos dan a un andén. Al entrar en el vestíbulo de la estación, hemos dejado nuestras capas y sombreros, y toda impedimenta de calle, todo lo cual es debidamente acondicionado con una etiqueta para Londres. También hemos cambiado de calzado,

substituyendo los zapatos con unas pantuflas. Nos instalamos luego en unos cómodos sillones y creemos hallarnos en un club. Al cabo de poco rato suena un timbre que llama nuestra atención sobre un letrero aparecido repentinamente en un recuadro de la pared y que dice «Londres»; un excelente fonógrafo refuerza el aviso con extraordinaria cortesía. Las puertas se abren y pasamos a una galería igualmente confortable que el salón.

-¿Dónde está el tren para Londres? -preguntamos a un utópico vestido de uniforme.

-Están ustedes en el tren de Londres -responde.

Se cierran las salidas de aquella especie de galería y el botánico y yo, esforzándonos para no parecer excesivamente encogidos, exploramos el espacioso tren.

Ambos nos sorprendemos de la extraordinaria semejanza que el tren tiene con un club.

-¡Y un *buen* club! -subraya el botánico.

Cuando se viaja a una determinada velocidad, no hay nada tan cansador como mirar por la ventanilla, pero en nuestro tren corredor, dos veces más ancho que su equivalente terrestre, no se experimenta necesidad alguna de distracción y esparcimiento. Con la simple supresión de la algunas ventanillas, y la colocación a mayor altura que la ordinaria de las que no se han suprimido, se han dejado amplios espacios para libros en los corredores; en realidad, la parte central del tren es una biblioteca muy confortable, con sillones y divanes en cuyos espaldares se han colocado lámparas fijas con pantallas verdes, y cubierto el suelo con espesas alfombras para evitar todo ruido de pasos. Más lejos está la sala de periódicos, en un rincón de la cual se destaca un registrador mecánico, que imprime silenciosamente las noticias transmitidas por los hilos telegráficos que se extienden a lo largo de la vía; más allá aún, se hallan la sala para charlar y fumar, un cuarto de billar y el coche restaurante. Del otro lado pueden verse los dormitorios, los baño, la peluquería, etcétera.

-¿Cuándo nos ponemos en marcha? -pregunto, sin poderme contener, al volver asombrado a la sala de lectura. Y un señor viejo que, hundido en un sillón, lee las *Mil y una noches,* dirige su mirada hacia nosotros y nos contempla con repentina curiosidad.

El botánico me da un golpe con el codo y con la cabeza me indica una ventana acristalada a través de la cual entreveo, en rápida visión, un pueblo dormido bajo un cielo nuboso rasgado por el fulgor de la luna. Al pueblo sucede un lago en el que se refleja el cielo, luego desfila una línea de luces movedizas que pasan como a través del objetivo de una cámara oscura.

¡Doscientas millas por hora!

Encargamos a un criado chino, de solemne aspecto, que nos reserve dos camas. Quizá sucumbimos a una costumbre muy terrestre al no leer la literatura utópica que guarnece los vagones de la parte central. Hallo un sencillo lecho de modelo utópico y me estiro al par que medito sobre esta maravillosa aventura.

Me pregunto por qué cuando se reposa con toda tranquilidad sobre un lecho, con la luz apagada, parece que permanezca uno siempre en el mismo sitio, en cualquier

rincón del espacio donde el azar le haya lanzado. Después, cuando uno se duerme, hasta ese punto del espacio se esfuma... Pronto me adormilo y mis ideas se tornan incoherentes y metafísicas...

Ahora el vago rumor de las calles, duplicado por el eco, es más perceptible, pero nada tiene de ensordecedor ni molesto; apenas si colorea el silencio.

Ninguna travesía marítima interrumpe nuestro viaje; nada se opone en este planeta a la existencia de un túnel submarino; y me despierto en Londres.

El tren ha llegado hace ya rato cuando abro los ojos; estos maravillosos utópicos han descubierto que no es preciso expulsar a los viajeros al amanecer, so pretexto de que han llegado a destino. Un tren utópico es una especie de hotel que recorre la tierra a toda velocidad mientras el viajero duerme.

7

¿Qué efecto nos producirá una gran ciudad de Utopía?

Para responder a esta pregunta habría que ser a la vez artista e ingeniero, y yo no soy ni lo uno ni lo otro. Además, se necesitaría emplear palabras y frases que no existen, pues nuestro mundo es incapaz hasta de soñar las cosas que la inteligencia realizará con el acero, cuando el ingeniero, suficientemente cultivado, pueda ser un artista y cuando el sentido artístico haya sido enriquecido con los talentos del ingeniero. ¿Cómo disertar sobre estas cosas ante una generación que se extasía contemplando esa mescolanza desmañada e incómoda, esa combinación de hierro viejo y arquitectura flamenca que llamamos el Puente de la Torre de Londres? Cuando, antes que los utopistas, audaces visionarios describieron los poderosos edificios que algún día se construirán, el dibujante mezcló al lastimoso balbuceo de las palabras del autor, el fruto de su omnipotente imaginación, de tal manera, que el conjunto se reduce a algo bulboso, hinchado como un juanete, y *Art Nouveau.* Pero esperamos que aquí en Utopía, el dibujante no habrá intervenido para nada.

El arte terrestre apenas se halla en sus comienzos.

Sólo hay algunos precursores y nada más. ¡Cómo se habrían regocijado Leonardo y Miguel Ángel de haber podido manipular el acero a su gusto! No se guardan en los archivo del arte documentos más patéticos que los recuerdos de Leonardo. Se le ve tender sin cesar sus manos hacia las posibilidades futuras, por decirlo así, que se presentan al ingeniero. También Durero era un moderno, un espíritu abierto a toda invención creadora. De vivir en nuestro tiempo, esos hombres habrían querido construir viaductos, lanzar puentes por encima de los abismos, acercar al resto del mundo los lugares inaccesibles, trazar grandes vías férreas, con túneles formidables a través de los macizos montañosos. Repetidas veces puede comprobarse en la obra de Durero, como en los imaginarios paisajes arquitectónicos de los muros de Pompeya, la aspiración de lograr estructuras más ligeras y más audaces que las que consienten la piedra y el ladrillo. Los edificios de las villas utópicas son la realización de esos sueños.

Henos aquí, pues, en uno de los principales lugares donde el mundo se da cita. Esta es -hablo del Londres utópico- la metrópoli tradicional de una de las razas que forman la comunidad del Estado Mundial, centro de relaciones intelectuales y socia-

les. Aquí funciona una poderosa universidad con millares de profesores y decenas de millares de alumnos; aquí se publican los grandes órganos del pensamiento y de la especulación, obras de ciencia y de filosofía, maduras y espléndidas, una gloriosa producción literaria se teje y labra aquí para que sirva de pasto bienhechor al público en sus huelgos fecundos; la bibliotecas prodigiosas corren parejas con los museos ricamente organizados y provistos. Un hormigueo de gente se aglomera allí. No lejos hay otro centro distinto, pues para mí, que soy inglés, Westminster continúa siendo la capital del Imperio del mundo, una de las capitales, si así se prefiere, donde tiene su sede el consejo director del mundo. Las artes se reúnen alrededor de esta ciudad como alrededor de la sabiduría; los ingleses exteriorizan allí en bella prosa, en armoniosos ritmos, en formas sutiles y etéreas, la fantasía complicada, austera y valiente de nuestra raza.

Se entra en ese lugar como en un noble palacio. Por sobre los espacios libres de la ciudad se han levantado grandes arcos y torres de cristal. La esbeltez y belleza de la armazón metálica que se yergue a gran altura por encima de nuestras cabezas, llega a alcanzar una tenuidad maravillosa, gracias a la brumosa atmósfera londinense. Esta atmósfera es la misma que nosotros ya conocemos, pero limpia de sus impurezas, es la atmósfera que da a nuestros días de octubre su inefable claridad y hace que los crepúsculos de Londres adquieran la belleza del misterio. Caminamos por avenidas en las que la arquitectura se ha librado hasta de los últimos vestigios de esas cajas acumuladas una sobre otra, imitando los templos griegos, y de las proporcionadas corcobas de Roma; el bárbaro que subsiste en nosotros ha acogido el acero y los innumerables materiales nuevos con la misma natural ternura con que antaño acogiera la piedra. A derecha e izquierda de las vías públicas, las plataformas o aceras movibles, alegres y rápidas, transportan los grupos de gente. Pronto nos hallamos en una especie de espacio central adornado con palmeras, arbustos floridos y estatuas. Nuestras miradas dominan las amplias avenidas de árboles que se extienden a lo largo a modo de desfiladero de costeros montes integrados por las fachadas de los hoteles populosos, los mismos hoteles que resplandecen aún con sus luces interiores a las horas en que a la blanca claridad del día naciente el río corre hacia la mar.

Muchedumbre de gentes va y viene apaciblemente por este espacio central; lindas doncellas y jóvenes gallardos se dirigen a las aulas universitarias instaladas en los altivos palacios que nos circundan; los hombres y las mujeres graves y sesudos van a sus negocios; los chiquillos corren a sus escuelas; las personas que disfrutan de vacaciones o permisos y los enamorados, emprenden sus múltiples paseos. Aquí es donde tratamos de informarnos acerca de los dos personajes a quienes debemos visitar. Un lindo quiosco telefónico nos facilita el entrar en relaciones con ellos, y, experimentando caprichosa sensación de irrealidad, me hallo de pronto en conversación con mi hermano gemelo utópico. Parece que ha oído hablar de mí, que desea hablarme y que me suministra indicaciones concretas para llegar hasta él.

Me pregunto si su voz no es mi propia voz.

-Sí -digo-, iré tan pronto como hayamos estado en nuestro hotel.

En tan notable acaecimiento no nos entregamos a comentario alguno ni a excesos de oratoria. No obstante, siento yo una emoción insólita. Un temblor nervioso se apodera de mí, y la bocina telefónica chisporrotea al recibir mis últimas palabras.

Nos decidimos a regresar a pie a nuestro hotel, donde están ya nuestras pequeñas maletas, que contienen los objetos de uso personal que hemos adquirido en Utopía,

nuestra ropa blanca y nuestros vestidos terrestres. Caminando advierto que tengo pocas cosas que decir a mi compañero y que tampoco tiene nada que decirme el botánico.

-No puedo figurarme digo repentinamente- que voy a ver a mi otro yo.

-¡Ah!... -exclama mi compañero, sumiéndose de nuevo en sus preocupaciones.

Por un momento, el deseo de saber lo que mi compañero piensa me hace olvidar de mi doble y hasta de mí mismo; mas veo que nos hallamos ya a la entrada de nuestro hotel y me limito a decir:

-¡Aquí es!

CAPÍTULO OCTAVO

MI DOBLE UTÓPICO

1

A pocos hombres les es dado celebrar una entrevista consigo mismo. Mi homólogo utópico es mi yo, mejorado-al menos yo me he esforzado para conseguirlo-, y debo confesar que concibo perfectamente todas la dificultades de la situación. Cuando llegué a Utopía no pensé siquiera en un tan íntimo examen.

Todo el edificio de este nuevo universo vacila a mis ojos cuando entro en la habitación donde me aguarda mi doble, un gabinete de trabajo claro y bien arreglado. Cierto temblor me -agita. Un personaje más alto que yo permanece de espaldas a la ventana.

Al verme se dirige hacia mí, y, al avanzar yo hacia él, tropiezo con una silla. Entonces, y sin haber pronunciado una sola palabra, nos estrechamos la mano.

Estoy colocado de tal modo que la luz cae de lleno sobre mi interlocutor y puedo verle bien el rostro. Es, en efecto, un hombre algo más alto que yo y de aspecto más joven y más sano: ha sabido evitar una o dos enfermedades que yo he padecido y no tiene cicatriz alguna encima del ojo. Su educación ha sido más sutil y perfeccionada que la mía; también advierto que ha sabido conservar una mejor apariencia que yo... Debía haberlo supuesto. Sorprendo en su rostro un gesto de satisfacción al constatar mi inferioridad manifiesta. Pesan, en verdad, sobre mí nubes de confusión y de debilidad terrestres; llevo en mí y sobre mí todos los defectos de mi planeta. Mi homólogo viste la blanca túnica con listas rojas que me he acostumbrado a considerar como el traje usual de los utópicos serios; su cara está perfectamente rasurada. La intensidad de nuestra mutua inspección nos impide hablar por un momento. Cuando recobro el dominio de mi órgano vocal, articulo algunas frases que en nada se parecen al preámbulo imaginado en mis diálogos conmigo mismo.

-Su gabinete es muy agradable -digo, algo desconcertado al no hallar a mi alcance mueble donde sentarme o apoyarme.

Me acerca una silla, me siento y en seguida empezamos a discurrir sobre cosas vulgares.

De pronto me decido a romper esta vacuidad y pregunto:

-¿Qué piensa usted de mí? ¿Cree usted que sea yo un impostor?

-No, y mucho menos ahora que le he visto.

-¿Es verdad que me parezco a usted?

-Completamente.

-¿De modo que no abriga usted duda alguna?

-Ninguna. Desde que le he visto entrar he sabido que viene usted de más allá de Sirio, de aquel mundo que es gemelo del nuestro, ¿no es así?

-Ciertamente; y, ¿no desea usted saber cómo he venido?

-Yo he acabado por no preguntarme cómo he venido aquí yo mismo -replicó él con risa que era un eco de la mía.

Nos reclinamos en nuestras sillas respectivas y la parodia mutua de nuestras actitudes nos asombró a los dos.

-¡Caramba!... -exclamamos, al par que echamos a reír de forma simultánea.

Confieso que este encuentro va resultando más dificultoso de lo que yo me figuraba.

2

Nuestra conversación durante la entrevista contribuye muy poco a desarrollar en mi espíritu la concepción de la Utopía moderna. Inevitablemente, lo que decimos es personal y emocional. Nos explicamos mutuamente nuestra posición en nuestros mundos respectivos; tengo tantas cosas que contarle y que hacerle comprender...

No, esta conversación no añade un rasgo nuevo a una Utopía moderna y, por lo mismo, renuncio a trasladarla aquí.

3

Me reúno a mi botánico experimentando cierto alivio moral y sin percatarme de que también mi amigo ha debido pasar por las mismas emociones que yo.

-¡Le he visto! -debería yo decir, innecesariamente, como quien quiere contar cosas inenarrables. Luego todo se diluye en este comentario-: ¡Qué cosa más extraña!

El botánico me interrumpe como hombre absorbido por su propio pensamiento:

-He visto a cierta persona, sabe usted... -profiere.

Yo callo y le miro.

-¿A quién?...

-¡Mary!

Nunca había pronunciado el botánico el nombre de su amada; excusado es decir que le comprendo en seguida.

-Es a ella a quien he visto -insiste mi amigo.

-¿A ella?

-Estoy seguro... La vi al extremo de esos jardines, allí... Mas, antes de que dominara mi sorpresa, ella había desaparecido; pero era Mary, no me cabe duda.

El botánico se coge de mi brazo.

-Yo no había apreciado las cosas en este sentido -prosigue-. Yo no había supuesto siquiera, cuando usted hablaba de Utopía, que había de encontrar a Mary aquí, feliz y dichosa.

-Eso no entraba en mis previsiones.

-Claro; pero al fin y al cabo es lo mismo. -¿No se ha entrevistado usted con ella?

-Aún no..., pero ahora han cambiado las cosas. Si he de hablarle con franqueza, he de decir que yo abominaba esta Utopía que a usted le encantaba. No se ofenda, pero hay algo que...

Ante esto, probablemente yo debería haber maldecido.

-¿Qué? -inquiere él.

-Nada.

-Algo ha dicho usted...

-¡Bah!... sólo ronroneaba, pero no haga usted caso. Todo cuanto pueda usted decir de Herbert Spencer, de la vivisección, de la ciencia materialista, del ateísmo se aplica a mí sin variación, ni reticencia. Pero ahora tiene usted mejor opinión de Utopía, ¿verdad? ¿Tenía buen aspecto la señora?

-Sí; no era ya la mujer desolada que vi en el mundo real.

-Y que languidecía esperando la llegada de usted...

El botánico me contempla con cierta turbación.

-Mire hacia allí -le indicó.

El hombre atiende mi indicación.

Desde el elevado balcón en que estamos y al cual dan nuestros departamentos respectivos, le señalo por encima de la blanda bruma que flota sobre los jardines públicos, la alta masa blanca de los edificios de la Universidad, levantada con impulso libre y audaz para proyectar mejor sus pináculos en el claro cielo de la tarde. -¿No cree usted -le pregunto- que esto es más hermoso que nuestra National Gallery, por ejemplo?

-Hay demasiado metal ahí-objeta él con majestad de crítico, y añade-: ¿Decía usted algo?

-Murmuraba... Pero, sin embargo, supongo que, a pesar de todo, puede usted ver cuán diferente es esto de todo cuanto tenemos en el mundo. Falta aquí la amable intimidad de la casita de ladrillos rojos que se construía en tiempos de la reina Ana, la residencia campestre con sus gabletes y esquilones, y sus ventanas en forma de arco,

y sus montantes de cristales de colores, y todo aquello... Falta aquí el pretencioso absurdo del clasicismo administrativo. Hay algo en las proporciones de estos edificios que hace pensar en que alguien, muy inteligente, se ha tomado grandes molestias para crear una obra perfecta, alguien que sabía no sólo el partido que puede sacarse del metal, sino lo que debe ser una Universidad, alguien que, habiendo encontrado la inspiración gótica petrificada, retenida por el encanto en las catedrales, le dio la libertad.

-Pero, ¿qué tiene que ver todo eso con ella? -interrumpe mi botánico.

-Una relación esencial -afirmo-. Este no es el mismo mundo. Si ella vive en Utopía, será más joven de espíritu, más prudente, más refinada en diversos aspectos...

-Nadie está... -inicia mi botánico con tono indignado.

-No, nadie, en efecto... Me he equivocado. Pero respecto de ella es diferente. Concédame esto al menos. Cuando usted entable conversación con ella, es posible que su amada no recuerde muchas de las cosas que usted le cite, como lo que pasó en Frognal, los paseos románticos de los domingos en las noches de verano, las entrevistas a las que asistía usted con su sombrero de copa y sus bonitos guantes... Quizás aquí no haya pasado todo eso; y hasta quizá guarde ella otros recuerdos de cosas que en la Tierra jamás sucedieron. ¿Se ha fijado usted en su vestido? ¿No pertenece quizás a la casta de los samurais?

-No -responde con aire de satisfacción-. No, lleva un vestido perfectamente femenino, de un color verde grisáceo.

-Sometida probablemente al Regla Inferior...

-No se que quiere usted decir con su Regla Inferior, pero sí sé que ella no pertenece a la casta de los samurais.

-De todas maneras insisto en que recuerde usted y no pierda un momento de vista el hecho de que este mundo contiene su doble, otro ejemplar de usted mismo.

El botánico palidece, y su rostro se turba. ¡Gracias a Dios que le he impresionado al fin!

-Este mundo contiene el doble de usted -insisto-, pero, al fin y al cabo, todo puede ser diferente aquí. La historia romántica de usted puede haber seguido aquí distinto curso, influida, como en nuestro mundo ocurre, por la presión accidental de la costumbre y del ambiente. La adolescencia es un período plástico durante el cual el individuo se halla indefenso. Usted era hombre predestinado a experimentar grandes afecciones, nobles y duraderas afecciones. A aquella edad habría podido trabar relaciones análogas con otra cualquiera persona que hubiese usted encontrado.

Esta idea que emito le trastorna y le deja perplejo un instante.

-No -replica al fin, pero con poca firmeza-. Era a ella a quien yo quería... *¡No!* -ratifica después con cierto énfasis.

4

Tras este breve diálogo guardamos silencio; yo evoco en mi espíritu los diversos incidentes de mi extraña charla con mi doble utópico. Pienso en la confesión que

acabo de hacerle, en las confidencias sorprendentes que he tenido con él y conmigo mismo. He removido las aguas estancadas de mi vida emocional; el orgullo que estaba acurrucado, las esperanzas y las decepciones que no me han turbado después de muchos años. Hay cosas que me acaecieron en mi adolescencia y que ninguna disciplina de la razón las reducirá ante mis ojos a sus justas proporciones; las primeras humillaciones que tuve que sufrir, el derroche de las bellas aficiones y de las pasiones bellas de mi juventud. La triste vulgaridad de mi pequeña tragicomedia personal la he perdonado ostensiblemente, la he olvidado en gran parte, y, sin embargo, cuando rememoro el detalle, siento hacia todos aquellos que desempeñaron un papel en mi vida un arrebato de odio. Cada vez que este recuerdo cruza mi cabeza -y hago todo lo posible para alejarlo de mí-, siempre me ocurre lo mismo, las siluetas detestables de aquellos personajes me ocultan las estrellas.

Le he contado toda mi historia a mi homólogo utópico y, mientras me escuchaba, sus miradas denunciaban una simpatía inteligente. Pero estas nauseabundas reminiscencias se obstinan en emerger del abismo.

Asomados al balcón, uno junto al otro, el botánico y yo nos absorbemos en pensamientos egoístas, extraños en absoluto al gran palacio de los nobles sueños al pie del cual nos ha traído nuestra aventura.

5

Este mediodía comprendo perfectamente al botánico, pues, siquiera por una vez, nos colocamos ambos al mismo diapasón. Mi igualdad de humor me ha abandonado hoy, y bien sé lo que es el verse mentalmente desorientado. Ante un mundo semejante, un mundo soberbio -del que necesito apoderarme o al que debo sustraerme cuanto antes-, sólo me siento capaz de pensar en mis viejas heridas, y he aquí que se envenena esta miserable historia, el triunfo mezquino, y en igualdad de terreno, de mi antagonista...

Me pregunto cuántos hombres poseen una verdadera libertad de espíritu para no embarazarme con tales preocupaciones; qué es necesario para que quien es grande y noble en la vida no parezca -a veces cuando menos si no siempre- subordinado a rivalidades y apreciaciones oscuras, a mezquinos odios que son como los brotes en la sangre, a la necesidad de fingir, a un orgullo agresivo, a afecciones que uno deja en prenda incluso antes de haber llegado a la edad viril.

Sé que, a mi lado, el botánico se esfuerza en buscar razones que justifiquen a la mujer que le obsesiona.

Este mundo que se extiende bajo nuestras miradas, con su orden y su libertad, no es para él más que una decoración ficticia, entre la cual la encontrará liberada al fin de «aquel canalla».

Él espera que «aquel canalla» esté aquí en carne y hueso y también espera verle, por decirlo así, retorciéndose a sus pies...

Yo me pregunto si ese hombre era *realmente* un canalla. Sin duda se ha conducido mal en la Tierra, ha fracasado, se ha degenerado, pero ¿por qué se ha conducido mal? ¿Su fracaso era inherente a su naturaleza o bien se trabó él los pies con las redes de contradictorios motivos? Supongamos que en Utopía no sea un...

Me asombro de que esta idea no haya cruzado nunca por la cabeza del botánico.

Con su espíritu incierto, es capaz mi amigo de descuidar, a pesar de mis tercas llamadas a su memoria, todo aquello que pudiere alterar sus vagas presunciones. Si le sugiriese esta hipótesis, estoy seguro de que la despreciaría o la refutaría. Contra las ideas que le son antipáticas, posee mi compañero una facultad de resistencia asombrosa, en mi opinión al menos. Rechaza obstinadamente la posibilidad de un encuentro con su doble, y, por esta sola razón, al dejar yo de hablarle del asunto, ya lo ha olvidado por completo y sin esfuerzo alguno de su voluntad.

Abajo, en los jardines, dos chiquillos corren persiguiéndose; los gritos agudos del que está a punto de ser alcanzado me sacan de mis divagaciones.

Sigo con la mirada sus cabriolas hasta que desaparecen tras un macizo de rododendros en flor; entonces mis miradas se dirigen de nuevo hacia la: gran fachada de los edificios de la Universidad.

No me siento con ánimos de hacer la crítica de su arquitectura.

¿Por qué mi Utopía moderna se empeña en deslizarse de entre las manos de su creador y en convertirse en el segundo término de un drama personal, de un pequeño drama tan absurdo?

El botánico no quiere ver a Utopía sino en ese aspecto. Él la contempla sólo desde el punto de vista de las reacciones que produce en los individuos y en los objetos que él conoce; le disgusta porque la acusa de querer suprimir el «perrito querido» de su vieja tía, y si ahora se reconcilia un tanto con Utopía, es porque en ella se le aparece una cierta Mary más joven y más agradable que la Mary terrestre. Y, heme aquí casi acometido del mismo capricho.

Hemos convenido en purgar a este Estado y a sus habitantes de sus tradiciones, asociaciones, prejuicios, encadenamientos artificiales y en construirlo todo de nuevo; pero carecemos hasta de la fuerza para renovarnos nosotros mismos. Nuestro pasado, sus accidentes, sobre todo sus accidentes, y nosotros mismos formamos simplemente un todo.

CAPÍTULO NOVENO

LOS SAMURAIS

1

Mi homólogo utópico y yo gustamos de las emociones para cultivarlas; en nuestra segunda entrevista, mis sentimientos permanecen en estado de correcta subordinación. Ahora posee ya mi interlocutor algunas nociones generales respecto al mundo de que yo procedo, y, por consiguiente, puedo empezar casi de inmediato la exposición de los pensamientos que se han formulado y acumulado en mí desde que exploro este planeta de mis sueños. El interés con que ambos observamos la organización «humanizada» del Estado, nos acerca de un modo sorprendente y recíproco, a pesar de la enorme diferencia que existe entre su educación y sus costumbres y las mías.

Le indico que he venido a Utopía con nociones muy vagas sobre el régimen de gobierno, aunque quizás algo influido en pro de ciertos procedimientos electorales, pero sin opiniones determinadas respecto a lo demás; le digo también que he llegado a percibir, más claramente cada vez, que el concatenamiento de la organización utópica requiere un método de intervención más poderoso y más eficaz que el suministrado por los sistemas electorales; que he logrado reconocer, entre los diversos trajes e innumerables tipos de personalidades que ofrece Utopía, ciertos hombres y mujeres cuya apostura y vestido les diferencia de los demás; que estas gentes constituyen una orden, la de los samurais, la de la «nobleza voluntaria», orden esencial en la constitución del Estado utópico. Añado que sé que esa orden está abierta a todo adulto, física y mentalmente sano, qué se avenga a observar ciertas reglas austeras de vida; que una gran parte del trabajo responsable del Estado se encomienda a esa orden. Agrego que me inclino ahora a considerar esa orden, dentro del plano utópico, como más importante de lo que parece en realidad, como si presentase en sí misma y por completo todo el Plan utópico. La organización de esta orden atrae toda mi curiosidad, y, a medida que esta curiosidad se excita, recuerdo con más intensidad la extraña clase de guardianes que constituía la médula, la sustancia esencial de la *República* de Platón; y, precisamente, por una referencia implícita a las profundas intuiciones del filósofo ateniense, discutimos este asunto mi doble y yo.

Para aclarar nuestra comparación, mi doble me hace un extracto de la historia de Utopía, y, en vista de este extracto, he de corregir algo las hipótesis en que me he basado. Hemos supuesto un mundo idéntico en todos los aspectos a nuestro planeta, salvo las profundas diferencias en el contenido mental de la vida, diferencias que implican una literatura, una filosofía, una historia distintas. Desde el principio de nuestra conversación me percato de algo inesperado. Y es que, aun cuando inevitablemente hemos de conservar la exacta correspondencia entre las poblaciones de uno y otro mundo, individuo por individuo, ha de suponerse forzosamente, para evitar infinitas complicaciones, que una larga serie de personas, de facultades y carácter extraordinarios (personas que en la Tierra murieron apenas nacidas o en la infancia, que no supieron leer, que vivieron y murieron en ambientes salvajes o embrutecedores donde sus facultades no pudieron ser cultivadas, encontraron en Utopía más favorables circunstancias para subsistir y contribuyeron al desarrollo y a la aplicación de la teoría social desde la época de los primeros utopistas hasta el presente y en una continua progresión. Las diferencias de condición se han hecho, por consiguiente, más elásticas cada año.[32] En Utopía, Jesucristo nació bajo un Imperio Romano liberal y progresista que se extendía desde el Océano Ártico hasta el estrecho de Benin, sin conocer Decadencia ni Caída, y Mahoma, en vez de encarnar los espesos prejuicios de la ignorancia árabe, abrió los ojos para contemplar un horizonte intelectual casi tan vasto como el mundo.

La corriente del pensamiento, siguiendo su objetivo, circuló siempre abundantemente de un extremo a otro del imperio utopico. Hubo guerras, pero fueron guerras definitivas, que aportaron relaciones nuevas y más estables, que apartaron los obstáculos y suprimieron los centros de decadencia. Hubo prejuicios atemperados por una crítica ponderada, y odios que se fundieron en tolerantes relaciones. Después de

[32] Puede suponerse, como alternativa, que, entre los cuatro quintos de la literatura griega que se ha perdido, pereció por negligencia algún libro de importancia primordial, algo así como un *Novum Organum* más antiguo, que sobrevivió en Utopía para acarrear allí las más hondas consecuencias.

muchos centenares de años, adquirió su forma actual la gran organización de los samurais, y, gracias a su actividad incansable, se moldeó y edificó el Estado Mundial en Utopía.

La organización de los samurais fue la consecuencia de una aspiración maduramente reflexionada. Esta aspiración se suscitó durante un período de luchas y perturbaciones sociales y políticas análogas a las que conmueven la tierra en nuestra época, y tal organización fue el último de los experimentos políticos y religiosos, desde que se iniciaron en Grecia, de la filosofía aplicada al arte de gobernar. El abandono prematuro de toda especialización en el régimen del gobierno, trajo a nuestro pobre mundo el individualismo, el liberalismo democrático y el anarquismo; y este curioso desdén hacia el fondo de entusiasmo y de sacrificio que existe en el hombre, es la debilidad fundamental de la economía política terrestre. Estos defectos no se advierten en la historia del pensamiento utópico. Como base de esta historia, e influyéndola incesantemente, se tropieza con el reconocimiento de que la satisfacción de interés personal, el conjunto de la vida humana, no es otra cosa que la satisfacción del hambre; es algo esencial indudablemente en la existencia del hombre y, bajo la presión de las épocas malas, puede obsesionarle tanto como la caza del alimento en tiempos de hambre; pero la vida puede extenderse más allá aún, a un mundo ilimitado de emociones y de esfuerzos. Cada individuo sano es un compuesto de potencias que exceden con mucho de las necesidades inevitables; cada individuo es capaz de experimentar sentimientos desinteresados, aunque se reduzcan al entusiasmo por un deporte, por el perfecto cumplimiento de una labor individual, por un arte, por una localidad, por una clase social. Actualmente en nuestro mundo, como en la antigua Utopía, la energía impersonal del hombre se derrocha en emociones o en obras religiosas, en esfuerzos patrióticos, en entusiasmos artísticos, en juegos y deportes, en investigaciones de aficionado; una proporción enorme del fondo total del esfuerzo que es capaz el mundo se pierde en querellas y en conflictos religiosos y políticos, en distracciones engañadoras y en ocupaciones improductivas. A decir verdad, nada es perfecto en una Utopía moderna. También hay en ella choques, conflictos, escorias, pero el desgaste no es tan importante como en la Tierra. Y la coordinación de las actividades, indispensables por efecto de ese desgaste ínfimo, es el objetivo logrado por la orden de los samurais creada expresamente para ello.

No cabe duda de que esa orden surgió como organización revolucionaria al choque de fuerzas sociales y de sistemas políticos. Seguramente se propuso alcanzar un ideal semejante al que realiza, en tanto que lo permite la imperfección humana, nuestra Utopía moderna. En un principio se consagró a la investigación y al examen, a la elaboración de un ideal, a la discusión de un plan de campaña; pero, en determinado momento, necesitó transformarse en una orden más militante para triunfar de las organizaciones políticas preexistentes y convertirse, bajo todos los aspectos, en una síntesis del presente Estado Mundial. Aun conserva vestigios de ese período militante, y conserva también, cómo un rasgo peculiar, un carácter combatiente no contra los desórdenes específicos, sino contra la general debilidad humana y contra las fuerzas inconscientes que agitan y turban al hombre.

-Algo por el estilo imaginábamos en la Tierra -digo a mi doble, indicando con un movimiento de cabeza un planeta infinitamente lejano-, poco tiempo antes de que me aventurase yo a efectuar exploraciones interplanetarias. Así, por ejemplo, he oído hablar de una cierta Nueva República que, de hecho, sería un organismo transformador por el estilo de vuestros samurais, tal como yo los concibo. Sin embargo, no se ha resuelto aún la parte principal de la organización ni las reglas de

vida. Todo el mundo pensaba en algo parecido cuando yo partí. El proyecto que yo conocía apenas estaba esbozado en algunos de sus aspectos. No se tenía en cuenta la posibilidad, muy probable en el futuro, de una síntesis de los idiomas. El autor del proyecto era un literato que sólo escribía en inglés y, como sus propuestas eran muy vagas, creí entender que se referían tan sólo a los pueblos de lengua inglesa. Sus ideas estaban además contaminadas del singular oportunismo de su época, puesto que requerían un príncipe o un millonario genial; hubiérase dicho que buscaba apoyo en todas partes y los elementos constitutivos de un partido. Tal vez tras las máscaras de los patriotismos, de los odios y de las antipatías del mundo visible, se halla la idea de un movimiento global de hombres iluminados y desilusionados.

Añado a todo lo dicho otros detalles.

Mi homólogo utópico me replica así:

-Nuestro movimiento se impregnó de ese espíritu desde un principio. Pero en tanto que los hombres del mundo de usted parecen pensar sin continuidad, basándose sobre una acumulación de conclusiones estrechas y fragmentarias, nosotros aquí adquirimos una ciencia bastante comprensiva de las asociaciones humanas y nos pudimos basar sobre un minucioso análisis de los fracasos precedentes. Después de todo, su mundo debe estar tan lleno de entorpecimientos como lo estaba el nuestro con las ruinas y escorias de los ensayos anteriores: iglesias, aristocracias, castas, cultos...

-Sí, pero con la diferencia de que parece ahora que hemos perdido todo valor; actualmente no hay nuevas religiones, nuevas órdenes, nuevos cultos, ni tentativas de ninguna clase.

-Pero esa es sin duda una fase transitoria del estancamiento. Usted decía...

-Dejemos aparte, por el momento, este desconcertado planeta mío -interrumpo- y explíqueme usted cómo se gobierna en Utopía.

2

Los teóricos sociales de Utopía -explica mi homólogo- no fundaron sus esquemas relativos a la clasificación de los hombres, en el trabajo o el capital, en el interés territorial, en el comercio de licores, etc. Estimaron que eran estas categorías accidentales, indefinidamente sometidas al capricho de los hombres de Estado, y buscaron otra clasificación práctica y real en que basar su organización. Por otra parte, la presunción de que los hombres son incalificables por la homogeneidad de su conjunto (presunción que constituye el fondo de nuestros métodos democráticos modernos y de todas las mentiras de nuestra justicia igualitaria), es todavía más extraña al espíritu utópico.[33] De un extremo a otro de Utopía sólo existen clasificaciones provisionales, puesto que cada individuo es considerado como

[33] En esto parecen haber sacado excelente partido de la crítica de las primeras especulaciones sociales y políticas, crítica más penetrante que todas las emprendidas hasta ahora en la tierra. Las especulaciones sociales de los griegos, por ejemplo, tenían el mismo defecto primordial que las especulaciones económicas del siglo XVIII, puesto que reposan sobre la hipótesis de que las condiciones generales del estado de los negocios son permanentes cuando en verdad son momentáneas.

finalmente único, pero en las aspiraciones políticas y sociales las cosas se han basado mucho tiempo sobre una clasificación de temperamentos en la cual se tenían en cuenta sobre todo las diferencias de alcances, calidad y carácter de la imaginación individual.

Esta clasificación utópica fue somera, pero sirvió para trazar las grandes líneas de la organización política; era hasta tal punto arbitraria, que muchos individuos quedaban sin clasificar o se les incluía en dos o tres clases a la vez. Para obviar este defecto se dio al sistema una gran amplitud de funcionamiento. Se fijaron cuatro clases principales de espíritus: Poliética, Cinética, Obtusa y Villana. Las dos primeras constituyen, en hipótesis, el tejido viviente del Estado; las otras dos son el punto de apoyo y el soporte. No se trata de clases hereditarias, y no se intenta desarrollarlas mediante una educción y un cultivo especiales, por la sencilla razón de que es imposible hallar las trazas de la herencia y prevenir sus efectos. Son clases en las que las mismas gentes se colocan. La educación es uniforme hasta que no cabe engañarse sobre las diferencias de aptitudes, y, según las delimitaciones de la citada clasificación abstracta, todo hombre (o toda mujer) debe por sus cualidades, su desarrollo y su propia elección, establecer su posición.

La clase Poliética, esto es, la clase de individualidades mentales creadoras, abraza una extraordinaria variedad de tipos, semejándose todos, sin embargo, en la posesión de imaginaciones que se arriesgan más allá de lo conocido y de lo aceptado, y a las que mueve el deseo de convertir en conocimientos y en saber los descubrimientos hechos durante aquellas excursiones. La dirección y la extensión de estas excursiones imaginativas pueden variar mucho, ya se trate de la invención de una cosa nueva. Cuando la invención o el descubrimiento posee como primera cualidad la belleza, se tiene entonces el tipo artístico del espíritu poliético; en el caso contrario, se tiene al verdadero hombre de ciencia. La extensión del descubrimiento puede ser tan reducida como el arte de Whistler, o la ciencia de un citarista, o bien ampliarse tanto que el artista y el investigador científico se confundan finalmente en la universal personalidad del verdadero filósofo. Casi todas las formas revestidas por el pensamiento y por los sentimientos humanos proceden de las actividades acumuladas en el tipo poliético, sobre el cual reaccionan las circunstancias. Todas las ideas religiosas, todas las ideas del bien y de la belleza han penetrado en la vida por medio de las inspiraciones poliéticas del hombre. A excepción del proceso de decadencia, las formas del porvenir humano provendrán también de hombres de ese tipo, y es principio esencial para nuestra idea moderna de un progreso secular constante, que esas actividades sean favorecidas y estimuladas.

La clase Cinética se compone de tipos diversos, pero que se confunden insensiblemente, en sus límites, con los elementos menos representativos del grupo poliético, distinguiéndose de éstos por un alcance de imaginación más restringido. La imaginación del tipo cinético no excede de lo conocido, de lo experimentado, de lo aceptado, aunque dentro de estos ámbitos los cinéticos sean capaces de imaginar, con tanta o más viveza que los individuos del grupo precedente. Por regla general son gentes hábiles e inteligentes, pero no realizan ni desean realizar cosas nuevas. Los individuos más vigorosos de esta clase aprenden con más rapidez y, en general, son más morales, más dignos de confianza que los tipos poliéticos. Los cinéticos viven, en tanto que los poliéticos suelen experimentar con la vida. Las características de una y otra clase pueden ir asociadas a una buena o mala condición física, a una energía excesiva o defectuosa, a una lucidez excepcional de los sentidos en cierta dirección o, como se suele decir, «inclinación», y el tipo cinético, lo mismo que el poliético,

puede desplegar una imaginación del orden más restringido o del más universal. Sin embargo, un cinético de bastante energía es quizás el ser que más se aproxima al ideal con que sueñan los antropólogos terrestres cuando hablan del tipo humano «normal».

Los utópicos distinguen dentro de esta clase Cinética dos tendencias, determinadas por el carácter de sus preferencias imaginativas. Una es la del tipo intelectual sobre todo, pero sin originalidad, que, cuando posee una personalidad enérgica, se convierte en un administrador o en un juez admirable, y que, cuando carece de esa energía, se transforma en un matemático laborioso, pero sin inventiva, en un erudito cualquiera, en un hombre de ciencia ordinario; la otra tendencia es la del hombre emocional sobre todo, pero sin originalidad, el tipo poseedor de escasa energía personal hacia el cual se inclina mi botánico. Este segundo tipo comprende también, dentro de sus formas de energía, a los grandes actores, los políticos y los predicadores populares. Entre ambas tendencias principales se extiende una vasta y honda región de variedades, en la que tienen marcado su sitio la mayoría de los artesanos y obreros inteligentes, las personas ricas, los hombres y las mujeres honrados y rectos, los pilares, en fin, de la sociedad terrestre.

Tras de estas dos clases citadas, y confundiéndose imperceptiblemente con ellas, viene la Obtusa. Los obtusos son individuos de imaginación absolutamente imperfecta, gentes que no se asimilan nunca por completo lo que aprenden, que no entienden bien lo que se les dice y que no discurren claramente. (Yo creo que si a cada uno de ellos se les sujetase a una educación minuciosa, esas gentes formarían una minoría muy reducida, pero quizás el lector opine lo contrario; éste es un caso de delimitación arbitraria). Los obtusos son las gentes estúpidas, las gentes incompetentes, las gentes formulistas o imitadoras, las gentes que en todo Estado organizado debidamente gravitan, como clase, un poco más arriba o más abajo del salario mínimo exigido para el matrimonio. Las leyes de la herencia son demasiado misteriosas para que a los vástagos procreados por los obtusos se les excluya de la competencia y se les prive de las mismas probabilidades que a los demás. Sin embargo, los obtusos no cuentan para el funcionamiento ni para la dirección del Estado.

Finalmente, con audaz desdén hacia las reglas de clasificación del lógico, los hombres de Estado utópicos que edificaron el Estado Mundial, fijaron sólo teóricamente el lugar de la clase Villana. A decir verdad, los villanos pueden ser los poliéticos, los cinéticos, los obtusos, aunque ordinariamente pertenecen a este último tipo, y su definición no se refiere tanto a la calidad de su imaginación, como a la inclinación especial de ésta, cosa que para el hombre de Estado se convierte en objeto de una atención especial. Los villanos muestran tendencias estrechas y egoístas más persistentes que el resto de la humanidad; son casi siempre vanidosos y nunca sinceros, y poseen notables aptitudes para el disimulo; son capaces de crueldad y, a veces, se advierte en ellos marcada disposición hacia ese defecto. Según la caprichosa fraseología de la psicología terrestre, tan neciamente hostil al análisis, esos individuos carecen de «sentido moral». Se les considera como un elemento antagónico en la organización del Estado.

Esta clasificación es sin duda la más somera de las clasificaciones, y ningún utópico ha soñado siquiera con que se destinase a aplicaciones individuales. Esta clasificación no es lo bastan te precisa para que pueda decirse: este es un poliético y este un villano. En la realidad, estos caracteres se mezclan y se diversifican de todas

las maneras posibles. No se trata de una clasificación considerada como expresión de la verdad, sino de un medio. Tomando la humanidad como una multitud de individuos únicos, constituyendo una masa, se puede tratarla, persiguiendo un objetivo más práctico, de modo más cómodo al prescindir de sus unidades y de sus casos dudosos y suponiéndola un conjunto de genes poliéticos, cinéticos, obtusos y villanos. En muchos aspectos, la humanidad se produce según esta hipótesis. Ocupándose sólo el Estado, como lo hace, de asuntos no individualizados, no sólo tiene el derecho, sino la obligación de prescindir del carácter distintivo de cada hombre y de apreciarlo según su aspecto dominante, poliético, cinético u otro. En un mundo donde se juzgue precipitadamente y sea quisquillosa la crítica, habría que repetir sin cesar que las ideas fundamentales de la Utopía moderna dejan siempre y en todas las cosas márgenes y elasticidades, una cierta amplitud general y compensadora en la función.

3

Los hombres de Estado utópicos que fundaron el Estado Mundial se plantearon el problema de organización social en los términos siguientes: combinar un movimiento revolucionario que absorberá todos los gobiernos existentes y los amalgamará, movimiento que deberá ser rápidamente progresivo y adaptable, y, no obstante esto, coherente, constante, poderoso y eficaz.

Nunca se había verificado en Utopía, como no se ha realizado en la Tierra, semejante combinación del progreso y de la estabilidad política. Como en nuestro planeta, la historia de Utopía consistía en una doble serie de poderes que se turnaban; a un Estado francamente liberal, sucedía un Estado eficientemente conservador. En Utopía, como en la Tierra, el tipo cinético había manifestado un antagonismo más o menos acentuado respecto del tipo poliético. La historia de los estados había sido la misma que en la Tierra. En un principio y mediante las actividades poliéticas, se había desarrollado la idea de una comunidad, y el Estado adoptó esta forma; los poliéticos surgieron en las diversas zonas de la vida nacional; después dejaron su sitio a los cinéticos de un tipo elevado (pues parece que en la naturaleza de los poliéticos está el rechazarse mutuamente y el ser incapaces de sucederse y desarrollarse consecutivamente) y amaneció la aurora de una era de expansión y de vigor. La actividad poliética general derivó hacia el descubrimiento de una organización política y social eficaz y sólida; el hombre de Estado cedió el puesto al político, quien incorporó a su propia energía la sabiduría del hombre de Estado; y, asimismo, el genio original e inventivo cedió el paso en las artes, en las letras, en las ciencias, en todos los dominios de la actividad al hombre culto y sabio. El cinético de gran capacidad, al asimilarse a su predecesor poliético, venció en todas las ramas de la humana actividad mucho más fácilmente que su contemporáneo poliético, de naturaleza indisciplinada, dado a probaturas y experimentos y enemigo resuelto de la tiranía de los precedentes y del buen orden. Con la substitución del tipo creador por el tipo eficiente, el Estado dejó de crecer, primero en determinada zona de la actividad, luego en otra, pero, en tanto se prolongaron estas condiciones de existencia, fue eficiente y ordenado en su funcionamiento. Mas ha perdido su poder de iniciativa y de mudanza; su poder de adaptación ha desaparecido y -con ese cambio secular de condiciones que es luz de vida- se sienten presiones interiores y exteriores que, sea por la revolución, sea por la derrota, liberan de nuevo el poder poliético. El conjunto

del proceso nada tiene de sencillo; puede suceder que cierta zona de actividad se halle en una fase poliética y otra en fase de actividad cinética. Así, por ejemplo, hubo en los Estados Unidos de América, durante el siglo XIX, una gran actividad poliética en la organización industrial, pero una ausencia total de esta actividad en la filosofía política. Por tanto, el análisis detenido de una era cualquiera de la historia, demuestra la existencia de ese ritmo casi invariable. La filosofía utópica tenía que resolver este problema inicial, saber si consistía esta solución en el turno inevitable, si el progreso implicaba una serie de avances, de caídas y de volver a empezar tras un intervalo de desorden, de agitación y, frecuentemente, de general miseria, o si era posible mantener al Estado en condiciones estables de seguridad, de dicha y de progreso, favoreciendo un esfuerzo continuado de la actividad poliética.

Los hombres de Estado se decidieron a las claras por esta última alternativa. Según lo que me dice mi homólogo utópico, no sólo pretendieron aquéllos resolver el problema, sino que lo resolvieron y, para convencerme de esto, me explica cómo tales hombres lograron su propósito.

La Utopía moderna difiere precisamente de todas las antiguas utopías en que reconoce la necesidad de la actividad poliética. Por vez primera se vio emitir, aunque con vaguedad, una apreciación semejante cuando Comte repitió insistentemente que la reconstrucción «espiritual», debe proceder a la reconstrucción política, admitiendo, al par, la necesidad de los libros y los poemas periódicos sobre las utopías. De momento parece que el reconocimiento de esta necesidad añade una dificultad nueva al problema, ya excesivamente complejo. La división que Comte establece para la actividades del Estado, agrupándolas en espirituales y materiales, entraña la oposición entre la poliética y la cinética; pero como la contextura íntima de su espíritu es dura y obtusa, no advierte el mismo principio que sienta, y, cuando se le ve suprimir las actividades literarias e imponer una regla de conducta a los tipos poliéticos, que son los menos indicados para soportarla, ha de suponerse hasta qué punto se ha extraviado y naufragado el filósofo francés. Comte sigue las huellas de las antiguas utopías al admitir que el problema filosófico y constructivo podría resolverse de una vez, más al desarrollarlo y demostrarlo obtuvo como resultado un gobierno cinético. Pero esto, que parece aumentar las dificultades, puede convertirse, en último término, en una simplificación, del mismo modo que la introducción de un término nuevo en una expresión matemática inexplicable la reduce a veces a la unidad.

Los filósofos que, según mi modelo utópico, ven en la individualidad, en lo indefinido, en la novedad, el último significado de la vida, no consideran el elemento poliético como el más importante en la sociedad humana, pero sí se han dado cuenta de la imposibilidad de reglamentarlo. Por ello no pasan de la aplicación al sistema moral e intelectual de los principios expuestos en la discusión acerca de la intervención del Estado en la procreación (capítulo sexto, 2). Pero así como en lo referente a los nacimientos pudo dictar el Estado condiciones restrictivas dentro de las cuales la individualidad acciona más libremente que en la vida, de igual manera los fundadores de esta Utopía moderna creyeron que era posible dictar reglas, gracias a las cuales el individuo nacido con dotes poliéticas gozaría de todas las facilidades y se le incitaría a emplear por completo sus dotes en el arte, la filosofía, las invenciones o los descubrimientos. Algunas de estas reglas generales han de parecer evidentemente razonables: dar a cada uno, hombre o mujer, la mejor educación que pueda adquirir; emplear un método tal de educación que nunca ocupe la totalidad del tiempo de que disponga el alumno y que hasta conceda un margen de libertad para el

libre desarrollo de las idiosincrasias respectivas de los educandos; por último, asegurar durante la vida ese margen de libertad por medio del salario mínimo remunerador de una suma específica de trabajo.

Además de hacer posibles las actividades poliéticas, los fundadores de la Utopía moderna intentaron -tarea mucho más difícil- proporcionar estimulantes, problema sumamente complicado y que no admite ninguna solución sistemática. Pero mi doble utópico me habla de ciertas disposiciones que conceden a los representantes masculinos o femeninos del tipo poliético más extensas libertades y honores, tan pronto como aducen pruebas incontestables de sus aptitudes; seguidamente me indica el gran porvenir abierto a esta clase de individuos.

Tienen su disposición todo un sistema especial de facilidades. A cada estación municipal de fuerza motriz hay agregados laboratorios donde las investigaciones pueden realizarse en las condiciones más favorables; la concesión de una mina y la de casi todos los grandes establecimientos industriales lleva consigo obligaciones análogas. Tal es el espacio destinado a capacidades poliéticas en las ciencias físicas. El Estado Mundial pesa y estima la parte con que cada cual ha contribuido a una invención de un valor material cualquiera, y paga o cobra por la utilización del invento derechos de los cuales se distribuye una parte entre los colaboradores y otra se entrega al instituto de investigaciones a que aquéllos estén agregados. Para la literatura y las ciencias filosóficas y sociológicas, todo establecimiento de instrucción superior dispone de becas, pensiones, y ocasionales salas para conferencias permanentes o temporales; y la producción de un poema, de una novela, de una obra especulativa se convierte en motivo de generosa competencia entre las Universidades rivales. Los autores tienen en Utopía la facultad de publicar sus obras por mediación de un editor, como especulación privada, y, cuando son de verdadero mérito, pueden ceder sus derechos a las prensas de la Universidad mediante una retribución. Comités constituidos de mil modos distintos disponen de toda suerte de subvenciones para complementar los subsidios académicos y para proteger contra la indiferencia pública al mayor número de colaboradores en el inmenso trabajo del espíritu utópico. Aparte los que se consagran a la enseñanza o a la administración -me dice mi doble- la mundial Casa de Salomón[34] así creada ocupa a millones de hombres. No obstante la rareza de las grandes fortunas, ningún espíritu original, que posea la voluntad y la capacidad necesarias para efectuar experiencias materiales o mentales, queda mucho tiempo sin recursos y sin el estimulante de la atención, de la crítica y de la competencia.

-Y, finalmente -termina mi doble-, nuestra Regla tiene en cuenta la importancia de las actividades poliéticas en la mayoría de los samurais, en manos de los cuales, como clase, reside todo el poder efectivo.

-¡Ah! -exclamo-. Hemos llegado al punto que más me interesa, pues, a mi juicio, aparece perfectamente claro que los samurais representan el verdadero cuerpo del Estado. Durante el tiempo que he invertido en correr de un lado para otro en este planeta, me he convencido de que esa orden de hombres y mujeres, que visten el uniforme que usted lleva y cuyos rostros se han vigorizado por la disciplina y ennoblecido por la lealtad, es la realidad utópica. Sin ellos todo ese edificio de tan bellas apariencias se resquebrajaría, se agrietaría, se derrumbaría para convertirse en polvo, de tal manera que creería encontrarme entre las ignonimias y los desórdenes

[34] La *Nueva Atlántida.*

de la vida terrestre. Háble me usted de esos samurais que me recuerdan los guardianes de Platón, que se parecen a los Templarios y cuyo nombre es idéntico al de los guerreros del Japón... ¿Quiénes son? ¿Constituyen una casta hereditaria, una orden especialmente, educada, una clase selecta? A mi entender son el eje sobre el que gira este mundo utópico, como una puerta sobre sus goznes.

4

-Yo observo la Regla Común como muchos otros -puntualiza mi doble como excusándose y respondiendo a la alusión que yo hiciera a su uniforme-. Mi trabajo es por su naturaleza poliético; existe aquí cierto descontento por el sistema de aislamiento en las islas a que se condena a los delincuentes, y, para buscar otro sistema mejor, me dedico a analizar la psicología de los funcionarios de las prisiones y de los delincuentes en general. Se me supone capaz de encontrar expedientes ingeniosos en esta materia. En un principio, los samurais se consagraron a la obra administrativa. El conjunto de la dirección responsable del mundo se halla prácticamente entre sus manos; todos los miembros del alto profesorado, los directores disciplinarios de los colegios, los jueces, los abogados, cuantos emplean determinado número de trabajadores, los médicos que practican su carrera, los legisladores, todos deben ser samurais; tanto las comisiones ejecutivas, como otras que juegan un importante papel en nuestros asuntos, se designan por sorteo entre los individuos de la orden. Ésta no es hereditaria (sabemos bastante biología y conocemos bastante las incertidumbres de la herencia para comprender lo absurdo de la orden hereditaria) y no exige consagración, ni noviciado, ni ceremonias, ni iniciaciones... Los samurais son de hecho voluntarios. Todo adulto inteligente, sano de razón y capaz, puede en toda edad, después de los veinticinco años, convertirse en samurai y ocupar su puesto en la intervención universal...

-Siempre que observe la Regla.

-Precisamente... siempre que observe la Regla.

-He oído hablar de «nobleza voluntaria.

-Esa fue la idea de nuestros Fundadores: formar una orden noble y privilegiada, abierta a todos. Nadie podría quejarse de una exclusión injusta, pues el único motivo de exclusión era la incapacidad o la repugnancia a observar la Regla.

-Pero también podían haber excluido de la Regla a ciertas razas o progenies especiales.

-Los Fundadores no abrigaron esa intención. La Regla fue concebida para excluir a los obtusos, para no ofrecer atractivo alguno a los villanos, para dirigir y coordinar a todos los ciudadanos de buena voluntad.

-¿Y se logró el propósito?

-Tan bien como se logra toda obra concluida. La vida es aún imperfecta, es una mezcla de descontentos y de problemas turbadores, pero, indudablemente, se ha elevado el nivel de los problemas; ya no hay guerra, ni pobreza depresiva, ni la mitad de las enfermedades que antes nos afligían; por el contrario, han aumentado el orden, la belleza y los recursos de la vida desde que los samurais, que iniciaron su acción

como un culto particular y agresivo, se abrieron camino hasta llegar a la gobernación del mundo.

-Me gustaría leer esa historia -interrumpo-. Supongo que esa victoria no se alcanzó sin lucha. (Mi doble hace un gesto afirmativo con la cabeza.) Pero, primero, háble me usted de la Regla.

-La Regla tiene por objeto el excluir enteramente a los obtusos y a los villanos, disciplinar los impulsos y las emociones, desarrollar un temperamento moral y apoyar a los hombres en los períodos de esfuerzo, de fatiga y de tentación, producir el máximo de cooperación entre todas las buenas voluntades y mantener a los samurais en un estado de salud moral y física que les conserve siempre dispuestos para la acción. La Regla obtiene este resultado en la posible, pues claro es que, como todos los principios generales, no se aplica en ningún caso con una precisión absoluta. En suma, es lo bastante perfecta para que los hombres que, como yo, trabajan en una obra poliética y que pueden pasarse sin una obligación de obediencia, encuentren satisfacción en adherirse a ella. Cuando el período militante, la Regla fue rigurosa e inflexible; su llamamiento se dirigía más imperiosamente hacia el hombre de conciencia exigente y de virtud rígida; pero ha sufrido y sufre aún modificaciones que la corrigen y la amplían, y cada año se adapta un poco mejor a las necesidades de un código de vida al que ensayan someterse todos los ciudadanos. Acerca de la Regla poseemos al presente toda una literatura bastante buena.

Busca con la mirada un librito que tiene sobre la mesa, la toma para enseñármelo y lo deja en seguida.

-La Regla -continúa- se compone de tres partes y encierra: la relación de las aptitudes requeridas, la lista de las cosas que no deben hacerse y la de las que deben hacerse. Las aptitudes que se exigen como prueba de buena fe, no se obtienen sin esfuerzo y tienden a eliminar los peores de entre los obtusos y a una gran parte de los villanos. El período de instrucción elemental termina ahora hacia los catorce años, y un pequeño número de alumnos de ambos sexos, un tres por ciento aproximadamente, queda excluido por insuficiencia de dotes, por ser idiotas; el resto prosigue sus estudios en los colegios o en las escuelas superiores.

-¿Toda la población está sometida a este método?

-Toda con la excepción que he indicado.

-¿Gratuitamente?

-¡Claro! Los alumnos salen del colegio hacia los dieciocho años. Hay diferentes clases de enseñanza, según los colegios, pero hay que escoger una u otra y hacer un examen satisfactorio. La Regla impone que el candidato a samurai haya pasado con éxito por esa prueba.

-¿Pero muchas veces se da el caso de que hombres notables hayan sido malos estudiantes?

-También admitimos el caso; por eso cuantos fracasan en el examen de salida del colegio pueden examinarse de nuevo, sin que se les fije plazo, esto es, siempre que lo deseen y lo soliciten, hasta que hayan logrado la aprobación. Ciertas razones cuidadosamente especificadas excusan el fracaso.

-Eso es equitativo, pero, ¿no hay asimismo gentes incapaces en absoluto de sufrir esos exámenes?

-Los individuos de una nerviosidad mal equilibrada...

-Pero pueden poseer grandes dotes poliéticas, aunque irregulares.

-Ciertamente, es posible, pero nosotros no queremos entre los samurais a esa clase de individuos. El hecho de sufrir un examen denota ya una cierta capacidad de perseverancia, de voluntad y de sumisión...

-La prueba de que uno se aproxima «a lo ordinario»...

-Eso es precisamente lo que se desea.

-Claro que los que fracasan pueden seguir otras carreras...

-Sí, y eso es lo que queremos que hagan. Además de esas dos aptitudes comprobadas por la educación, hay otras dos de un género similar y de valor más discutible. Una de ellas no se exige al presente. Nuestros Fundadores prescribieron que los candidatos a samurai debían poseer lo que se denomina una técnica; así, en un principio, el candidato debía demostrar que poseía el título y la capacidad de médico, de hombre de ley, de oficial, de ingeniero, de profesor, o que había pintado cuadros notables, escrito un buen libro o realizado cualquiera otra obra de esta clase. En realidad se necesitaba «ser alguien», como vulgarmente se dice, «haber hecho algo». Aun en los comienzos, esta prescripción tenía un vago alcance, pero se la aplicó de manera tan general que resultaba absurda. Se aceptó entonces como cualidad suficiente la de saber tocar el violín. Sin duda hubo entonces una razón que justificase esta cláusula; muchas hijas de padres ricos y hasta muchos jóvenes no hacían en el mundo otra cosa que llevar una vida ociosa y sin objeto, y la organización social se habría resentido de la invasión de estas gentes. Pero esta razón ha desaparecido ya, y la necesidad de poseer una aptitud especial se ha convertido en mera fórmula. En cambio, se ha desarrollado una nueva particularidad. Nuestros Fundadores coleccionaron muchos volúmenes que denominaron colectivamente el *Libro del Samurai;* eran una compilación de extractos de artículos, de poemas y de trabajos en prosa en los que se suponía concentrada la idea de la orden. Este libro debía representar para el samurai el mismo papel que la Biblia llenó en otras épocas para los hebreos. Hablando con franqueza, he de decir que el contenido del libro era de un mérito muy desigual; había en él toda una retórica de segundo orden, poesías casi insípidas, versos y prosa oscuros que querían parecer muy profundos. Pero, a pesar de todos estos defectos, el conjunto del libro fue, desde su aparición, una obra espléndida e inspiradora. Desde entonces hasta el momento actual. El *Libro del Samurai* ha sido constantemente revisado. Se le ha añadido mucho, se le ha suprimido no poco y se ha redactado de nuevo una gran parte de él. Ahora apenas contiene casi nada que no sea bello y perfecto de forma. La serie de las nobles emociones se halla expresada en él y también están consignadas las ideas directoras de nuestro Estado Moderno. Le hemos añadido recientemente una soberbia crítica de su contenido, escrita por un tal Henley.

-¡El viejo Henley!

-Murió hace algún tiempo.

-¡Yo le conocí en la Tierra! y... ¡también estaba en Utopía! Era un grandullón de rostro enrojecido, con una cabellera encrespada: ardiente luchador, se creó multitud de enemigos, a pesar de tener un gran corazón... Y ¿aquí formaba parte de la orden de los samurais?

-Desafiaba y burlaba la Regla.

-Cantaba al vino y la fuerza. Sus versos, en nuestro mundo, eran embriagadores como el vino, como el vino rojo a través del cual se eclipsa el sol.

-Formó parte del comité que revisó nuestro Código, porque en esta labor de revisión y de refuerzo de nuestro Código, tomaron parte individuos del tipo poliético y del tipo cinético. ¿En su mundo, ha conocido usted a ese Henley?

-No le he conocido personalmente y con gran pesar mío; pero le he visto... y me acuerdo ahora de una estrofa escrita por él:

Del fondo de la noche que me cubre,
noche negra como el abismo de un polo al otro,
doy gracias a los dioses, quienquiera que sean,
por haberme dado un alma invencible...

(Out of the night that covers me,/ Black as the pit from pole to pole,/ I thank whatever Gods may be,/ For my unconquerable soul...)

-¡Pero ese poema lo tenemos también aquí! -exclama mi doble-. Todas las cosas buenas de la Tierra se encuentran en Utopía. Esas estrofas han sido colocadas en el Código poco después de la muerte del poeta.

5

-Ahora tenemos un doble Código: un hermoso Primer Código, una primera compilación de las obras que han resistido a la acción del tiempo, y un Segundo Código, que contiene las obras contemporáneas y las obras más antiguas de mediana calidad. El cumplido conocimiento de ambos Códigos es la cuarta aptitud intelectual que se exige al samurai.

¿Así ha de haber una especie de uniformidad en el pensamiento utópico?

-El Código reina soberanamente sobre nuestro mundo. En realidad se lee, se comenta, se aprende en todas las escuelas... Después de las aptitudes intelectuales vienen las aptitudes físicas: el hombre debe ser sano y robusto y estar exento de ciertas enfermedades repugnantes, evitables y desmoralizadoras, y poseer un buen aspecto exterior. Rehusamos a los seres demasiado delgados, gordos, flojos o de nervios gastados, pero los sujetamos a un entrenamiento. Además, la mujer y el hombre deben ser mayores de edad.

-¿Han de tener veintiún años?... Me parece que ha hablado usted antes de veinticinco...

-El límite de la edad varía. Antes era de veinticinco años en adelante, después se fijó el mínimo en veinticinco para los hombres y en veintiuno para las mujeres. Ahora se tiende a elevar la edad. No queremos, por lo menos los que comparten conmigo esta opinión, sacar partido de las emociones juveniles...; queremos que el samurai se haya aprovechado de numerosas experiencias y adquirido convicciones maduras y sólidas. Nuestras reglas de higiene y nuestro régimen alejan la vejez y la muerte, y los hombres se conservan vigorosos y con buena presencia hasta los

ochenta años y más. No hay necesidad de dar prisa a los jóvenes. Ha de dejárseles que gusten el vino, el amor y las canciones y que conozcan los demonios con los cuales han de contar.

-Pero puede darse el caso de que ciertos jóvenes sienta antes de los veinte años el deseo de cosas mejores y más altas.

-Se les permite en todo tiempo el observar la Regla sin gozar de sus privilegios. Pero si estos individuos después de su adhesión y al llegar a los veinticinco años infringen la Regla, quedan excluidos para siempre de la orden de los samurais. Antes de esa edad pueden infringirla y hacer penitencia.

-¿Y en qué consisten las prohibiciones?

-Nuestras prohibiciones son numerosas. Hay muchos pequeños placeres que no ocasionan grave daño, pero hemos juzgado conveniente prohibirlos, como medio de eliminar a los intemperantes. Pensamos nosotros que una resistencia tenaz a las pequeñas seducciones fomenta la virilidad de los caracteres. Cuando menos demuestra que un hombre está resuelto a dar algo a cambio de los honores y de los privilegios. También prescribimos un cierto régimen de alimentación, prohibiendo el uso del tabaco, el vino, o cualquier bebida alcohólica, todas las drogas narcóticas...

-¿Y la carne?

-En el planeta de Utopía no se consume carne. Antaño sí se consumía; ahora hasta la idea de un matadero nos ataca los nervios. Es más, en una población educada y casi a un mismo nivel de refinamiento físico, sería imposible encontrar a un individuo que se prestase a despedazar un buey o un cerdo. Esto no quiere decir que nosotros hayamos decidido que la carne es un alimento antihigiénico. Nos ha impulsado a la prohibición el aspecto cruel que el asunto ofrece. Aún recuerdo las manifestaciones de júbilo que presencié en mi infancia cuando se cerró el último matadero.

-Pero comen ustedes pescado.

-No se trata de una cuestión de lógica. En nuestro bárbaro pasado se exhibían para su venta, en plena calle, horribles osamentas de animales chorreando sangre -se encogió de hombros.

-En mi mundo -replico- aún se exhiben.

Examina él mi rostro, más flojo y abotargado que el suyo, pero no formula los pensamientos que, sin duda, se aposentan en su cabeza.

-Al establecerse -prosigue- la orden de los samurais, prohibió ésta la usura, esto es, el préstamo de dinero a interés fijo. La prohibición subsiste aún, pero rara vez ha de aplicarse, porque nuestro código de comercio hace materialmente imposible la usura y nuestra ley se niega a reconocer los contratos que especifican intereses fijos en los préstamos particulares tolerados a prestatarios de pocos recursos. La idea de que un hombre se enriquezca en la inacción y a expensas de un deudor que se empobrece, repugna profundamente a los principios utópicos, y nuestro Estado acertó a imponer, en casi todos los casos, la participación del prestamista en los riesgos del prestatario. Esta es, sin embargo, una parte ínfima de las limitaciones y restricciones orientadas al mismo fin. Sabido es que el simple hecho de comprar para vender conlleva para la sociedad una serie de consecuencias a cual más funesta; desde luego incita al hombre a aumentar sus beneficios y falsificar el valor de lo comprado. Por esta razón les está prohibido a los samurais comprar para revender, bien sea por sí

mismos, ya utilizando intermediarios, salvo el Estado. Para la reventa es preciso que el objeto o el género que se revende haya cambiado de naturaleza, haya sufrido una transformación industrial cualquiera; un simple cambio de embalaje o de volumen no basta. En resumen, el comercio y todos sus sucedáneos están prohibidos a los samurais, quienes, por consiguiente, se hallan en la imposibilidad de ser terratenientes, comandatarios ni propietarios de hoteles; más aún, un doctor (y todos los que ejercen han de ser samurais) no puede vender productos farmacéuticos más que en calidad de funcionario del municipio o del Estado.

-Todas esas disposiciones pugnan con las ideas corrientes en la Tierra -indico-. Estamos obsesionados por el poder del dinero. La Regla de ustedes se reduce en la práctica a un voto de pobreza, y si sus samurais componen una orden de hombres pobres...

-No era necesario. Los samurais que han inventado, organizado o desarrollado nuevas industrias se han hecho ricos, y muchos individuos que se han enriquecido por medio de brillantes y originales negocios se han convertido, como consecuencia de ello, en samurais.

-Pero esos casos serán excepcionales. El conjunto de los negocios de dinero lo absorben individuos que no son samurais. Entre ustedes habrá sin duda una clase de hombres ricos, opulentos, poderosos, personajes...

-*¿Cree* usted?...

-Es cierto que no he visto un ejemplo de ello, pero...

-Pues bien, en realidad tenemos esa clase de personajes. Hay ricos negociantes, hombres que han hecho descubrimientos, economizando el trabajo de distribución y de repartición, o que, con inteligentes y verídicos reclamos, han llamado la atención sobre la utilización descuidada de determinados productos, pongo por caso.

-Pero, ¿no integran, en verdad, una potencia?

-Y ¿por qué habrían de integrarla?

-La riqueza es una potencia.

Como no parece entender bien mi afirmación, he de explicarle el sentido de la frase. Y él protesta en seguida.

-La riqueza -dice- no es en modo alguno una potencia, a menos que uno mismo le conceda la potencia. Si así ocurre en el mundo de usted, será por inadvertencia. La riqueza es una cosa creada por el Estado, una convención, el más artificial de los poderes. Estableciendo una sutil reglamentación, cabe fijar lo que el dinero no podría adquirir. No parece sino que la moral de ustedes ha hecho comprables la distracción, el movimiento, toda suerte de libertades. ¡Qué insensatez! Según usted, un trabajador pobre es un hombre condenado a un continuo temor y a un constante disgusto; así no me extraña que el poder esté en manos de los ricos. Pero en este planeta mío todo hombre puede proporcionarse un placer razonable, una vida decente en condiciones mucho mejores que si se vendiese a los ricos. Por ricos que sean los hombres aquí, no existe una fortuna particular comparable a la fortuna del Estado. Los samurais ejercen la inspección del Estado y de la fortuna del Estado, y, según los compromisos que contraen, no deben aprovecharse de ninguno de esos placeres groseros que el dinero puede todavía comprar. Y, sabido esto, ¿dónde está el poder del hombre rico?

-Pero entonces, cabe preguntar, ¿donde está el verdadero estimulante... ?

-¡Oh! Un hombre adquiere para sí mismo con su riqueza cosas, infinidad de cosas, pero escaso, o, mejor dicho, ningún poder sobre sus conciudadanos, a menos que éstos sean individuos excepcionalmente débiles o esclavos de sus instintos.

Reflexiono un instante y, luego, pregunto:

-¿Qué otras cosas le están prohibidas al samurai?

-Cantar, declamar, representar en público, si bien está autorizado para dar conferencias y tomar parte en los debates. Se considera la profesión histrionica como poco digna y perjudicial para el alma por su influencia debilitante y corruptora. El espíritu se habitúa neciamente a la esclavitud de los aplausos, adquiere una habilidad exagerada para producirse ilusiones de excelencia momentánea y pretenciosa; y, por experiencia, sabemos que la clase de actores y actrices carece en absoluto de nobleza y de sinceridad. Si no poseen las brillantes características indicadas, no pasan de ser cómicos mediocres. Tampoco debe ejecutar el samurai ningún servicio doméstico, verbigracia, no puede ser barbero, ni camarero, ni limpiabotas; no ha de prestar un servicio personal directo, salvo en cuestiones médicas o quirúrgicas. Dicho de otro modo: cada uno se sirve a sí mismo. Ninguno de los que se someten a la Regla ha de convertirse en servidor de otro ciudadano, ni verse obligado a ejecutar las órdenes que se le den. No puede ser criado, ni puede tenerlo para sí; es preciso que se afeite él, que se vista él, que se sirva a sí mismo, que limpie y aderece su alcoba, que transporte desde la casa del proveedor a su mesa el propio alimento.

Todo eso me parece fácil de cumplir en un Mundo tan bien organizado como éste. ¿Supongo que el juego y las apuestas les estarán también prohibidos a los samurais?

-En absoluto. Se le permite el seguro de vejez y de vida, con la mira de facilitar la educación de sus hijos o con otros objetivos previstos, pero no se le toleran más relaciones con el azar. Se le imponen ciertos deportes y ejercicios atrevidos y peligrosos, pero no los deportes de competencia entre hombre y hombre o entre equipo y equipo. Esta prescripción se dictó ya antes de la venida de los samurais. Bajo el antiguo régimen ideal, las gentes de nota montaban sus caballos de carrera, conducían sus coches, competían luchando y ejercitándose en juegos de habilidad, y toda la turba de los obtusos, los viles, los cobardes acudía a millares para admirar, gritar y apostar. El hombre de mérito entregado a los deportes degeneró pronto en una especie de prostituido atleta, con todos los defectos, toda la vanidad, todo el aire de importancia y de indiferencia del histrión ordinario, y hasta con menos inteligencia que éste. Nuestros Fundadores no transigieron con esta organización de los deportes públicos. ¡No habían de haber dedicado su vida a asegurar la libertad, la salud y el placer de todos los habitantes del planeta para que estos disipasen la suya en semejantes locuras!

-También padecemos en la Tierra de parecidos abusos -digo yo-; pero algunos de nuestros juegos terrestres presentan su lado bello. Uno especialmente, el cricket. Es un juego soberbio y generoso.

-Nuestros niños y aun algunos adultos también lo juegan aquí -replica mi homólogo-. No obstante, se juzga pueril invertir en eso demasiado tiempo; los hombres deben dedicarse a más graves ocupaciones. Hubiera sido poco noble y desagradable para los samurais el jugar mal a la vista de todos; además, carecían de tiempo para practicar de una manera constante un juego y competir en habilidad con alguien que era lo bastante bestia o lo bastante nulo para pasar por maestro en ese género de actividad: cricket, tenis, *fives,* billar... Encontrará usted en Utopía asocia-

ciones dé individuos que practican todos esos juegos; pero, para los samurais que los cultivan, constituyen simplemente juegos, no espectáculos, ni motivo de exhibición. El precio que habrían de pagar por un sitio reservado para jugar al cricket ante el público les costaría un ojo de la cara... Los negros suelen distinguirse por sus habilidades en el cricket. Durante un cierto lapso de tiempo la mayoría de los samurais se ejercitó en la esgrima, pero actualmente son pocos los que practican ese ejercicio. Hace cincuenta años, se hallaban sometidos a un período de servicio militar, de quince días cada año; realizaban grandes marchas, dormían al aire libre, llevaban sus provisiones sobre sí y se entregaban a maniobras guerreras en territorios desconocidos de ellos y sembrados de blancos móviles. Nuestro mundo experimentaba aún una curiosa dificultad para comprender que la época de las guerras había concluido para siempre.

-¿Hemos llegado al fin de las prohibiciones a que están sujetos ustedes? -inquiero yo-. Se les prohíbe el alcohol, las drogas, el tabaco, las apuestas, la usura, los juegos, el comercio, los criados... pero, ¿se les exige también el voto de castidad?

-¿Existe en las órdenes terrestres?

-Sí, excepto en la de los Guardianes de Platón, si no recuerdo mal.

-Aquí existe una Regla de Castidad, pero no de Celibato. Sabemos de modo cierto que la civilización es un arreglo artificial, y que todos los instintos físicos y emocionales del hombre son demasiado fuertes en tanto que su instinto natural de continencia es muy débil, para que viva el hombre fácilmente en el estado civilizado. La civilización se ha desarrollado con más rapidez que el hombre se ha modificado. En el estado de perfección poco natural a que ha llegado nuestra civilización en lo referente a seguridad, libertad y abundancia, el ser humano normal e ineducado se inclina a los excesos de toda clase y en todos los sentidos. Hay la tendencia a comer mucho, a beber sin medida, a buscar la ociosidad antes que la parte de trabajo pueda ser reducida, a entregarse al amor demasiado y muy elaboradamente. El hombre pierde toda idea de continencia y se sume en meditaciones egoístas o eróticas. La historia del pasado de nuestra raza es en su mayor parte una historia de derrumbamientos sociales debidos a la desmoralización producida por la licencia, a la que favorecían la seguridad y la abundancia. En tiempo de nuestros Fundadores, numerosos indicios hacían prever una época de prosperidad y de derroche que se extendería al mundo entero. Ambos sexos derivaban hacia los abusos sensuales; los hombres tendían a las extravagancias sentimentales, a las devociones imbéciles, a la complicación y refinamiento de las pasiones físicas; las mujeres se inclinaban hacia los refinamientos y sensaciones que se resumen en la música y en los ropajes costosos y rebuscados. Ambos sexos parecían confundirse; el mundo entero semejaba dispuesto a hacer respecto de sus intereses sexuales exactamente lo mismo que hizo para su alimentación y su bebida; esto es, sacar el mejor partido posible.

Mi doble calla.

-La saciedad les ha ayudado -indico yo.

-La destrucción puede sobrevivir antes que la saciedad. Nuestros Fundadores utilizaron toda suerte de recursos, pero yo creo que la fuerza principal que confiere al hombre el dominio de sí mismo es el Orgullo. El Orgullo no es quizá lo mejor del alma, pero sí es su mejor soberano. A él recurrieron nuestros Fundadores para conservar al hombre vigoroso, sano y correcto. En este punto, como en todo lo concerniente a los deseos naturales, mantuvieron el criterio de que ningún apetito

debe ser avasallado ni aguijoneado por estimulantes artificiales, pero que tampoco se le debe condenar a privación perpetua. Un hombre debe abandonar la mesa satisfecho, pero no repleto. En cuanto al amor, el ideal de nuestros Fundadores fue el de favorecer el deseo puro y recto entre seres rectos y puros. El matrimonio entre iguales se estableció entre los samurais como un deber hacia la raza, pero se adoptaron disposiciones concretas para impedir esa inseparabilidad conyugal, ese estado mental que une a la pareja de hombre y mujer menos que si vivieran separados. Es demasiado extenso cuanto a este asunto se refiere para que lo detalle ahora. Un samurai que ame a una mujer que no observe la Regla y que quiera casarse con ella, ha de abandonar la orden o lograr de su amada que acepte lo que se denomina Regla de las Mujeres, regla que, sin imponerles restricciones y disciplinas severas, eleva su régimen de vida y lo coloca en armonía efectiva con e1 de la del esposo.

-¿Pero si ella infringiese la Regla...?

-Entonces el marido ha de abandonarla o abandonar la orden.

-Uno cualquiera de esos casos se prestaría para escribir varias novelas.

-Han sido ya asunto de multitud de obras de esa clase.

-¿La Regla de las Mujeres es ley suntuaria al par que de régimen de vida? Quiero decir... si la mujer puede vestirse a su capricho...

-¡Oh, no! -replica mi semejante utópico-. Hemos comprobado que toda mujer que dispone de dinero lo emplea en hacer una guerra ruin a las demás mujeres. En tanto que los hombres rinden pleitesía a la civilización, las mujeres parecen retroceder al estado salvaje, al tatuaje y las plumas. Pero los samurais, hombres y mujeres, incluso las mujeres adheridas a la Regla Inferior, usan una vestidura especial. No rige diferencia alguna para los adeptos a la Regla Inferior o a la Regla Superior. Ya ha visto usted el vestido de los hombres, en un todo parecido al mío. Las mujeres pueden adoptarlo, llevando la cabellera trenzada o recortada, o usar una ropa de talle alto, de tejido fino y vaporoso, y un peinado con moño.

-Conozco ese vestido -afirmo-. Y, en efecto, casi todas las mujeres que he visto se ajustan en el traje a ese modelo, que es muy hermoso. Al otro vestido no me he habituado aún, pero me satisface cuando lo llevan las jovencitas y las mujeres esbeltas.

Repentinamente se me ocurre cierta idea y pregunto:

-¿No dedican las mujeres un tiempo excesivo a su tocado?

Mi homónimo no acierta a disimular sus ganas de reír.

-A veces, sí -dice.

-¿Y, entonces, la Regla...?

-Lo Regla no veja ni molesta-responde, riendo-. No pretendemos que nuestras mujeres dejen de ser bellas, y conscientemente bellas, si usted quiere -y añade-: Cuanta más belleza ideal tengamos en las formas y en los rostros, tanto más hermoso será nuestro mundo. Pero esas costosas emboscadas que se tienden los sexos...

-Yo creía -interrumpo- que se había formado una clase de mujeres que traficasen con su sexo, quiero decir de mujeres que pusiesen su interés en ornar y realzar su

belleza individual. Ninguna ley puede impedirlo. Claro que esas mujeres laborarían para contrariar la severidad del traje que impone la Regla.

-Hay mujeres así; no obstante, la Regla fija los elementos del vestido de diario. La mujer que se apasiona por los trajes suntuosos satisface su pasión dentro del círculo particular de sus amistades y rara vez osa hacerlo en público. Además, el gusto personal y la apreciación de la mayoría de las gentes pugnan con toda exhibición de ese género. Por otra parte, la Regla Inferior concede algunas libertades, como el uso de encajes y bordados; y una mayor tolerancia para la elección de telas.

-¿De modo que aquí no hay modas variables?

-Ninguna; sin embargo, ¿no son nuestros vestidos tan hermosos como los de ustedes?

-Los vestidos de nuestras mujeres no son bellos del todo -respondo yo, arrastrado un instante hacia la maravillosa filosofía del vestido-. Nuestras mujeres no se preocupan mucho de la belleza.

-Entonces, ¿de qué se preocupan?...

6

Con extremada curiosidad acudo a mi tercera entrevista con mi doble utópico, que ha de hacerme en ella la descripción de la última parte de la Regla, relativa a las cosas que el samurai viene obligado a ejecutar.

Esta parte contiene instrucciones muy concretas respecto a la salud, prescripciones encaminadas o asegurarle el bienestar y ese constante ejercicio de la voluntad que hace la vida buena. Salvo en circunstancias excepcionales, siempre especificadas, el samurai debe diariamente afeitarse y tomar un baño de agua fría; sobre estos puntos la reglamentación es concreta; el cuerpo ha de mantenerse saludable; la piel, los músculos, los nervios han de hallarse en perfecto estado, de lo contrario el samurai debe recurrir al médico de la orden y obedecer estrictamente sus mandatos. Está obligado a dormir sólo cuatro noches de cada cinco, a comer en compañía de los hombres de su clase y conversar durante una hora por lo menos en el establecimiento más cercano a la orden con los colegas que gusten de su tertulia; ha de hacerse esto una vez por lo menos en tres días fijos de la semana. Además viene obligado a leer en voz alta y durante diez minutos al día un fragmento elegido a su gusto en el *Libro del samurai;* cada mes debe comprar y leer por entero un libro, por lo menos, de los publicados en los cinco últimos años. La sola restricción de la libertad de elección en esta materia se refiere al volumen del libro o libros adquiridos mensualmente. El reglamento completo de estos pequeños deberes es voluminoso y detallado y ofrece numerosas alternativas. El objeto a que tiende con su especificación de deberes-tipos, por decirlo así, es recordar incesantemente al samurai la necesidad de conservar un cuerpo y un espíritu sanos. Por eso le indica los principales y más eficaces métodos, y procura asegurar la comunidad constante de sentimientos y de intereses por medio de hábitos colectivos, de relaciones continuadas y de una cultura intelectual siempre al corriente. Estas obligaciones secundarias no absorben más de una hora por día, y, sin embargo, sirven para romper las agrupaciones o los aislamientos excesivos, para sacudir las indolencias físicas e intelectuales y para contener el desarrollo de preocupaciones insociables.

Las mujeres samurais casadas, si quieren continuar siendo esposas y pertenecer a la orden, han de tener hijos antes de la terminación del primer período que pone fin a los matrimonios esté riles. No puedo aducir cifras en este momento, pero estoy seguro de que la población futura de Utopía provendrá de las madres adheridas a la Regla Superior o Inferior de la orden de los samurais. Una libertad, que se niega a los hombres, se concede a las mujeres samurai; éstas pueden contraer segundas nupcias fuera de la Regla; las mujeres casadas con individuos no adheridos a la orden, no pierden por ello su derecho a convertirse en samurai. Esta disposición proporciona evidentemente asuntos de novela y de situaciones dramáticas. En realidad no hay muchos individuos de gran distinción poliética o importantes personajes del comercio que, no perteneciendo a la Regla, tengan mujeres adheridas a la orden. El objetivo de estas uniones es el de atraer al esposo a la Regla o liberar a la mujer. No cabe duda de que estas restricciones respecto del matrimonio tienden a hacer de los samurais una clase hereditaria; sus hijos se convierten generalmente en samurais. Pero no se trata de una casta exclusiva. Con la condición, muy razonable, de poseer determinadas aptitudes, puede cualquiera que lo solicite ingresar en la orden y en todo tiempo, y así ocurre que, al contrario que las castas privilegiadas que el mundo ha conocido, la orden crece proporcionalmente a la cifra de la población y hasta puede asimilarse, en último término, a toda la población del planeta.

7

Hasta aquí me era fácil de entender la exposición de mi doble.

Pero había llegado éste al fondo verdadero del asunto, a la voluntad y a los motivos esenciales que impelen a hombres y mujeres de Utopía a someterse a aquella disciplina, a renunciar a las voluptuosidades placenteras y complejas de la vida sensual, a dominar las emociones y a vigilar los impulsos, a mantenerse, en fin, en un estado de esfuerzo perenne cuando poseen con abundancia cuanto puede excitar y satisfacer todos sus deseos. Los razonamientos de mi homólogo resultan ahora más complicados.

Trata de que me compenetre bien de los principios religiosos de Utopía.

La religión utópica -explica- se fundamenta en el principio de repudiar la doctrina del pecado original. Los utópicos proclaman que el hombre, en sí, es bueno. Esta es la creencia capi tal. El hombre, dicen, está dotado de un orgullo y de una conciencia susceptibles de afinamiento por la educación, como se afina la vista y el oído, y en su propio ser alberga el remordimiento y el dolor como consecuencia inevitables, de todo goce ilegítimo. ¿Qué motivos nos autorizan a considerarle como malo? Es religioso; la religión en él es tan natural como el deseo sensual o como la cólera, menos intenso ciertamente, pero sobreviniendo con fatalidad irresistible tan pronto como la calma sucede a todos los tumultos y a todas las agitaciones. Esta cuestión se aprecia bien en Utopía, por lo menos entre los samurais. Éstos aceptan la religión como aceptan la sed, como cualquier otra cosa inseparable e inherente a los ritmos misteriosos de la vida. Lo mismo que la sed, el orgullo y todos los deseos pueden pervertirse en época que les ofrezca innumerables medios de satisfacerse, y así como los hombres se degradan y se arruinan por intemperancias de bebida, de fasto o de ambición, así también el noble haz de deseos que integran la religión puede redundar en perjuicio de los seres malos o indiferentes. La indulgencia negligente respecto a

las inclinaciones religiosas, la incapacidad de reflexionar sobre estas materias con seriedad y discernimiento lo más imparcial posible, son defectos tan extraños a los adheridos a la Regla como el de beber con exceso cuando tienen sed, el de comer hasta reventar, el de dejar de bañarse so pretexto de que se ha enfriado la temperatura o el de hacer la corte con malos fines a la primera doncella que les parezca bonita. Debiendo poseer todos los tipos y caracteres que subsisten en la Tierra, Utopía tiene también sus templos y sus sacerdotes, sus actrices y su vino, pero la Regla prohíbe a los samurais la religión fastuosa, con sus altares, su incienso y sus órganos, corno les prohíbe el amor de las mujeres alegres o los consuelos del alcohol. Respecto a cosas inferiores a la religión pero que pretenden anexionársela, respecto a las cosmogonías, las filosofías, las creencias y las fórmulas, guardan el samurai y el *Libro del Samurai,* una actitud de desconfianza. Todo forma parte, para el samurai, de las debilidades que el hombre se permite antes de someterse a la Regla; son las primeras satisfacciones del joven, las experiencias sobre las cuales se basan las renunciaciones. El samurai ha alcanzado un nivel superior al de estas cosas.

La teología de los gobernantes utópicos está impregnada de la filosofía de lo único, de ese antagonismo respecto a todo cuanto excede de las semejanzas y de los paralelismos prácticos de que están saturadas sus instituciones. Han analizado hasta desmenuzarlas las mentiras y las hipótesis que se interponen entre Unidad y Número y que han turbado la filosofía desde que la filosofía existe. Los gobernantes utópicos han evitado la engañosa unificación de las especies, según su definición específica, ilusión que ha dominado y falseado el razonamiento terrestre, e incluso han escapado a esa engañadora simplificación de Dios que vicia toda la teología terrestre. Piensan que la divinidad es compleja y con infinita variedad de aspectos; ninguna fórmula general los expresa y de ella no puede darse ninguna prueba uniforme. Así como la lengua de Utopía es una síntesis, también es una síntesis su Divinidad. El aspecto de Dios difiere según la medida de la individualidad de cada uno, y la calidad íntima de la religión debe hallarse, por tanto, en la soledad humana, entre el hombre y la Divinidad a solas. La religión es, en esencia, una relación entre la Divinidad y el hombre; se considera como una perversión la relación entre el hombre y el hombre, y se cree que no se llega hasta Dios por la intervención de un sacerdote, como no se ama a la mujer por conducto de un intermediario. Pero, así como el enamorado refina la interpretación de sus sentimientos y se apropia la expresión de los poemas y de la música de los hombres poliéticos, de igual manera puede el individuo leer los libros de devoción que le agraden o escuchar música que se compagine con sus sentimientos incoactivos o iniciales. Por consiguiente, son muchos los samurais que adoptan regímenes particulares favorables a su vida religiosa secreta, que oran habitualmente, que leen libros de devoción, sin que la regla se inmiscuya para nada en estos asuntos privados.

El Dios de los samurais es desde luego un Dios transcendental y místico. En la misma medida que los samurais trabajan en común para la dirección del Estado y para el mantenimiento del orden y del progreso en el mundo, así rinden en conjunto culto a la Divinidad, ya por su esfuerzo y sus actos públicos, ya con su disciplina y su abnegación. Pero el origen de las causas que les mueven a obrar reside en la vida individual, en la meditación silenciosa y deliberada, y a ello induce la más extraordinaria de las reglas de la orden. Durante siete días consecutivos, cuando menos, . cada año, todo adherido a la orden, hombre o mujer, ha de abandonar su vida ordinaria y recluirse en un lugar solitario y silvestre, donde no ha de hablar con nadie, ni tener relación alguna con la humanidad. Los samurais parten sin libros, sin

armas, sin papel, ni tinta, ni dinero. Se proveen sólo de los alimentos necesarios para el viaje y de una manta para dormir sobre el suelo; no se les consiente llevar elementos con que encender fuego. Se les permite, en cambio, que previamente se informen de las dificultades y peligros del viaje, así como consultar los mapas antes de emprender la marcha, pero no pueden tomar notas para utilizarlas durante el camino. Se les ordena también el prescindir de los caminos conocidos y apartarse de todo lugar habitado, reposando sólo en los lugares más serenos de las regiones del globo que les son demarcadas.

Esta disciplina -me dice mi doble- se inventó para producir en los samurais una cierta soledad de corazón y de cuerpo, impidiéndose así la invasión de la orden por individuos timoratos o excesivamente plácidos. Antes de atenernos a esa disciplina, se utilizaron otros medios tales como ciertas pruebas que parecían torturas, asaltos de esgrima, ascensiones vertiginosas, etc. El objetivo de la prescripción es, en parte, el asegurar el entrenamiento del cuerpo y el alma, y, en parte también, el de apartar momentáneamente al samurai de los detalles acaparadores de la existencia, de los debates complicados, de los esfuerzos excesivos de labor, de los disgustos y afecciones personales, del exceso de fatiga en fin. Necesitan irse, renunciar temporalmente al mundo.

Para estas peregrinaciones anuales se destinan vastos espacios separados de los terrenos explotados. Así, en Asia y en Africa se reservan millares de kilómetros cuadrados en el desierto, la mayor parte de las regiones árticas, inmensos parajes montañosos, arenales incultos, helados o pantanosos; los bosques y los numerosos mares no frecuentados se destinan también al mismo objeto. En estas comarcas hay caminos penosos y llenos de peligros; otros parajes están absolutamente desolados, y ciertas rutas marítimas pueden seguirse en tiempo sereno como si se bogase a través de un sueño. El samurai ha de lanzarse a la mar en un pequeño barco de vela sin puente; en tiempo de calma ha de navegar a remo; los viajes terrestres los realiza a pie, y sin ayuda de ninguna clase. En los límites de estas regiones desiertas y a lo largo de las costas hay pequeñas oficinas donde el samurai se despide del mundo y a las que vuelve cuando ha transcurrido su plazo mínimo de silencio. Durante el intervalo entre la ida y la vuelta vive solo, falto de todo, nada más que en contacto con la naturaleza y con sus propios pensamientos.

-Y ¿eso es bueno? -pregunto.

-Es bueno -afirma mi doble-; nosotros, los civilizados, tornamos así a nuestra madre original, la naturaleza, que muchos de nosotros olvidaríamos si no nos lo impidiese la Regla. Y se piensa... Apenas hace quince días que he realizado yo mi viaje anual. Metido en mi barca, fui por mar hasta Tromso; allí escogí mi punto de partida, y, provisto de mi manta y de mi hacha contra el hielo, me extrañé, me despedí del mundo. He franqueado cuatro glaciares, he escalado tres pasos difíciles de altas montañas y he dormido sobre el musgo en desoladores valles. No he visto ser humano durante siete días. Después descendí por entre bosques de pinos hasta una carretera que conducía a la costa del Báltico. Pasaron trece días antes de que, de vuelta ya en la oficina de que partiera, reanudara el contacto con mis semejantes.

-¿Y las mujeres hacen lo mismo?

-Las verdaderas samurais, sí; tienen las mismas obligaciones que los hombres, a menos que se oponga a ello su embarazo.

Le pregunto qué impresiones había experimentado y cuáles habían sido sus pensares durante su período de aislamiento.

-Al comenzar el viaje y abandonar el mundo -dice- experimento siempre como una sensación de esfuerzo; vuelvo la cabeza frecuentemente o me subo a la más próxima altura para dirigir una mirada hacia la oficina de partida. El primer día y la primera noche me tienta el deseo de eludir el compromiso... Todos los años me ocurre lo mismo... Me siento dispuesto a desembarazarme de la mochila que pesa sobre mi espalda, a examinar su contenido y a asegurarme de que mi equipo está completo.

-¿No hay peligro de que otro samurai le atrape en esa ocupación?

-De la misma oficina y por el mismo camino no pueden partir dos hombres, sino con un intervalo de seis horas. Si se alcanzan, ambos deben evitarse mutuamente, sin hacer manifestación alguna, a menos que uno de ellos se halle en peligro de muerte. Todo esto se ha previsto.

-Y, en efecto, es preciso preverlo. Ahora cuénteme usted su viaje.

-Yo temo la noche y me horrorizan las incomodidades y el mal tiempo. Sólo comienzo a cobrar ánimos el segundo día de viaje.

-¿No le atosiga constantemente el miedo a extraviarse?

-No. Hay hitos y otras señales indicadoras; sin esto la falta de mapas nos mantendría en sempiterna inquietud. Hasta el segundo día no me repongo, no me siento dueño de mí mismo, pero entonces me creo ya con fuerzas para llegar hasta el fin.

-¿Y luego?

-¡Bah! Las vacilaciones desaparecen. Los dos primeros días se sufren aún algunos pequeños incidentes de camino, las preocupaciones de negocios y de trabajos atormentan un poco el espíritu, pero pronto se deja sentir el efecto del paisaje. Duermo poco de noche durante estas peregrinaciones. Casi siempre descanso con los ojos abiertos, contemplando las estrellas; al llegar la aurora y el sol de la mañana naciente, dormito un poco. Durante este último viaje las noches han sido muy cortas y no más oscuras que el crepúsculo. Sobre el horizonte que envolvía el mundo he visto sin cesar el esplendor del sol, y eso que escogí para ponerme en camino la luna nueva, a fin de poder disfrutar de la vista de las estrellas... Hace años me aventuré por el este del Nilo, a través del desierto ubico, y en los últimos días de aquel viaje la vista de las estrellas casi me arrancaba lágrimas. El tercer día de marcha es cuando realmente se nota la sensación de soledad, cuando uno se ve en medio de una centelleante llanura de nieve en la que nada trae a la memoria el recuerdo de la humanidad, nada, salvo un punto lejano, junto al cielo, sobre la arista del horizonte, un diminuto triángulo de hierro pintado de rojo. Todo ese mundo atareado que ha realizado tantos trabajos y tantas maravillas, y que, no obstante, es tan poca cosa, se contempla allí tal y cómo es, y ¡tan lejano!... Se camina hasta el atardecer y al entrar la noche puede uno imaginarse que se halla en otro planeta. Entonces, en aquellas horas de ensoñación, se piensa en uno mismo, en las grandes cosas exteriores, en el espacio, en la eternidad, en lo que la Divinidad significa.

Permanece un instante como si soñara.

-¿Piensa usted en la muerte? -inquiero.

-No en la mía; pero cuando recorro los hielos o los lugares desolados, pues generalmente mi peregrinación se dirige hacia el norte o hacia las montañas, pienso mucho en la Noche de este Mundo, en el tiempo en que nuestro sol será rojo y triste y en que el aire y el agua formarán sólo un común desierto de hielo allí mismo donde hoy se yerguen los bosques tropicales. He reflexionado mucho sobre este asunto y me pregunto si Dios quiere, en verdad, que perezca nuestra raza y que las ciudades que hemos edificado, los libros que hemos escrito, todos los objetos a los que hemos dado sustancia y forma yazgan bajo las nieves.

-Usted no cree eso, ¿verdad?

-No; pero, ¿y si me equivocase? He caminado entre derrumbaderos y precipicios pensando en lo mismo, en esa alternativa, con la imaginación sobreexcitada e impotente. No obstante, en aquellas alturas y en aquella soledad se apodera de uno cierta exaltación... Recuerdo que una noche me levanté repentinamente y apostrofé a esas pícaras estrellas, que, después de todo, no han de escapársenos.

Mi doble me dirige una mirada en la que se refleja su incertidumbre de que yo le haya comprendido.

-En aquel aislamiento -prosigue- uno se convierte en una personificación. Uno se transforma en embajador de la humanidad cerca de los mundos exteriores.

»Sobra el tiempo para pensar en una infinidad de cosas. Pesa uno sus ambiciones y hasta uno mismo se pesa en una balanza nueva.

»Además, hay horas en las que uno se contenta con explorar el desierto como un chiquillo. A veces se advierte desde el borde de un precipicio y a lo lejos una extensión plana, se ven las casas y los caminos y se recuerda entonces el mundo que vive y que bulle. Entonces vuelve uno sobre sus pasos y sigue cualquier pendiente, cualquier garganta que le aleja de la visión. Se penetra quizás en un bosque de pinos en el que se percibe el fantástico crujir de las ramas bajo las pezuñas de los renos y, a veces, se distingue en la lejanía algún pastor que le avizora a uno y que finge no mirarle al reparar en el vestido de peregrino...

»Al salir de aquellas soledades y volver al mundo experimento la misma rara aversión que siento al abandonarlo. Recuerdo entonces los caminos polvorientos, los calientes valles, los ojos de todas las gentes que me observaron, y pienso en el aburrimiento del trabajo con los colegas y los adversarios... En este último viaje me excedí del plazo mínimo y acampé durante seis días en un bosque de pinos. Más tarde mis ideas se relacionaron con mis trabajos, con mi obra, el deseo de reanudar ésta se apoderó de mí, y, entonces, me reintegré al mundo. Volvemos así físicamente limpios como si nuestras arterias y nuestras venas hubieran sido lavadas y.. lavado también nuestro cerebro. Aun volveré a las montañas hasta que sea viejo; luego navegaré a la vela en la Polinesia. Esto último es lo que hacen gran número de ancianos. Todavía el año pasado uno de los grandes jefes de los samurais, viejo de barba y cabellos blancos, con sus ciento once años a cuestas, continuaba cumpliendo la Regla; se le encontró muerto en su barca, orientada hacia el sur, lejos de toda tierra, yaciendo en la embarcación como un niño dormido en su cuna...

-Eso es preferible -digo yo- a morir en un lecho revuelto, mientras un doctor juvenil se empeña en galvanizarnos con inyecciones y en tanto que toda suerte de gentes molestas mariposean a nuestro alrededor.

-Sí -replica mi doble-, morimos mejor en Utopía, singularmente nosotros, los samurais... ¿Acaso los grandes personajes terrestres mueren como usted dice?...

De pronto me parece muy extraño que en este instante, mientras conversamos tranquilamente sentados, en los mares desiertos, en los arenales ardientes, bajo las verdes naves de los bosques, sobre las cimas más elevadas e inhabitadas del mundo, más allá de los límites a que alcanzan los caminos y las moradas, hombres y mujeres solitarios, desterrados, resueltos y firmes, naveguen, caminen, escalen. Están solos en desiertos de hielo, sobre las riberas abruptas de ríos mugidores, en las cavernas monstruosas, gobernando su barca en el pequeño círculo cerrado por el horizonte, en medio de las olas que los balancean sin cesar; y todos, a su manera, comunican con la nada, con los espacios y los silencios enigmáticos, con los vientos, los torrentes y todas las fuerzas brutales esparcidas en la vida ordenada de los mortales.

Veo ahora claramente algo que no había advertido antes en la actitud y en el rostro de estos bravos adalides de la caballería utópica; un inmutable apartamiento de las prisas y de la fiebre de lo inmediato, de las gracias y de las delicias menudas, de las tensiones y de las excitaciones del mundo cotidiano. Me complazco en representarme esa intrépida peregrinación anual en la soledad y me imagino cómo los hombres se acercan a las alturas de la Divinidad durante ese aislamiento.

8

Recuerdo que, después de lo descrito, hablamos de la disciplina de la Regla y de los Tribunales que juzgan las infracciones e interpretan los casos dudosos, pues aun cuando un hombre pueda dimitir, previa notificación, y goce de la facultad de reingresar, después de cierto tiempo, un desmán premeditado puede determinar la exclusión definitiva. Hablamos también del cuerpo de jurisprudencia que se ha formado en virtud de esos procesos y del Consejo trianual que revisa y modifica la Regla. Luego pasamos al examen de la Constitución general de este Estado Mundial. Todo el poder político pertenece de hecho a los samurais. No sólo son los únicos administradores, legistas, médicos y funcionarios públicos de casi todas las categorías, sino que se reservan para sí el derecho de voto. Sin embargo, por una curiosa excepción, forman parte de la asamblea legislativa suprema, en una proporción no inferior a la décima parte del total ni mayor de la mitad de éste, representantes no adheridos a la orden, porque se juzga que del vicio y la indisciplina se desprende una especie de sabiduría necesaria para el perfecto funcionamiento de la vida. Mi semejante utópico me cita con este motivo un artículo del Canon, que mi deplorable memoria no ha retenido, el cual es a modo de una plegaria para que el mundo se libre de los «hombres no fermentados». Parece que aquí se preocupan poco de la idea, tan cara a Aristóteles, del gobierno rotativo, una idea que reaparece en la Océana de Harrington, esa primera Utopía «del pueblo soberano» (obra inglesa que, leída por Danton, jugó un papel tan desastroso en la Revolución Francesa), poco apreciada en Utopía. El fin que aquí se persigue es el de garantizar a los individuos calificados las funciones prácticamente permanentes. Es verdad que cada gobernante o funcionario sufre cada tres años un examen de sus actos ante un jurado elegido a la suerte y según la importancia del personaje, ya entre los samurais de su distrito municipal, ya entre los individuos que figuran en la lista general de samurais. Este jurado se ciñe a decidir si el examinado debe continuar ejerciendo sus funciones o si

conviene proceder a una nueva elección. En la mayoría de los casos, el veredicto emitido aboga por la continuación. Pero en el caso contrario, el funcionario puede presentarse como candidato ante el nuevo tribunal que haya de proveer la vacante...

Mi doble menciona algunas características especiales de los métodos electorales, pero como estoy convencido de que aún tendremos ocasión de cambiar nuevas impresiones, no insisto sobre este punto. Realmente me tiene preocupado y acapara mi atención el problema religioso. La religión de los samurais me satisface y me seduce vivamente... Me esfuerzo, sin embargo, para escuchar lo que dice mi doble, hasta que, de pronto, le pregunto sobre las complicaciones a que dan lugar en la Utopía moderna las diferencias que separan las razas de los hombres... Pero el fondo de este tema se tratará en capítulo aparte. Finalmente hablamos algo más sobre los detalles de esa gran Regla de Vida que ha de observar escrupulosamente todo hombre que pretenda pertenecer a la orden de los samurais.

Recuerdo que después de nuestra tercera charla regresé a pie por las calles del Londres utópico para reunirme a mi botánico en el hotel.

Mi doble habitaba en un departamento del vasto edificio situado, por lo que pude juzgar, sobre el emplazamiento en que se acurruca actualmente la Tate Gallery. Como el día era espléndido y no tenía yo razón alguna para darme prisa, fui caminando no por la vía mecánica cubierta, sino por las largas terrazas plantadas de árboles, que se extendían a lo largo del río.

Era a mediodía y el caliente sol iluminaba un Thames Valley gracioso y riente. Gran número de gentes iban y venían sin prisa, pero no sin objeto, y yo las contemplaba con tanta atención que, si me pidiesen ustedes los detalles más elementales de los edificios, las terrazas de las márgenes del río, los campanarios, las torres y los parapetos, no sabría describírselos. En cambio les diré no poco respecto a los viandantes.

Los utópicos no usan vestiduras negras y, a pesar de lo corriente que es ver en las calles de Londres el uniforme de los samurais, se recibe la impresión de que la población se viste con telas de colores alegres. No se ve persona alguna que ostensiblemente sea sucia o harapienta; la policía encargada de proporcionar los informes que se le pidan y mantener el buen orden, vela también para que no circulen aquellas personas, de modo que tropezar con gente mal vestida o con la ropa destrozada es sumamente raro. Esta policía de que hablamos nada tiene que ver con la organización encargada de perseguir a los malhechores. Los utópicos que prefieren destinar su dinero a otras cosas y no se preocupan mucho del vestido, llevan traje de paño grueso, de color marrón o verde oscuro, sobre ropas interiores de fina lana, y así disfrutan de un confort decente bajo la forma más sencilla. Otros, no adheridos a la Regla de los samurais, combinan en su vestimenta todos los colores del espectro solar y emplean toda clase de tejidos. Los matices empleados por los tintoreros utópicos me parecen más cálidos y más puros que los que se logran en la Tierra, y la delicadeza de los pliegues de los tejidos de lana atestiguan que las artes de la Bradford utópica no ceden en nada a las de su rival terrestre. El blanco predomina; las túnicas y las ropas de lana blanca abundan, ostentándose en ellos dibujos trazados con cintas de tonos brillantes. Muchas veces imitan estos vestidos el corte y los ornamentos de púrpura que caracterizan el vestido del samurais. En el Londres de Utopía el aire es tan puro como en las altas montañas y menos polvoriento; las calles ofrecen una superficie bien nivelada; toda la calefacción se efectúa por electricidad y no entra en la ciudad carbón alguno; no se ven caballos ni perros. Por eso han

desaparecido las humaredas y las basuras que hacían imposible la limpieza y el color blanco.

El prestigio del uniforme del samurai contribuye a conservar la sencillez en el vestido, sencillez que subraya, por decirlo así, la impresión que producen la salud vigorosa de las gentes y sus cuerpos de bellas proporciones. Todo el mundo está bien nutrido y bien desarrollado, todo el mundo presenta buen aspecto y camina alegremente, con esa mirada viva que nace de la pureza de la sangre. En Londres terrestre me considero como un hombre de talla y corpulencia medianas, aquí me veo pequeño y de aspecto mísero. En Utopía no hay las espaldas corcobadas o jibosas, los pies hinchados, las piernas desiguales, los miembros estropeados o disformes que las multitudes de Londres exhiben a la vista; tampoco se ven rostros descoloridos, amarillos, abotargados o irregulares, ni los movimientos nerviosos, las toses que denuncian las malas costumbres y la existencia de una profesión médica incompetente o desdeñada. He visto aquí pocos viejos; en cambio es muy grande la proporción de los hombres y mujeres en la fuerza de la edad. Esto me da que pensar.

Aquí he visto, y me ha llamado la atención por lo raro del caso, dos o tres individuos obesos; pero ¿viejos arrugados... cráneos calvos...?... ninguno.

Los utópicos han recurrido a una ciencia fisiológica más perfeccionada que la nuestra para coordinar su régimen de vida y de alimentación. Esas gentes saben mejor que nosotros qué es preciso hacer y qué se debe evitar, cómo prever y prevenir la enfermedad amenazante y cómo eludir y suprimir los sutiles venenos que emanan de las sensaciones. Han hecho retroceder los años de decrepitud. Guardan todos sus dientes, su tubo digestivo funciona hasta el último momento; desconocen la gota y los reumatismos, las neuralgias y la influencia y todos los destrozos análogos que encorvan y arrugan a hombres y mujeres desde la mitad de su existencia. Han extendido el término de la edad viril hasta los setenta años, y, la vejez, cuando sobreviene, llega fácil y pronta. Las prisas febriles de nuestro globo, la debilidad que comienza antes de que el crecimiento acabe, están reemplazadas aquí por una madurez soberbia y prolongada. Esta Utopía moderna es un planeta adulto. Las embriagueces románticas, los erotismos omnipotentes, las incertidumbres amorosas de un mundo en el cual prevalece la juventud, ceden aquí el puesto a la reflexión madura, a la emoción más plena y más poderosa, a un manejo más amplio de la vida.

Sin embargo, en Utopía también hay juventud.

Entre los hombres de rostros afinados y embellecidos por el pensamiento y por los hábitos disciplinados, entre las mujeres de plácidas miradas, pasa la juventud con sus colores brillantes y alegres, con la salud exuberante, con sus caras gozosas e impacientes...

Para todos los que en Utopía poseen aptitudes, el estudio y la educación duran hasta los veinte años; luego sucede un período de viajes que dura un año, pero es frecuente que muchos jóvenes prolonguen sus estudios hasta los veinticuatro o veinticinco años. En cierto sentido, se es aquí estudiante toda la vida, pero se entiende que si el individuo que ha cumplido los veinte años no empieza a obrar de una manera responsable, esto es, por su iniciativa, ha sufrido en su voluntad una atrofia parcial. De todas maneras, la plenitud de la vida adulta no se alcanza hasta los treinta años. Los hombres se casan antes de los treinta y cinco años y las mujeres más pronto aún, pero es caso raro que una mujer sea madre antes de los veinticinco años. Entre los diecisiete y los treinta y cinco, los utópicos adquieren su experiencia amoro-

sa; los juegos y las sobreexcitaciones del amor integran el principal interés de su vida en esa época. Se les concede una gran libertad de obrar, a fin de que su voluntad se desarrolle sin obstáculos. La mayor parte de ellos acaban por contraer una unión y el amor cede entonces el paso a un interés especial y más duradero, aunque hay amores entre hombres de edad avanzada y jovencitas, como también entre jóvenes y mujeres maduras. En esos años bellos y hermosos de la vida es cuando los utópicos se permiten vestir caprichosamente, manifestando en los adornos y en el color de las ropas los caprichos y la fantasía de la juventud.

Los rostros desfilan ante mí, sucediéndose los unos a los otros. He aquí una pequeña judía, morena, de labios rojos, de ropas de un tinte ambarino, ornando sus cabellos; de un negro mate, con una flor carmesí de la que no puede decirse si es real o artificial; pasa junto a mí con inconsciente desdén. Mi curiosidad atisba luego a una joven alta, de ojos azules, de franca sonrisa, de tez sonrosada, vestida como una Rosalinda de teatro y que habla risueñamente con un joven acabado de admitir en la orden. Luego me fijo en una matrona de rojos cabellos, una adherida a la Regla Inferior, vestida con un traje verde, adornado con cintas de un verde más oscuro; lleva de la mano a sus dos niños despeinados, con las piernas desnudas y apenas calzados los pies. Un hombre grave, envuelto en amplia hopalanda con vueltas de piel, un mercader quizá, discute algo importante con un empleado que ostenta una túnica blanca. El rostro del empleado me intriga...; me acerco a él y observo su cabellera rala, de un negro azulado. Debe ser un chino...

Dos hombres que usan barba corta y visten con negligencia un traje azul índico, ríen convulsivamente; estos individuos no pertenecen a la orden y practican quizás un arte cualquiera. Más lejos distingo a un samurai que sostiene una graciosa disputa con una chiquita de unos ocho años, vestida de azul.

-Pero *podías* haber regresado ayer, papá -insistía ella.

Él tiene un rostro bronceado; de repente me acude a la imaginación el recuerdo del desierto de hielo, a la caída de la noche, y de un mísero ser solitario bajo las estrellas.

Cuando fijo de nuevo la atención en el cambiante cuadro, veo a un joven negro, con aire digno y saludable, ataviado con un vestido azul-púrpura y plata, de un irreprochable corte.

Recuerdo entonces lo que mi doble me ha dicho acerca de las razas.

CAPÍTULO DÉCIMO

LAS RAZAS EN UTOPIA

1

Fuera de la esfera de las necesidades y de los apetitos elementales, nuestra alma oscila perpetuamente movida por dos impulsos contradictorios: el deseo de afirmar las diferencias personales, de distinguirse, y el miedo al aislamiento. El individuo

pretende destacarse de la masa, pero sin alejarse mucho de ella, y, al propio tiempo, quiere confundirse en un grupo, en una aglomeración, pero no del todo. Hasta en las menores cosas de la vida se aprecian esas alternativas. El hombre sigue la moda, pero se irrita contra el modelo impuesto. Esta disposición a crear o a imaginar agrupaciones forma parte de la incurable naturaleza humana; es ésta una de las grandes fuerzas naturales que el hombre de Estado debe utilizar y a las cuales ha de contener con fuertes diques. El estudio de las agrupaciones y de las ideas que las provocan, ideas alrededor de las cuales se enlazan las simpatías de los hombres y sobre las cuales éstos basan mucho de su conducta y de su política personal; tal es la definición más legítima de la sociología.

La clase de agrupación a la cual los humanos se adhieren está determinada de un lado por la fuerza y la idiosincrasia de la imaginación personal, y, de otro, por la nube de ideas que flota en el aire en determinado momento. Los individuos varían mucho en las disposiciones innatas o adquiridas hacia tal o cual clase de agrupación en la que se encasillan socialmente. La referencia social «natural» del hombre aspira probablemente a relacionarse con cualquier tribu vagamente concebida, como la referencia del perro a la jauría. Sin embargo, así como esta relación social del perro puede ser reemplazada, mediante la educación, por la relación con un amo, asimismo, en un plano más elevado de educación, la relación social del ser civilizado sufre las más notables transformaciones. Pero la potencia y el alcance de la imaginación y la necesidad de ser pagado en igual forma, imponen límites a este proceso. Un espíritu maduro muy intelectualizado *puede,* en cuanto a sus vínculos, referirse muy lógicamente a la idea de un ser superior tan lejano e indefinible como Dios, tan vasto como la unidad y tan extenso como el fin de las cosas. Escribo *puede,* pero dudo de que esa exaltación de potencia sea sostenida de una manera permanente. Comte, en su Política positiva, exhibe su alma con una gran libertad, y el lector curioso notará como, pretendiendo hondamente referirse siempre a la Humanidad, su Ser más grande, insiste sin cesar en su proyecto de República Occidental, compuesta de hombres civilizados, que muchas veces se reduce a su grupo de suscriptores positivistas. La historia de la Iglesia cristiana con sus órdenes y sus cultos, sus sectas y sus disidentes, la historia de la sociedad aristocrática con sus camarillas y cenáculos, todas las historias políticas con sus cábalas y sus consejos secretos, atestiguan la lucha que se perpetua en los espíritus de los hombres deseosos de sumarse a una masa más grande que ellos mismos, pero sin que esa masa exceda a su imaginación ni escape a su empuje.

El hombre de Estado ha de reconocer a veces en sí mismo y en los demás esa insuficiencia de comprensión y la necesidad de agregaciones reales o imaginarias para mantener a los ciudadanos en un servicio práctico para el orden del mundo. Debe ser sociólogo; necesita estudiar la ciencia de las agregaciones en su relación con el Estado Mundial, hacia el cual le encaminan su razón y su maduro pensamiento; debe contribuir al desarrollo de las ideas agregativas que favorecen el proceso civilizador, y debe poner de su parte cuanto pueda para provocar la desintegración de las agrupaciones y para que se esfumen las ideas aglutinantes que infunden en los hombres los exclusivistas y les previenen irracionalmente a los unos respecto de los otros.

Sabrá, naturalmente, que pocas gentes son lógicas en esta materia, que el mismo individuo, en disposiciones y circunstancias diversas, es capaz de referirse con perfecta buena fe a seres no sólo más grandes y diferentes, sino hasta contradictorios, y que, desde el punto de vista del fundador del Estado, lo más importante en una idea

agregativa es no tanto lo que ésta encierra explícitamente, sino lo que expele implícitamente. El hombre natural no se da cuenta en manera alguna de que él se agrega, menos cuando lo hace contra alguna cosa. El se refiere a la tribu, es leal hacia la tribu, y como consecuencia inseparable de ello, teme o detesta todo aquello que está fuera de la tribu. La tribu es siempre defensivamente hostil cuando menos, y casi siempre activamente hostil hacia la humanidad que permanece fuera de la agregación. Cuando pensamos en la clase A como agradable, pensamos en la No-A como desagradable. Las dos cosas son tan inevitablemente conexas como los tendones de nuestras manos, los cuales si bajamos el dedo pequeño hacia la palma de la mano arrastran también el cuarto dedo, queramos o no. Puede notarse, además, que los dioses realmente activos, los dioses a los que se adora emocionalmente, son los dioses de tribus, los dioses locales; y toda tentativa de universalizar la idea de Dios, acarrea en seguida el dualismo y el diablo como necesidad moral.

Cuando examinamos, en lo que permite el estado informe de la sociología terrestre, las ideas aglutinantes que parecen satisfacer a los hombres, constatamos un desorden, un verdadero embrollo en los espíritus de casi todos nuestros contemporáneos civilizados. Así, por ejemplo, toda clase de ideas agregativas o aglutinantes van y viene sobre las superficies camaleónicas del espíritu de mi botánico. Él experimenta una viva simpatía por los botánicos sistemáticos, por oposición a los que se entregan a la psicología vegetal, a los que considera, en este aspecto, como individuos abominables y malhechores; sin embargo, concede una viva simpatía a todos los botánicos, incluso a los biólogos, por oposición a los físicos y a los que profesan las ciencias exactas, a quienes aprecia, en este aspecto, como obtusos, mecánicos y asquerosos pícaros; más aún, él siente una viva simpatía hacia cuantos cultivan las que se llaman Ciencias, por oposición a los psicólogos, sociólogos, filósofos y literatos a los que él estima, en este aspecto, como malandrines embrutecidos, desequilibrados e inmorales; quizás experimenta también una viva simpatía hacia todas las gentes ilustradas, por oposición al obrero, al que considera, en este aspecto, como un criminal embustero, perezoso, borracho y ladrón. Pero tan pronto como este trabajador queda comprendido en el número de los individuos que se denominan ingleses (se cuentan también entre éstos los escoceses y los galeses), le tiene por superior a toda especie de europeos, a los que él considera como... etcétera, etcétera.

Se llega, pues, a advertir en todas estas ideas aglutinantes y en esa distribución de simpatías, uno de los vicios principales del pensamiento humano, obsesionado por las sugestiones clasificadoras.[35] La necesidad de delimitar las clases entraña una tendencia hacia los contrastes falsos y excesivos, y jamás inventamos un término al que no atestemos de implicaciones que exceden de su contenido legítimo. En este sentido no hay inconsecuencia que no cometan las gentes; no hay clase, por accidental que sea, a la que no se atribuyan inmediatamente cualidades profundamente distintivas. Los séptimos hijos de séptimos hijos poseerán facultades notables de agudeza; las gentes que tengan las orejas de cierta forma, cometerán hechos violentos; las gentes con cabellos rojos tendrán almas de fuego; todos los socialistas demócratas son personas de confianza; todas las gentes nacidas en Irlanda disfrutan de una imaginación muy viva; y todos los ingleses son patosos, todos los indios son traidores y embusteros, todas las gentes de cabello rizado son de buen natural, todos los jorobados son enérgicos y perversos y todos los franceses se alimentan de ranas. Tan

[35] Véase capítulo primero, 5, y el Apéndice.

estúpidas generalizaciones han sido admitidas con el mayor agrado, y buena cantidad de personas sensatas y respetables han obrado según esas generalizaciones. Cuando una clase es la nuestra y expresa una de las agregaciones a las cuales referimos nuestras actividades, la predisposición a admirar en esa clase y en sus sucedáneas toda buena cualidad y toda discusión se convierte en irresistible.

La educación del filósofo le obliga a acoger con mirada suspicaz semejantes generalizaciones; es indispensable al utopista y el hombre de Estado (y todos los verdaderos hombre de Estado son utopistas) mezclar a la suspicacia cierta dosis de algo parecido a la animosidad, pues las clasificaciones groseras y las generalizaciones falsas son la calamidad de toda vida humana organizada.

2

Aparte de las clases, los camarillas, los grupos, las castas y las menudas agregaciones de este género, que en su mayor parte se relacionan con detalles y aspectos inferiores de la vida, se hallan entre los pueblos civilizados grandes tipos de la idea aglutinante. Se destacan en primer lugar las ideas nacionales que, para cumplirse bien, exigen una uniformidad de tipo físico y mental, un idioma común, una religión común, un estilo especial de vestir, de ornamentación y de pensamiento, y una organización compacta accionando con una unidad exterior completa. Como la catedral gótica, la idea nacional nunca aparece completa en todas sus partes; sin embargo, Rusia, con su ortodoxia política y religiosa, presentaba algo muy semejante; también la China, en cuyas provincias interiores un modelo insólito de sombrero despierta la hostilidad, es un ejemplo. En Inglaterra, bajo los primeros Jorges, animaba la misma idea a los que lucharon por la Iglesia nacional. La noción de la naturaleza fundamental de la nacionalidad está tan amalgamada con el pensamiento y todas sus habituales exageraciones, que nadie se ríe cuando se habla de pintura escandinava o de literatura norteamericana. Yo confieso que mi propio alejamiento de esas ilusiones es tan imperfecto y tan fugaz que, en un pasaje precedente, he llegado a afirmar el carácter excepcionalmente noble de la imaginación inglesa.[36] Me complazco en las halagadoras «contraverdades» relativas a la superioridad inglesa, falsedades que reprobaría con indignación si no se me hiciese una aplicación brutalmente personal de ellas; siempre estoy dispuesto a creer que los paisajes de Inglaterra, la poesía de Inglaterra, las artes suntuarias y la música de Inglaterra son de una especie mística e inatacable, los mejores, en fin. Esta costumbre de intensificar todas las definiciones de clase; y singularmente en aquellas que se miran con cierto interés personal, es innata en la constitución misma del espíritu del hombre, es un defecto del instrumento. Podemos vigilar esta costumbre e impedir que cometa graves injusticias o que nos arrastre a locuras, pero arrancarla de raíz es asunto muy distinto. Permanece en nosotros como el cóccix, la glándula pineal y el apéndice vermiforme, y hay que contar con ella. Un serio ataque contra ella puede producir sólo su inversión, esto es, una admiración de todo lo que es extranjero, actitud Igualmente irrazonable.

La segunda especie de ideas agregativas o aglutinantes que traspasan las fronteras de las ideas nacionales y hasta en pugna con éstas, es la de las ideas religiosas. En Europa occidental, las ideas verdaderamente nacionales no alcanzaron su vigor

[36] Véase capítulo séptimo, 6.

presente sino después que el choque de la Reforma libró a los hombres de la gran tradición de una cristiandad de lengua latina, tradición que la iglesia católica romana ha escogido, para reconstruir bajo la autoridad del *pontifex maximus* el antiguo imperialismo latino. Hubo siempre, y existe aún en la tradición católica romana, un profundo desdén hacia los dialectos locales y las razas, lo que ha hecho de esta Iglesia un elemento disgregante de la vida nacional. La religión de lengua árabe, instituida por Mahoma, es indiferente a los pueblos y las lenguas. La Cristiandad y el Islam son en realidad, cada uno por su cuenta, realizaciones imperfectas de un Estado Mundial utópico. El lado secular fue el lado débil de sus cultos; no han producido ningún hombre de Estado suficientemente grande para emplear sus fuerzas espirituales, y no es en la Roma pontificia ni en el Munster de los anabaptistas, sino en Tomás, en Kempis y en la Ciudad de Dios de san Agustín, donde hay que buscar las utopías del cristianismo.

Un nuevo desarrollo de las fuerzas materiales y especialmente de los medios de comunicación, ha contribuido mucho en estos últimos años a romper los aislamiento en que las nacionalidades perfeccionaban sus prejuicios. Esta rotura ha facilitado la extensión y la consolidación de la cultura universal que el Islam y la Cristiandad medieval habían previsto. El primer resultado de esos movimientos se ha señalado en el mundo del espíritu por una expansión de las concepciones políticas -la República Occidental de Comte (1848), es la primera Utopía que entraña la síntesis de numerosos estados-, por el desenvolvimiento de «Imperialismos» en vez de políticas nacionales y por la investigación, en las tradiciones de raza y en las afinidades lingüísticas, de una base de unión política más amplia. El anglosajonismo, el pangermanismo, y otras doctrinas de este género son ideas sintéticas. Hasta la década de 1880, la tendencia general del pensamiento progresivo corría pareja con la antigua tradición cristiana que prescindía de la «raza»; y el objeto que perseguía este hondo movimiento liberal, en lo que tenía de objetivo concreto, era el de europeizar el mundo, conceder franquicia a los negros, poner pantalones a los polinesios y enseñar a miles de almas de la India a apreciar las cadencias perfectas de *La dama del lago.* Siempre se mezcla algún absurdo con la grandeza humana, y el hecho de que los súbditos de Victoria estimasen a Walter Scott, el derecho al voto y los pantalones como los bienes supremos de la existencia, no debe hacernos perder de vista la nobleza real de la misión que soñaban para Inglaterra...

Nuestra generación ha visto levantarse contra ese universalismo una mugidora ola de reacción. Los grandes movimientos intelectuales que irradian de la obra de Darwin han acabado por coincidir en que la vida es una lucha entre los tipos inferiores y los tipos superiores; han impuesto la idea de que los valores específicos de supervivencia tienen un significado primordial en el desarrollo del mundo; y multitud de inteligencias inferiores han aplicado a los problemas humanos versiones complicadas y exageradas de tales generalizaciones. Los discípulos sociales y políticos de Darwin han confundido evidentemente la raza con la nacionalidad y han caído en el cepo natural de la vanidad patriótica. La resistencia que la clase gubernamental colonial ha opuesto a las primeras aplicaciones de las medidas liberales en las Indias, se ha expresado con gran elocuencia por boca de Kipling, en quien la falta de reflexión intelectual sólo es comparable a la extensión de sus facultades poliéticas. La busca de una base para una nueva síntesis de las simpatías adaptables, fundada en las afinidades lingüísticas, se debe en gran parte a la inexplicable afirmación de Max Müller, al decir que el lenguaje indica un parentesco, afirmación que conduce directamente a una etimología locamente especulativa y al descubrimiento de una

raza céltica, de una raza teutónica, de una raza indoeuropea, y así sucesivamente. Un libro que ejerció también enorme influencia en esta materia, por efecto de su uso en la enseñanza, es la *Short History of the English People,* de J. R. Green, con sus grotescas teorías sobre el anglosajonismo. Ahora padece el mundo otro delirio respecto a las razas y a las luchas de las razas. El britano, olvidando a Defoe,[37] el judío olvidando hasta la palabra prosélito, el alemán olvidando sus variaciones antropométricas, el italiano olvidándolo todo, están obsesionados por la singular pureza de su sangre y por el peligro de contaminación que representa la simple continuación de otras razas. Conforme a la ley según la cual toda agregación lleva consigo el desenvolvimiento de un espíritu de oposición a cuanto le es ajeno, se insiste en la intensificación de las definiciones de las razas; la indignidad, la inhumanidad, la incompatibilidad de las razas extrañas se van aumentando progresivamente. Esta ciencia bastarda explota la tendencia natural de todo ser humano a contemplarse a sí mismo y a los de su especie con una vanidad estúpida y a despreciar absurdamente toda desemejanza. Con la debilitación de las referencias nacionales, con la detención que precede a la reconstrucción de las creencias religiosas, estos prejuicios arbitrarios y quiméricos relativos a las razas se han hecho más formidables cada día. Modelan la política, modifican las leyes y tendrán una gran parte de responsabilidad en las guerras, las crueldades y los sufrimientos que un porvenir reserva a nuestro globo.

No se trata ya, respecto de las razas, de generalizaciones demasiado extravagantes para la ardiente curiosidad de nuestros tiempos. Nunca se ha hecho una tentativa para determinar las diferencias entre las cualidades inherentes (que son las verdaderas diferencias de raza) y las diferencias artificiales debidas a la educación. Tampoco parece que se quiera aprovechar la lección que ofrecen las incidencias variables del proceso civilizador en una raza y otra raza. Los pueblos que ahora se hallan en su cuarto creciente político, son considerados como razas superiores, comprendiendo en estas razas al jornalero de las granjas de Sussex, al rufián del Bowery, al matón de Londres y al apache de París. A las razas que ahora no disfrutan de prosperidad política, como los egipcios, los griegos, los españoles, los moros, los chinos, los indios, los peruanos y todos los pueblos incivilizados, se las estima como razas inferiores, indignas de colocarse en pie de igualdad con las otras, indignas de asociarse a las otras, indignas de tener voz siquiera en los negocios humanos. Para la imaginación popular de la Europa Occidental, el chino es una especie de diablo amarillo, indescriptiblemente abominable en todos sus aspectos; los pueblos negros, con su crespa cabellera, su nariz aplastada y casi sin pantorrillas, se ven rechazados del seno de la humanidad. Estas supersticiones toman cuerpo según las líneas simplistas de la lógica popular. La despoblación del Estado Libre del Congo por los belgas, las horribles matanzas de chinos por la soldadesca europea durante la expedición a Pekín, se disculpan como parte penosa, pero necesaria, del proceso civilizador. La supresión universal de la esclavitud se efectuó en el siglo XIX a pesar de la fuerza recalcitrante de un necio orgullo que, ahora, animado por nuevas ilusiones, vuelve a adquirir preponderancia.

En general se imagina que la «Ciencia» sanciona la manía de las razas, pero sólo la «ciencia» tal como la comprenden los iletrados comete esas inepcias. En una obra voluminosa del doctor J. Deinker, *The Races of Man,* se halla la exposición de lo que

[37] *The True-borra Englishman* [sátira publicada por Defoe en 1701 (T.)].

la ciencia puede verdaderamente decir sobre este asunto .[38] En este libro se pueden aprender los rudimentos de caridad hacia las razas. Aparte algunos grupos aislados de humanidad salvaje, no hay probablemente raza alguna pura en todo el mundo. Las grandes poblaciones continentales son todas una mescolanza compleja de tipos numerosos y variados. Los judíos mismos presentan todas las variedades de cráneos (ahora que el cráneo se mira como un elemento distintivo absoluto de las razas), una infinidad de colores, desde el negro de Goa hasta el más rubio de Holanda y, asimismo, una diversidad física y mental enorme. Si los judíos no contrajesen matrimonio en lo sucesivo con individuos de «otras razas», su tipo final dependería de leyes desconocidas relativas a la fecundidad, a la variabilidad y a la preponderancia de los individuos; y cabe preguntar si, dentro de esa diversidad, prevalecería un tipo especial. Circunscribiéndonos a los indígenas de las Islas Británicas, se descubre una cantidad fantástica de tipos, altos y bajos, de cabellos lacios o rizados, rubios y morenos, supremamente inteligentes e irremediablemente estúpidos, sinceros e hipocritas y muchos más aún. La tendencia natural es la de olvidar todas estas diferencias tan pronto como se trata de discutir la raza, o de tomar por tipo un promedio o cualquier ideal arbitrario sin pensar en otro alguno. La labor más difícil, pero que es preciso imponernos si queremos obtener resultados exactos en esta argumentación, es la de hacer lo posible para recordar siempre toda su completa extensión.

Admitamos que el promedio del tipo chino sea diferente del promedio del tipo inglés por el color y por las proporciones físicas y psíquicas. ¿Es esta razón bastante para no colocarlo en un mismo pie de igualdad dentro de un Estado Mundial? Lo que pueda ser el tipo general chino o el tipo general inglés carece de importancia dentro de nuestro plan del Estado Mundial. No son los tipos promedio los que existen, sino los individuos. El tipo chino medio no encontrará jamás en parte alguna al tipo medio sajón, sólo se hallará un individuo chino frente a un individuo inglés. Entre los chinos habrá variedades tan numerosas como entre los ingleses, en cambio no ofrecerán todos los chinos un rasgo especial que ningún inglés presente o viceversa. La singularidad de los ojos oblicuos no es general en la China, y hay verisímilmente muchos chinos que, si hubieran podido cambiar el lugar de su nacimiento, se habrían convertido por la educación en unos ingleses muy pasaderos. Cuando hayamos tenido en cuenta las semejanzas de aspecto, las disparidades físicas, las costumbres mentales, los prejuicios morales, etc. nacidos de culturas completamente divergentes, aún quedarán diferencias muy grandes entre el tipo medio chino y el tipo medio inglés; pero ¿esas diferencias serán más grandes que las que se advierten entre los tipos extremos de ingleses?

Yo no lo creo. Pero es claro que no se podrá contestar categóricamente esa pregunta hasta que la antropología haya adoptado métodos más exactos y completos y un sistema de análisis más preciso, cosas que no le permiten sus recursos actuales.

No olvidemos cuán dudosos y aleatorios son nuestros datos en esta materia. Se trata de investigaciones extraordinariamente sutiles en las que pocos hombres aciertan a separar los hilos enredados de sus aficiones íntimas, los cordones sutilmente mezclados del amor propio y del interés personal, que saltan a la vista en todas sus informaciones. Podría decirse casi que el instinto combate contra tales investigaciones, como lo hace indiscutiblemente contra cierto número de

[38] Véase también en *The American Journal of Sociology,* marzo de 1904, un excelente artículo, «La psicología del prejuicio racial, de W. I. Thomas.

investigaciones médicas necesarias. Pero, en tanto que largos estudios especiales, una tradición altiva, la esperanza de recompensas y distinciones excitan al médico a afrontar trabajos desproporcionados y físicamente repulsivos, las gentes de quienes proceden nuestras informaciones antropológicas rara vez son hombres de una inteligencia más que mediana, en tanto que carecen de toda disciplina y entrenamiento mental. Y los problemas de que estos hombres se ocupan son los más desconcertantes. Para abarcar el conjunto de las diferencias que existen entre hombre y hombre, hay que poseer las dotes y la preparación de un novelista de primer orden y, a la vez, una paciente diligencia, cualidades que difícilmente podrán hallarse reunidas en un solo individuo. Incluso no habiendo la barrera del lenguaje y el color es casi imposible el acuerdo. ¿Cuántas gentes cultas comprenden bien la clase de los domésticos o la de los obreros en Inglaterra? Aparte el libro de Bart Kennedy, *A Man Adrift,* conozco pocas obras que atestigüen una comprensión simpatica y vivaz del trabajador, del jornalero, de los diversos destajistas de nuestra raza. Son muchas, en cambio, las caricaturas, lúgubremente trágicas o artificialmente cómicas, en las que las concepciones erróneas del autor se unen a los prejuicios del lector para asegurar el éxito del libro. En fin, véase qué especie de gentes pronuncian los fallos sobre la capacidad moral y mental del negro, el malayo o el chino. Trátase de misioneros, de maestros de escuelas indígenas, de capataces de coolies, de comerciantes, de personas que no sospechan siquiera que haya en sus veredictos la menor sombra de error, que son incapaces de comprender la diferencia que hay entre lo innato y lo adquirido, y mucho menos de apreciar la influencia que ejercen recíprocamente lo uno sobre lo otro. A veces me parece que ya existe el esquema de algo que en realidad vive -en la obra de Mary Kingsley, por ejemplo-, pero seguramente no pasa de ser una ilusión mía.

Estoy pues dispuesto a no contar con los juicios hostiles ni con las afirmaciones sobre diferencias invencibles entre las razas. Si hablo acerca de las cualidades respectivas de las razas con personas que han tenido ocasión de observarlas de cerca, compruebo que su insistencia en subrayar las diferencias está en relación inversa a su inteligencia. Tal vez el azar interviniera en la elección de personas, pero mi impresión clara es la que queda expuesta. El marino vulgar generalizará profundamente respecto de los escoceses, de los irlandeses, de los yankees, de los habitantes de Nueva Escocia, de los holandeses, hasta el punto de que uno acaba por creer que no se trata de especies distintas de los animales. Pero el explorador culto rechaza esas fantasías; ve los hombres individualizados y, si los clasifica, lo hace por virtud de algún accidente de color, de las facciones, de algún estribillo del lenguaje, de algún gesto habitual o por algunos rasgos superficiales. Después de todo existe, cuando menos hoy, un testigo antropológico imparcial; la fotografía. Ojee el lector una obra copiosamente ilustrada, como *Las razas vivientes de la humanidad,* y examine una a una aquellas caras extrañas. [39] ¿No se parecen extraordinariamente a otras personas de nuestro conocimiento? Es difícil creer en muchos casos que, con un lenguaje común y con tradiciones sociales comunes, no se habría de vivir en excelentes relaciones con aquellas gentes. Aquí y allá se destaca una mala cara, un rostro de bruto, pero todos los días pueden hallarse sus parejas en pleno Strandt. Hay diferencias, sin duda, pero incompatibilidades, *¡no!* Muchos de entre ellos nos llaman la atención por un parecido especial, y nos recuerdan a tal o cuál de nuestros amigos, mejor que cualquier otro rostro de nuestra especie. Se constata con admiración que

[39] *The Living Races of Mankind,* de H. N. Hutchinson, J. W. Gregory y R. Lydekker.

nuestro excelente amigo y vecino X... y un natural de la costa de Ébano, anónimo y desnudo, tienen el mismo tipo; que nuestro querido amigo Y.. tiene todas las facciones del brioso somalí que contemplamos.

La naturaleza artificial y parcial de las generalizaciones admitidas respecto a las razas se pone en relieve en determinado punto. Cierto número de gentes, cada día mayor, abriga la convicción de que los mestizos son criaturas notablemente perversas, como en la Edad Media se creía a los jorobados y los bastardos. Un blanco borracho y abyecto de Virginia o del Cabo es quien mejor puede reseñarnos sobre la legendaria perversión del mestizo. Se nos dice que el mestizo reúne en sí los vicios de sus padres; que es de salud y mentalidad míseras y, al mismo tiempo, vengativo, robusto y peligroso en sumo grado; que sus costumbres (el blanco abyecto se parapeta tras una moral exigente y elevada) son indescriptibles, no sabría hablar, ni siquiera en voz baja en un salón, etc., etc. Un espíritu sin prevenciones no aceptaría el más ínfimo de los testimonios de semejante procedencia para fundar su opinión sobre el asunto. Nada demuestra que los niños procedentes de una mezcla de razas, sean, como tal clase y por naturaleza, mejores o peores, en un aspecto cualquiera, que sus padres. Otra teoría, igualmente infundada, pretende que esta prole sea mejor, y esta paradoja se expone en un grado soberbio de absurdo en un artículo sobre Shakespeare, de la *Enciclopedia Británica.* Ambas teorías forman parte de un vasto edificio de ciencia social, falta que ahoga las realidades del conocimiento moderno. Posible es que en la vida sean los mestizos unos seres fallidos, degenerados, pero esto nada prueba. En enorme cantidad de casos son hijos ilegítimos, privados de la educación normal en las razas de que provienen. Se les educa en hogares que se han convertido en campo de batalla de culturas en pugna y se debaten bajo el pesado fardo de las desventajas iniciales. Dicen que Darwin ha hablado, como por encima, del atavismo, y que su autoridad apoyaría, por consiguiente, la teoría de la perversidad natural de los mestizos; pero el hecho no sólo no está probado, sino que es imposible de probar.

3

Supongamos ahora que existe una raza inferior desde todos los puntos de vista. ¿Es ello razón bastante para que la mantengamos siempre bajo tutela? No sé si una raza puede ser inferior hasta este punto, pero si sé que no hay raza alguna bastante superior para encargarse del cuidado de otra. La respuesta exacta que puede darse a Aristóteles cuando preconiza la esclavitud, so pretexto de que hay «esclavos naturales», es la de que no existen «amos naturales». No cabe en lo posible confiar un poder sin restricción ni disciplina, como no se da el alcohol sin restricciones. Lo que verdaderamente se opone a la esclavitud no es que sea injusta respecto a los inferiores, sino que hace injustos a los superiores. Con una raza realmente inferior sólo cabe hacer una cosa: exterminarla.

Hay diversas maneras de exterminar a una raza, aunque casi todas crueles. Se la puede destruir por el hierro y por el fuego, a ejemplo de los antiguos hebreos; se la puede dominar y hacerla morir de dolor, como los españoles hicieron con los caribes; se la puede concentrar en comarcas determinadas y envenenarla lentamente con los productos deletéreos, como hacen los norteamericanos con la mayor parte de sus indios; se la puede incitar a que use vestidos a que no está acostumbrada, a vivir en

condiciones extrañas y nuevas para ella que la expongan a las enfermedades infecciosas, como los misioneros lo practican con los polinesios; se puede recurrir a la honrada y simple matanza como los ingleses han hecho con los tasmanianos; se puede imponer tributos que inducen al «suicidio de la raza», como ha hecho la administración inglesa en las islas Fidji... Supongamos, pues, por un momento, que la raza inferior que imaginamos existe; una Utopía moderna, empujada por la dura lógica de la vida, deberá exterminar esta raza lo más pronto posible. El procedimiento de exterminio empleado en Fidji parece el menos cruel. Sin embargo, Utopía realizará la tarea sin distinguir torpemente de razas, esto es, de la misma manera y por el mismo procedimiento que emplea para exterminar sus propias mermas, o sea, como ya hemos discutido en el capítulo quinto, 1, por medio de sus leyes sobre el matrimonio y el salario mínimo. Para lograr la apetecida destrucción no precisa una selección especial. Si, después de todo, un miembro cualquiera de la raza sé muestra capaz de sobrevivir, se le hará justicia automática y segura, arrancándole a la condenación de su especie.

Y de nuevo nos preguntamos; ¿hay en el mundo una raza absolutamente inferior? Hasta el natural de Australia no parece el más indicado para su extinción, como lo piensa el excelente colono australiano con sus innumerables corderos y sus cuadras para carreras. Las pequeñas y fantásticas razas como la negra de Australia, la de los pigmeos, la de los bosquimanos, pueden poseer dotes especiales, una sagacidad más viva, una fineza más grande de tal o cual sentido, una singularidad de imaginación, algo, en fin, quién sabe, que aportarían como su pequeña y única contribución a la totalidad de nuestra civilización utópica. Nosotros suponemos que todos los individuos vivientes sobre la Tierra, también se hallan vivos en Utopía, de manera que todos los indígenas de Australia viven también en Utopía. Cada uno de dichos individuos ha recibido en Utopía lo que ninguno de ellos ha gozado en la Tierra: una buena educación, un tratamiento equitativo y ocasiones para perfeccionarse. Supongamos también que la opinión general sobre la inferioridad de estos pueblos sea justa; de ello se seguirá que la mayor parte de esos individuos carecerían de hijos, trabajarían sólo lo bastante para obtener el salario mínimo o un poco más, y, para algunos, habría desaparecido toda posibilidad de progenie por efecto de la ley prohibitiva; sin embargo, ¿no podemos imaginar que cierto número de esos pequeños individuos (que no hemos de representarnos ni desnudos, ni vestidos a la europea, sino trajeados a la moda utópica) haya encontrado un arte delicado en que ejercitarse, especie de escultura o de cincelado, que justifique a Dios por haberles creado? Utopía cuenta con buenas leyes sanitarias, buenas leyes sociales, buenas leyes económicas, ¿qué daño le causarían esas gentes?

Algunas hasta pueden haber alcanzado la prosperidad y la admiración, haberse casado con mujeres de su raza o de otra y transmitido así la facultad especial en que se destacan, para que ésta ocupe su sitio en la gran síntesis del porvenir.

Y, precisamente, en este momento, sobre esta terraza de Utopía y dirigiéndose hacia mí, noto la menuda silueta de un hombre barbudo, de ojos pequeños y penetrantes, negro como la tinta, de cabellos rizados, vestido con túnica blanca y calzas negras y un manto de color amarillo limón que le cae sobre las espaldas. El hombre camina, como los demás utópicos, como si no le faltase motivo para estar orgulloso de algo, como si nada tuviese que temer del mundo. Bajo el brazo lleva una cartera de dibujo. Este detalle y el aspecto de su cabellera me recuerda el parisino *Quartier Latin.*

4

Yo había discutido ya el asunto de las razas con el botánico, en Lucerna.

-¡Pero usted no querrá -me decía él horrorizado- que su hija se case con un chino o con un negro!

-Cuando dice usted chino -repliqué yo-, piensa en un ser que lleva trenza colgando sobre la espalda, uñas ridículamente largas y que tiene costumbres perniciosas; y cuando dice usted negro piensa usted en un ser de piel negra, con la cabeza mugrienta metida en un viejo sombrero de copa; su imaginación es muy débil para separar de sus asociaciones habituales las cualidades inherentes a una cosa.

-El insulto no es un argumento -respondió el botánico.

-Del mismo modo que no lo es una afirmación errónea -contesté-; usted transforma una cuestión de razas en una cuestión de culturas desiguales; no quiere que su hija se case con esa especie de negro que roba gallinas, pero tampoco le gustaría que su hija se casase con un inglés de pura raza que fuese jorobado y bizco o con un rufián dado a la bebida, pero de pura sangre normanda. Sin embargo, usted no cree necesario generalizar su juicio sobre los indeseables aplicándolo a los demás hombres de su misma raza; ¿por qué, pues, generaliza usted al tratar de los negros? El hecho de que la proporción de los individuos repugnantes sea más elevada entre los negros no justifica la condena de todos los individuos de ese color. Tal vez haya que condenar a la mayor parte, pero ¿por qué a *todos?* Entre ellos puede haber, y ninguno de nosotros sabemos lo bastante para negarlo: negros hermosos, inteligentes, bravos.

-¡Pse! -exclamó desdeñosamente el botánico.

-¡Cuán detestable debe parecerle a usted Otelo!

Como esta Utopía me pertenece al fin y al cabo, tuve casi la intención de jugar al botánico la mala partida de crear allí, ante sus ojos, una moderna Desdémona y un amante negro hasta los dientes. Pero no estaba absolutamente seguro de lograrlo y, en aquel instante, sólo venía hacia nosotros una mujer birmana, de tez morena, ostentando el traje de la Regla Superior, caminando al lado de su marido, un inglés de alta talla y vigoroso. Pero tornemos a mi conversación con el botánico.

-Y ¿qué le parece a usted el chino? -preguntó con tono burlón mi compañero.

-Yo creo -respondí- que los pueblos de piel blanca y los de piel amarilla acabarán por mezclarse tranquilamente.

-¡Los chinos con las mujeres blancas!...

-Sí; y *tendrá* usted que tragarse esa píldora, aunque no quiera.

Esta afirmación mía le pareció excesivamente indignante para ser comentada.

Yo intenté presentarle la cosa bajo otra fase más agradable.

-Esfuércese usted en concebir el conjunto de condiciones de la vida en una Utopía moderna. El chino hablará la misma lengua que su mujer; sea cual fuere la raza a que ésta pertenezca; usará el traje a la moda civilizada general; poseerá una educación casi igual a la de sus rivales europeos; leerá la misma literatura, se inclinará ante las

mismas tradiciones. Recuerde usted también que en Utopía la mujer no es la esclava del marido...

El botánico me interrumpió, proclamando esta su invencible conclusión:

-¡Si una mujer se casa con un chino todo el mundo le volverá la espalda!

-¡Pero si estamos en Utopía! -repliqué, procurando tranquilizar su agitación-. Sin duda las gentes vulgares y groseras que no están adheridas a la Regla harán algo parecido a lo que usted dice. En Utopía se encuentran, aunque con un poco más de educación quizá, todos los imbéciles campeones de la moral terrestre. Sin duda que, incluso aquí, «se vuelve la espalda», y se «segrega» y que hallaría usted todos los mezquinos procedimientos mediante los cuales ejercen los idiotas una influencia en la vida; pero el verdadero sitio de esas gentes está en cualquier parte...

Y señalé la amplia tierra.

-¡Allí!

El botánico tardó unos minutos en responder y, con cierta animación y un gran énfasis, dijo:

-¡Pues bien, yo estoy contentísimo de no figurar entre los individuos permanentes de esta Utopía, *si nuestras hijas pueden rasarse aquí legalmente con los hotentotes!*

Dicho esto, me volvió la espalda.

Mala idea tuve al traerle, y lo peor es que ahora no puedo desembarazarme de él. Ya antes he dicho que mis dichosos predecesores exploraron sus utopías sin una compañía semejante.

5

Lo que en estas discusiones proporciona una gran ventaja al botánico es que el hombre no se percata de su propia insuficiencia. Él piensa fragmentariamente, y los dispersos fragmentos de sus ideas carecen de correspondencia con algo concreto en su propio espíritu. De manera que, después de haberse rebelado él contra esta síntesis de todas las naciones, de todas las lenguas y de todos los pueblos de la tierra, yo no puedo replicarle preguntándole cuál es el ideal que sustenta.

Los individuos de su especie ni siquiera sienten la necesidad de disyuntivas. Aparte algunos proyectos personales, como su deseo de volver a ver a la bien amada inolvidable y otras fantasías del mismo calibre, no advierten que hay un porvenir y que ante ese porvenir están desprovistos de todo bagaje de convicciones. Tal es, a mi entender, la única manera de explicar la alta movilidad intelectual de nuestro amigo. Estas gentes consideran la ciencia y las funciones del gobierno como una rivalidad dramática entre los políticos, y clasifican todo esfuerzo para establecer una correlación entre esa ciencia y los grandes movimientos seculares de la humanidad, en el mismo rango que el darwinismo y el cálculo diferencial, esto es, como un tema muy difícil para que, en suma, no sea completamente erróneo.

Así, pues, mi argumentación debe dirigirse directamente al lector.

Si no se aspira a una síntesis universal de las razas, de las culturas y de las constituciones políticas en un Estado Mundial como objetivo hacia el cual deben

converger todos los esfuerzos de la civilización, ¿a qué conducirán estos esfuerzos? La síntesis, digamoslo de pasada, no significa necesariamente ni fusión ni uniformidad.

Las posibilidades se resumen en tres. La primera es la de aceptar que hay una raza excelente, definirla lo mejor posible y considerar todas las demás razas como materiales destinados a ser destruidos; esta posibilidad tiene un aire moderno y biológico, pues significa la supervivencia del más fuerte. Si fueseis uno de esos miríficos profesores alemanes que escriben locuras acerca de la Welt-Politik, pretenderíais que la raza mejor es la «teutónica»; Cecil Rhodes preferiría el triunfo de la imaginación creadora de la raza «anglosajona»; mi amigo Moses Cohen opinaría que hay mucho que decir a favor de los judíos. A juzgar por las apariencias, es ésta una política razonable y sana y ofrece en lo porvenir brillantes perspectivas al inventor científico de lo que podríamos llamar el Welt-Apparat para el empleo de rastrillos y segadoras mecánicas nacionales y para fumigaciones destructoras de las razas. La gran planicie de la China (el «peligro amarillo») se presta singularmente a una notable operación de conjunto; se la podría inundar, por ejemplo, dejarla sumergida algunos días y desinfectarla luego con cloro. Ahora bien, si una vez destruidas toda las razas inferiores, la raza superior, ya inmediatamente, ya después de un período milenario de armonía social, comienza a dividirse en subrazas y a reanudar la misma historia en más amplio marco, cuestión es ésta interesante pero subsidiaria, y de la cual no tenemos por qué preocuparnos de momento.

A causa, sin duda, de una falta de confianza en la imaginación pública, no se aboga al presente y de una manera general por el desarrollo completo de una Welt-Politik científica. Tenemos quizás una batalladora e influyente escuela, la Escuela Imperialista Moderna, que considera su propia raza como la raza superior, incluso como raza lo bastante superior para poseer esclavos colectiva, no individualmente. Esta escuela tiene varias secciones, la alemana, la británica, la anglosajona, la latina, y una doctrina que, con admirable tolerancia, se extiende sólo al conjunto de las razas blancas; los partidarios de esta doctrina vislumbran con mirada resuelta y feroz, aunque con cierta confusión, un porvenir en el que el mundo entero esté subordinado a la raza selecta que cada cual defiende. Las aspiraciones ideales de las gentes de este tipo están expuestas bastante claramente en una obra de Kidd, *Control of the Tropics*. El globo terráqueo sería administrado por las potencias de raza blanca (Kidd no pensó en el Japón), que velarán para que sus súbditos «no entorpezcan la utilización de los inmensos recursos naturales que tienen a su cargo». Las demás razas serían consideradas como niños, a veces como niños rebeldes, hacia los cuales es contraproducente toda ternura paternal. No se precisa si las razas a las que faltan «las cualidades elementales de eficacia social» deberán adquirirlas bajo la severa dirección de las que, «gracias a su fuerza, a su energía, a su humanidad, a su probidad, a su integridad y a su desinteresado desvelo por las concepciones del porvenir», desarrollan «los recursos de las más ricas regiones de la tierra», o bien si esta virtuosa explotación es el objetivo ideal que ha de obtenerse.

Viene luego la posibilidad casi incoherente que, en Inglaterra, se asocia al liberalismo oficial.

El liberalismo en Inglaterra no es lo mismo que el liberalismo del resto del mundo; está tejido con dos hilos; tiene el whiggismo o laborismo, la poderosa tradición de la Inglaterra protestante y republicana del siglo XVII, y además lo que debe a la república romana, con sus sólidas inclinaciones constructivas y

disciplinarias, con sus miras vastas y originalmente inteligentes y concretas. A este primer componente se mezcla el liberalismo lógico y sentimental que surgió de los esfuerzos del siglo XVIII, que fue definido, con pocas variaciones, en la *Océana* de Harrington y que, con algunas adiciones de la tradición de Bruto y de Catón y elegantes diálogos con salvajes admirablemente generosos, surge en capullo en *La Cité Morellyste,* florece en el naturalismo emocional y democrático de Rousseau y aporta abundantes frutos a la revolución francesa. Son dos tendencias muy distintas. En Norteamérica, y tan pronto como se vieron libres del choque con los torys ingleses, se separaron para formar los partidos republicanos y demócrata. Su constante unión en la Gran Bretaña es un mero accidente político. Por efecto de esta mescolanza y durante toda su carrera, el liberalismo de lengua inglesa, aunque ha producido un constante chorro de elocuencia, no ha acertado a fijar una línea de conducta respecto de los otros pueblos menos afortunados políticamente. Tampoco ha desarrollado alguna idea concreta respecto al porvenir de la humanidad. La tendencia whig, a la que antaño se dio libre curso en la India, intentó anglicanizar a los indígenas y asimilar la cultura y el estado político de aquel país a los de sus dominador temporal. Pero encadenada a esta tendencia anglicanizadora -que, entre paréntesis, fue también una tendencia cristianizadora- existe una seria inclinación, derivada de la influencia de Rousseau, a dejar en paz a los otros pueblos, a facilitar incluso la separación y la autonomía de porciones desgajadas de los pueblos de lengua inglesa, a desintegrarles finalmente en un individualismo completo y sin leyes. La definición oficial del liberalismo británico es todavía muy inestable por virtud del choque de sus elementos constitutivos, pero, en resumen, parece ser ahora más débil la influencia whig. El político liberal contemporáneo, critica vigorosamente la brutalidad y la fatuidad de los imperialismos modernos, pero de ahí no pasa su actividad. De tomar lo que no dicen ni proponen como un índice de las intenciones liberales, diríase que el ideal de los liberales británicos y de los demócratas norteamericanos es el de favorecer la existencia del mayor número posible de lenguas diversas y de pequeñas nacionalidades vagamente aliadas o desde luego independientes, el de reducir los armamentos y las intervenciones, y el de entregarse a la excelencia del desorden y a los efectos de un ardiente sentimentalismo para equilibrar el mundo y hacerlo agradable. Los liberales se niegan a admitir que semejante estado de cosas carezca de estabilidad y que represente un riesgo máximo de guerra con un mínimo de ventajas permanentes y de orden público. No quieren convencerse de que los astros, en sus revoluciones, deciden inexorablemente del contrario. Es este un ideal confuso e imposible, con una especie de belleza moral inhumana, como el evangelio de los Doukhobors. Este ideal tiene para el liberal inglés oficial, además de su encanto, el seductor mérito de no exigir actividad intelectual, ni siquiera actividad de ninguna otra clase. Por esta sola razón es una doctrina mucho menos funesta que el informe y violento imperialismo de la prensa popular.

Ninguna de estas dos escuelas políticas, ni el *laisser faire* internacional de los liberales, ni el «arnvismo» invasor de los imperialistas, prometen realidad alguna de progreso permanente en el mundo de los hombres. Estas escuelas son el recurso, la referencia moral de aquellos que no quieren examinar francamente y de una manera completa todos los detalles del problema. Reflexionad, insistid para obtener soluciones de aplicación más que accidental y os abocaréis a una u otra de las dos soluciones contrarias, según prevalezca más o menos en vuestro espíritu la conciencia de la individualidad. En el primer caso adoptaréis un imperialismo agresivo y lo llevaréis al grado extremo de exterminio. Trataréis de desarrollar en el más alto grado

la cultura y la potencia de la especie a la que pertenezcáis, a fin de expulsar de la faz de la tierra a las demás especies. Si, por otro lado, tenéis en cuenta lo único, llegaréis a una síntesis como la que traza esta Utopía, una síntesis infinitamente más admisible y posible que ninguna otra Welt-Politik. A pesar de todo el pomposo aparato de la guerra moderna, la síntesis se halla en el camino de la humanidad. Ayudar a su desenvolvimiento podría ser ahora la política indicada y segura para un gran imperio moderno cualquiera. Yo creo que en nuestros días la guerra, la hostilidad internacional sólo es posible por la indolencia estúpida de las masas analfabetas, por la fatuidad e indolencia intelectual de los directores y de los que proporcionan su alimento al espíritu público. Si la voluntad de las masas fuese clara y consciente, estoy convencido de que reclamaría ardientemente la síntesis y la paz.

Sería muy fácil realizar en algunas décadas una paz mundial si el deseo de ella se suscitase entre los hombres. Las grandes potencias existentes no tendrían más que cambiar entre ellas algunas palabras llenas de franqueza. En el interior, los enigmas del orden social están resueltos a medias por el pensamiento y en los libros; ahora hay que educar e instruir a las masas y a los pueblos vasallos, conducirlos hacia un lenguaje común, a una literatura común, asimilarlos unos a otros y convertirlos en ciudadanos; además puede recurrirse a los tratados. ¿Por qué, por ejemplo, Gran Bretaña y Francia, o una u otra con los Estados Unidos, o con Suecia y Noruega, o con Holanda, o con Dinamarca, o con Italia, no habrían de estipular que jamás se batirían entre sí en lo sucesivo? Y si nada se opone a esto, ¿no es verdaderamente estúpido y peligroso el mantener entre los diversos ciudadanos las diferencias lingüísticas, las aduanas y toda clase de distinciones absurdas e irritantes? ¿Por qué no habrían de pactar esos pueblos la enseñanza en sus escuelas de una lengua común a todos, el francés, por ejemplo, o la enseñanza mutua de las lenguas respectivas? ¿Por qué no habrían de procurar la formación de una literatura común, la unificación de sus diversos códigos, de la legislación matrimonial y así sucesivamente? ¿Por qué no habrían de establecer en todas las comunidades un mínimo uniforme para las condiciones del trabajo? ¿Por qué, si no en interés de algunos plutócratas crapulosos, no habrían de entregarse libremente al comercio entre ellos y adoptar la reciprocidad del derecho de ciudadanía dentro de los límites de sus fronteras comunes? Que a ello se oponen algunas dificultades es cierto, pero esas dificultades son conocidas. ¿Qué impide un movimiento paralelo de todas las potencias civilizadas del mundo hacia una asimilación y hacia un ideal comunes?

La estupidez, nada más que la estupidez, unos celos necios y brutales, injustificados y sin objeto.

Se creen más cómodas las concepciones groseras de las agregaciones, de los patriotismos celosos y hostiles, del agudo son de las trompetas, del orgullo de los imbéciles; esto alimenta los cotidianos apetitos a la par que impele hacia el desastre. Lo real y lo inmediato, lo accidental y lo personal nos tiene entre sus uñas. El pequeño esfuerzo del pensamiento, el breve esfuerzo de la voluntad sostenida es demasiado para el espíritu contemporáneo. Tales tratados, tales sentimientos de simpatía internacional todavía son sueños en la Tierra, aunque Utopía los haya conocido hace mucho tiempo, antes de realizar sus más vastos proyectos.

CAPÍTULO UNDÉCIMO

ESTALLA LA BURBUJA

1

Mientras regreso al hotel siguiendo la terraza que bordea el río y observando a las gentes que pasan, se me ocurre la idea de que mi derecho de ciudadanía en Utopía resulta muy precario. Por anticipado me imagino nuevas conversaciones con mi doble, en las que examinaríamos el detalle de las cosas o hablaríamos de interesantes viajes de exploración. Olvido que una Utopía es una creación imaginaria que se torna más frágil a cada circunstancia que se le añade y que, como las pompas de jabón, muestra los colores más brillantes y más variados, precisamente en el momento en que va a disolverse. Nuestra Utopía está ya casi acabada. Todas las grandes líneas de su organización social están completas ya, de igual modo que ha terminado la discusión de todas sus dificultades y de todos sus problemas generales. Los habitantes de Utopía se cruzan conmigo, soberbios edificios se yerguen ante mí; me acomete la idea de que miro todo esto de demasiado cerca. El hecho de que estas gentes asuman una forma concreta e individual no es, como yo me figuro complacientemente, el triunfo de la realización, sino el instante vertiginoso en que la película se torna opaca antes de desaparecer. Llegar a los casos de emoción personal es como retornar a la Tierra.

Encuentro a mi botánico sentado ante una mesa, en el jardín del hotel.

-¿Y, bien...? -inquiero yo de pie ante él.

-He recorrido los jardines de junto al río, con la esperanza de volver a hallarla -responde.

-¿Nada hay, pues, qué hacer?...

-Nada.

-Su doble regresará mañana de la India y debe usted ir a verle.

-No cuento con ello -me contesta con tono sombrío.

Me encojo de hombros y añade él.

-No es con él con quien yo quisiera hablar.

Me dejo caer sobre una silla.

Durante algún tiempo gozo de aquel reposo y de su amable silencio, pensando de un modo incoherente en los samurais y en su Regla, gustando la satisfacción del hombre que acaba de construir un puente. Compruebo que he alcanzado cosas a las que jamás me había acercado. Mi Utopía me parece real, muy real... Por un instante me siento verdaderamente satisfecho de mí mismo; no me avergüenzo de decir que me enorgullezco de permanecer aquí. El sencillo placer de ver la obra terminada, el goce de tener en la mano todos los hilos de ella, me ufana.

-¿*Insiste* usted en creer? -digo con tono un tanto agresivo- que, si vuelve a ver esa dama, la hallará dotada de los mismos recuerdos y de iguales pensamientos que su

doble terrestre? Piensa que ella comprenderá y se apiadará y, quizá, lo amará. Nada de eso sucederá -y repito con confiada brusquedad-: Nada de eso sucederá. Las cosas son diferentes aquí, no puede usted imaginarse cuán diferentes son...

Advierto que el hombre no me escucha. Le pregunto bruscamente.

-¿Qué sucede?

No me contesta, pero la expresión de su rostro me deja estupefacto.

-¿Qué sucede? -insisto. Y sigo la dirección de su mirada. Un hombre y una mujer franquean la gran puerta de entrada y ello me basta para explicarme lo que ocurre. La mujer atrae en seguida mi atención. Es una criatura de suave belleza; es rubia, con ojos azules de mirada franca, que contemplan con una especie de tierna receptividad el rostro de su compañero. La pareja avanza en la fresca sombra hacia las soleadas enramadas del jardín.

-¡Es Mary! -exclama el botánico, con los labios lívidos y sin apartar la mirada del hombre que acompaña a la beldad. Su faz palidece y se transfigura por la emoción hasta el punto de perder su carácter de debilidad. Me doy cuenta de que mi compañero aprieta convulsivamente sus delgados puños.

Percibo asimismo que no entiendo bien esa clase de emociones.

De repente se apodera de mí el miedo de lo que mi amigo puede hacer. En tanto que la pareja se acerca, mi compañero permanece sentado, pálido y tieso. El hombre que se encamina hacia nosotros pertenece a la orden de los samurais; los rasgos de su cara son vigorosos, y de color moreno como no he visto otro. La mujer ostenta el traje que revela su adhesión a la Regla Inferior.

La sospecha del sufrimiento del botánico acaba por despertar lentamente mis simpatías, y pienso que, en verdad, ese personaje es un enemigo... Pongo una mano sobre el brazo de mi compañero como para contenerle.

-Ya le predije -le digo- que quizá, casi seguramente, se habría ella unido a otro... Ya intenté prepararle a usted para esta...

-No es eso -me interrumpe sin mirarme-. Es... ese... fanfarrón. -Hace un gesto como para levantarse-. Ese charlatán...

-Ese hombre no es un fanfarrón. ¿Por qué le injuria usted? Estese quieto... no se levante...

Me levanto al mismo tiempo que él y le cojo del brazo.

-Sea usted razonable -insisto, hablando muy deprisa y de espaldas a la pareja-. Él no es aquí un fanfarrón ni un charlatán; este mundo es distinto del otro; los hombres ponen su orgullo en otra cosa; todo lo que allá abajo está sujeto a tormentos...

El botánico vuelve hacia mí su rostro furioso, acusador y con una expresión fugaz de imprevista energía, grita:

-*Usted* es el culpable, usted es quien ha dispuesto esta escena para burlarse de mí. -Calla algunos segundos, como si no encontrase palabras con que expresar su indignación; luego repite-: Sí, es usted quien ha preparado esta farsa para burlarse de mí.

-Le aseguro a usted que no había pensado en ello -replico, esforzándome en explicarme rápida y propiciatoriamente-. Él está aquí... ¿Cómo podía yo adivinar que figuraría entre la clase de los hombres útiles en un mundo disciplinado?

El botánico no me responde, pero me mira con ojos irritados y amenazadores; en la expresión de su cara leo la resolución muda y tenaz de acabar de una vez con esta Utopía.

-Que no envenene esta ficción nuestra la vieja querella de usted -le ruego-. Las cosas han pasado aquí de otra manera, puesto que aquí todo es diferente. El doble de usted regresará mañana. Espérele, quizás entonces comprenderá...

Mueve un poco la cabeza el botánico y dice de pronto a grandes gritos:

-¿Qué quiere usted que haga yo de su doble? ¡Un doble! ¿Qué me importa a mí que las cosas hayan sucedido aquí de otro modo? -Me rechaza con su larga y blanca mano y añade con vehemencia-. ¡Señor, qué patrañas! ¡Estos sueños, estas utopías!... *Ella* está ahí... y yo soñaba con ella... Y ahora...

Un sollozo le corta la palabra. Esta vez estoy asustado de verdad y me esfuerzo para interponerme entre él y los utópicos para ocultarles los gestos del desesperado. No ceso de repetirle:

-Aquí todo es diferente, muy distinto. La emoción que usted siente no es propia de este mundo, es una cicatriz que proviene de la Tierra, es la herida dolorosa de su pasado...

-¿Y qué somos todos nosotros si no cicatrices? ¿Qué es la vida si no una continua mutilación? ¡Es *usted...* es usted el que no comprende! ¡Sí, vivimos para ser mutilados, estamos cubiertos de cicatrices, somos una pura cicatriz! ¡Somos los seres del pasado! Estos *sueños,* estos sueños infantiles...

Desdeña el botánico acabar su frase y agita un brazo inflexiblemente destructor.

Mi Utopía vacila y cruje.

Durante breve lapso de tiempo la visión de este vasto jardín parece real; los utópicos viven, respiran alrededor de mí, pasan y desaparecen, y, bajo el gran arco de entrada, brilla el sol reverberado por el río. El samurai y su compañera, la mujer a quien el botánico amó en la Tierra, han desaparecido a lo lejos, tras el Tritón de mármol que lanza la frescura de su chorro de agua en el centro del florido parterre. Dos trabajadores, ataviados con una túnica verde, descansan sobre un banco, a la sombra de la columnata, y una viejecilla agradable, coronada de plateados cabellos, avanza hacia donde estamos, espiando con curiosidad los gestos del botánico, que continúa declamando. Y entonces...

-¡Cicatrices de la vida! ¡Cicatrices del pasado! ¡Sueños quiméricos! ¡Sueños inútiles!

2

No se produce sacudida ni ruido, ningún indicio de un choque material. Nos hallamos en Londres, vistiendo el traje que en la ciudad se usa. El lúgubre zumbar de la metrópoli llena nuestros oídos...

Yo estoy de pie junto a un feo banco de hierro, en ese desierto de asfalto gris que llaman Trafalgar Square. El botánico contempla perplejo a una pobre vieja raquítica y sucia que nos ofrece cajas de cerillas... ¡Dios mío qué cosa más sórdida y mugrienta es esta vieja!... El botánico compra una caja, maquinalmente, y se vuelve hacia mí.

-Decía, pues -continúa-, que el pasado nos dirige por completo. Esos sueños...

Se interrumpe nervioso e irritado, renunciando a completar su frase. Luego agrega:

-Usted tiene a veces la habilidad de dar vida a las fantasías de su imaginación... Si ello no ha de molestarle -añade a modo de vibrante ultimátum-, no discutiremos este aspecto del asunto, quiero decir, lo referente a la... dama.

Calla y una especie de tenue velo de perplejidad se interpone entre los dos.

-Pero... -comienzo a hablar.

Permanecemos así un instante y mi sueño de una Utopía huye, como se escurre el agua sobre una superficie aceitosa. Hemos almorzado en el club. No es un sueño que hayamos regresado de Suiza, aunque hemos venido en el expreso de Basilea. Hemos hablado de la mujer vista en Lucerna, de la que el botánico se ocupa sin cesar, y yo he hecho algún nuevo comentario sobre su historia, indicando ciertas posibles contingencias.

-Usted no puede comprender -asegura el botánico-. El hecho perdura -continúa, tomando el hilo de su argumentación y como convencido de haber concretado la discusión- y es un hecho que nosotros somos las cicatrices del pasado. Este es un punto que se puede discutir... pero sin personalizar.

-No, no... -le contradigo estúpidamente.

-Usted habla siempre -replica- como si estuviese en su poder el romper en mil pedazos el pasado, como si uno pudiese salirse de sí mismo y volver a empezar. Su misma debilidad... si me permite decirlo con franqueza, le hace parecer severo y dogmático. Para usted la vida ha sido fácil, no ha sufrido pruebas rudas. Ha tenido suerte y... no comprende por qué los demás no la tienen. Es usted duro.

No le respondo.

El hombre respira con dificultad. Sospecho que al discutir su caso he ido demasiado lejos y que esto le ha molestado. Seguramente he dicho algo injurioso con motivo de su fútil historia de amor.

-Usted no tiene en cuenta para nada mi posición -dice-. Yo me veo obligado a mirar este asunto desde mi propio punto de vista...

Uno de los dos hace un movimiento. ¡Cuánto papel sucio y roto se esparce por el mundo! Caminamos lentamente y el uno junto al otro hacia la cenagosa pila de la fuente, y nos detenemos para contemplar a dos vagabundos andrajosos que, sentados en un banco inmediato, discuten. Uno sostiene en la mano una horrible bota vieja con la que gesticula, en tanto que con la otra mano se acaricia un pie envuelto en trapos.

-¿Qu'es lo que dijo ese Chamberlam? -oímos preguntar a uno de los golfos.

-Creo que dijo -responde el otro-: «¿Pa'qué arriesgar la pasta cuando esos americanos pueden aplastarnos cuando quieran... ? »

(¿No estaban sentados allí, en el banco de mármol, dos hombres con túnicas vedes?)

3

Reanudamos la marcha y la conversación interrumpida, caminando a lo largo de una larga empalizada cubierta de carteles y dirigiéndonos hacia un sitio donde hombres, mujeres y niños bullen alrededor de una hilera de automóviles. En la esquina, un vendedor de periódicos extiende sobre el suelo una cartera que sujeta con dos piedras y en la que, al pasar, leemos:

Masacre en Odessa
Hallazgo de restos humanos en Chertsey
ESPANTOSO LINCHAMIENTO EN NUEVA YORK
Las intrigas alemanas sufren una derrota
Cumpleaños del rey - Lista completa de los actos honoríficos

¡Querido y viejo mundo familiar!

Un padre enfadado nos roza al pasar, confiando sus cuitas a un amigo que le escucha con simpatía.

-¡Le romperé la cabeza, si tiene la frescura de contestarme otra vez así!... Este es el resultado de todas esas malditas escuelas laicas...

Pasa un omnibús que lleva bajo el pabellón de la marina británica, incorrectamente dibujado, esta exhortación al buen patriota: «Comprad las auténticas Configuras Inglesas».

Durante algún tiempo me siento aturdido, hasta el punto de olvidar mi discusión con el botánico. Aquí mismo era donde se extendía la alta terraza con sus jardines, la terraza que yo recorrí para regresar al hotel y salir de la casa de mi doble. También vuelvo ahora, pero a través de la realidad, aunque por el mismo camino que tan alegremente recorrí en mi sueño. Y estas gentes que veo ahora son las mismas que viera entonces... con una diferencia.

El botánico trota a mi lado, muy pálido y gesticulando nerviosamente después de enunciar su ultimátum.

Nos decidimos a atravesar el arroyo. Pasa un coche descubierto y en él vemos a una mujer de cabellos rubios, facciones gastadas, pintarrajeada y llena de afeites, vestida de pieles, petulante y malhumorada. Su cara me es conocida, pero... con una diferencia.

¿Por qué me la he imaginado vestida de verde?

Pero sí, ¡si es la misma que vi en Utopía llevando a sus hijos de la mano!

A nuestra izquierda se arremolina la gente. Ha caído el caballo de un simón, al resbalar en la pendiente que hay frente a la iglesia de St. Martin.

Proseguimos la marcha. Una judía de párpados pesados, lamentablemente prostituida -sin flor escarlata sobre los negros cabellos- nos contempla con

calculadora mirada, en tanto que llega hasta nosotros la vaharada de obscenidades que se cruzan entre dos vendedores de periódicos.

-No podemos continuar discutiendo -dice de pronto mi botánico, al par que inclina a un lado la cabeza para evitar la varilla de un paraguas que amenaza con sacarle un ojo. Sin duda mi hombre se propone terminar de una vez nuestra disputa acerca de la dama, y afecta reanudar la conversación desde un punto más lejano.

Baja de la acera para no rozarse con un negro y su azafata, se escapa milagrosamente de entre las ruedas de un coche y vuelve a mi lado.

-No podemos continuar discutiendo sobre su Utopía entre todo este ruido y tumulto -dice.

Un personaje corpulento nos separa momentáneamente, pasando entre los dos; luego nos reunimos.

-En Londres es imposible seguir hablando de su Utopía -repite-. Allá arriba, en las montañas, durante las vacaciones, era otra cosa. ¡Se prestaba uno a la discusión voluntariamente!

-Yo he vivido realmente en Utopía -replico, aceptando tácitamente su proposición de dejar a la dama fuera de discusión.

-A veces -añade él al par que sonríe- ha conseguido usted hacerme vivir también en Utopía.

Reflexiona un momento.

-Pero esto no marcha. ¡No! Y no sé si, después de todo, quiero...

Otra vez nos separan media docena de piedras arrancadas del pavimento, una zanja, un brasero y dos operarios que están practicando unas reparaciones subterráneas, precisamente a la hora en que más gente pasa por la calle.

Al reunirnos de nuevo, pregunto yo:

-¡Por qué no marcha?...

-Porque el mundo cotidiano se pudre para que el espíritu de usted aspire a perfecciones imposibles.

-Me gustaría -digo con voz fuerte para hacerme oír entre el tránsito de la gente-, podría *aplastar* el mundo cuotidiano. -El tono de mi voz se torna colérico-. Usted puede aceptar esto como el mundo de la realidad, puede conformarse con ser una cicatriz en una llaga grande y mal curada, pero yo... ¡no! ¡Este mundo también... también es un sueño! ¡Este es su sueño y usted me trae a é1 desde... Utopía!

Al atravesar la calle Bow recobro un tanto mi aplomo.

El rostro de una jovencita que se dirige hacia el oeste, una joven estudiante, bastante negligentemente vestida, que lleva sus libros atados con una correa, retiene un segundo mis miradas. El espléndido sol poniente ilumina sus facciones. Los ojos de la joven son soñadores, pero su sueño no es seguramente egoísta ni sensual.

Al fin y al cabo, dispersos, disimulados, desorganizados, desconocidos los unos de los otros, sin sospechar siquiera la mutua existencia, los samurais de Utopía viven también en nuestro mundo; las cosas que en Utopía están desarrolladas y organizadas, también se agitan aquí, pero silenciosamente, en el interior de diez mil corazones...

Alcanzo al botánico, que ha podido atravesar la calle delante de un cubo de basura.

-Usted piensa -le digo- que todo esto, todo lo que hay a su alrededor, es real porque no puede despertarse. Esto es un sueño, nada más que un sueño y hay gentes -y yo sólo soy uno de los primeros de una multitud que vendrá-, hay gentes que permanecen entre el sueño y la vigilia y que pronto se frotarán los ojos para ahuyentar la vieja soñación.

Una chiquilla sucia y pobre, con equimosis en la cara, me tiende con una mano horriblemente delgada un ramo de violetas marchitas e interrumpe mi discurso diciendo:

-Violetas, señor... un penique el ramo.

-¡No! -contesto secamente, endurecido el corazón.

Una mujer, una madre, cubierta de andrajos inmundos, llevando en brazos su último agregado a nuestro Pueblo Imperial, sale de una taberna, con el paso incierto, y, con el revés de su mano roja y agrietada, se limpia al mismo tiempo la boca y la nariz.

4

-¡He aquí *la* realidad! -exclama el botánico victoriosamente, dejándome consternado ante su triunfo.

-*¿Esto?* -replico-. Esto es sólo una pesadilla.

Se encoge de hombros y sonríe de una manera... exasperante.

Percibo bruscamente que el botánico y yo hemos llegado al límite de nuestras relaciones.

-El mundo -afirmo con rudeza- sueña cosas como esa porque sufre una indigestión de gentes como usted.

La satisfacción de sí mismo se yergue altanera en el botánico, como la bandera desteñida de una fortaleza que se defiende obstinada y se muestra inexpugnable. ¡Y pensar que este hombre ni siquiera es dichoso!

Durante una decena de segundos busco furioso una palabra, un término injurioso, un proyectil verbal que haga pedazos a este hombre, un término que exprese la insuficiencia total de imaginación y de voluntad, la anemia espiritual, la triste respetabilidad, el sentimentalismo grosero, la cultivada mezquindad del corazón.

-¡Hem!... -inicia él.

¡No, no le soportaré más tiempo!

Con una irascibilidad repentina, me aparto de él, me deslizo entre un carruaje y un camión de carga, paso bajo la cabeza de un caballo de simón y salto a un omnibús que va no sé adonde... hacia el oeste, lo que no me importa, puesto que sigue una dirección contraria a la del botánico. Subo a la imperial del omnibús y, vacilando, consigo instalarme en un asiento inmediatamente detrás del cochero.

-¡Al fin! -exclamo.

Cuando vuelvo la cara, el botánico ha desaparecido de mi vista.

5

A pesar de todo, heme aquí abajo otra vez. Mi Utopía ha terminado.

Para el utopista es buena disciplina la de visitar oportunamente nuestro mundo.

Pero desde la imperial de un omnibús y en una tarde soleada de setiembre, el Strand, la esquina de Charing Cross y Withehall, la multitud de viandantes, el ruido de los vehículos rodando en todas direcciones, semejan un mundo demasiado formidable, un mundo en el que el resplandor, el tumulto, el fragor ensordecen aturden, si es que el alboroto puede aturdir. ¿Para qué, pues, mezclarse a este escándalo y a este bullir, y caminar sobre la acera defendiendo la causa de Utopía al sordo oído de este cochero de omnibús?

Hay momentos en la vida en los que todo filósofo, todo soñador se cree el más frívolo de los absurdos, momentos en los que la Cosa en Acción le recoge, le recoge triunfalmente, cuando ella le exige rugiente y sin réplica posible, empleando de manera perentoria y escogida la jerga usual:

-¿Para qué contar todo esto... todas estas sandeces de Utopía?

Se observa la Cosa en Acción con la perplejidad desconfiada del hombre primitivo, que acecha tras el tronco de un árbol al elefante enfurecido.

(En esta imagen hay un símbolo. ¿En cuántas ocasiones nuestro antepasado, como el utopista, debió experimentar esa sensación de ambiciosa impotencia, cuántas veces debió decirse que, en último término, era preferible tornar tranquilamente a su caverna y dejar en paz a la poderosa bestia? Pero al fin el hombre logró encabestrar la cabeza del elefante y guiarlo de aquí para allá... La Cosa en Acción, que ruge tan formidablemente en el rincón de Charing Cross, parece un antagonista más enorme que el elefante, pero también tenemos armas mejores que las de sílex aguzadas y afiladas...)

Al fin y a la postre lo que tan poderosamente me impresiona en esta bella tarde de setiembre, se transformará o desaparecerá para siempre. Estos omnibuses, estas cosas macizas, apiña das, variopintas, que se rozan y producen este rum-rum habrán desaparecido, ellos, sus cocheros, sus caballos y su organización. Habrá otra cosa, otra clase de vehículos, que a la hora presente no son quizá más que el germen de una idea en el cerebro de un ingeniero futuro. Estas calles, estas aceras, estos grandes edificios imponentes serán reemplazados; otros edificios se elevarán aquí, edificios que, en este momento, son aún más impalpables que esto que leen ustedes en esta página, más informes, mucho menos consistentes que esto de que tratamos aquí. Pequeños planos esbozados sobre el papel, rasgos de pincel o de pluma, serán las primeras materializaciones de todo lo que borrará finalmente, hasta en sus menores detalles, las actualidades retumbantes que nos abruman al presente. El traje, los gestos de estas gentes, el carácter de sus figuras y de sus actitudes, todo esto será rehecho, refundido, según el espíritu de lo que ahora no es más que comienzo oscuro e imperceptible.

Las nuevas cosas procederán sustancialmente de las cosas actuales, pero serán distintas de ellas en proporción exacta a la voluntad y la imaginación que hayan

contribuido a elaborarlas. Serán sólidas y bellas según que la voluntad sea firme y organizada, y la imaginación comprensiva y audaz. Serán feas y miserables según que la voluntad sea vacilante y la imaginación tímida y mezquina.

La Voluntad es indiscutiblemente más fuerte que el Hecho; ella puede dominar y amansar el Hecho, pero nuestro mundo tiene aún que descubrir su voluntad; es este un mundo soñoliento, inerte y todo este ruido, todas esas pulsaciones de vida, no son otra cosa que su pesado ronquido... Yo me adelanto hasta la idea de su despertar.

En tanto que mi omnibús sube penosamente la cuesta de la calle Cockspur, a través del estrépito de simones y de carruajes, se apodera de mi espíritu otra fantasía. Tratemos de represen tarnos una imagen apocalíptica y supongámonos un ángel tal como el que le fue concedida a cada una de las siete iglesias de Asia, un ángel colocado por cierto tiempo al servicio de la Regla Superior. Yo veo su figura esplendorosa y flamante suspendida entre el cielo y la tierra, con la trompeta en la mano, allá abajo, por encima del Haymarket, frente al enrojecido occidente. A los primeros sones de la trompeta del ángel todos los samurais, todos los que son samurais en Utopía reconocerán...

(¡Rum-rum!, ruge una berlina, y un policía corta el tránsito con la mano.)

¡Todos los que en la Tierra pueden ser clasificados como samurais se reconocerán!

Durante algún tiempo me deslumbra la visión de esta resurrección de los vivientes como vaga y magnífica respuesta a aquella llamada, de miríadas innumerables de seres que la escuchan, de todo lo que es hermoso en la humanidad escuchando también de un extremo a otro de la tierra.

Luego la filosofía de la unidad personal recobra su imperio sobre mis pensamientos y mi sueño de un despertar mundial se desvanece.

Me había olvidado...

Las cosas no suceden así. Dios no es simple, Dios no es teatral. La llamada se le hace a cada hombre en el tiempo oportuno y con una variedad de formas extremadamente sutil...

Si es así, ¿en qué queda mi Utopía?

Este mundo infinito debe ser allanado, exhibido sobre una tela para que impresione la retina. La imagen pintada de un objeto sólido, aunque plana y simplificada, no es necesariamente una fábula, una ilusión. Es seguro que, al fin, paso a paso, algo por el estilo, un arreglo semejante, algo de esta Utopía habrá de realizarse. Aquí primero, luego allá, los individuos aislados, los grupos de hombres formarán la línea, no movidos por mis pobres sugestiones vacilantes y defectuosas, sino por un vasto plan, claro y coherente, elaborado por innumerables inteligencias y explicado en diferentes lenguas. Precisamente porque mi plan es defectuoso, porque expone tan mal tantas cosas y omite tantas otras, nadie se presenta. ¡No se parecerá a mi sueño el mundo que viene! Mi sueño es un pobre sueño para mí solo, es la quimera que a mí me basta. Nos falta comprensión, fracasamos diversa y abundantemente. No vemos lo que nos es útil ver, ni alcanzamos el más allá. Pero generaciones intrépidas continuarán nuestra obra después de nuestro extremo esfuerzo, y la llevarán más allá del punto a que llegaron nuestras ideas, y entonces adquirirán la certidumbre de cosas que son para nosotros hipótesis y enigmas.

Habrá gran número de utopías. Cada generación se fabricará una versión nueva de la Utopía, un poco más completa, cierta y real cada vez, con sus problemas aproximándose cada vez más a los de la Cosa en Acción. En fin, al desaparecer del terreno de los sueños, las utopías se dibujarán en proyectos de ejecución y la humanidad entera construirá el Estado Mundial definitivo, el Estado Mundial justo y hermoso, grande y fecundo, que no será una Utopía, puesto que será nuestro mundo. Esto ocurrirá seguramente...

El policía baja su brazo.

¡En marcha! -grita el cochero del omnibús, y los caballos arrancan,; clac, cataclac, clac, clac, la fila de simones, que por lo visto llevan prisa, se adelanta al omnibús que marcha hacia el oeste. Un ágil ciclista, con un paquete de periódicos sobre la espalda, corta rápidamente la cabeza de la columna y se desvanece en una calle transversal.

El omnibús parte. Extasiado y profético, las manos regordetas cerradas alrededor del mango del paraguas, con el sombrero ligeramente inclinado a un lado, el irascible hombrecillo de la Voz, ese soñador impaciente, ese Optimista regañón, que ha discutido con tanta rudeza y *tan dogmáticamente sobre las ciencias económicas* y *filosóficas y sobre el decoro, que, por mejor decir, ha discutido todas las cosas que existen bajo el sol, que ha sido tan duro para el botánico y para las mujeres a la moda, que se ha mostrado tan rebelde a la cerveza, a este hombrecillo se lo lleva el omnibús, en tanto que se entrega a sus sueños, sueños que, con todas las inevitables ironías de la diferencia, podrán ser realidades cuando ustedes y yo seamos ya un sueño también.*

Se han marchado y por algún tiempo deja sus egoísmos y sus idiosincrasias más o menos en suspenso.

Pero, ¿porqué nos lo han impuesto?, se preguntarán ustedes. ¿Por qué no ha de discutirse impersonalmente una Utopía moderna, sin la intrusión de un personaje? Esto, se dirán, ha embrolla do el libro, ha hecho difícil de seguir la argumentación, ha dado un carácter ficticio al conjunto. ¿No se pone en ridículo las utopías, se preguntarán, sirviéndose de esas nobles esperanzas generalizadas como de un telón de fondo ante el cual dos personajes en desacuerdo se apostrofan y se riñen? ¿Quiero yo decir que no volveremos a ver la tierra prometida sino al través de los designios de los compañeros de viaje? Se admite generalmente que toda lectura de una Utopía acaba con entusiastas llamamientos y decisiones concretas, con listas de adheridos, formaciones de Comité y hasta con un principio de suscripciones. Pero esta Utopía fue puesta en marcha sobre una filosofía de la fragmentación y remata confusamente sobre un monstruoso tumulto de realidades inmediatas, en el polvo y en la duda, o todo lo más con las aspiraciones de un individuo. Antaño las utopías eran de buena fe, proyectos de recreación del mundo, demasiado completos y *temerarios en todos sus detalles;* esta *Utopía denominada Moderna, es la simple narración de aventuras personales entre las filosofías utópicas.*

A decir verdad, todo esto ha sobrevenido sin anuencia del autor y en tal forma se ha aparecido la visión evocada. Si yo veo alrededor de mí una multitud de almas pequeñas y de grupos de almas, tan oscuras, tan relativas como la mía, a medida que los años transcurren comprendo más y más claramente el carácter de los motivos que me incitan y que las incitan a obrar... No obstante, algo más veo, y no me impide

verlo mi pequeñez. De vez en cuando y contrastado con esta visión inmediata, advierto los indicios de un gran esquema en el cual esas personalidades flotan, el esquema de un organismo sintético más vasto, de un Gran Estado, la Humanidad, en el cual nos movemos todos como los corpúsculos de la sangre en el cuerpo del hombre, como las células nerviosas, hasta quizá como las células cerebrales. Pero las dos visiones son simultáneas y coincidentes, al menos para mí, y no puedo saber con certeza si existen coincidencias de la una con la otra. Los medios necesarios para cumplir estos fines más vastos no caen bajo la acción recíproca de mis vanidades y de mis deseos. Este deseo superior concierne a los hombres y a las mujeres que yo conozco, y a lo que, aunque su inteligencia excede con mucho a la de los dos viajeros, he intentado ligar como a mi pareja charlatana a las perspectivas y los espacios, las montañas y las ciudades, las leyes y la organización de Utopía. Cuando la atención se concentra sobre esos dos personajes, este vasto paisaje aparece borroso y distante, y cuando se lo ha contemplado, los seres de carne y hueso que uno conoce parecen vagos e irreales. Sin embargo, yo no puedo separar esos dos aspectos de la vida humana que se comentan mutuamente. En esta falta de conformidad entre lo grande y lo individual, reside la incompatibilidad que yo no he logrado resolver y que, por consiguiente, me ha sido preciso presentar en esta forma contradictoria. A veces creo que ese gran deseo acapara la vida de ciertos hombres como una pasión, como un móvil real y viviente; hay quien lo conoce como un objeto desagradable; a mí mismo y en ciertas circunstancias, los menudos atractivos de la vida inmediata me parecen vanos y mezquinos, y mi alma se lanza hacia el Ser poderoso para cogerle, servirle y conquistarle. Pero es ésta una ráfaga luminosa que pasa como el viento, una lucidez vaga y *transitoria que deja el deseo del alma transformado en presunción y en hipocresía. Se extiende a mano para apoderarse del Universo y sólo se coge el... lo trivial. Los apetitos, los celos, los prejuicios y las costumbres se alían contra nosotros, y llegamos, a pesar de nuestro gusto, a pensar que es de esta manera y no de otra como estamos destinados a servir los misterios; que es con esas anteojeras con las que se nos conduce hacia un objetivo que no comprendemos. Después, en contados instantes, en las veladas nocturnas, cuando uno se pasea solitariamente, cuando se reflexiona o se conversa con un amigo, las vastas aspiraciones resplandecen de nuevo con los colores del deseo inaccesible, llenándonos de una emoción sincera...*

He ahí todo lo que me imagino de esta Utopía, del deseo y de la necesidad de una Utopía, y he ahí la relación en que este planeta utópico se encuentra con el planeta que soporta a los hombres y subviene a su existencia cotidiana.

APÉNDICES

EL ESCEPTICISMO DEL INSTRUMENTO

Fragmento de un documento leído en la Sociedad
Filosófica de Oxford, el 8 de noviembre de 1903,
y reimpreso, con algunas revisiones, de la versión dada
en *Mind,* vol. XIII (N.S.), n° 51.
(Véase también capítulo primero, 6, y capítulo décimo, 1 y 2)

Me parece que puedo intentar interesaros esta noche describiendo muy brevemente el particular sistema metafísico y filosófico en que fundo mi pensamiento, y más especialmente señalando a vuestra consideración uno o dos puntos en que yo mismo difiero más ampliamente de la filosofía aceptada corrientemente.

Debéis estar preparados para unas cosas que os asombrarán por groseras, para una cierta diferencia de acento y dialecto que tal vez no os gustarán, y asimismo habéis de estar preparados a oír lo que puede sorprenderos como una declaración estúpida de mi ignorante redescubrimiento de cosas ya bellamente pensadas y dichas. Pero al final, tal vez os sintáis dispuestos a perdonarme algunas de estas primeras ofensas... Es totalmente inevitable que, al establecer estos intelectuales fundamentos míos, escape por unos momentos hacia la autobiografía.

Una convergencia de circunstancias me condujo a tener conocimiento de cosas concretas desarrolladas muy extensamente antes de que llegase a su examen filosófico. He oído decir que un salvaje o un animal es mentalmente un ser objetivo, y en este aspecto yo fui igual que un salvaje o un animal hasta que cumplí bastante más de veinte años. Me hallaba tremendamente ignorante del elemento subjetivo o introvertido de mi ser. Era positivista sin saberlo. Mi educación primaria fue floja, y en ella la observación privada, el afán de saber y la experimentación fueron unos factores más importantes que cualquier otra instrucción, o quizá deba decir que la instrucción que recibí fue menor de la que aprendí por mí mismo, terminando aquélla a los trece años. Entré en contacto íntimo con las duras realidades de la vida, con hambre dé sus varias formas, y las muchas necesidades básicas y desagradables, antes de los quince. A esta edad, siguiendo las indicaciones de ciertas curiosidades teológicas y especulativas, empecé a aprender algo de lo que llamaré, deliberada y justamente, Ciencia Elemental, materia que saqué del *Cassell's Popular Educator* y algunos libros de texto baratos, y luego, por unos accidentes y algunas ambiciones que ahora no tienen importancia, pasé tres años de labor científica buena e iluminadora. El hecho central de esos tres años fue el curso de Huxley sobre anatomía comparada en la academia de Exhibition Road. Con esto como núcleo, dispuse un espacioso resumen de hechos. Al fin de esta época, había adquirido lo que todavía considero como una visión bastante clara, completa y ordenada del universo ostensiblemente real. Permitidme indicaros las principales cosas que yo tenía. Había situado definitivamente al hombre en el gran esquema del espacio y el tiempo. Sabía que era totalmente incurable por lo que era, finito y no final, un ser de compromisos y adaptaciones. Había llegado a sus pulmones, por ejemplo, desde una vejiga natatoria, paso a paso, con escalpelo y sonda, a través de una docena de tipos o más; había visto al intestino ciego encogerse hasta un nido de enfermedades, el apéndice actual; había visto la hendidura branquial modificarse lentamente para oír, y la suspensión de la mandíbula del reptil utilizada para suplir las necesidades de un órgano sensorial tomada de su agua nativa y natural. Yo había elaborado el desarrollo de estos instrumentos, extraordinariamente insatisfactorios y poco fiables, que son los dientes humanos, de la piel de la cola del tiburón hasta su función actual como base de los empastes de oro, y seguido el lento despliegue de los complejos y penosos procesos de la gestación por los que el hombre viene al mundo. Seguí todas estas cosas y otras muchas mediante la disección y la embriología. Comprobé otra vez toda la teoría del desarrollo en un cursillo de paleontología, de un año, y anoté las dimensiones de todo el proceso por medio de la escala de las estrellas, en un cursillo de física astronómica. Todo esta cantidad de elucidación objetiva la obtuve antes de haber llegado a los

comienzos de cualquier indagación filosófica o metafísica, antes de cualquier indagación acerca de lo que yo creía, acerca de cómo creía, de lo que creía, o de saber de qué clase era la materia fundamental de las cosas.

Bien, al final de todo este acopio de conocimientos, llegó un momento en que tuve que entregarme a la enseñanza, por lo que fue aconsejable adquirir uno o dos de esos Diplomas de Maestro que tan amplia y tontamente despreciaba, y esa empresa me condujo a un superficial pero sugestivo estudio del método educativo, de la teoría educativa, de la lógica, de la psicología, y así sucesivamente, hasta que al fin, cuando el pequeño asunto del diploma estuvo arreglado, estudié filosofía. Ahora llego al momento en que la lógica me condujo a las tierras altas de la anatomía comparada, lo cual ayuda a suprimir del cerebro una serie de conceptos preconcebidos de forma natural. Supongo que es un modo de llegar a la lógica por el flanco. Cuando se ha comprendido hasta la médula que todos los órganos físicos del ser humano y toda su estructura física son lo que son a través de una serie de adaptaciones y aproximaciones, y que se mantienen a un nivel de eficiencia práctica sólo por la eliminación de la muerte, y que esto también ocurre igual con el cerebro, con sus instintos y con muchas de sus predisposiciones mentales, no es posible aceptar este aparato pensante como algo misteriosamente diferente y mejor. Y yo había leído sólo un poco de lógica antes de conocer unas implicaciones con las que no podía estar de acuerdo, y unas suposiciones que me parecían una variante del esquema general del hecho objetivo instalado en mi mente.

Efectué un examen de los procesos lógicos y de los del lenguaje, con la esperanza de que compartirían el carácter profundamente provisional, el carácter irregular de limitación y adaptación que penetra todo el ser físico y animal del hombre. Y descubrí lo que había esperado. Y como consecuencia de ello encontré una especie de robustez en la presunción de la lógica, que al principio me confundió y luego despertó en mi mente todo el latente escepticismo.

Mi primera pelea con la aceptada lógica se desarrolló hace largo tiempo, en un breve artículo que se publicó en la *Fortnightly Review,* en julio de 1891. Se titulaba el «Redescubrimiento de lo único», y al releerlo percibí, no sólo lo malo y hasta irritante que era en la forma -cosa que ya sabía desde algún tiempo atrás-, sino notablemente malo en la expresión. Tengo buenos motivos para dudar si mis poderes de expresión en esos menesteres han mejorado perceptiblemente, pero de todos modos, ahora hago cuanto puedo con este anterior fallo ante mí.

Este desafortunado artículo, entre otros errores que ya no puedo considerar triviales, no me permitieron fijarme por completo en el hecho de que ya existía toda una literatura sobre el antagonismo del uno y de los muchos, del ideal específico y la realidad individual. No definía relaciones con otras ideas u otros pensadores. Ahora comprendo lo que no entendí entonces: el porqué estaba esto completamente ignorado. Pero sigue aferrada en mí la idea que afloraba en dicho artículo. La considero como una idea que finalmente se considerará de suma importancia para el pensamiento humano, y ahora trataré de presentar la sustancia de aquel primer artículo muy brevemente, como la mejor introducción a mi caso en general. Mi primitivo escepticismo es esencialmente una duda sobre la *realidad objetiva de la clasificación.* No vacilo en confesar que ésta es la primera y primaria proposición de mi filosofía.

Pienso que esta clasificación es una condición necesaria del trabajo de la herramienta mental, pero que también es un punto de partida de la verdad objetiva de

las cosas, opino que la clasificación presta un gran servicio a los propósitos prácticos de la vida pero asimismo es un preliminar muy dudoso para las delicadas penetraciones del propósito filosófico, en sus más arrogantes modos y demandas. Todas las peculiaridades de mi forma de pensar se derivan de esto.

Una mente alimentada por el estudio anatómico está, naturalmente, penetrada con la sugestión de la vaguedad e inestabilidad de las especies biológicas. Una especie biológica es, obvia mente, un gran número de individuos únicos, separables de las demás especies biológicas sólo por el hecho de que un enorme número de otros individuos relacionados entre sí son inaccesibles en el tiempo -están, dicho de otro modo, muertos y desaparecidos-, y que cada nuevo individuo de esta especie, en la distinción de su propia individualidad, se aparta, aunque sea en un grado infinitesimal, de las propiedades anteriores de la especie. No hay ninguna propiedad de cualquier especie, ni siquiera las que constituyen la definición específica, que no sea asunto de más o de menos. Si, por ejemplo, una especie se distingue por un punto rojo en el lomo, se descubrirá, si se examina un gran número de especímenes, que el punto rojo se encoge hasta la nada, expandiéndose hacia un enrojecimiento más general, que se debilita a un rosado, se acentúa hasta el rojo y el pardo, con matices color carmesí, y así sucesivamente, Y esto ocurre no sólo en las especies biológicas, sino también en las clases de minerales que forman una especie mineral, y recuerdo como un constante estribillo de las conferencias del profesor Judd sobre la clasificación de las rocas, estas palabras: «pasan a otra especie por insensibles gradaciones». Esto es verdad, afirmo, en todas las cosas.

Cabe pensar tal vez que los átomos de los elementos son ejemplos de cosas idénticamente similares, pero en realidad no son ejemplos de la experiencia sino de la teoría, y no existe un solo fenómeno químico que no esté correctamente explicado con la suposición de que es la inmensa cantidad de átomos necesariamente tomados en cualquier experimento lo que enmascara, por medio de la operación de la ley de probabilidades, el hecho de que cada átomo también posee su cualidad única, su especial diferencia individual. Esta idea de la unicidad en todos los individuos no sólo es exacta en la clasificación de la ciencia material, sino que es aplicable, y todavía más, a las especies del pensamiento común, a los términos más comunes. Tomemos la palabra *silla.* Cuando se dice silla, se piensa vagamente en una silla normal. Pero en los ejemplos individuales, se piensa en sillones, o en poltronas, en sillas de comedor, en sillas de cocina, en sillas convertibles en bancos, en sillas que cruzan sus fronteras y se transforman en sofás, en sillones de dentista, en tronos, en estrados de ópera, en toda clase de asientos, o en estas milagrosas excrecencias fungoides que llenan el suelo de la Exposición de Artes y Oficios, y se percibe que este término directo es realmente un fardo mal atado. En colaboración con un inteligente carpintero intentaría destruir cualquier definición de silla o sillería que se me diera. Las sillas, lo mismo que los organismos individuales, lo mismo que los especímenes de roca y mineral, son cosas únicas -si se los conoce lo bastante como para hallar una diferencia individual incluso en un conjunto de sillas fabricadas en serie- y solamente debido a que nosotros no poseemos una mente de capacidad ilimitada, debido a que nuestro cerebro tiene sólo un número limitado de casilleros para nuestra correspondencia con un universo ilimitado de objetivos únicos, nos vemos obligados a padecer la ilusión de que hay una semejanza en esta especie común y distintiva a todas las sillas.

Dejad que lo repita: esto tiene una pequeñísima importancia en todos los asuntos prácticos de la vida, e incluso en relación con todo, exceptuando la filosofía y las más

amplias generalizaciones. En filosofía, en efecto, esto interesa profundamente. Si pido dos huevos frescos para el desayuno, me sirven dos huevos sin abrir. aunque sean dos individuos en potencia, y pese a esto pueden servir a mi tosco propósito fisiológico. Puedo permitirme el lujo de ignorar los huevos de gallina del pasado que no estuvieron tan cerca de esta suerte de cosas, y los huevos de gallina del futuro que acumularán modificaciones de época en época; puedo aventurarme a ignorar la rara casualidad de una anormalidad en la composición química o alguna sorprendente aberración de mi reacción fisiológica; puedo, con una confianza correctamente perfecta, referirme, con una sencillez incalificable, a «dos huevos», pero no puedo saber si mi preocupación no se refiere a mi desayuno matutino sino a la muy importante y posible verdad.

Ahora, pido que se me permita indicar hacia dónde tiende esta idea de la unicidad. Sostengo que el silogismo está basado en la clasificación; que todo el difícil razonamiento lógico tiende a implicar, y es apto para implicar, una confianza en la realidad objetiva de la clasificación. En consecuencia, al negar esto, niego la absoluta validez de la lógica. Clasificación y número, que en verdad ignoran las tenues diferencias de las realidades objetivas, se han impuesto a las cosas en el pasado del pensamiento humano. Séame permitido aquí, a favor de la claridad, tomarme una libertad: incurrí, como se puede pensar, en una imperdonable insolencia. El pensamiento indio y el pensamiento griego, a la par, me impresionan por estar excesivamente obsesionados por un tratamiento objetivo de ciertas necesarias y preliminares condiciones del pensamiento humano: número, definición, clase y forma abstracta. Pero estas cosas: número, definición, clase y forma abstracta, afirmo, son tan sólo unas condiciones inevitables de la actividad mental, condiciones lamentables más que hechos esenciales. *Los fórceps de nuestra mente son fórceps inadecuados, y aplastan un poco la verdad al hacer presa en ella.*

Es a propósito de esta dificultad que Platón jugó de modo poco convincente toda su vida. Mayormente, se inclinó a considerar la *idea* como algo ajeno a la realidad, mientras que a mí me parece que la idea es la cosa más cercana y la menos perfecta, la cosa por la que la mente, ignorando las diferencias individuales, intenta abarcar un número, de lo contrario impracticable, de realidades únicas.

Séame asimismo permitido citar una figura aproximada de lo que trato de demostrar en este primer ataque contra la validez filosófica de los términos en general. Ya se han visto los resultados de estos diversos métodos de la reproducción en blanco y negro que envuelven el uso de una red rectangular. Se conoce la clase de proceso fotográfico al que me refiero: solía emplearse con frecuencia en la reproducción de fotografías. A corta distancia parece ser una reproducción fiel de la foto original, pero al observarla más de cerca se ven, no sólo la forma única y los bultos del original, sino también una multitud de pequeños rectángulos, uniformes en tamaño y forma. Cuanto más se concentra la mirada en la foto, cuanto más de cerca se contempla, más se pierde la foto en reticulaciones. Sostengo que el mundo de la investigación razonada tiene una relación muy semejante con el mundo que yo juzgo objetivamente real. Para los propósitos cotidianos, el ejemplo de la foto servirá, pero cuanto más delicado sea el propósito, menos servirá, y para un propósito idealmente delicado, tanto para el conocimiento absoluto como para el conocimiento general, que será tan verdadero para el hombre que posea un telescopio para ver a distancia, como para el que tenga un microscopio, no servirá en absoluto.

Cierto es que se puede tejer una red de interpretaciones lógicas cada vez más tenue, se puede filtrar más la clasificación... pero hasta un cierto límite. Sin embargo, y esencialmente, se está trabajando sobre límites, y a medida que uno se aproxima más, a medida que se estudian cosas cada vez más finas y sutiles, al dejar el propósito práctico para el que existe el método, aumenta el elemento de error. Cada especie es vaga, cada término se nubla en sus bordes, y así, en mi forma de pensar, la lógica implacable es solamente otra frase que indica estupidez, una clase de testarudez intelectual. Si se lleva a cabo una investigación filosófica o metafísica a través de una serie de silogismos válidos -sin cometer nunca una falacia general y reconocible-, quedará, no obstante, un cierto frotamiento y una pérdida marginal de la verdad objetiva, efectúandose desviaciones difíciles de seguir, en cada fase del proceso. Cada especie varía en su definición, cada herramienta queda un poco floja en el mango, cada escala tiene su error individual. Mientras se razona por propósitos prácticos acerca de las cosas finitas de la experiencia, es posible, de vez en cuando, comprobar el proceso, y corregir los ajustes. Mas no es así cuando se hacen lo que se denominan investigaciones filosóficas y teológicas, cuando se vuelve la herramienta hacia la verdad absoluta de las cosas. Hacer esto es como disparar a un blanco inaccesible, indestructible y sin marcar, a una distancia desconocida, con un rifle defectuoso y unos cartuchos diferentes uno del otro. Aunque se haga blanco por casualidad, no se puede saber qué se ha alcanzado, por lo que la hazaña carece de valor.

Este aserto sobre la necesaria inseguridad de todos los procesos de razonamiento se deriva de la falsedad de la clasificación, en la cual es concebible un universo de unicidades, formando sólo un aspecto introductor de mi escepticismo general acerca del Instrumento del Pensamiento.

Ahora voy a referirme a otro aspecto de este escepticismo del instrumento que concierne a términos negativos.

Las clases en lógica no solamente se representan mediante círculos con un firme perímetro, en tanto no tengan unos límites tan bien definidos, sino que también tienen una constante disposición a pensar en términos negativos, como si representaran clases positivas. Con las palabras, lo mismo que con los números y las formas abstractas, hay fases definidas del desarrollo humano. Hay, como es sabido, respecto al número, la fase en que el hombre apenas cuenta para nada en absoluto, o cuenta en perfecta buena fe y sanidad con sus dedos. Luego, viene la fase en que se lucha con el desarrollo del número, cuando se empieza a elaborar toda clase de ideas respecto a los números, hasta que al final se desarrollan unas complicadas supersticiones acerca de los números perfectos y los números imperfectos, acerca de los tres y los sietes, y otros parecidos. Igual es el caso de las formas abstractas, e incluso hoy día estamos apenas con la cabeza fuera del agua fangosa, de pensar en esferas y en formas perfectas y demás, que fue el precio del pequeño paso necesario para pensar con claridad. Muchos saben mejor que yo el gran papel que la magia numérica y geométrica, la filosofía numérica y geométrica han desempeñado en la historia de la mente. Y todo el aparato del lenguaje y la comunicación mental está amenazado por ciertos riesgos. El lenguaje del salvaje es, supongo, puramente positivo; la cosa tiene un nombre, el nombre tiene una cosa. Esta es la tradición del lenguaje, y hasta hoy día, cuando oímos un nombre estamos predispuestos -y a veces esta predisposición es muy viciosa- a imaginar algo que responda al nombre. *Estamos dispuestos, como un incurable vicio mental, a acumular intención en los términos*. Si yo digo Lará o Larí, se verá que no significan nada, que no son más, por determinarlo de alguna manera, que blancos blanqueados, y entonces se intenta pensar qué pueden ser tales palabras.

Y donde esta predisposición es más intensa, en su forma más incitante, es en el caso de los términos negativos. Nuestro instrumento de conocimiento persiste en el manejo incluso de términos abiertamente negativos como lo Absoluto, lo Infinito, como si tuvieran existencia real, y cuando el elemento negativo está tan poco disimulado, como por ejemplo, en la palabra Omnisciencia, en que la ilusión de la realidad positiva puede ser completa.

Hay que recordar, por favor, que trato de explicar mi filosofía y que no estoy discutiendo la vuestra. Séame permitido expresar de qué manera ha tomado forma este asunto de los términos negativos en mi cerebro. Pienso en algo que tal vez quedaría mejor descrito como estando fuera de escena o fuera del patio, o como el Vacío sin Implicaciones, o como la Nada o como las Tinieblas Exteriores. Este es una especie de Más Allá hipotético al mundo visible del pensamiento humano, y por Allá pienso en todos los términos negativos logrados al fin, fundidos y convirtiéndose en nada. Sea cual sea la clase positiva que se haga, sea cual sea el límite trazado, de forma rectilínea desde este límite, empieza la correspondiente clase negativa y pasa al ilimitable horizonte de la nada. Se habla de cosas rosadas, y en cambio se ignoran, si uno es un adiestrado ser lógico, los más esquivos matices del rosa, y cómo trazar la línea. Más allá no está el color rosado, conocido y conoscible, y en ninguna región rosada se llega a las Tinieblas Exteriores. Ni el azul, ni la felicidad, ni el hierro, ninguna de estas clases se encuentran en las Tinieblas Exteriores. Estas mismas Tinieblas Exteriores y la nada constituyen el espacio infinito y el tiempo infinito, así como todo ser de cualidades infinitas, y toda esta región que yo descarto en mi filosofía. No afirmaré ni negaré, si puedo conseguirlo, nada acerca de estas cosas. No trataré de estas cosas en absoluto, salvo por accidente o inadvertencia. Si uso la palabra «infinito», la uso como uno de los frecuentes usos «incontables», «las incontables huestes del enemigo», o «inconmensurable», «arrecifes inconmensurables», o sea el límite de lo mensurable más que el límite de la mensurabilidad imaginaria, como un conveniente equivalente a cuántas veces mide esta tela un metro, y a cuán grande es, etc. Bien, un gran número de términos aparentemente positivos son, o han llegado a ser, prácticamente términos negativos y se hallan bajo la misma proscripción que yo. Un número considerable de términos que han desempeñado un gran papel en el mundo del pensamiento, me parecen invalidados por el mismo defecto: no tener contenido o tenerlo indefinido, o injustificado. Por ejemplo, la palabra Omnisciente, implicando un conocimiento infinito, me impresiona por ser, a mi entender, una palabra con el aspecto ilusorio de ser sólida y llena, cuando en realidad es hueca, sin el menor contenido. Estoy convencido de que el conocimiento es la relación de un ser consciente con algo que no está en sí mismo, que la cosa conocida está definida como un sistema de partes, aspectos y relaciones, que el conocimiento es comprensión, y que solamente las cosas finitas pueden conocerse o ser conocidas. Cuando se habla de un ser de extensión infinita y de duración infinita, omnisciente, omnipotente y Perfecto, a mí me parece que se habla en términos negativos de la nada. Cuando se habla de lo Absoluto, a mí se me habla de la nada. Sin embargo, si se me habla de un ser finito y pensante, de un ser que no sea yo, que se extienda más allá de mi imaginación en tiempo y espacio, sabiendo todo lo que yo puedo pensar que es conocido, y capaz de hacer todo lo que yo juzgo que se puede hacer, se penetra en la esfera de las operaciones mentales, y en el esquema de mi filosofía.

Estas son mis dos primeras acusaciones contra nuestro Instrumento del Conocimiento: primero, que sólo puede funcionar descartando la individualidad y

tratando a los únicos como objetos idénticamente similares a este respecto, o agrupándolos bajo un solo término, y que una vez hecho esto, se tiende automáticamente a intensificar el significado del término, y segundo: que sólo se puede tratar libremente con términos negativos como si fuesen positivos. Pero yo aún tengo otra objeción contra el Instrumento del Pensamiento Humano, que no está relacionado con las anteriores objeciones, aunque es más difícil de exponer.

Esencialmente, esta idea es la exposición de una especie de estratificación de las ideas humanas. Pienso que varios términos de nuestro razonamiento se hallan, en realidad, en diferentes niveles y en distintos planos, y que nosotros cometemos gran cantidad de errores y confusiones razonando en términos que no se hallan o apenas se hallan en el mismo plano.

Intentaré ser un poco menos oscuro mediante un ejemplo más claro sobre las cosas físicas. Supongamos que alguien empieza a hablar seriamente acerca de un individuo que está observan do un átomo por un microscopio, o mejor aún, intentando partir uno por la mitad con un cuchillo. Hay cierto número no analítico de personas que estarían dispuestas a creer que un átomo es visible a simple vista o que se puede cortar de esta manera. Pero todo el que está familiarizado con los conceptos físicos pensaría que tan difícil es matar a la raíz cuadrada de 2 con un rifle defectuoso como cortar un átomo por la mitad con un cuchillo. Nuestro concepto del átomo llegó a través de un proceso de hipótesis y análisis, y en el mundo de los átomos no hay cuchillos ni individuos que los corten. Si alguien pensara en un fuerte y consistente movimiento mental, al imaginar a un átomo bajo la hoja el cuchillo, debería pensar que la hoja del cuchillo es una nube de átomos que giran y se agrupan, y que las lentes del microscopio son un pequeño universo de moléculas oscilantes y vibratorias. Si se medita sobre el universo, pensando a nivel de átomos, no existe ningún cuchillo que corte, ni balanza que pese, ni ojo que observe. El universo, *en este plano al que desciende la mente del físico molecular,* no presenta ninguna de las formas o figuras de nuestra vida normal. La mano con que escribo es en el universo del físico molecular una nube de átomos y moléculas que luchan entre sí, combinándose una y otra vez, chocando, girando, volando incansablemente en la atmósfera del éter universal.

Espero que comprendáis a qué me refiero cuando digo que el universo de la física molecular está a un nivel diferente del universo de la experiencia común; lo que llamamos estable y sólido es en este mundo un sistema libremente móvil, de centros de fuerza relacionados entre sí; lo que llamamos color y sonido no es más que la diferencia de longitud de las vibraciones. Hemos llegado a un concepto de este universo de la física molecular por medio de un gran esfuerzo de análisis organizado, y nuestro universo de las experiencias cotidianas se halla en relación con este mundo elemental como si fuese una síntesis de estas cosas elementales.

Diría que éste es solamente un ejemplo muy extremado del estado general de los asuntos humanos, que podría haber unas diferencias de nivel más sutiles y finas entre un término y el otro, y que se puede pensar que los términos yacen oblicuamente y son retorcidos a través de diferentes niveles.

Quizás os daré una idea más clara de lo que trato de comunicar si sugiero una imagen concreta para todo el conjunto del pensamiento y el conocimiento de un hombre. Imaginad una gelatina grande y clara, en la que todas las esquinas y en todos los estados de simplicidad o contorsión estén engastadas ideas del hombre. Son ideas válidas y posibles, allí engastadas, ninguna realmente incompatible con las demás. Si

se imagina la dirección de alto o bajo en esta gelatina, como si fuese la dirección en que uno se mueve por análisis o síntesis, si se desciende, por ejemplo, desde la materia a los átomos y los centros de fuerza, y se asciende hacia los hombres, los estados y los países... si se imagina que las ideas están de esta manera, se comprenderá el principio de mi intención. Pero nuestro Instrumento, nuestro proceso pensante, como un dibujo antes de descubrir la perspectiva, sólo parece capaz de tratar con, o de razonar sobre, ideas, proyectándolas en el mismo plano.

El Escepticismo del Instrumento no es, por ejemplo, incompatible con la asociación religiosa y con la organización sobre la base de una fe común. Es posible considerar a Dios como un Ser sintético en relación con los hombres y las sociedades, tal como la idea de un universo de átomos, moléculas y relaciones inorgánicas es analítica en relación con la vida humana.

El repudio de la demostración de casos inmediatos y comprobables al que apunta este Escepticismo del Instrumento, el abandono de toda validez universal en las proposiciones morales y religiosas, trae la enseñanza ética, moral y religiosa al terreno de la poesía, y sirve para corregir la diferencia entre el conocimiento y la belleza, que es un rasgo de la gran existencia mental en esta época. Todas estas cosas son autoexpresión. Tal opinión establece un nuevo y mayor valor en esa cualidad penetrante e iluminadora de la mente que llamamos perspicacia, perspicacia que cuando se dirige a las contradicciones que se derivan de las imperfecciones del instrumento mental se denomina humor. Es en estas cualidades innatas, de imposible enseñanza, afirmo, en el humor y en el sentido de la belleza, que reside la esperanza de salvación intelectual desde el pecado original del instrumento intelectual que podemos albergar en este incierto y fluctuante mundo de apariencias únicas...

Así, con franqueza, os ofrezco mi escaso equipamiento de presunciones fundamentales, cordialmente encantado de la oportunidad que se me brinda de exponerlas, de considerarlas con la particularidad que asegura la presencia de los oyentes, y de escuchar la impresión que os causan. Naturalmente, este esbozo debe provocar un efecto inevitablemente breve. El tiempo que tuve para ello, me refiero al tiempo de que dispuse para la preparación, fue demasiado limitado para lograr un exhaustivo acabado de la presentación; pero opino que, en conjunto, he logrado organizar bien las principales líneas de este mapa abocetado de la verdad básica de mi mente. Distinto es haber conseguido exponer mi tesis con claridad. Sois vosotros los que debéis decir ahora de qué modo esta abocetado mapa concuerda con vuestra propia y más sistemática cartografía...[40]

INTRODUCCIÓN
A «UTOPÍA», DE TOMAS MORO

Hay escritores que están principalmente interesados en sí mismos, y otros que, por una oportunidad y por acuerdo unánime de los hombres, se han convertido en símbolos e indicios convenientes de algún grupo o carácter con opiniones particulares. A este último grupo pertenece sir Thomas More (Tomás Moro). Una

[40] Sigue una serie de comentarios sobre el *Idealismo Personal,* y el *Humanismo* de F. C. S. Schiller, sin un valor especial al tema de las utopías.

época y un tipo mental han hallado en él y en su Utopía una figura señera y un símbolo; y si bien al lector actual se le presenta su personalidad y su vida íntima como honorable y grata, es dudoso que hubiera alcanzado distinción tan peculiar entre sus numerosos contemporáneos, de quienes hemos tenido la ocasión de leer canas y documentos similares, de no haber tenido el honor de ser el primer hombre público de Inglaterra que imitó la *República* de Platón. Por esta casualidad fue elegido para dar al mundo un sustantivo y un adjetivo del que se ha abusado mucho: «Utopía», y de recordar de qué manera, bajo la estimulante influencia liberal de Platón, los problemas más acuciantes de nuestro mundo moderno también estaban presentes en la mente liberal de los ingleses de su época. En su mayor parte, los problemas a los que se enfrentaba son los mismos problemas a los que nos enfrentamos hoy en día; algunos pueden haber aumentado e incluso estar interrelacionados; otros nuevos pueden acompañarles, pero pocos, si hay alguno, han desaparecido, y son parecidos en sus similitudes a, y diferentes de, la moderna mente especulativa, y es allí donde radica su interés esencial.

El retrato ofrecido por los relatos contemporáneos y por sus propias admisiones intencionales o no, es el de un hombre de mente activa y modales agradables, un trabajador constante, marcadamente propenso a frases agudas e ingeniosas, sabedor de su doble reputación de erudito y hombre ingenioso. Esta última cualidad es la que le hizo ascender en la Corte, y pudo ser su claramente confesada renuencia a desempeñar el papel de un informal bufón para su rey, lo que sentó las bases de ese profundo resentimiento real que sólo acabó con su ejecución. Pero al mismo tiempo, el rey le valoraba por unos méritos muy sólidos, por los que le necesitaba; y fue mucho más que unas chanzas o un choque de opiniones sobre la validez del divorcio, fue algo más profundo que el distanciamiento general y la evitación del servicio, lo que provocó el ataque de petulancia real por cuya culpa More fue ejecutado.

Al parecer, empezó y terminó su carrera en la religión ortodoxa y en la admisión general de las ideas y costumbres de su época, y también desempeñó un papel honorable y aceptable en su tiempo; pero su interés permanente no radicó en su conformismo general sino en su incidental escepticismo, en el hecho de que, por debajo de las observancias y las reglas reconocidas que sustentaban el entramado de su vida, se ocultaban unas profundas dudas, y que, estimulado y perturbado por Platón, estuvo dispuesto a ponerlas por escrito. Cabe dudar si tal escepticismo es inusitado en sí mismo, toda vez que una alta proporción de grandes estadistas, grandes eclesiásticos y administradores no han escapado a las fases de autocrítica destructora de los principios sobre los que estuvieron enmarcadas, en general, sus carreras. Pero muy pocos lo han confesado tan paladinamente como sir Thomas More. Indudablemente fue un buen católico y, no obstante, le vemos capaz de concebir una comunidad no cristiana superior a toda la Cristiandad en sabiduría y virtudes; en la práctica, su sentido del conformismo y la ortodoxia se puso bastante de manifiesto, pero en su *Utopía* se aventura a contemplar, no sólo como algo lejano, sino con cierta confianza, la posibilidad de una absoluta tolerancia religiosa.

La *Utopía* no resulta menos interesante por el hecho de ser uno de los libros más profundamente inconsistentes. Nunca estuvieron las formas del socialismo y el comunismo animadas por un espíritu tan entero e individualista. Las manos son las manos de Platón, las del pensamiento liberal griego, pero la voz es la de un humanista caballero inglés, de espíritu abierto pero limitado y muy práctico, que acepta como algo cierto la inferioridad de sus inferiores, al que disgustan los frailes, los vagabundos y los perezosos, y que gobierna además su propio hogar. Abunda en

ideas prácticas y excelentes sobre la migración de los segadores, sobre la universalidad de los parques y sobre la incubación artificial de los huevos, y barre por completo la sugerencia platónica de la mujer ciudadana, como si jamás se le hubiese ocurrido al filósofo tal cosa. Poseía, en realidad, un temperamento liberal, que se manifestaba incluso en la práctica de leer en voz alta y en compañía, lo que aún se conserva entre los supervivientes más representativos de la tradición liberal inglesa. Discute sobre la propiedad privada, pero no alberga ningún pensamiento tan radical como la admisión de que sus pobres labriegos, con la cabeza semiafeitada y vistiendo el tosco uniforme contra todo intento de fuga, participen en la propiedad de las tierras. Su comunismo se dirige a la conveniencia de sus sifograntes y sus tranibores, esos caballeros de gravedad y experiencia, a menos que uno sobresalga de los demás. Así también es la idea alojada en el liberalismo esencial sobre la limitación de los ingresos del Príncipe. Se trata del mismo espíritu del constitucionalismo del siglo XVIII. Y su liberalismo se apoya en el utilitarismo y no en la vanidad de una flor. Entre sus ciudades, todas de las mismas dimensiones, de modo que «quien conoce una las conoce todas», la bentamista habría revisado su teología escéptica, admitiendo la posibilidad del cielo.

Igual que cualquier liberal inglés, More exaltaba la razón por encima de la imaginación, en todos los órdenes, y así no comprende el mágico prestigio del oro, convirtiendo al bello metal en bajeles del deshonor que apoyen su caso contra el mismo; no tuvo el menor atisbo del encanto de la extravagancia, por ejemplo, o de lo deseable de ciertos vestidos. Los utópicos llevan todos prendas de lino y lana sin teñir -¿por qué debería el mundo ser coloreado?-, y toda la economía del trabajo y el acortamiento de los días laborables no tienen más finalidad que prolongar los años de estudio y el goce de la lectura en voz alta, y las sencillas satisfacciones del buen joven residen en sus estudios, hasta el fin de su vida. «La conciencia de haber obrado bien, la benevolencia y el agradecimiento de los beneficiados, causan más placer de que os abstuvisteis. Además, Dios recompensa con una alegría eterna e inmensa el sacrificio de un placer exiguo y breve. Por todo esto creen los utópicos que debemos considerar todas nuestras acciones y, aun las virtudes, como dirigidas en último extremo al placer y la felicidad.»

Por tanto no es ninguna paradoja afirmar que la Utopía, que por una conspiración de accidentes se ha convertido en una proverbial fantasía indisciplinada de los asuntos sociales y políticos, es en realidad una obra poco imaginativa. En esto, junto al accidente de su prioridad, reside el secreto de su continuado interés. En algunos aspectos, es como uno de esos preciosos y deliciosos álbumes de recuerdos que la gente desentierra en las viejas casas de campo; su misma pobreza de poder sintético sale de sus ingredientes, los recuerdos y las imitaciones de Platón, la receta para la incubación de los huevos, las severas resoluciones contra los tipos facinerosos y crueles, así como todo lo más agudo y brillante. Siempre se hallarán gentes que gusten de leerla, y habrá innumerables personas que continuarán ignorando cómo usar su nombre para todo lo que es más ajeno a la esencial cualidad de More.

H. G. WELLS